



**La Casa de
La Colina**

Roberto Jiménez Muncharaz

La Casa de la Colina

Roberto Jiménez Muncharaz

La Casa de la Colina

Createspace, 2015

1ª edición

ISBN: 978-1514624326

© Roberto Jiménez Muncharaz, 2015.

Diseño de cubierta: Roberto Jiménez Muncharaz

Imagen de cubierta:

“[San Diego Comic Con 2012](#)” by [Kevin Dooley](#). Licensed under [CC BY 2.0](#)

Todos los derechos reservados.

Editado por Createspace

*Para todos aquellos
que de niños soñaron con vivir
las aventuras de los Goonies
junto a sus amigos*

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. DESPERTAR

2. NOS VAMOS DE EXCURSIÓN

3. ATAQUE

4. INVASIÓN

5. ANIMAL PILIER

6. DIVERGENCIA

7. SUPERVIVENCIA

8. BARCELONA

9. AZU

10. HUIDA

11. TINIEBLAS

12. PZ-82

13. AMOR DE PADRE

14. EL CASTILLO

15. CONMIGO O CONTRA MÍ

16. DUELO AL ATARDECER

17. INFECCIÓN

18. RESCATE

EPÍLOGO

ANEXO

LA CASA DE LA COLINA ORIGINAL

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Por Álvaro Fuentes García

Posiblemente este sea el prólogo, de todos los que me han pedido, que más ilusión me hace. ¿Por qué? Por muchos motivos: el autor de la novela es amigo mío desde los tiempos del cole, al igual que él, yo participé en la primera versión de esta historia hace ya más de veinticinco años, y soy uno de los protagonistas de este libro que tenéis en las manos.

Este libro comienza hace un porrón de años, con la historia original también titulada *La Casa de la Colina*. Hace muchos, muchos años (más de veinticinco), en un colegio de Aluche, unos chicos de una clase de 5º de E.G.B. se juntaron para escribir un relato por entregas. En aquella época internet era ciencia ficción, apenas existían novelas de fantasía y/o terror y lo más parecido que había a una consola eran las maquinitas LCD... era una época de oscuridad para el friki. También había Mirindas en los bares y podías comerte un Frigorón en verano, dos pérdidas totalmente irremplazables a día de hoy. Bueno, continúo, no quiero ponerme plasta contando la cantidad de cosas que echo de menos de aquellos años. Ese grupo de niños, que es lo que éramos pues ninguno tendría ni siquiera doce años, nos juntamos para escribir un relato de terror por entregas: cada uno de nosotros haría una parte de la historia y en ella morirían determinadas personas. Los personajes serían todos los de la clase, niños y niñas, no se discriminaba a nadie. Eso sí, siempre de nuestra clase, nada de niños de otras... esos eran el enemigo. Se hacían reuniones para decidir las muertes que tendrían lugar en cada uno de los capítulos, este era el tema más peliagudo de todo el proceso creativo ya que entraban intereses de todo tipo: no mates a este que es amigo mío, a fulanita no la toques que me ha mandado una nota en la que dice que le gusto, o si te cargas a menganito no me elije a la hora de hacer equipo para jugar al fútbol. Roberto imponía su criterio y se pasaba por el forro cualquier lloro o suplica al respecto, él lo tenía claro y como creador de la idea seguíamos sus órdenes casi siempre. Digo esto porque en alguna ocasión alguno no hizo caso a eso y nos encontramos con alguna muerte inesperada que ya no tenía solución; escribíamos a boli y en hojas de cuaderno, esto hacía que tener que retocar todo supusiera repetir y volver a copiar lo escrito para solucionar el entuerto... un coñazo monumental. Si te equivocabas, tachabas con boli y continuabas.

Una vez marcados los objetivos, las tareas de cada uno y la lista de muertos por capítulo, comenzábamos a escribir. La historia no era de lo más original pero el resultado a día de hoy me sorprende, no tanto por la calidad (prácticamente nula) sino por el nivel de flipamiento que corría por nuestras venas en esa “tierna” edad. En un rato entenderéis por qué digo esto. Todo comienza cuando nuestro profesor Don Juan (antes los profesores eran todos Dones, así, en rollo *El Padrino*) nos llevó de excursión a pasar el fin de semana en una casa en lo alto de una colina que muy poca gente conocía. Ahora viene lo de que estábamos flipados, ya que la casa medía 5 kilómetros cuadrados. Sí, habéis leído bien: nada más y nada menos que 5 kilómetros cuadrados de casoplón. Os preguntaréis, ¿y nadie la conocía? A día de hoy yo también me hago la misma pregunta, así que siento no poder contestaros a eso, solo puedo decir que en aquel momento nos pareció una idea fantástica. Una vez estábamos todos en aquella “casita”, comienza el caos. Se abre la veda para gritos, carreras y muertes. Desde ese momento, por las páginas de nuestros relatos comienzan a desfilar todo tipo de criaturas: zombis, hombres lobo, vampiros, brujas, momias y cualquier bicho que conociéramos y nos pareciera interesante. Seguramente muchos os estaréis preguntando: ¿cómo sobrevivimos a aquel infierno? Fácil, nivel de flipamiento supremo ON otra vez, teníamos a disposición cualquier tipo de arma: desde machetes a Magnums 44

pasando por escopetas recortadas... niños de *El Señor de las Moscas*, erais unos mierdecillas a nuestro lado. Nos daba igual que fuera imposible poder tenerlas y, más aún, ser capaces de saber utilizarlas, molaba y punto. Así que éramos unos mini Rambos en potencia y no dejábamos títere con cabeza. Otro detalle importante era la puntería, no fallábamos un disparo. Es más, creo recordar que teníamos balas de plata para poder matar hombres lobo. ¿A que alucináis con el nivel de preparación que teníamos? A día de hoy yo también lo hago. Así que, matando todo lo que se nos ponía por delante y cumpliendo casi siempre con las muertes pactadas por capítulo llegamos al gran final, al apoteósico cierre de la historia. En ese capítulo, escrito por el autor de este libro, salíamos de la casa y teníamos que salvar Madrid de una invasión de vampiros que tenían un plan para hacerse con la ciudad y digo “plan” por llamarlo de alguna forma porque era algo totalmente ridículo. Todo muy épico y lleno de muertes inesperadas al estilo *Juego de Tronos*. He de decir que ese capítulo no me gusta nada ya que al autor le pareció buena idea el matarme, así, sin más. Creo que se cobró con ello pequeñas rencillas de la infancia. Nada de una muerte grandiosa luchando entre vampiros mientras mis amigos escapan, no. Posiblemente sea una de las muertes más ridículas que existan, muerte que no pondré aquí por eso de los spoilers. Lo intentó adornar con todos llorando mi pérdida, pero no sirvió de nada, me había matado y no sobreviví a *La Casa de la Colina*.

NOTA PARA EL AUTOR: quiero que sepas que esa espinita la llevo clavada muy hondo en lo más profundo de mi ser.

Recuerdo el *hype* (palabra que entonces desconocíamos) que creamos por aquellos tiempos. Los niños de clase querían leer cada nueva entrega esperando ver si ellos sobrevivían o no a la criba que se hacía. Eso nos supuso varios cabreos y quejas cuando muchos de ellos se veían morir de formas horribles y, en muchos casos, estúpidas como la mía. Pero así era la vida de la carnaza, los secundarios tienen una existencia efímera y su fin llega tarde o temprano. Terminamos aquel delirio y nos juntamos con una historia que nos parecía lo más grande jamás hecho nunca. Imagino que lo mismo que les pasa a los de la productora *The Asylum* con cada una de sus películas, deben pensar que son la leche porque de otra forma no me explico cómo es posible que sigan haciendo cine (Nota: a los que no sepan quiénes son, les recomiendo ver *Sharknado 1 y 2* para que vean de qué hablo. Y esas dos son de lo mejor que tienen).

Eso es *La Casa de la Colina* original, una historia llena de aventuras, muertes, monstruos, muchas armas, ideas peregrinas, niños salvajes, muchas faltas de ortografía y una cantidad ingente de “y entonces”. Si la lees te sangran los ojos y dicen por ahí que si lo haces tres veces seguidas te vuelves loco y terminas ingresado en un sanatorio mental guatemalteco en Quetzalaltenango donde pasarás el resto de tu vida cultivando chiles alucinógenos. Hay que enfrentarse a ella como lo que es, un relato creado por un grupo de niños que un buen día decidieron juntarse para dar rienda suelta a su imaginación. Ni más, ni menos. Lo más curioso es que después de aquello no volvimos a escribir nada más, fue una especie de conjunción cósmica que aquella historia se hiciera posible.

Como sucede con tantas cosas de nuestra infancia, lo más normal es que se hubiera perdido, que hubiera terminado tirándose a la basura entre viejos papeles. Aquello hubiera sido así de no ser porque Roberto tenía una copia y pudimos rescatarla del olvido. Lo que tenéis al final de este libro es la idea original, el germen que dio lugar a esta novela.

En cuanto a la historia actual, tiene algunos cambios respecto a la antigua: está mejor escrita, debería tener menos faltas de ortografía, se han cambiado los vampiros por zombis y no hay casas del tamaño del Gigante Verde. Formo parte de los protagonistas de nuevo, pero no os diré si vivo o repito muerte, para eso tendréis que llegar al final de la novela. Sigue habiendo aventuras, muertes, muchos zombis y armas, pero esta vez con un uso totalmente justificado.

Para mí es un honor abrir este libro con mi prólogo y espero que lo disfrutéis tanto o más que nosotros

cuando hace ya tantos años comenzamos a escribir aquella locura titulada *La Casa de la Colina*. Por mi parte disfrutaré cada una de sus páginas y solo echaré de menos tener al lado una Mirinda fresquita y un Frigorón para acompañar la lectura.

Las puertas de *La Casa de la Colina* se abren para ti.

¡Suerte!

1. DESPERTAR

Esta mañana he empezado a recordarlo todo... Tras interminables noches en vela en las que angustiosas pesadillas me atormentaban. Tras días confusos y perturbadores, envueltos en una espesa bruma, como si extraños sueños ebrios nublaran mi entendimiento. Por fin, la luz se abre camino en mi mente, rememorando cientos de imágenes que llegan a abrumar mi razón. Me transportan a otra época, cuando era solo un niño y estudiaba en el colegio.

Debía tener unos diez años. Era feliz, sin otras preocupaciones que las de cualquier chico de esa edad: divertirme con los amigos y aprobar el curso. En ese orden, aunque era evidente que mis padres no opinaban lo mismo. Sus prioridades eran justamente las contrarias y me invitaban a estudiar con insistencia para que intentara sacar las mejores notas de la clase. Pero la verdad es que cada día esperaba con anhelo la hora del recreo, escuchar el timbre y bajar las escaleras en tropel junto a mis compañeros para asaltar el patio. Adoraba esos momentos de esparcimiento. Jugábamos al fútbol, al escondite, al rescate... Recuerdo cómo en una ocasión corría incansable tras el desafortunado Óscar, un niño de tez morena y profundos ojos oscuros que se sentaba dos filas delante de mi pupitre. Yo no era ni de lejos el más rápido de la clase, pero sí que era muy persistente. Cuando elegía un objetivo no dejaba de perseguirlo hasta que lo atrapaba, y aquel día le había tocado a él. Óscar, cansado, finalmente tiró la toalla y se dejó atrapar con gesto apesadumbrado.

–¡Contagiado! –Grité mientras le golpeaba la espalda con la mano abierta.

–Jo, Roberto. Ya podías haber perseguido a otro. Así no se puede jugar –contestó Óscar a media voz por el esfuerzo. Trató de recobrar el aliento, apoyando las manos sobre las rodillas; llevaba más de diez minutos inmerso en una agotadora e infructuosa huida y el muchacho lo estaba acusando. Antes de que se recuperara del todo, salí corriendo en busca de mi siguiente víctima. Sabía que en breve mi amigo me acompañaría. Ahora que formaba parte de mi equipo, debía ayudarme a alcanzar al resto.

Así pasábamos las horas, corriendo y saltando, riendo y soñando. Disfrutando de la vida. Teníamos todo el futuro por delante.

Me duele... la cabeza. ¿Teníamos futuro? Algo pasó. Me cuesta pensar. Las tinieblas vuelven. No, espera.

Pienso en aquella época y todo se aclara de nuevo, los recuerdos vuelven a invadirme como un impetuoso torrente de agua fresca que discurre enérgico entre profundos despeñaderos de oscuros pensamientos.

Parece increíble, pero ya por aquel entonces tenía un amigo al que le encantaban las películas de terror, se llamaba Álvaro. Alucinaba con la capacidad para tolerar el miedo que mostraba a tan temprana edad, aún hoy me cuesta asimilarlo. Por aquel entonces, yo todavía amenizaba las noches a mis padres, presentándome temeroso en su cama ante cualquier pesadilla. Sobre todo si había visto alguna escena medianamente violenta en la televisión ese día. Una vez, estuve casi una semana sin poder dormir solo, tras contemplar a escondidas desde el quicio de la puerta del salón de mis abuelos cómo en el canal UHF la lozana hija del posadero era atacada por aquel conde siniestro al comienzo de *El Baile de los Vampiros*. No podía quitarme de la cabeza la imagen de esos afilados colmillos desgarrando el terso cuello de la indefensa chica ¡Qué sorpresa cuando más tarde me enteré que era una película cómica! Sin embargo, Álvaro se había tragado sin inmutarse toda una colección de películas de zom...bis, me cuesta... me quema... esa palabra... ¿qué le pasa a mi cabeza? Creo que no me equivoco al afirmar que

no se había estrenado hasta la fecha ninguna cinta donde aparecieran esos zom... muertos, y que él no hubiera visto.

Y es que era un experto en el tema, o al menos eso decía él. Tenía sus propias reglas de supervivencia. Aseguraba conocer el comportamiento de los muertos vivientes y estaba convencido de que podría controlar cualquier situación donde la amenaza fuera este tipo de engendros. Medía un metro noventa y... ¿Un metro noventa? No puede ser... era solo un niño de apenas diez años...

–Tranquilo Roberto, recuerda que estamos preparados para esto. –Me dijo una vez, sujetando el machete serrado en su mano. Del filo resbalaban gotas de sangre medio coagulada que se perdían ocultándose entre el patrón de camuflaje del pantalón de su unifor...

¿Machete? ¿Sangre? ¿Uniforme de camuflaje? ¡¿De dónde sale todo eso?! ¿Qué me ocurre? Dios mío, ¡¿Qué me ocurre...?!

Álvaro era un niño muy delgado y bastante alto para su edad. Me sacaba unos cinco centímetros, y eso que mi estatura era considerable. Siempre llevaba su pelo moreno muy corto, lo que dejaba al descubierto sus prominentes orejas algo asoplilladas. En la mejilla lucía una larga cicatriz que recorría su rostro desde la comisura del labio hasta más allá del pómulos. Fue un regalo que su gato Fújur le hizo cuando tenía tan solo cinco años. Siempre me hizo gracia que le pusiera a su mascota el nombre del perro dragón de *La Historia Interminable*. Su carácter abierto y alegre lo llevaba a invitarnos muy a menudo a su casa, un piso de tres habitaciones que estaba tan solo a una manzana del colegio. Solíamos aceptar gustosos su invitación y siempre nos presentábamos dos o tres amigos después de clase. Su madre, una mujer alta y delgada como él, nos esperaba con una sonrisa y nos hacía pasar al fondo del pasillo. Para mí era especialmente agradable entrar en su habitación. Me encantaba. Cada vez que ibas te podías encontrar una cosa nueva y fascinante que normalmente no veía en las casas del resto de mis amigos: cientos de comics de superhéroes, figuras coleccionables de Star Wars, juegos de rol importados directamente de Estados Unidos, una cabeza de tiburón disecada colgada de la pared, una auténtica daga marroquí con la hoja curva oxidada, decenas de juegos para su Spectrum y, sobre todo, su magnífica colección de películas.

Es cierto que me daba mucho miedo por las noches, pero no podía evitar el morbo de ver una película que, por mi edad, tenía prohibido contemplar en mi hogar. Y no eran pocas las veces que, degustando unas crujientes palomitas, nos sumergíamos en aquellas historias de terror en su gigantesca televisión de veintiuna pulgadas. Las imágenes de Drácula, Freddy Krueger, Jason o cualquier otro terrible monstruo acabando con algún estúpido y descuidado adolescente, me acompañaban en mis sueños durante varias semanas. Pero no había nada que me asustara tanto como los repugnantes muertos vivientes. Esos putrefactos seres, con su lento caminar, con las manos extendidas, avanzando implacables, buscando trozos de carne fresca que devorar.

No son lentos. Corren como demonios. Los he visto correr hacia mí. Corren, golpean, agarran, muerden..., ma...tan. La cabeza me va a estallar. ¡Óscar, estás contagiado! ¿Me estoy volviendo loco?

Una vez, tras ver una película en la que los muertos se levantaban a causa del vertido de un barril con residuos radiactivos, nos pusimos a charlar sobre ella. Ese día solo habíamos subido a su casa Jorge y yo. Jorge era un chico bastante singular. Desde que lo conocía, siempre llevaba una chaqueta de cuero con hebillas. Él decía que era su segunda piel. Su cara me recordaba terriblemente al Joker de Batman, sobre todo cuando sonreía. El profesor lo consideraba uno de los niños problemáticos de la clase, en parte con razón. Era uno de los pocos chicos que preferían fumarse un cigarrillo en los lavabos a atender en clase. No sería de extrañar si estuviéramos en el instituto, pero solo íbamos a quinto de EGB. Con esa edad ni siquiera le vendían tabaco en los estancos, pero él se las apañaba para robarle los paquetes de BN a una tía solterona que visitaba a su familia de vez en cuando. Álvaro siempre decía que fumaba para

reafirmar su personalidad, pero tras su fachada rebelde, todos sabíamos que era un pedazo de pan.

La película había sido bastante divertida porque se trataba de una curiosa mezcla de humor y terror, logrando que te asustaras y rieras a la vez. Me parece recordar que se llamaba algo así como *El Regreso de los Muertos Vivientes*. Rápidamente la conversación se fue animando.

—Como habéis podido ver, a los podridos hay que cargárselos golpeándolos en la cabeza hasta destrozarse el cerebro. O con un buen tiro en los sesos —Álvaro apuntó con su dedo índice sobre mi sien y simuló disparar. Le encantaba llamar podridos a los zombies.

—Pues mi padre dice que también sirve una buena descarga eléctrica. Al parecer, se fríen las neuronas y ya no pueden realizar *sinopsis* o algo así. Se quedan tiesos. —La sonrisa inquietante de Jorge apareció cuando vio nuestras caras desconcertadas.

Álvaro parecía un poco enfadado, ese era su tema y no aceptaba el intrusismo.

—¿Qué dices? No te inventes las cosas. Eso de la electricidad es una tontería.

—No me lo invento. Se lo escuché cuando charlaba con un compañero del trabajo que vino a cenar a casa. Me sorprendió que a ese señor tan mayor le interesaran las cosas de zombies.

—Tu padre qué sabrá. ¿Ha visto alguna de las películas de Romero? ¿Eh? No tienes ni puta idea.

—No sé si las habrá visto, pero él es científico y, aunque sea un capullo, sabe mucho de todo. —De un tiempo a esta parte no le tenía mucha simpatía a su padre y nosotros pensábamos que esa era la causa principal de su rebeldía.

—¿De todo? Entonces sabrá qué le ha ocurrido a las neuronas del tonto de su hijo. —Un cojín voló por la habitación hasta impactar en los morros de Jorge.

La charla se convirtió en una pequeña pelea, y en breve estábamos los tres rodando por el suelo, riendo y simulando un combate de lucha lib...

—¡Un momento! ¿Esta conversación cuándo tuvo lugar? Tuvo que ser antes de la epidemia, ¿verdad? ¿Cómo sabíais lo de la electricidad?

¿Qué me ocurre? ¿Qué es esa voz? ¿Epidemia...? Otra vez no, por favor...or. ¡Otra vez no!

—Con esta chupa no pueden atraparme. Sus sucias manos resbalan y me zafo sin problemas. —Jorge se había dejado barba y estrenaba chaqueta de cuero, pero su sonrisa me seguía poniendo tan nervioso como cuando éramos niños.

¡Estábamos en el colegio! Éramos niños...

—Tranquilo, Roberto. Discúlpame. He sido un imprudente. Déjame presentarme. Soy el doctor Olías. Has tenido un accidente y te encuentras en el hospital. Has estado muy grave, pero te estás recuperando poco a poco. Es normal que te sientas aturdido, pero no debes preocuparte. Aún estás semiconsciente. Pero es importante que procures serenarte y centrarte en recuperar la memoria.

¿Cómo? ¿En el hospital? No es posible. No recuerdo ningún accidente. Me partí la pierna cuando tenía cinco años por subir, junto a mi primo Pedro, a un muro de unos dos metros de altura. No pude mantener el equilibrio, las botas de fútbol que calzaba no ayudaron mucho a ello, caí y me partí la tibia y el peroné. Como estábamos en el pueblo, fue un trastorno trasladarme hasta Madrid. Gracias a un correcto entablillado y la posterior escayola me libré de que me operaran. Desde entonces, no he tenido ningún otro accidente.

Iba a clase todos los días. Estudiaba y jugaba con los amigos. Todo era perfecto hasta que todo cambió... fuimos de excursión a la Casa de la Colina.

–Perdona que insista. Necesito que recuerdes la conversación que mantuviste con Jorge y Álvaro tras ver aquella película. Sé que estás confuso. Necesito que intentes ser lo más preciso posible y me digas qué año era o qué edad teníais cuando hablasteis de aquello.

Diez años. El ochenta y pico, no sé. Ahora me parece que fue hace mucho tiempo. La madre de Álvaro se había ido a hacer la compra a un centro comercial que había debajo de su casa. Nosotros aprovechamos para usar el viejo video Beta que tenía en el salón.

–Entendido. ¿Sabrías decirme cómo se llamaba el padre de Jorge? ¿O dónde trabajaba? Es muy importante.

Creo que lo conocíamos como el Señor Durán. Era un hombre muy estirado que en raras ocasiones iba a buscar a Jorge a la salida del colegio. Solo lo vi una vez. Fue una semana antes de que murieran mis padres. Irrumpió en el aula mientras estábamos en clase de matemáticas, mi preferida. Mostraba una expresión seria, muy acorde al impecable traje negro que vestía. Habló un segundo con el profesor, ambos parecían preocupados. No puede evitar que me hiciera gracia la manera en que se balanceaba su bigote mientras susurraba su disculpa al maestro. Cuando tuvo el visto bueno de este, cogió a Jorge del brazo y se lo llevó casi a la rastra.

–¿Dónde vamos? ¡No quiero irme! Esta tarde tengo partido de fútbol y no me lo quiero perder.

–¡Cállate y anda! ¡Tu madre nos está esperando en el coche! –ordenó en tono severo. Tiró aún más fuerte del chico, provocando que este se golpeará en el hombro con el marco de la puerta al salir.

–¡Cabrón! ¡Déjame en paz! ¡No consentiré que nos levantes la mano nunca más! –Con un movimiento brusco se soltó y retrocedió un par de pasos.

Se hizo el silencio en la clase. Jorge miraba a los ojos a su padre con expresión desafiante. Nunca lo había visto tan encendido. Ni siquiera aquella vez que un abusón de octavo amenazó con quitarle su querida chaqueta. La tensión casi se podía masticar.

–¡Como me llamo Jacinto Durán que tú te vienes conmigo! –La voz sonó tan cortante como una guillotina cayendo sobre el cuello de algún noble francés.

Viendo el cariz que estaba tomando la situación, Don Juan, nuestro profesor, decidió mediar entre ambos.

–Jorge, hijo, acompaña a tu padre. No debería ser yo quien te diga esto –dijo mirando con aire acusatorio al padre–, pero al parecer tu madre está muy enferma y debéis viajar fuera de Madrid para que la traten.

La cara de mi amigo se contrajo como si hubiera recibido un fuerte golpe en el estómago.

–¿Es eso cierto? –preguntó casi entre lágrimas–. ¿Mamá vuelve a estar mala?

–Sí hijo. Es verdad. Debemos partir de inmediato.

Se fueron, y no volvimos a saber nada de Jorge.

Eso no es cierto, regresó..., a las dos semanas. Todo se había descontrolado ya. Estábamos en el colegio... escondidos.

–¿Habéis escuchado? Jacinto Durán. Buscad toda la información que haya sobre él. Averiguad dónde trabajaba. Si sigue vivo en la actualidad. ¡Todo! Quizás tenga respuestas.

¿Qué? Trabajaba en... era científico. Eso decía Jorge continuamente. Al parecer, era lo único que le enorgullecía de su padre. Nunca hablaba de él si no era para decir que era científico y que sabía de todo.

–Mi padre la ha cagado. La ha cagado totalmente. Todo es culpa suya. Madre ha muerto por su culpa. Todos... –Jorge rompió a llorar–. Hijo de puta. Lo mataré. Algún día lo mataré.

El día que volvió llovía abundantemente. Gracias a la lluvia, que evitaba que el olor corporal surcara el aire hasta... ellos, pudo presentarse en el colegio sano y salvo. Parecía agotado. No quise imaginar por lo que había pasado para llegar hasta allí. Traía su famosa chaqueta totalmente empapada de agua, barro y san...

¡No! Estábamos en el colegio. Éramos felices. Jorge volvió y pasamos semanas jugando y riendo. Dentro, en el gimnasio, porque fuera llovía mucho. Muchísimo. No podíamos volver a casa. Pero el futuro seguía siendo nuestro. No había nadie fuera. ¡No había nadie fuera!

–Roberto, antes no hablaba contigo. Estaba dando órdenes a unos compañeros. Me están ayudando con tu caso. Siento haberte desorientado. Ahora me gustaría que intentases explicarme qué ocurrió en la excursión que has comentado antes.

¿La Casa de la Colina?

–Sí, eso es, la Casa de la Colina. Mencionabas que todo había cambiado con ese viaje. Quizás nos ayude a saber qué te ocurrió. Cuéntamelo todo. Intentaré no interrumpirte.

2. NOS VAMOS DE EXCURSIÓN

Don Juan fue nuestro profesor desde tercero a quinto de EGB. Lo de llamarle Don, y no simplemente Juan, iba implícito en el cargo de maestro. En aquellos tiempos, les poníamos el Don delante del nombre como señal de respeto y deferencia. En muchos casos no eran merecedores de ello, puesto que pretendían ganárselo a golpes. Un ejemplo de este tipo de canallas era nuestro profesor en primer curso, Don Primitivo, un decrépito anciano que no dudaba en llamar nuestra atención a base de capones en la cabeza, golpes con la compacta regla de madera en las palmas de las manos, o fuertes tirones de las orejas con sus nudosos dedos. Tampoco escatimaba en lanzarnos tizas desde el encerado simplemente porque escuchaba algún susurro. Una vez impactó a Álvaro en plena frente dejándole una mancha de polvillo blanco entre las cejas.

Pero Don Juan no era uno de esos. Era un hombre afable y bonachón, de unos cincuenta años, que estaba empeñado en hacer de nosotros grandes personas. Sus clases eran muy instructivas porque sus conocimientos eran bastante amplios y se explicaba como un libro abierto. Pero aunque era un buen comunicador, nosotros solíamos tender a distraernos con cualquier tontería y a prestarle poca atención.

Eso era al principio, antes de... aquello. Después le prestábamos toda la atención del mundo. Nos iba la vida en ello. Jamás hubiera pensado que un hombre como él sería capaz de tomar las riendas en los momentos de desesperación. Pero lo hizo, y nos mantuvo a salvo. Al menos los primeros días.

Una mañana, tras la lección de lengua, Don Juan se quitó las grandes gafas de pasta y se las guardó en el bolsillo del chaleco. Solía vestir ese tipo de chaquetas de paño acompañadas de sobrias corbatas para intentar ocultar su prominente barriga, cosa que no conseguía en absoluto. Con parsimonia, se levantó de su silla y, dirigiéndose a la clase, dijo:

–Chicos, he hablado con el director y me ha dado permiso para que hagamos una excursión que llevo tiempo intentando preparar. Visitaremos una granja escuela en Segovia. Estaremos allí una semana aprendiendo cómo es la vida en el campo y conviviendo con gallinas, ovejas, vacas y otros animales domésticos.

–Espero que haya leones. Mi primo dice que cuando me quito la camiseta soy igualito que Tarzán. –Rubén siempre se había creído muy gracioso, pero la verdad es que nunca le terminé de ver la chispa a sus ocurrencias. Era el niño más bajo de la clase, y siempre pensé que intentaba compensar su falta de estatura contando chistes malos sin parar. En esta ocasión, he de reconocer que varios de mis compañeros se rieron con ganas de su broma.

–No, Rubén, no habrá leones, ni tigres, ni nada por el estilo, solo animales de granja –explicó el profesor sin entrar al trapo. Sacó un montón de papeles y empezó a repartirlos–. Por favor, si queréis asistir, traed estas autorizaciones firmadas por vuestros padres antes de la fecha de partida. Saldremos el doce de abril...

Aquel día... doce de abril. Sangre... Gritos al otro lado del cristal. Las lágrimas me inundaban los ojos. Estaban ahí y no podíamos hacer nada. Iban a morir todos delante de nosotros. Mi hermana no, por favor, no ¡Mi hermana no! Llevaba el vestido de flores...

Mi hermana me acercó la tarta con las once velas encendidas. Brillaban como una extraña constelación de estrellas titilantes en medio de la habitación a oscuras. Azu llevaba el precioso vestido de flores que le había hecho mi madre el verano anterior. Había tardado casi un mes en confeccionarlo, pero el trabajo

había merecido la pena. Estaba radiante.

–¡Felicidades Róber! –chilló alegremente–. ¡Sopla! –Logré apagarlas todas de un único soplido. El humo que desprendieron se introdujo en mis fosas nasales invadiéndolas con un penetrante olor que me recordó vagamente al de la iglesia de mi barrio–. ¡Bieeeeeen! Pide un deseo.

–Que papá y mamá me dejen ir a la excursión.

–No se debe decir en alto o no se cumple –Azucena miró a mis padres para confirmar sus palabras–. ¿Verdad, papá? El deseo se tiene que pedir en silencio.

Solo tenía siete años y con aquel vestido parecía una muñeca. Mi padre le sonrió y le acarició la cabeza con ternura.

–Claro cariño. En voz alta no vale. –Luego se puso serio y se dirigió a mí–. Sabes que mañana nos vamos. Tu madre quiere pasar la Semana Santa en el pueblo y ya está todo preparado. –Mi madre asintió confirmando sus palabras.

–Jo, pero si me habíais firmado la autorización. ¿Por qué ahora cambiáis de opinión? –Mi padre parecía no saber qué contestar. Continué con tono suplicante–. Todos mis amigos van. Va Álvaro, va Mariscal, va Rodrigo, va Óscar, va...

–Vale, vale. Déjame que lo hable con tu madre. Quizás podamos dejarte pasado mañana en el colegio y salir para el pueblo desde allí. Pero no te hagas ilusiones.

Mi madre puso cara de sorpresa y después de enfado, pero no dijo nada. Era mi cumpleaños y no quería que los viéramos discutir en un día tan especial. Me puse muy contento y comencé a dar gritos de alegría. Mi hermana saltaba y reía conmigo, sin saber muy bien por qué.

–¡Voy a la Casa de la Colina! ¡Voy a la Casa de la Colina!

–¿Dónde? ¿No era a una granja escuela? –preguntó mi madre extrañada.

–Sí, es eso. Pero es que tenemos un juego. Álvaro lleva unos días diciendo que vamos a una casa encantada de la que muy pocos volveremos: La Casa de la Colina. Es para asustar a los demás. Ya estoy pensando en las historias de miedo que voy a contar por la noche. La del autoestopista, la de “los niños están muertos en el piso de arriba”, la del loco con el hacha que se había escapado del manicomio...

–Qué raritos sois. –Mi madre esbozó una sonrisa, pero seguía teniendo un atisbo de preocupación en la mirada.

Me cantaron el cumpleaños feliz a coro y nos comimos la tarta que como siempre estaba deliciosa. Mi madre hacía unas tartas muy ricas, en particular la de San Marcos, que era mi preferida.

Ya nunca... podrá... hacer más.

Cuando terminamos, mis padres recogieron los platos y se fueron a la cocina para fregarlos. Azu y yo nos pusimos a jugar con los juguetes que me habían regalado. Algunos clics de Playmobil, un coche en miniatura, un libro, una pelota de goma con una imagen de D'Artacán y los Tres Mosqueperros impresa en ella y lo que más me había gustado: una pistola que disparaba flechas con una ventosa en la punta. Yo disparaba y mi hermana se escondía entre las sillas del salón, procurando que no lograra alcanzarla. Afiné la puntería y una de las ventosas la alcanzó de pleno en la nariz.

–¡Toma bastardo! Eso te enseñará a no meterte con la UAZ. –Ya no me podía permitir dudar. Los sesos del engendro salpicaron la pared que había tras él, creando un dibujo escarlata que aparentaba ser una de esas pinturas abstractas que ahora colgaban solitarias en los museos sin ningún visitante que las contemplara. Rápidamente, giré hacia el oscuro pasillo. Álvaro estaba allí, sujetando su semiautomática con firmeza. Me hizo la señal de todo controlado. Había abatido a otros dos infect... No puedo.

–¿No has oído las noticias? Algo pasa, Antonio. Hablan de una infección. Lo mejor es que nos lo

llevemos al pueblo con nosotros. Tengo miedo. –Escuché que decía mi madre con preocupación en la cocina.

–Mujer, seguro que no es nada grave. Siempre alarman con cada nueva enfermedad para tener algo que contar en el telediario. Será gripe, o legionela, o cualquier otra cosa sin importancia. Además, al fin y al cabo él también saldrá de Madrid. Lleva un mes muy ilusionado y se lo habíamos prometido. De verdad, si vemos que la cosa va a más, yo mismo iré a buscarlo y lo traeré de vuelta.

La discusión siguió entre susurros durante unos minutos. No logré comprender todo lo que decían, porque seguía jugando con mi hermana en el salón. Cuando volvieron de la cocina mi madre estaba cariacontecida y mi padre sonreía.

–Por ser diez de Abril, esta vez te has salido con la tuya. –Me guiñó un ojo–. Pero vas a tener que portarte muy bien. Prepara tu maleta. Pasado mañana te vas a la Casa de la Colina.

Me fui a mi habitación dando saltos de alegría y llamé a Álvaro enseguida para darle las buenas noticias. Hacía unos días que Jorge se había ido del colegio y cuando se enteró de que yo tampoco iba a la excursión se había puesto algo triste. Se llevaba bien con el resto de los compañeros, aunque estaba claro que prefería que alguno de nosotros fuera con él. Teníamos más sintonía.

–¡Me alegro un montón de que vengas! La Casa de la Colina no sería lo mismo sin ti, Calabaza. –Me llamaba así porque, según él, mi cabeza era grande. Al menos no me pusieron el apelativo de “Cabezabuque” como a Mariscal. Eso sí era una cabeza de proporciones épicas.

–Me voy a llevar un libro de casas encantadas que me han regalado por mi cumple –dije. Evidentemente era un libro para niños, lleno de ilustraciones y tópicos como el fantasma con cadenas o el candelabro que se enciende solo–. Así podremos leerlo por las noches. Es genial, ya verás.

–¡Guay! Ya verás qué sustos vamos a dar a las chicas. ¡Hasta tengo pensada una broma con la que se van a cagar las patas abajo! Una noche podríamos salir fuera de la granja, embadurnarnos de barro, como si estuviéramos putrefactos, y andar hacia la casa tambaleándonos y gimiendo simulando que somos zombis.

¡Zombis! ¡Zombis por todos lados! Corrían hacia nosotros desde todas las direcciones. La misión estaba siendo un desastre. Mariscal había caído y el perímetro de seguridad estaba roto. Nos agrupamos en el centro de la plaza. Espalda contra espalda. Éramos un equipo. Ellos llegaban a borbotones y nos rodeaban estrechando cada vez más el círculo. Por suerte el pueblo era pequeño y tuvimos munición suficiente para acabar con todos y limpiar la zona.

El adoquinado quedó cubierto de cadáveres. ¿Cómo era posible que todos estuvieran infectados? Había más probabilidades de encontrar lugares limpios en las zonas rurales. Desgraciadamente, en ocasiones el periodo de incubación dura... más. El mal se extiende... ¿Qué edad teníamos? Se me mezclan las imágenes. ¿Dónde estábamos? En el autobús.

El doce de abril amaneció un radiante día de primavera. El sol resplandecía en un cielo azul sin rastro de las nubes que habían rondado las últimas semanas. Destellos brillantes salpicaban el césped del parque Aluche cuando la luz reflejaba en las gotas de rocío. Era un día perfecto, que parecía que solo podía traer buenos augurios. Qué equivocado estaba. A las diez de la mañana, todos subimos al autobús que nos esperaba en la calle que separaba nuestro colegio del normalmente abarrotado y ruidoso centro comercial donde solía comprar la madre de Álvaro. Hoy en el mercado reinaba el silencio porque era domingo y sus puertas se encontraban cerradas al público. Se había decidido que partiéramos hacia la granja ese día para evitar los interminables atascos de la temida operación salida de Semana Santa. Finalmente, nos habíamos apuntado a la excursión unos treinta alumnos.

Éramos... veintisiete, veintiocho cuando llegó Jorge. Trece niñas y quince niños. Llevábamos muchos

días encerrados. Teníamos que conseguir comida para todos. Don Juan comenzó a organizarnos desde el primer momento. Llovía mucho fuera y no se veía a nadie en las calles, todo parecía paz y serenidad. El colegio era nuestro refugio del aguacero y de... ellos. Arrullado por el tintineo continuo de la lluvia, dejé volar mi imaginación. Empecé a canturrear para mí mismo: “Está lloviendo hoy, el cielo está gris, llueve fuera, sí, y yo no puedo salir, pero es bueno que... llueva hoy”. De pronto me encontraba en el salón de mi casa, viendo plácidamente *Barrio Sésamo*. Mi madre trajo la merienda y me dispuse a contarle con avidez las peripecias del día. La ilusión terminó cuando la voz de Don Juan me empujó de nuevo a la realidad, una realidad devastadora en la que la aparente tranquilidad era una cruel trampa. El profesor estaba repartiendo las escasas raciones para la cena. Íbamos a pasar allí otra noche. No podíamos salir. Sabíamos que estaban allí. Silenciosos. Esperando. Ellos no se cansan de esperar. Pueden esperar eternamente...

Mis padres y mi hermana esperaban de pie junto al resto de familiares en la acera. Los miré con cariño a través del cristal del autobús y los saludé jovialmente con la mano. Ellos me respondieron con el mismo gesto. Mi madre parecía triste, melancólica. Azu reía y daba saltitos alegremente como si se tratara de la abeja Maya y acabara de encontrar un buen puñado de polen. Mi madre le había vuelto a poner el vestido de flores, que estrenó en mi cumpleaños y con el que estaba tan guapa, porque pensaban ir a misa en cuanto llegaran al pueblo.

Por fin llegó el momento de partir. El conductor cerró la puerta y arrancó el motor que hizo que el autobús comenzara a avanzar muy lentamente por la calle, dejando unos metros atrás a nuestros familiares.

–¡Adiós! –gritó Azu. Lucía una preciosa sonrisa en la cara y agitaba el brazo con fuerza..

Adiós. Adiós. Nos fuimos.

La pena me embarga. Mi mente se nubla. No puedo recordar nada más. Es insoportable el dolor. ¿Doctor? ¡Por Dios! No me haga seguir recordando.

–Estoy aquí. Entiendo que esto es muy duro para ti. Te voy a aumentar la dosis de calmante. Te sentirás mejor, pero debes continuar. Estamos empezando a atar cabos. Creo que nunca llegasteis a ir a la Casa de la Colina, ¿verdad?

Sí que fuimos a la Casa de la Colina. Estuvimos allí un mes..., no, muchos años. Aunque solo recuerdo a los chicos. Las chicas no estaban. Ni Don Juan. Solo había monstruos. ¡Nos querían matar! ¡Nos querían matar!

–Está bien, está bien. Estuviste allí. ¿Le habéis subido ya la dosis? ¡¿A qué coño esperáis?! Roberto. Intenta pensar en cuando jugabas en el patio con tus amigos. Eso te ayudará.

Debía tener unos diez años. Era feliz jugando con mis compañeros en el patio a la hora del recreo. Todo iba bien y no teníamos preocupaciones.

–Parece que la droga por fin te está haciendo efecto. Relájate. Cumpliste los once, tus padres te dieron permiso y montaste en aquel autobús. La excursión iba a comenzar. ¿Qué pasó entonces?

Todo empezó...

¡Dios mío! Las imágenes me abruman. ¡No quiero recordar! No me deis más droga. ¡No quiero recordar! ¡Es horrible!

—Llora lo que necesites, te dejaré unos segundos. ¡Incrementad al doble! Parece que este suero funciona mucho mejor. Roberto, cuando estés preparado cuéntame que ocurrió ese día. Sabes que aquí estás a salvo. Aquello ya pasó.

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Por fin llegó el momento de partir. El conductor arrancó el motor y comenzó a avanzar por la calle.

—¡Adiós! —gritó Azu.

Se escuchó una especie de chasquido mecánico. Daniel, el mudo, acababa de tirar una foto a nuestros familiares con su cámara polaroid. La llevaba colgada al cuello y, desde que subimos al autocar, la sujetaba nervioso con ambas manos como si temiera que alguien se la fuera a quitar. Le llamábamos el mudo porque era extremadamente tímido, tanto que cuando lo conocí llegué a pensar que era autista. Solo hablaba si era estrictamente necesario. Hasta el punto de que el primer día de clase ni siquiera contestó cuando el profesor le preguntó por los ríos de España. Como el niño guardaba silencio, Don Juan insistió:

—¿No conoces los ríos de tu país o es que te ha comido la lengua el gato?

A él no, pero a aquel policía se la arrancaron de cuajo. El asqueroso... ser que la masticaba como si se tratara de un delicioso chicle Cheiw era la madre de... la madre de...

Para mi sorpresa, Daniel habló en el autobús, retiró los ojos del visor de la cámara y, mientras la fotografía salía por la ranura inferior, señaló hacia el cristal en dirección a la calle.

—Mirad, ¿quiénes son esos? —dijo.

El inaudito sonido de la voz del mudo fue suficiente para que todos los que estábamos cerca de él mirásemos hacia donde señalaba. Lo que vimos nos resultó bastante extraño.

Un cura, de unos cuarenta años de edad, corría como alma que lleva el diablo hacia nuestra comitiva de despedida. Iba vestido con una casulla roja de oficiar misa. Su rostro estaba desfigurado, supuse que por el esfuerzo de la tremenda carrera. Al parecer, huía de una marabunta de personas que lo seguían de cerca. Los más próximos al sacerdote eran unos diez jóvenes de entre quince y veinte años. Debía ser el coro de la iglesia, ya que todos iban vestidos con sus mejores galas de domingo y, además, uno de ellos llevaba una guitarra colgada del hombro izquierdo, como si la hubiera estado tocando momentos antes. Me pregunté qué podía haber hecho el cura a esos muchachos para que lo persiguieran de esa manera y el guitarrista no hubiera parado siquiera a dejar su instrumento a un lado. Sus semblantes también lucían desencajados, aunque, ahora que me fijaba, parecían mostrar una mueca de odio más que de cansancio. Pero lo que realmente me inquietó, fue ver que algunos de ellos parecían tener manchas de una sustancia de color carmesí en la cara y la ropa. Detrás del coro, venían el resto de feligreses. Eran unas cien personas de todas las edades, pero fundamentalmente mujeres que ya habían pasado la cincuentena y que probablemente se sentaban en los bancos delanteros de la iglesia cada eucaristía, esperando que eso las permitiera salvarse las primeras el día del Juicio Final. Increíblemente, también corrían todo lo rápido que podían. Era evidente que con más dificultades que los jóvenes que iban por delante, pero mucho más rápido que cualquier otra persona de su edad que yo hubiera visto hasta entonces. Era como si no se cansasen...

—No se cansan, eso es lo primero que debéis aprender. No necesitan oxígeno, no respiran. Su corazón no late, sus músculos pueden funcionar a máximo rendimiento eternamente. No me preguntéis por qué, porque no tengo ni puta idea. Solo sé que en eso son superiores a nosotros. Evitad en lo posible el enfrentamiento directo o terminaréis siendo uno de ellos. Repito, eludid la lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, no son muy listos, más bien todo lo contrario. Su cerebro, aunque funciona a niveles básicos,

está claramente dañado. No son capaces de razonar más allá de lo que lo haría un animal. Actúan por instinto. En eso sí tenemos una gran ventaja y puede ser nuestra mejor arma en cualquier conflicto. Usad vuestro intelecto y esos sucios podridos no podrán con vosotros. Recordad esta primera lección durante el resto de vuestra vida.

–Eso ya lo sabemos. ¿No nos puedes contar algo nuevo? –susurró Rubén para que solo lo escucháramos los de alrededor. Era el primer día que nos poníamos el uniforme. Me fijé que a él le quedaba especialmente mal. Le sobraba bastante en las mangas y las perneras le arrastraban por los suelos, aunque le habían dado la talla más pequeña y se había remangado los pantalones dándoles un par de vueltas. Probablemente tendría que cortarlos y arreglarlos cuando volviéramos al barracón. El infeliz no había crecido mucho en los últimos años en..., en..., en la Casa...

3. ATAQUE

Los que nos despedían desde fuera del autobús no se habían percatado de la presencia de la extraña procesión que se aproximaba por sus espaldas, seguían con toda su atención puesta en nosotros. Además, aunque eran varias decenas y venían a todo correr, no emitían ningún sonido aparte del golpeteo sordo de sus rápidas pisadas, que era en gran parte amortiguado por el rugido del motor. En un suspiro, llegaron a la esquina del despoblado centro comercial, a unos escasos treinta metros de donde se encontraban nuestros padres. Fue entonces cuando me di cuenta de que la casulla del sacerdote no era roja, había obtenido ese color a causa de la sangre que manaba a borbotones de una profunda herida que tenía en el cuello. Me estremecí y un repentino mareo amenazó con apoderarse de mí. Siempre me había impresionado mucho la sangre, verla brotar de esa forma era superior a mis fuerzas. ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? ¿Cómo podía correr como lo hacía con la cantidad de fluido que estaba perdiendo? Peor fue cuando nos percatamos que las manchas carmesíes que tenían el resto de corredores se debían a laceraciones similares. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se me escapó un grito de angustia y empecé a dar golpes en el cristal con toda la energía que pude reunir. Intentaba avisar a los de abajo de lo que se les acercaba por detrás. No reaccionaron, excepto mi madre que tiró del brazo de mi padre y me señaló con el dedo, sonriendo. Él me saludó efusivamente. ¡No se percataban del peligro que se cernía sobre ellos! ¡Me saludaban y reían!

Uno tras otro, mis compañeros me imitaron y en un instante el interior del vehículo se convirtió en una jaula de locos.

—¡Cuidado!

—¡Detrás de vosotros!

—¡¿Qué le pasa a esa gente?!

—¡Dios mío!

—¡Van a atacarlos!

Don Juan, que desde que habíamos subido al autocar había estado hablando con el conductor sobre los detalles del viaje, le hizo un gesto para que detuviera el vehículo un momento y se volvió hacia nosotros intentando averiguar qué ocurría. Cuando el conductor apagó el motor, algunos de nuestros familiares, que ahora nos observaban extrañados, parecieron escuchar a la horda y se giraron para ver lo que sucedía. Era tarde. Aquellos dementes... zombis, eran zombis... se abalanzaron sobre los pobres desgraciados sin mediar palabra y comenzó el feroz ataque.

Fue horrible. Los infelices no tuvieron ninguna posibilidad, ninguna. Los monstruos golpeaban, arañaban, mordían, desgarraban. La sangre salpicaba en todas las direcciones. En un momento la escena se tornó escarlata. Los gritos de dolor y pánico eran ensordecedores. Aún retumban en mis oídos martilleando insistentemente, no me dejan olvidar. Pude ver perfectamente cómo el chico de la guitarra derribaba a mi hermana y de una dentellada le arrancaba media cara. ¡Mi hermana! ¡Mi pequeña Azu! No puedo explicar con palabras el desconsuelo que inundó todo mi ser. No podía estar pasando eso. Su preciosa cara convertida en un amasijo de carne del que sobresalía un único ojo colgando entre jirones de piel. Mis padres no pudieron hacer nada por ella. Esos miserables los habían derribado y se los... se los... ¡estaban comiendo vivos! Nunca olvidaré sus gestos y alaridos atormentados. Un tremendo golpe contra el suelo en la sien había dejado algo noqueado a mi padre. Intentaba defenderse con torpes

movimientos de las atroces dentelladas que le lanzaba un hombre obeso que había caído sobre él. El abdomen de ese ser estaba rajado de arriba a abajo, dejando al aire sus órganos internos. Observé con verdadero espanto y repulsión cómo varios de los dedos de mi padre salían por esa nauseabunda abertura y caían sobre el pavimento mientras mi padre gritaba y se agarraba el sanguinolento muñón con la otra mano. El tiempo pareció ralentizarse cuando el gordo le destrozó la tráquea con su pestilente mandíbula. Como si estuviera hipnotizado por el mismísimo Uri Geller, no puede retirar la mirada de mis progenitores. Mi madre estaba tendida a solo unos centímetros de mi hermana. Dos de esos perversos engendros la sujetaban y mordían arrancando trozos de tela y carne por igual. Desesperada, trataba de liberarse de sus mortales abrazos y se estiraba en dirección a Azucena, en un inútil intento de salvar a su querida hija. Aquella insignificante distancia se había convertido en un infranqueable abismo. Los brazos, que se alargaban todo lo posible para tocar a la niña, finalmente se desplomaron inertes cuando... cuando...

¡Dios mío! No puedo soportarlo. Tampoco pudimos soportarlo entonces. De pronto, la realidad retomó a su velocidad normal. Todos gritábamos de horror dentro del autobús. Un hombre corrió hacia nosotros y se dio un fuerte golpe contra el cristal, pegando los brazos y la cara a la superficie transparente como si intentara mirar dentro desesperadamente. Nunca supe si fue uno de los infectados o el padre de uno de mis compañeros que venía a proteger a su hijo, porque inmediatamente Don Juan bramó:

–¡Arranque! ¡Rápido! ¡Sáquenlos de aquí!

Mientras el motor volvía a rugir, vi cómo dos mujeres lograban huir calle adelante alejándose de la marabunta enfurecida. Una era joven y llevaba un bebé en brazos que lloraba desconsoladamente. La otra, por la edad, debía ser la abuela del niño. Las inconscientes trotaban por el medio de la calzada, sin prestar ninguna atención al tráfico. Cuando el conductor aceleró y el autocar comenzó su marcha, un coche blanco que venía en dirección contraria se encontró de frente a las dos fugitivas y apenas tuvo tiempo de esquivarlas. El hombre que iba al volante logró frenar antes de llevárselas por delante, pero no evitó hacer un trompo que cruzó el vehículo en medio de la carretera. El piloto del Ford Fiesta rojo que venía justo detrás no tuvo la misma pericia. Giró demasiado tarde y con un tremendo golpe atropelló a la anciana, que se incrustó en la luna delantera, salió volteada en el aire y quedó inerte sobre la acera. El conductor perdió el control y terminó por colisionar con el automóvil blanco provocando un fuerte estrépito. Entre ambos coches accidentados se formó una barrera de lado a lado de la vía que hacía imposible que el autobús avanzara en esa dirección. La joven se detuvo y comenzó a llorar y chillar estruendosamente al ver a la otra mujer tendida inmóvil en el suelo. Fue su perdición, dos de los seres la alcanzaron y...

Dos podridos salieron por la puerta que había a nuestra izquierda y lo alcanzaron. Cayó al suelo moviendo los brazos con maestría, así como lo haría el propio Chuck Norris contra algún Charlie vietnamita, evitando que los dientes logran impactarlo. Los guantes y el chaleco también hicieron su trabajo. Era difícil que logran atravesar el kevlar con sus infectos dientes. Aunque Dani no aguantaría eternamente. Se le había caído la pistola y no podía alcanzar el puñal que llevaba enfundado en la cintura sin dejar la guardia baja por un instante. Y contra los zombis uno no se puede permitir ni un segundo de distracción. Me miró, pero no dijo nada. Daniel no había vuelto a hablar desde lo de su padre.

–¿Qué coño haces? ¡No te quedes parado y vuélales los sesos! –La voz de Álvaro me sobresaltó. Él no estaba asignado a este ala del edificio. Pero aquí estaba. Tenía un sexto sentido para los problemas. Era el líder y no podía permitir que nuestra primera misión oficial fracasara.

Reaccioné. Apunte mi arma. Me temblaba un poco el pulso, tenía mucho miedo. ¿Y si hería a mi compañero? ¿Y si lo mataba?

–¡Vamos! –insistió Álvaro–. ¡Tienes que disparar!

Disparé. Afortunadamente, uno de los zombis cayó al suelo con la sien reventada. Dani aprovechó para desenvainar el cuchillo y acabó con el otro con un rápido movimiento. Álvaro me hizo un gesto para que ayudara a Dani a levantarse y, sin dudarlo, entró en la habitación de la que habían salido los atacantes, apuntando con el subfusil apoyado al hombro. Era una maniobra que habíamos entrenado muchas veces. Tras un rápido reconocimiento, apareció de nuevo en el pasillo.

–Todo limpio. Roberto, no puedes dudar en combate. Ellos no lo hacen. Debes actuar. La vida del resto de nosotros puede depender de que estés totalmente concentrado. No voy a estar siempre ahí para espabilarte.

Y no lo estuvo... al final estaba yo solo... ¿Dónde están mis com...pa...ñe...ros? ¿Dón...de? Oscuridad. Me rodea. Avanzo sin sentido. Tengo... que... buscar una salida.

Teníamos que buscar una salida. Detrás del autobús, la escaramuza continuaba. Por increíble que parezca, algunos de los que habían caído se volvían a levantar como si tal cosa, retornaban a la vida. Observé con estupefacción cómo una mujer, que estaba seguro que acababa de morir, resucitaba para morder a su marido que aún se defendía de tres beatas ancianas que intentaban devorarlo. El esposo quedó boquiabierto cuando su cónyuge no dudó en tirarse sobre él y arrancarle una oreja de un bocado. Cada vez quedaban menos personas vivas. Ante la falta de objetivos, varios de los engendros se lanzaron contra el autobús y empezaron a dar golpes a la carrocería con la intención de alcanzarnos. Éramos sus nuevas presas.

El autobús estaba bloqueado. Al frente, los vehículos accidentados, detrás, la batalla campal, a la izquierda, los macizos muros del centro comercial y a nuestra derecha se encontraba la entrada al patio de la escuela. Se trataba de una fuerte reja de hierro que interrumpía el muro que bordeaba todo el recinto.

–¡Da marcha atrás y entra en el colegio! ¡Atraviesa la verja! –ordenó Don Juan.

El conductor comprendió lo que le quería decir el maestro. Movié la palanca de cambios, apretó el acelerador y giró el volante hacia la derecha. Retrocedimos a toda velocidad hasta impactar con fuerza contra la valla. Caí al suelo golpeándome la barbilla contra el asiento delantero. Recuerdo perfectamente el sabor metálico de la sangre en mi boca cuando me mordí la lengua.

Todo estaba oscuro y la boca me sabía a sangre... Me sabía a sangre.

Quedé aturdido, no podía pensar en nada, ni siquiera en levantarme. Veía las piernas del resto de niños que se movían apresuradamente a mi alrededor.

Alguien me agarró del brazo y me ayudó a incorporarme.

–¡Ve a la puerta de atrás! Saldremos por ahí –Don Juan me empujó al pasillo y continuó ayudando a otros alumnos que seguían desorientados por el golpe.

La parte trasera del autocar había logrado atravesar la verja antes de que el motor se detuviera. Sin embargo, el autobús se había quedado encajado y no se movería más. Entendí lo que pretendía nuestro profesor. La puerta trasera daba a la explanada del patio del colegio. Los muertos seguían aporreando la parte delantera. El vehículo se había convertido en una especie de túnel que conectaba la calle con el interior a través del amasijo de metal en el que se había transformado la entrada. Me pregunté si los atacantes podrían atravesar la verja, parecía infranqueable, a no ser que saltaran por encima. De inmediato decidí desechar la idea. Necesitaba creer que la puerta trasera era una vía de escape segura.

Nos empezamos a acumular en la parte de atrás, frente a la salida. Álvaro aporreaba el cristal intentando romperlo. Parecía haber perdido el control.

–Tenemos que salir. Hay que ayudar. ¡Tienen que golpearlos en la cabeza! ¡Son Zombis! ¡Tienen que golpearlos en la cabeza!

–¡Abra la maldita puerta! –gritó Don Juan.

Era la primera vez que le escuchaba maldecir desde que lo conocía. Incluso los días en los que interrumpíamos constantemente las clases, él conservaba la calma y nos reñía con educación. Pero este no era un día normal.

El conductor parecía conmocionado por un golpe que se había dado en la frente contra el volante. Agitó un poco la cabeza para desperezarse y pulsó el botón de apertura. Desgraciadamente, se abrieron ambas puertas. Mientras los niños que estaban atrás iban saliendo al patio y comenzaban a correr hacia el edificio principal del colegio, dos de los infectados entraron por la puerta delantera. El primero en subir fue el sacerdote que, como una exhalación, alcanzó al conductor aún en su asiento. El pobre hombre se armó con lo que tenía a mano, un paraguas que descansaba en la profunda guantera junto a su butaca, y comenzó a defenderse. El segundo era un hombre de unos cuarenta años al que le faltaba la mandíbula inferior. En su lugar había varios pingajos de carne sanguinolenta. Aun así, su rostro me resultaba ligeramente conocido. Como el sacerdote y el conductor seguían debatiéndose y le cortaban el paso, pareció dudar. Por un momento, me miró. Un escalofrío recorrió mi espalda y di media vuelta para intentar salir por detrás y huir de aquella mirada. Pero el pasillo seguía ocupado por varios de mis compañeros. Don Juan los organizaba junto a la puerta para que salieran de uno en uno, sin atropellarse.

Se escuchó el chillido de dolor de una chica tras de mí. Don Juan miró por encima de nosotros y sus ojos se agrandaron como platos cuando descubrió lo que estaba ocurriendo en la parte delantera del autobús.

–¡Dios mío! ¡Cierre la puerta delantera! ¿En qué estaba pensando? ¡Cierre la puerta! –gritó dirigiéndose al conductor–. ¡No permita que entren más!

De nuevo giré sobre mí mismo, como si fuera una desorientada peonza rodando en medio de un terremoto que no puede controlar. El hombre sin mandíbula había llegado hasta una de mis compañeras que se encontraba tendida entre los dos primeros asientos del lado derecho del autobús. La chica aún no se había recuperado del accidente y, al parecer, Don Juan no debía haberla visto y la había dejado allí tirada. El monstruo, intentando morderla con su única fila de dientes, solo había logrado hacerle un rasguño en la pierna con sus incisivos. Me pareció que era Gema, una chica morena, alta y desgarrada. No sé por qué, pero en aquel momento me vino a la mente la vez que Álvaro se puso a describir una escena que había visto en una película gore. Contó con todo lujo de detalles cómo el protagonista de una película gore se comía un bocadillo de gusanos pensando que en realidad estaba comiendo beicon. Los masticaba y degustaba mientras algunos caían, aún vivos, por la comisura de sus labios. Casi sin proponérselo, consiguió que la bobalicona de Gema vomitara el desayuno en mitad de la clase.

Vomitara... más tarde la vi vomitar de nuevo en el colegio. Lo que echó por la boca era... una masa viscosa y oscura de sangre coagulada. Llevaba un día con fiebre muy alta y la herida de la pierna tenía muy mala pinta. Miramos preocupados a Don Juan. Estábamos en el salón de actos, donde la noche anterior el profesor había estado viendo a solas la televisión hasta muy tarde. Eran las primeras noticias y no quería que nosotros nos alarmáramos innecesariamente, pero Rubén y Óscar se habían acercado a la puerta y habían escuchado algo sobre una epidemia a gran escala en Madrid. Don Juan sujetó la cabeza de gema con cariño y la limpió el vómito. Nos miró y, dirigiéndose a Álvaro, dijo:

–Id al gimnasio y preparad las colchonetas para que esta noche podamos dormir mejor que ayer. Puede que tengamos que estar aquí algún día más.

–¡Vamos! ¡Ya habéis oído al profe! ¡Todos al gimnasio! –Era increíble que con once años ya fuera un líder nato, pero todos le hicimos caso y lo seguimos por el pasillo. Todos menos Gema.

Una vez fuera de la habitación, Álvaro se acercó y me susurro:

–Don Juan va a hacer lo que debe hacer, Calabaza. Gema está contagiada y solo tiene dos opciones: sacarla fuera del colegio para que se transforme junto a los suyos, o... matarla.

Tuve ganas de llorar. Ganas de gritar que eso solo pasaba en las películas. Pero ya habíamos gastado todas las lágrimas dos días atrás. Álvaro apoyó su mano en mi hombro.

–Sabes que es lo correcto. No podemos derrumbarnos ahora. Tenemos que luchar. Tenemos que seguir luchado...

El conductor continuaba combatiendo por su vida con aquella cosa vestida de sacerdote. El religioso había conseguido darle varias dentelladas y sangraba profusamente por las profundas heridas. Gracias a Dios, en uno de los forcejeos había logrado pulsar el botón de cierre de la puerta delantera, justo cuando un tercer ser intentaba subir las escaleras. El zombi, una mujer de unos setenta años que lucía en su áspera melena grisácea una perfecta permanente más allá de la tumba, había tropezado en el primer escalón y se había golpeado con la puerta mientras se cerraba, rebotando y cayendo de bruces fuera del vehículo.

Mientras, el que no tenía barbilla continuaba intentando mordisquear a Gema. Sus dientes habían logrado hacer otro pequeño surco en su piel. En aquellos momentos no parecía tan grave como resultó ser a la postre. Ella gemía nerviosa, a punto de caer en la histeria, y se intentaba levantar apoyándose en el brazo del asiento que tenía al lado, pero las manos del monstruo, esas nervudas y cerúleas garras, la sujetaban por las piernas impidiéndoselo.

–¿Papá? –Daniel permanecía inmóvil en medio del pasillo.

¡Era el padre de Daniel! ¡Aquel horrible ser de ultratumba sin mandíbula era el padre de Daniel! Por eso me resultaba tan familiar. Pero, ¿cómo podía ser? El hombre había sido atacado solo hacía unos segundos. ¿Cómo se podía haber convertido en eso tan rápido? ¿Qué pasa con el periodo de incubación? En las películas no era así...

–Recordad la segunda lección: si os muerden, estáis muertos. Si la herida es leve tardaréis algo más en morir, tras horas o quizás días de sufrimiento, solo es cuestión de tiempo. Y en el momento en que dejéis de respirar, en ese mismo instante, despertaréis de inmediato como uno de esos hambrientos hijos de puta. Por eso, no dejéis que os muerdan. Si alguna vez lo consiguen, volaos los sesos, hacedme caso. Y si no tenéis huevos para hacerlo, pedidle a un compañero que lo haga por vosotros.

No tuve valor... no lo tuve. ¿Cómo me pudo pedir que no lo matara? Me rogó por su vida y no pude... ¿Y si terminaban por lograr una cura? No pude... era mi... amigo... me duele.

–*¿Hay alguien trabajando en una cura? Hablas de lecciones. De una especie de instrucción. Llevas puesto un uniforme con el anagrama UAZ. ¿Qué quieren decir estas siglas? ¿Son ellos los que intentan conseguir una vacuna? ¿Para quién trabajas?*

¿UAZ? La Casa... la Casa de la Colina. Era muy grande. Diría que tenía cinco kilómetros de largo por tres de ancho. Había un muro... no... una verja electrificada. Ganado, huertos... teníamos lo que necesitábamos. Un arroyo de agua limpia y fresca corría por entre los campos de cultivo. Allí estuvimos de excursión un mes... siete años. No puedo recordar... éramos niños. Fuimos de excursión.

–*Vale, vale. Céntrate en lo que tengas más nítido. Estabas en el autobús. Los zombis os estaban atacando.*

Unidad Anti-Zombis.

–¿Qué quieres decir?

UAZ. Unidad Anti-Zombis ¡Protejamos a los vivos! ¡Destruyamos a los podridos!

Aaaaahhh. ¡Que... dolor! ¡La cabeza me va a estallar!

–¡Más droga! Está recordando. ¿Cómo que no le podemos administrar más? ¡Yo soy el jefe médico! Está bien. Está bien. Tenéis razón. No forzaremos. Roberto, sigamos el curso de los acontecimientos. Habías cumplido once años. Daniel había reconocido a su padre. Era uno de ellos.

–¿Papa? –repitió Daniel. Parecía petrificado. Lo que hizo a continuación me sorprendió. Tiro una foto al engendro que hasta hacía unos instantes había sido su padre.

No sé si fue el destello del flash o el sonido de la voz de su hijo lo que hizo que el zombi levantara la cabeza y se olvidara por un momento de Gema. Ella, soltando un gritito, aprovechó para incorporarse y escabullirse por encima del respaldo de los asientos. Acto seguido, corrió por el pasillo empujándonos a su paso en la búsqueda desesperada de la salida. Don Juan la ayudó a descender del vehículo.

–¡Rápido! Solo quedáis vosotros dos. –Nos increpó–. ¡Venid aquí!

Cierto. Daniel y yo éramos los últimos pasajeros a bordo, además del conductor y los monstruos, si es que a estos últimos podíamos contarlos. Tiré del brazo de mi amigo para que me siguiera y eso lo hizo reaccionar. Volamos en dirección a la puerta. El muerto decidió perseguirnos, ahora que su sabrosa presa había escapado. Era muy rápido. Rapidísimo. El pasillo del bus parecía alargarse según lo íbamos recorriendo y tenía la impresión de que nunca llegaríamos al final. Más aún cuando tropecé con un reposabrazos, propinándome un doloroso golpe en el muslo derecho. Mi carrera no se detuvo, pero la cojera era pronunciada y tuve que aminorar el ritmo. Desde una distancia que hubiera jurado que era de más de un kilómetro, vi cómo Daniel bajaba las escaleras de un salto. Sentí un pequeño alivio al saber que mi amigo estaba a salvo y continué avanzando a trompicones lo mejor que pude. De repente, noté que la mano del zombi agarraba mi jersey de punto y tiraba hacia atrás deteniendo mi marcha y mi corazón en el acto. No reaccioné, pensé que estaba perdido, que iba a ser el aperitivo de aquel repugnante ser. Gracias al cielo, Don Juan estaba allí. El viejo profesor se acercó de una zancada, me asió por debajo de los sobacos y me levantó en el aire con vehemencia. Me sentí como el Último Guerrero víctima del abrazo del oso de Terremoto Earthquake. Esa maniobra impidió que la dentellada que iba dirigida a mi cabeza acertara el blanco, pero no logró liberarme del agarrón.

–¡Empuja con las piernas! –ordenó el maestro–. ¡Tienes que liberarte!

Enseguida comprendí lo que me pedía. Con movimientos algo torpes, comencé a lanzar patadas contra el brazo del muerto que seguía aferrado a mi ropa. Don Juan continuaba sujetándome en volandas. Por fin, uno de los puntapiés acertó de lleno en la muñeca y debió de romper algún hueso porque se pudo escuchar un chasquido muy desagradable. El monstruo me soltó de inmediato. El profesor aprovechó la situación y me arrojó hacia las escaleras.

Me vi prácticamente catapultado fuera del autobús. Intenté caer de pie, pero el tobillo me falló y me derrumbé rasgándome la rodilla contra el suelo. Escuché el sonido del cierre hidráulico de la puerta y un golpe sordo. Don Juan, que de alguna manera había logrado salir detrás de mí, me ayudó a levantarme por tercera vez ese día.

–Al interior del colegio. Ahí estaremos seguros. Álvaro, toma las llaves de la puerta del comedor. Entrad por ahí.

Nos dirigimos hacia el enorme y monótono edificio de ladrillo rojo. Antes de doblar la esquina hacia

la parte trasera, me volví a mirar la escena por última vez. El padre de Dani se había quedado encerrado en el autobús. Había vuelto a la parte delantera y estaba dándose un festín, junto con el cura, a costa de las abundantes carnes de nuestro conductor. Su acto postrero había sido cerrar las puertas tras la huida de Don Juan. Nunca supimos cómo se llamaba, pero aquel hombre nos salvó la vida a todos con sus hechos ese día. El resto de zombis se encontraban en la calle, al otro lado de la verja del patio. Se agolpaban contra ella estirando los brazos en un estéril intento de alcanzar algo de carne viva que devorar. Afortunadamente, no parecía que se les pasara por la cabeza la idea de trepar para sortear el obstáculo que los separaba de nosotros. Entre ellos pude ver a Azu. Su preciosa carita estaba destrozada. Y sus bracitos también se encrespaban hacia el interior del recinto como las ramas retorcidas de un árbol seco. La expresión de su rostro era una mezcla de odio y desesperación. Los ojos se me inundaron de lágrimas y no pude reprimir un sollozo. Me derrumbé.

No recuerdo cómo llegué al interior de la escuela. Solo sé que pasé toda la noche llorando, igual que muchos de mis compañeros. Creo que aquella fue la peor noche de mi vida. Lo he pasado mal muchas veces desde entonces, pero nunca he tenido esa sensación de indefensión y abandono. Incluso Don Juan sucumbió al dolor. Había intentado hablar con su esposa, pero el teléfono no tenía línea y no lo había logrado. Terminó escondiéndose en el lavabo para poder dar rienda suelta a sus sentimientos sin que fuéramos testigos de ello.

4. INVASIÓN

Al día siguiente, los muertos se habían dispersado en busca de otros apetitosos platos que degustar. Gritos de angustia y dolor de las desdichadas víctimas, junto con chirridos de frenos, cláxones de automóviles y estrépitos probablemente provocados por accidentes de tráfico, nos sobresaltaron múltiples veces durante las horas de oscuridad. Fuera de los muros protectores de la escuela reinaba el caos y la confusión. O al menos esa impresión nos dio, porque ninguno de nosotros se atrevió a salir a curiosear. Por la mañana la calma se había impuesto de nuevo y no quedaba ni rastro de aquellos seres. Hubiéramos pensado que todo había vuelto a la normalidad de no ser por el autobús siniestrado y los tres zombis que estaban encerrados en él como espeluznantes maniquíes animados en el escaparate de una tétrica tienda de antigüedades. Rubén, empeñado en quitar hierro al asunto, comenzó a llamarlos el trío calavera: el *curata*, el busero y el *bocachancla*. Me habrían parecido unos nombres muy ocurrentes de no ser por la gravedad de la situación y de que uno de ellos se trataba del padre de Daniel.

Al alba, nos encontramos a nuestro amigo de pie junto al autobús. Así pasó la mayoría del tiempo durante las primeras semanas de cautiverio, día tras día. Muy quieto, observando atentamente el interior a través de los cristales, como si con ese simple acto pudiera comunicarse de alguna forma con su progenitor. Desde dentro, el trío calavera no le quitaban el ojo de encima, intentando inútilmente salir a través de las ventanas. Estoy seguro de que de haberlo logrado no hubieran dudado ni un segundo en arrojarse sobre Daniel y devorarlo como si fuera el plato más exquisito que existía sobre la faz de la tierra. Sorprendentemente, solo el cristal trasero se había fracturado con el accidente del día anterior, pero la carrocería se había deformado lo suficiente para cubrir el hueco y no permitir el paso de aquellos seres. Además, no parecían muy listos, de manera que no pasaba por su cabeza el romper el resto de ventanas del autobús, limitándose a golpearlas inofensivamente con las palmas de las manos. Así que, allí estaban encerrados.

—La inteligencia no es su mayor virtud. Observad cómo el sujeto ni siquiera se percata de que está encerrado. Mientras no tiene estímulos externos simplemente deambula de un lado a otro del receptáculo. Se podría pensar equivocadamente que es inofensivo.

El laboratorio de observación era una gran sala diáfana sin más ornamentación que las extrañas consolas repletas de luces de colores que se encendían y se apagaban. En el medio, habían construido una jaula de gruesas paredes de cristal en forma de cubo, como una gran pecera de tres metros de lado. Estaba iluminada por cuatro potentes focos que se habían puesto sobre cada una de las esquinas superiores del improvisado cubículo. Dentro, tenían apresado a un zombi. Parecía un miembro del equipo de seguridad de la... casa. Efectivamente, se tambaleaba de un lado a otro sin darse cuenta de que desde el exterior, sentados en una improvisada grada de sillas plegables, observábamos con interés todos sus movimientos y reacciones.

—Sus sentidos sufren cambios tras su transformación. Su vista empeora, es evidente que nos reconocen como comida pero les cuesta localizarnos en condiciones de visibilidad reducida. Ahora mismo, el sujeto está cegado por los potentes halógenos y no puede vernos, no nos percibe. Contrariamente a lo que se podría pensar de unos monstruos como estos, de noche son mucho menos peligrosos que a plena luz del día. La oscuridad es una poderosa aliada.

Como si la iluminación estuviera coordinada con su discurso, los focos se apagaron. Toda la habitación quedó envuelta en tinieblas. Progresivamente, se fueron alumbrando los fluorescentes del

techo. Primero una leve penumbra. El zombi continuó su caminar errático sin inmutarse. Se encendieron un poco más. Cuando la claridad inundó la habitación el podrido reaccionó como si dentro de él alguien hubiera pulsado un interruptor. Corrió enloquecidamente hacia la posición de Alfredo, el más alto de nosotros, y rebotó con violencia contra el cristal. Se levantó del suelo como si nada hubiera pasado y se abalanzó en dirección contraria, donde se encontraba el instructor. Volvió a chocar con un sonido sordo. Una fea brecha apareció en su frente y el vidrio quedó impregnado con una sustancia pegajosa de color parduzco. Los potentes focos volvieron a encenderse, cegando a nuestro estúpido amigo. De inmediato, volvió a su ensimismamiento, como si no recordara que al otro lado había carne fresca que degustar.

–Su olfato es otro tema. Tras la muerte se potencia hasta límites insospechados. Son como jodidos perros de presa. No sé a qué coño oleremos los vivos, pero les encanta. Por eso, haced el favor de lavaros bien todos los días y no escatiméis en perfume. –Una carcajada general retumbo en la estancia–. Lo digo en serio. Cuanto menos oláis a humanidad, más fácil os será pasar desapercibidos. Os lo garantizo.

Alargó una mano y retiró de la pared de cristal lo que parecía un tapón de unos cuatro centímetros de diámetro. El monstruo embistió con violencia justo en el lugar donde se encontraba la abertura. Su lengua asomó por el agujero y la comenzó a agitar ansiosamente como si tratara de saborear el aire. El instructor sacó su machete y seccionó de un tajo el apéndice de la criatura que ni siquiera pareció inmutarse. A continuación colocó de nuevo el tapón, amansando de nuevo a la fiera.

–Como podéis apreciar, apestaís. Cuanto mayor es el número de humanos vivos juntos, más fuerte es el olor. Por eso, en las misiones vuestros grupos deben ser pequeños. Preferiblemente, parejas o tríos. Será más fácil pasar desapercibidos con formaciones reducidas. –Miré a Álvaro que me sonrió y asintió con la cabeza. Su intuición había recomendado que aplicáramos esas mismas directrices de niños, en el colegio.

–En cuanto a su oído –prosiguió el instructor–, simplemente indicaros que parece no sufrir variaciones tras la muerte. Escuchan igual que cualquiera de nosotros, por lo que procurad ser silenciosos. Ahora, ¡rompan filas!

Con gran alboroto comenzamos a levantarnos para dirigirnos a tomar el rancho en la austera sala que hacía las veces de cafetería y comedor. Seguro que volvían a servir las asquerosas gachas acompañadas de alguna ensalada ridícula. Había que economizar recursos, claro. Me gustaría ver si nuestro monitor también iba a disfrutar de los mismos manjares o, por el contrario, le servían una rica perdiz asada o incluso conejo. Joder, la caza no escaseaba. Cuando nos disponíamos a salir por la puerta, el instructor gritó:

–¡Se me olvidaba! Creo que a vosotros ya os tocó vivirlo antes de venir aquí, pero es mi obligación recordároslo. La lluvia los despista. Y mucho. Por supuesto, les afecta la vista y el oído, pero sobre todo disminuye en gran medida su capacidad olfativa. No lo olvidéis nunca, son mucho menos peligrosos cuando llueve...

Al día siguiente de que Gema desapareciera empezó a llover. Más bien, a diluviar. El agua martilleaba intensamente contra las ventanas del gimnasio y sobre los bloques de cemento que cubrían el porche. Podían verse grandes charcos, cada vez más profundos, anegando el patio casi en su totalidad. El viento agitaba las persianas con fuerza, provocando repentinos golpes que en más de una ocasión nos hicieron creer que los zombis habían llegado justo hasta el otro lado de las frágiles cristalerías. Había escuchado muchas veces lo de “en Abril aguas mil”, pero nunca le había visto tanto sentido a este refrán como en esa ocasión. Incluso llegué a pensar que había llegado el Apocalipsis del que tanto hablaba Don Pedro en los intensos sermones con los que siempre nos obsequiaba en la iglesia del pueblo; los muertos se levantaban de sus tumbas y ahora Dios había decidido enviar el segundo diluvio universal para purgar

todos nuestros pecados.

Llevábamos dos días alimentándonos con las reservas que había en la cocina para las comidas diarias que se preparaban en el comedor del colegio hasta el viernes anterior. Fundamentalmente, latas de conserva. Pero Don Juan sabía que las provisiones no durarían eternamente. Más bien, al contrario, el director de la escuela se empeñaba en comprar solo viandas para los menús de un par de semanas y la última adquisición se había hecho hacía más de siete días. Si no llegaba ayuda pronto, tendríamos que racionar los alimentos. Se pasó todo el día haciendo cálculos y mirando por la ventana en dirección al centro comercial. Allí habría comida.

Mientras, nosotros intentábamos volver a la normalidad, si es que en esas circunstancias se podía encontrar alguna normalidad. Al menos ya no llorábamos cada cinco minutos. La gran mayoría habíamos perdido a nuestra familia cercana, y las cosas fuera parecían no haber mejorado. Tras el impacto inicial, Don Juan decidió dejarnos ver los noticiarios que emitían las veinticuatro horas por la primera cadena. No había series, ni siquiera anuncios, por supuesto, nada de *Barrio Sésamo* ni programas infantiles, solo se hablaba de la infección, o lo que demonios fuera, que se había extendido por toda la ciudad. Los informativos tranquilizaban al resto del país indicando que se había controlado la situación poniendo Madrid en cuarentena. Nadie podía salir ni entrar en la ciudad excepto el ejército. Varias unidades de tierra habían realizado operaciones relámpago intentando evaluar la situación y rescatar al máximo de supervivientes. Sin embargo, algunos tertulianos, menos afines al poder establecido, comentaban que las misiones habían sido en su mayoría un fracaso estrepitoso. Indicaban que en muchas ocasiones el miedo se había apoderado de los militares, llevándolos a desertar inmediatamente en cuanto se encontraban con los primeros muertos vivos. El presentador trataba de acallar ese tipo de opiniones, pero estas cogían fuerza cuando las conexiones en directo del conflicto mostraban imágenes preocupantes de momentos en los que cundía la histeria entre los soldados, provocando verdaderas masacres, ya que los tiradores no distinguían entre zombis y supervivientes. Aun así, saber que había equipos de salvamento me daba la esperanza de que antes o después alguien viniera a rescatarnos.

—No cuentes con nadie, Calabaza. Estamos solos en esto. —Álvaro se sentó junto a mí en el salón de actos—. Tenemos que cuidarnos nosotros mismos.

La lluvia continuó cayendo enérgicamente durante todo el día, abrumando nuestros oídos con su incesante canción. Cuando llegó la noche, el temporal arreció y se desencadenó una gran tormenta que llenó el firmamento de brillantes relámpagos, acompañados de sus inseparables y estruendosos truenos. El destino quiso que un rayo cayera sobre la antena de televisión, sobrecargando el aparato, y nos quedamos definitivamente aislados del mundo exterior. También hubo apagón eléctrico y estuvo a punto de cundir el pánico cuando las tinieblas se adueñaron del colegio. En un segundo, pasó de ser nuestra cálida y acogedora escuela, a tratarse de una fría y agobiante prisión en medio de un mundo hostil azotado por la tormenta perfecta. Álvaro reaccionó a tiempo y se fue a buscar iluminación. Propuso, casi ordenó, a Don Juan que nos reuniera en el gimnasio, y allí pasamos todos, excepto el profesor, el resto de la noche, sentados sobre las colchonetas verdes en las que no hacía tanto hacíamos abdominales, alrededor de las pocas velas que pudo encontrar en el almacén de la limpieza. No te das cuenta de lo dependientes que somos de la electricidad hasta que te ves desprovisto de ella.

Yo me encontraba en un corro junto con Álvaro, Francisco y dos chicas..., Elena y Cristina, creo que se llamaban. Venían a mi clase, pero por aquel entonces yo no prestaba demasiada atención a las muchachas. O eso creo. Jamás las volví a ver desde que nos separamos de ellas. Me pregunto dónde se las llevarían... Sí, las vimos...

—Creo que las tienen en un Centro de Aseguramiento de Humanidad, se lo he escuchado decir a uno de los del segundo reemplazo —Mariscal tenía un gran oído y hacía buen uso de él. Rubén siempre decía que,

con el pedazo de cabeza que tenía, era normal que los sonidos se amplificaran ahí dentro—. A ellos les hicieron lo mismo. Los separaron. A las chicas se las llevaron, y los chicos los trajeron aquí.

El segundo reemplazo era un grupo de ocho muchachos de unos catorce años que habían traído a... la Casa de la Colina seis meses después que a nosotros. También los acompañaba un joven que parecía haber cumplido la mayoría de edad. Se llamaba Adolfo. Los habían puesto en otro barracón, a unos cien metros del nuestro. Nos separaba una valla de alambre electrificada de dos metros y medio de altura y no nos dejaban tener ningún contacto con ellos. Lo poco que sabíamos era que los habían rescatado de un cine, en la calle Gran Vía. Creo que habían estado viendo *Cocodrilo Dundee*. Cuando fueron a salir, el caos se había desatado en el centro de la ciudad. Solo ellos y un grupo de chicas habían logrado volver a entrar en el cine y encerrarse allí. No alcanzo a comprender cómo sobrevivieron seis meses en un cine. Al parecer gran parte del mérito fue del tal Adolfo. Según decían, era un experto en boxeo, lucha, o algo así, y se había arriesgado por el resto visitando varias veces el Galerías Preciados de Callao para traer provisiones. Teniendo en cuenta lo abarrotado que solía estar el centro de Madrid, es difícil imaginar a aquel joven yendo y viniendo sin que los monstruos lo atrapasen, debía ser alguna especie de superhéroe...

Hijo de puta. Adolfo era... un hijo de pu...ta. Por su culpa murió Chesco. Por su... maldita culpa.

—Tengo que salir, Álvaro. Tengo que buscar a mi madre —dijo Francisco.

El parpadeo de la luz de las velas del gimnasio hacía que su redondo rostro se viera surcado de misteriosas sombras. A pesar de la penumbra, en su ceño fruncido y en el brillo titilante de sus ojos oscuros podía intuirse que estaba profundamente preocupado. Su madre estaba impedida en silla de ruedas y no había venido a despedirlo el día del ataque, así que era uno de los pocos que no había visto en vivo y en directo la muerte de sus progenitores, lo que también significaba que aún tenía esperanzas de encontrarla con vida.

—Eso sería un suicidio, Chesco. No podemos salir. ¿Acaso te has creído las patrañas de la tele? La invasión Z acaba de comenzar. Todo será un caos ahí fuera. Es imposible que esté controlado —explicó Álvaro.

—Pero han puesto la ciudad en cuarentena. El ejército está imponiendo el orden —insistió Chesco. Todos le llamábamos así. Supongo que de Francisco pasó a ser Franchesco y de ahí a Chesco—. Además, desde que comenzó a llover no hemos visto a ninguno de esos engendros por la calle.

—El orden que están imponiendo es el de eliminar cualquier cosa que se mueva. Cuando lleguen a nuestro barrio, será mejor que no estemos a la vista si no queremos que nos conviertan en coladores humanos. Y lo de la cuarentena es de risa, piénsalo. ¿Cómo van a evitar que se escape gente contagiada de una ciudad de casi tres millones de habitantes? No hay suficiente personal en el ejército para controlar Madrid en tan poco tiempo. Es imposible.

—Pero todo parecía normal en el resto de ciudades —comentó Cristina medio sollozando—. Si nos quedamos aquí, al final esas criaturas encontrarán la manera de entrar, eso si no nos quedamos sin comida y agua antes. Moriremos igualmente. Yo quiero irme a mi pueblo. Allí estaré a salvo.

De forma refleja asentí con la cabeza. Al fin y al cabo, yo pensaba exactamente igual que Cristina. La familia que me quedaba estaba en el pueblo natal de mis padres y yo solo era un niño con ganas de que lo abrazaran y poder vivir sin miedo en algún lugar seguro. Álvaro me miró inquisitivamente y siguió con su argumento.

—Hay que seguir esperando un tiempo. En unos días, la situación se calmará y podremos intentar hacer algo. Tenemos que observar el comportamiento de los muertos y sus debilidades para aprender todo lo que podamos de ellos y estar preparados para lo que pueda ocurrir. Además, si el ejército logra aplacar

la plaga, como pensáis, podrían incluso rescatarnos y salir indemnes. Salir del colegio para cosas que no son imprescindibles solo puede acabar con la muerte de alguien.

—¡Pero mi madre puede estar viva! ¿Cómo voy a quedarme aquí sabiendo que está indefensa en casa? Si nadie va a ayudarla, ¡puede morir de hambre, joder! —Chesco estaba a punto de perder los nervios.

Una asistente social visitaba a la madre de Chesco de lunes a viernes para ayudarla en las tareas de la casa. Fundamentalmente, limpiaba, hacía la compra y preparaba la comida. Estábamos a martes por la noche y estaba claro que esta semana la mujer no habría recibido la visita. Era normal que nuestro amigo estuviera preocupado. Yo en su caso, también lo hubiera estado.

—¿Acaso crees que yo no pienso en ir a buscar a mi madre? Ella tampoco vino a acompañarme el otro día. ¡Pero eso no quiere decir que esté viva! Y no voy a cometer el error de ir a comprobarlo. Probablemente los zombis la hayan matado, como al resto, como a tu...

—No lo digas. —Lo interrumpió—. Pienso salir mañana mismo, en cuanto amanezca. Mi casa está ahí al lado, es aquel edificio alto de la calle Maqueda —dijo señalando por la ventana—. No son más que unos cientos de metros desde aquí. Si no queréis acompañarme, iré yo solo, no me importa.

Sabíamos que era capaz de hacerlo. Si algo tenía Chesco, es que era valiente. Todo lo valiente que se puede ser para un niño de diez años. Hacía dos meses, no había dudado ni un segundo en enfrentarse a dos chicos de séptimo que le querían quitar el almuerzo a Sergio, el chico rubio que ahora se sentaba al otro lado del oscuro gimnasio junto a Rubén y Mariscal. Terminó peleándose con los muchachos, y aunque se llevó unos cuantos golpes, los otros tampoco salieron bien parados. Cuando Don Juan le había preguntado qué le había pasado, simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Me he caído jugando al fútbol.

A ese arrojito ayudaba el hecho de que era un chico fuerte. Era de complexión ancha y tenía bastante músculo para su edad. Cuando jugábamos en el recreo a simular que éramos el Equipo A, él siempre se pedía M.A. Barracus, y la verdad es que el papel le iba perfecto; era bastante moreno de piel y su pelo era muy oscuro y rizado, además, una pelusilla negra empezaba a florecer debajo de su rechoncha nariz. En clase, a veces hacíamos concursos de pulsos, y en la final casi siempre terminaba compitiendo Chesco contra Alfredo, el grandullón de metro sesenta que había comenzado a dar el estirón mucho antes de tiempo. En el último curso siempre había ganado Chesco. Una de las últimas veces que se habían enfrentado, Chesco había doblado con tanta fuerza el brazo de su rival que había volcado el pupitre provocando un gran estrépito y la consiguiente regañina de Don Juan que los castigó a ambos mirando a la pared. Alfredo sufrió una pequeña lesión de muñeca que lo obligó a llevar una venda durante una semana. Desde ese día, Alfredo y Chesco no se llevaban demasiado bien y cualquier excusa era buena para que se encararan como dos gallos de un mismo corral.

—¡No me jodas, Álvaro! ¿Por qué coño tengo que ir con Alfredo? —El rencor acumulado durante tantos años salía a relucir de nuevo—. Sabes que prefiero ir con Sergio. O con cualquier otro. Incluso Rubén. ¡Pero Alfredo no!

Alfredo le dedicó una mirada de odio desde el otro extremo del helicóptero, que Francisco devolvió sin ningún tipo de pudor.

—Vamos, Chesco. Sabes que somos un equipo. Tenemos que confiar en todos los integrantes del grupo sin excepción. No puedo permitir ninguna rencilla entre nosotros o lo terminaremos pagando. Si dependéis el uno del otro, espero que vuestras diferencias desaparezcan. Esta es nuestra primera misión y no quiero que me falléis. —Desvió en ese momento la mirada hacia Alfredo—. ¿Entendido?

Ambos asintieron con la cabeza, aunque no se los veía del todo convencidos. Álvaro acarició la cresta estilo mohicano de Chesco. Con la edad, había decidido tomar el aspecto de su ídolo de la niñez,

incluidas las largas patillas y la barba. Y musculatura no le faltaba, era un verdadero toro. Se notaban las horas de entrenamiento.

–Muy bien, Míster T –dijo con tono jocoso–. Recordad que si esta misión sale bien, por fin nos podremos quitar de encima al instructor Collin. Que se lo coman Animal Pilier y sus muchachos.

Animal Pilier era el nombre de guerra que había adoptado Adolfo, el macarra del segundo reemplazo. Lo de animal era fácilmente entendible. Ya había demostrado en varias peleas que era un salvaje redomado. Le encantaba exhibirse delante del instructor en los entrenamientos y no había dudado en mandar a la enfermería a algunos de sus compañeros de sendas palizas. Lo sorprendente era que cuanto más inclemente se mostraba, más parecían adorarlo el resto de sus colegas. Se había convertido en su líder indiscutible, en el macho alfa. En cuanto a su aspecto, era a todas luces temible. No sé cómo había logrado llenarse el cuerpo de imponentes tatuajes de animales enseñando las fauces en actitud agresiva. El más representativo era la cabeza de un lobo rabioso con las mandíbulas llenas de espuma que se había tatuado en la misma frente. Yo creía que hasta los zombis se asustarían al encontrarse con él.

No lo hicieron, su primera misión fue un fracaso absoluto y me avergüenza decir que me alegré, aunque aquello a la larga solo provocó... muerte. Entraron... nos... sorprendieron. Estoy seguro que fue Animal. Ese maldito... Pilier.

¿Pilier? Nunca comprendí lo de Pilier. ¿Por qué coño elegiría Pilier?

5. ANIMAL PILIER

Aquella noche, Pilier se acercó a la verja que separaba nuestros barracones. Yo estaba abatido. El comportamiento de Álvaro me tenía desconcertado. No habíamos cruzado palabra desde el incidente de Cibeles y había preferido salir del refugio a tomar el aire y contemplar las estrellas.

–¿Te has peleado con tu novio? –Se burló el bruto–. Parece que Robertita tiene más carácter de lo que pensaba el amado líder de la primera división de la UAZ. Quizás no es el títere manipulable que pensaba controlar.

–No sé de qué me hablas –repliqué–. Y déjame tranquilo, no tengo ganas de escuchar tus gilipolleses.

–Claro que lo sabes. –Me dedicó una inquietante sonrisa que hizo que el lobo tatuado en su frente se contrajera dando la impresión de que mostraba sus dientes amenazadores–. Tu amigo no está bien. Hay algo oscuro en su interior, algo que lo obliga a sobrevivir por encima de todas las cosas. No debería ser vuestro jefe, creo que tú lo harías mucho mejor.

–¡Calla! ¡¿Cómo te atreves a opinar de liderazgo?! ¡Si tratas a tus hombres como si fueran escoria! –grité mientras me levantaba del tocón de madera en el que estaba sentado. Creo que lo habría golpeado de no habernos separado la valla electrificada.

Animal se mantuvo tranquilo. Seguía mostrando esa sonrisa malévola que tanto odiaba.

–Sabes de sobra que esos chicos darían su vida por mí, igual que yo la daría por ellos. Pero no se trata de eso, se trata de cuidar del grupo. ¿Cuántos de vosotros han muerto ya? ¿Cuatro? ¿Cinco? No llevo la cuenta. ¿Y acaso le ha importado lo más mínimo a ese prepotente de Álvaro? No. Yo, sin embargo, lo doy todo por mis compañeros. ¿Sabías que me pude marchar y no lo hice? Volví para ayudarlos a sobrevivir.

–¿Marcharte? ¿Cuándo? –No podía creer que hubiera podido escapar de... la casa... y no lo hubiera hecho.

–Hace años, pude escapar de aquel cine en el que estuve recluido junto a mis muchachos. El Capitol. Durante seis meses, salí todas las semanas a buscar comida al Galerías Preciados de Callao. La Gran Vía era un hervidero de zombis. Había cientos, miles, no sabría decirte. Menos mal que estaba colapsada de coches abandonados, formando un improvisado archipiélago de islas metálicas en el embravecido océano de muertos vivientes. No veas lo duro que es saltar de capó en capó con una mochila cargada de conservas en la espalda y aquellos apestosos seres intentando atrapar mis piernas. Hice más músculo que el jodido fontanero del *Donkey Kong* saltando putos barriles.

Animal interrumpió su discurso esperando que yo riera su chiste, pero no estaba muy por la labor. No entendía a dónde quería llegar mi interlocutor. Ante su pequeño fracaso, decidió proseguir con su perorata.

–Una de las últimas veces que salí a por provisiones, antes de entrar en el Galerías, observé cómo un hombre llamaba mi atención agitando los brazos desde la azotea del centro comercial. Me quedé perplejo. No habíamos visto señales de vida desde la invasión. Nadie, ni siquiera el ejército, se atrevía a sumergirse en la abarrotada arteria de Madrid. Entré en el edificio por la misma escalera de emergencia que las otras veces, solo que esta vez subí hasta arriba del todo. Allí me esperaba un señor de unos cuarenta años, algo alopécico y con un bigote muy delgado adornando su labio superior. Vestía un uniforme bastante raído que lo identificaba como empleado del Metro. Me contó que pertenecía a un grupo de supervivientes que se habían escondido en un refugio subterráneo en la red del suburbano. Me

invitó a que lo acompañara y lo ayudara a llevar provisiones. Al parecer, se las habían ingeniado para construir una suerte de receptor de radio que les había permitido escuchar las comunicaciones de un grupo de rescate que indicaban que iban a rastrear la zona en breve con un helicóptero. Paco, que así se llamaba el hombre, se había ofrecido para llegar por los oscuros túneles de mantenimiento hasta este edificio y escribir un mensaje en la azotea con pintura. “Estamos refugiados en la Estación de Callao, túneles de servicio despejados”, podía leerse desde el cielo. Cuando le dije que mis amigos y amigas estaban ocultos en el cine, sus ojos resplandecieron de repente. “¿Hay mujeres jóvenes?” Me preguntó. No sé si se trató del tono en el que lo dijo, o del asqueroso brillo sibilino de su mirada, pero el asco que sentí en aquel momento fue comparable al que me provocaban los muertos que nos olisqueaban desde la calle. Sin dudarle ni un instante, le metí un puño en la boca a aquel capullo, y antes de que pudiera reaccionar, lo arrojé por encima de la barandilla. Apenas le dio tiempo a emitir un ligero chillido antes de estamparse contra el suelo en plena plaza de Callao. Los zombis dieron buena cuenta de sus restos. Cogí las provisiones y volví al cine, como las anteriores veces, aunque me entretuve un poco para realizar un último trabajo. Las letras blancas de la azotea ahora decían: “Estamos refugiados en el Cine Capitol”. Ese mensaje hizo que nos rescataran. No abandoné a mi grupo y logré salvarlo en aquel jodido teatro. Y eso mismo haré de nuevo. Los liberaré de esta asquerosa prisión. ¡Como que me llamo Animal Pilier que los sacaré de aquí, cueste lo que cueste!

–¡El General Pilier! La descripción coincide exactamente con el tipo que se autoproclamó jefe de la resistencia de Barcelona. Entonces pensamos que ese hombre era un loco psicópata, pero puede tener información importante. ¡Buscadlo y traedlo de inmediato!

Tuvimos una misión en Barcelona. La infección ya se había extendido prácticamente por toda la península. Apenas quedaban supervivientes. Pero eso fue mucho después de la excursión a la casa... de Chesco. Él quería ir a buscar a su madre, aunque fuera en solitario.

–No podemos dejar que vayas tú solo. Es muy peligroso. Y tú no sabes nada de zombis –inquirió Álvaro.

Esas palabras fueron la gota que colmó el vaso y Chesco saltó como un resorte.

–¡Tú tampoco! No me vengas con gilipolleces. ¿Te las das de listo porque has visto cuatro películas malas? –Chesco se puso de pie y se encaró con su amigo. El resto de compañeros se quedaron en silencio esperando el inminente enfrentamiento.

Álvaro se levantó pausadamente, intentando no hacer ningún movimiento que fuera entendido por Chesco como una amenaza. Su rostro mostraba serenidad.

–Por supuesto que no sé nada de estos zombis. Ni siquiera sabemos lo que son realmente esos bichos de ahí fuera. ¡Pero sí que sé que un niño de diez años no tiene nada que hacer contra lo que nos atacó en el autobús! –Terminó gritando dirigiéndose a toda la sala–. ¡No tiene sentido que te enfrentes a una muerte segura!

Chesco agachó la cabeza, desolado ante la inmensa evidencia, y comenzó a llorar tapándose los ojos con las manos.

–Tienes razón. Pero no puedo dejar a mi madre sola. ¡Es mi madre! No puedo. Lo siento, no puedo. Me voy mañana por la mañana.

–¡Mierda! –dijo Álvaro contrariado–. Está bien. Te acompañaremos Roberto y yo. –Lo miré aterrorizado–. Ayer estuvimos dándole vueltas a la situación, y a no ser que nos encuentren, antes o después tendremos que salir a por provisiones. Quizás nos sirva para inspeccionar la zona de cara a futuras misiones. Creemos que en este tipo de incursiones lo mejor es formar un grupo de tres personas.

Además, tenemos nuestras razones para pensar que realmente hay que fastidiarles el cerebro para que caigan definitivamente. ¡Y no me vengas con lo de las películas, tú mismo has visto las imágenes de televisión! Eso sí, una vez cojamos a tu madre, la traemos al colegio con nosotros.

En ese momento entró Don Juan en el gimnasio. Sujetaba una vela en las manos y la tenue luz permitía ver sus profundas ojeras, tan negras como las oscuras capas de los temibles nazguls de Mordor. Al parecer había continuado haciendo cábalas en la sala de profesores sin detenerse a dormir siquiera.

—¿Qué ocurre? He escuchado gritos. ¿Pasa algo? —preguntó asustado.

Álvaro y Chesco cruzaron una mirada cómplice. Sabían que si le contaban la verdad no los iba a dejar emprender su aventura de ninguna manera.

—Nada profe —contestó Álvaro—, estábamos discutiendo por los sitios donde dormir. Chesco prefería la colchoneta doble porque es más mullida, la que usábamos con el plinto. Pero ya lo hemos resuelto. —El resto guardamos silencio convirtiéndonos en testigos mudos de su mentira.

—Menos mal, pensé que habían logrado entrar. —Suspiró aliviado—. Por favor, apagad las velas y dormid. Y no hagáis ruido, recordadlo siempre. No sabemos si hay alguno de esos bichos cerca. Buenas noches.

Y se retiró por donde había venido, deambulando como un alma en pena, para continuar enfrascado en sus pensamientos. El silencio más absoluto reinó en la sala mientras todo el mundo procedía a apagar su llama. Poco a poco, las sombras se fueron apoderando de todos los rincones. Cuando el gimnasio fue inundado por la más completa oscuridad, Álvaro susurró:

—Poned el despertador a las siete. Saldremos por el Agujero de los Bollos.

Nada más se escuchó esa noche. Todo estaba dicho.

Nuestro colegio compartía patio con un instituto de bachillerato. Ambos edificios parecían silenciosos gemelos de ladrillo separados por una especie de porche techado con bloques de cemento y sujeto por resistentes columnas de acero. El Agujero de los Bollos era el nombre que le habíamos puesto a un hueco en la verja exterior del patio que se encontraba justo detrás del instituto. Al otro lado había un pequeño descampado rodeado de altos edificios blancos de diez pisos. En la parte baja del primero de ellos se encontraba una pequeña tienda que vendía bocadillos y bollos durante el recreo. Solíamos salir por ahí para comprar nuestro almuerzo todos los días. Así atajábamos y no teníamos que dar toda la vuelta al recinto.

El hueco era pequeño, solo permitía que entrara un niño de nuestra envergadura y prácticamente tumbado. El grandullón de Alfredo ya no cabía, y solía encargar a Jorge que le trajera las palmeras de chocolate que tanto le gustaban. Las esperaba con tanto ansia que las devoraba de tres bocados.

Lo estaba... devorando. Lo mordía por todas partes. El Agujero de los Bollos. ¿Cómo fuimos tan estúpidos? El Agujero de los Bollos. Se había... enganchado el vestido y estaba roto. Pero seguía estando preciosa... Apareció en medio del pasillo... El Agujero de los Bollos...

Me desperté sobresaltado en mi habitación. Era de noche y todo estaba en penumbra. Detrás de mí, sonaba la respiración de mi hermana. Me pareció algo ronca. Debía estar durmiendo en la otra cama. Escuché otro ruido, como un gruñido gutural. Me giré instintivamente. Me sobresalté. Mi hermana estaba sentada en su cama, mirándome fijamente, en silencio. Apenas veía su cara, oculta por las sombras. Llevaba el vestido de flores. Estaba roto, pero seguía estando preciosa. Se inclinó lentamente acercando su rostro hacia mi cabeza. Pude ver su semblante. Le faltaba la mitad de la cara y sonreía con una mueca diabólica. Jirones de carne y sangre goteaban sobre la alfombra de Naranjito que separaba ambas camas. Quise gritar, pero la voz se ahogó en mi garganta. Continuaba sonriendo. De pronto, se abalanzó sobre mí como una fiera despiadada y...

–Despierta, Roberto. Nos vamos. ¿Ocurre algo? Pareces sobresaltado –Álvaro estaba zarandeándome.

Me froté los ojos con los puños para quitarme las legañas y a continuación me estiré esperando desentumecer los músculos.

–No pasa nada. Jolín tío, ¿por qué tengo que ir yo? Sabes que me da miedo. ¿Y si me cago en los pantalones nada más salir?

–Eso no va a ocurrir. Tranquilo, confío en ti. Además, no tengo tiempo de contarle a otro todo lo que hablamos la otra noche. Ahora mismo eres el único al que puedo considerar experto en temas zombis. – Hizo el signo de las comillas con las manos mientras pronunciaba la palabra experto.

Era cierto, después de lo de Gema, Álvaro y yo habíamos tenido una larga conversación sobre lo que estaba ocurriendo. Atando cabos y recordando las cosas que nos solía contar Jorge en nuestras sesiones filmográficas, habíamos llegado a la conclusión de que su padre tenía algo que ver con la aparición de los muertos vivientes. Al fin y al cabo, siempre nos decía que su padre sabía cómo matar a los zombis, que era científico y en su trabajo se estudiaban esas cosas y muchas más, aunque en su día habíamos pensado que simplemente eran bravatas de nuestro amigo y que su progenitor no era más que otro fan del terror de ficción. Pero había sido mucha casualidad que abandonaran su casa justo unos días antes de que se propagase la infección, y de una manera tan precipitada. Fuimos enumerando las características que recordábamos que había comentado Jorge sobre los zombis, aunque algunas ya las habíamos podido ver con nuestros propios ojos en las últimas horas, tanto en la televisión como en el ataque al autobús: se acaba con ellos destruyendo su cerebro, también con electricidad, son muy rápidos, son estúpidos, su olfato es extraordinario, su único objetivo es devorar a los vivos, no saben nadar... Esto último lo comprobamos con unas singulares imágenes del Manzanares que pudimos ver en el telediario. Resultaba morbosamente cómico ver cómo esos seres se tiraban al río sin pensarlo y se hundían bajo el agua sin intentar siquiera mantenerse a flote.

Por otro lado, habíamos estado pensando en el tema de la comida. Sabíamos que en algún momento Don Juan tendría que tomar la decisión de enviar a alguien a por alimentos y, viendo el ritmo al que desaparecían las provisiones de la cocina, iba a ser pronto. Nuestras indagaciones concluían que lo mejor era salir en grupos de tres. Uno vigilaría la vanguardia, otro la retaguardia, y el tercero tendría que transportar el paquete. En caso de avistamiento de un monstruo, el vigilante daría la alarma y el grupo debía correr en dirección al colegio, abandonando la carga. A poder ser, debían dispersarse para confundir al posible atacante. No era un gran plan, pero hay que tener en cuenta que teníamos once años.

En cuanto salimos por la puerta de la cocina, pude comprobar que seguía diluviando y, aunque comenzaba a amanecer, el cielo encapotado de nubes negras no dejaba atravesar los primeros rayos de sol, lo que provocaba que aún estuviera bastante oscuro. Chesco estaba esperando allí de pie, con una mirada de determinación en sus ojos. Nos ofreció unas improvisadas armas que había sacado del almacén del gimnasio: dos raquetas de tenis. Él se había agenciado un bate de béisbol. Cuando vio nuestras miradas envidiosas simplemente dijo:

–No había más y lo voy a llevar yo.

Cogimos las raquetas con resignación. Al fin y al cabo el béisbol era un deporte poco conocido aquí. Si hubiéramos estado en una High School americana seguramente nuestro gimnasio estaría repleto de bates y de pompones de animadora, pero esto era España. Rodeamos el edificio del colegio y nos dirigimos hacia el instituto. Por el camino vimos que Daniel estaba, como cada mañana, parado frente al autobús siniestrado mirando fijamente a su antiguo padre. La lluvia le había pegado el pelo a la frente y sus ropas estaban totalmente empapadas. Me sorprendió el hecho de que el trío calavera estuviera calmado, como si hoy no les interesara comerse a mi amigo. Aunque más nos inquietó ver en la calle a otro zombi que caminaba arrastrando los pies a trompicones junto al centro comercial, como si no

hubiera reparado en nuestra presencia al otro lado de la verja. En otro tiempo podría haber pasado perfectamente por un borracho que volvía de fiesta a altas horas de la madrugada para poder dormir la mona en su cama.

Álvaro se llevó el dedo a los labios indicándonos que no hiciéramos ruido y nos guio hacia el otro lado del instituto. Una vez fuera de la vista del zombi dijo:

—Qué extraño. Pensaba que tenían un olfato excelente. Bueno, no nos relajemos. Debemos salir lo antes posible por el Agujero de los Bollos.

En breve nos encontramos al otro lado de la verja, en territorio hostil. El descampado parecía despejado, pero las piernas me temblaban igualmente. En cualquier momento podría aparecer una de esas bestias y apenas tendríamos tiempo para volver a traspasar el agujero. Preferí apartar mis pensamientos de esos malos augurios. Debíamos cruzar la zona abierta lo más rápido posible, tomar la primera calle a la derecha y avanzar hasta la calle Maqueda, que constituía la travesía principal que separaba el colegio del centro comercial, pero unos cien metros más allá de donde se encontraba el autobús. Después venía la parte más arriesgada, al menos eso opinaba Álvaro. Había que atravesar la calle, donde previsiblemente podríamos encontrar más movimiento, y meternos en los jardines que rodeaban tres grandes bloques de pisos. En la tercera planta del edificio de en medio se encontraba nuestra meta, la vivienda de Chesco. Podía parecer una travesía fácil, pero a mí me parecía mucho más complicada que la mismísima fuga de Logan.

El trayecto comenzó bien, dejamos el encharcado descampado atrás en menos de un minuto. Álvaro iba delante, Chesco lo seguía de cerca y yo cerraba la comitiva. Nos detuvimos sofocados por la rápida carrera en la esquina de la calle que nos llevaría a Maqueda. A esas alturas ya estábamos empapados hasta la médula a causa del agua que seguía cayendo con insistencia. Álvaro asomó la cabeza un instante y, con un rápido movimiento, apoyó la espalda contra la pared. Abrió mucho los ojos y nos mostró una mano con dos dedos levantados. ¡Mierda! Dos engendros. El corazón me dio un vuelco. Aunque sabía que lo más probable es que nos encontráramos con algunos de ellos, en mi interior confiaba en que llegaríamos sin altercados hasta nuestro destino. Con gestos, Álvaro nos indicó que continuáramos recto cruzando a toda velocidad, ignoraríamos esta calle e iríamos por la siguiente. Eso nos haría dar un pequeño rodeo, pero era preferible a arriesgarnos a que nos vieran. Aun así, teníamos que ser rápidos y silenciosos para no llamar su atención. Estaríamos expuestos durante unos segundos.

Álvaro salió corriendo con la espalda encorvada para cubrirse tras los coches aparcados al final de la calle. Cuando llegó al edificio del otro lado, lo siguió Chesco. Luego me tocó a mí. Desgraciadamente, la precipitación me hizo resbalar en un charco que se había formado en la acera y fui a golpearme contra el automóvil más cercano provocando un ruido sordo a la vez que el retrovisor se hundía dolorosamente en mi costado derecho. Me quedé inmóvil, agachado tras la puerta que acababa de abollar, con el corazón latiendo a mil por hora y un palpitante dolor recorriéndome el abdomen hacia la espalda y llegando hasta la nuca. Esperaba con toda mi alma que los zombis no se hubieran enterado. El sonido característico del chapoteo de los pies sobre el agua me sacó de mis dudas. ¡Dios mío, venían corriendo! ¡Tenía que escapar de allí de inmediato! Como un rayo, salí de detrás del coche sujetándome el flanco con el brazo y, renqueante, llegué hasta mis compañeros. Por el rabillo del ojo, pude ver a los dos seres que avanzaban hacia nuestra posición a toda velocidad. No puedo describir el terror que sentí cuando fui consciente que aquellos seres enajenados y salvajes se dejaban la piel solo para poder degustar nuestra tierna carne. Contemplé con espanto cómo el primero de ellos, una joven de unos veintitantos años vestida con minifalda y calzada con incómodos zapatos de tacón, tropezaba retorciéndose el tobillo de forma inverosímil y caía al suelo a unos treinta metros de distancia. Impactó en el asfalto con la boca y los dientes saltaron en todas direcciones. El otro zombi, un hombre calvo y trajeado de mediana edad, se apresuraba hacia nosotros desde varios metros más atrás.

Doblamos la esquina antes de que se acercara más, y corrimos por la siguiente calle. Por suerte, no había muertos a la vista. Antes de llegar a la calle principal, Chesco se desvió y se metió en un portal del bloque que había a nuestra derecha. El cristal estaba roto y solo tuvo que meter la mano para abrir la puerta. Lo seguimos. Podía ser un buen refugio si el calvo lograba localizarnos, ya que la puerta estaba formada por unos robustos barrotes de hierro. El recibidor olía a heces y orín, era nauseabundo y tuvimos que reprimir las ganas de echar hasta la primera papilla, pero en cierta manera fue un alivio poder cobijarse por fin de la intensa lluvia. Registramos rápidamente la zona, no encontramos ni vivos ni muertos. Nos pareció escuchar algún ruido detrás de la puerta del Bajo C, sin embargo, preferimos no tentar a la suerte. Podía ser un vecino atemorizado, o también podía tratarse de una preciosa familia de cadáveres andantes esperando a que alguien llamara a su puerta. Aguardamos en silencio unos cinco minutos interminables durante los cuales terminó de amanecer. El calvo no apareció por ningún lado. Suspiré aliviado. Le habíamos logrado dar esquinazo.

–¡Guay! Es fácil esconderse de ellos –Chesco parecía pletórico.

–Shhhh. Baja la voz –chistó Álvaro–, aquí hay gato encerrado. Es posible que la lluvia nos esté ayudando. Pero debería haber muchos más zombis por las calles. No debemos confiarnos.

–Bueno, aprovechemos la baja densidad de población para llegar a mi casa. –Y tras echar un breve vistazo, salió al exterior.

Álvaro se disponía a hacer lo propio. Yo no comprendía cómo estaban dispuestos a exponerse de nuevo como si tal cosa. No parecían demasiado nerviosos. Antes de salir, sujeté un momento a Álvaro por el hombro.

–Álvaro, no sé si lo has pensado. Pero, si encontramos a la madre de Chesco y nos sorprenden mientras la llevamos de vuelta al colegio, ¿qué vamos a hacer con ella? Está en silla de ruedas, tío.

–Tranquilo, ya se nos ocurrirá algo. He estado pensando que quizás el teléfono del piso de Chesco funcione. A lo mejor podemos llamar a emergencias y solicitar ayuda. En última instancia, si nos atacan mientras regresamos empujando la silla, tendremos que dejar el paquete y correr, tal y como estaba planeado. Lo sabes, ¿verdad? –Lo sabía...

–¡No me jodas, Sergio! ¡Soltadlo! –gritó Álvaro–. ¡No podemos hacer nada por él! –Disparó a otro ser que apareció trotando al fondo del pasillo. El podrido cayó fulminado con un agujero sobre la oreja izquierda.

–¡Pero no está contagiado! Es una herida limpia. Podemos salvarlo. –La rubia cabellera de Sergio estaba apelmazada por la sangre de Chesco. Una de las trampas de la... Casa de la... Collin Co. le había seccionado el brazo izquierdo a la altura del codo. Había perdido la consciencia y Sergio, con la ayuda de Alfredo, lo arrastraba como podía.

Otros tres zombis, con el uniforme de las fuerzas de seguridad del complejo, surgieron por donde lo había hecho el anterior. Ambos lucían profundos cortes en las extremidades superiores probablemente provocados por las mismas cuchillas que habían herido a nuestro amigo. Los diabólicos mecanismos nos estaban sirviendo de improvisada cobertura y ralentizando el avance de los zombis. Algunos de ellos habían sido mutilados y se arrastraban por el suelo, pero no era suficiente. Nos seguían de cerca. Dos más, estos con bata de científico, irrumpieron de las puertas dobles que teníamos a nuestra izquierda abriéndolas de un violento empujón.

–¡Joder! ¡Agachaos! –Álvaro, Daniel y yo abrimos fuego mientras nuestros compañeros echaban cuerpo a tierra. El tableteo vehemente de las ametralladoras invadió el corredor. El último de los muertos, un científico con los cristales rotos de las gafas incrustados en los párpados, estuvo muy cerca de alcanzar a Sergio antes de ser abatido–. ¡Nos está retrasando! ¡Me cago en la puta, o lo soltáis ahora

mismo u os dejamos aquí a los tres! ¡Es una orden!

Alfredo dudó un instante, pero finalmente se levantó dejando a Chesco en el suelo. Empuñó su arma y se puso junto a Daniel. Sergio lo miró indignado. Apretó los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos y dirigiéndose a Álvaro dijo:

–Eres un maldito hijo de perra. ¿Si fuera alguno de tus preferidos lo dejarías morir? –Tenía los ojos vidriosos.

–No lo dudes. Y si fuera yo, espero que hagáis lo mismo. Lo importante es el grupo –contestó con firmeza.

Alfredo nos cubrió acabando con otro infectado que había doblado la esquina y corría hacia nosotros agitando la cabeza de manera incontrolada. Joder, que silenciosos eran. Sergio seguía de rodillas junto a Chesco, se resistía a incorporarse.

–Nos vamos –dijo Álvaro dándose la vuelta hacia las escaleras–. Haz lo que quieras.

Desde ese momento, Sergio odió a nuestro líder hasta el fin de sus días y no dejó oportunidad de advertírsele a quien quisiera escucharlo. Con resignación, sujetó a Chesco del cuello y le dio un beso de despedida en los labios. Se levantó con la cabeza agachada. Vi caer dos lágrimas de sus ojos. Sacó su pistola y disparó. Los sesos de su amante se esparcieron por el suelo. No iba a permitir que se convirtiera en uno de ellos. Luego, como si no hubiera sucedido nada, subió las escaleras detrás de Daniel. No me pasó desapercibida la frialdad de su mirada al cruzarse conmigo. Sin darle demasiada importancia, cerré la marcha tras echar un último vistazo a nuestro compañero caído.

El resto del grupo ya debía estar fuera del enorme edificio. Álvaro les había ordenado adelantarse para ir despejando el camino hacia la salida. En medio de todo aquel desconcierto, habíamos oído una explosión al este de nuestros barracones y estábamos seguros de que se había abierto una brecha en el muro trasero de la que había sido nuestra... prisión durante tantos años.

De nuestra... casa. Estábamos... de excursión.

–Roberto, no tengas miedo. Los monstruos ya no pueden llegar hasta nosotros. Aquí estamos a salvo. Piensa que por fin estamos de excursión en la Casa de la Colina. Lucharemos juntos contra fantasmas, vampiros y orcos. Y siempre venceremos. Siempre sobreviviremos. Aunque los vampiros cubran Madrid con una lona para que no llegue la luz del sol. –Me consoló Álvaro.

–Pero, ¿dónde estamos? ¿Qué quieren de nosotros? –pregunte con un hilillo de voz.

–Lo importante es que nuestros captores están vivos, no creo que quieran devorarnos –dijo poniéndose en pie–. Y si hemos plantado cara a los asquerosos podridos, ¿qué son unos cuantos militares chusqueros para nosotros?

Álvaro siempre sabía cómo hacerme sonreír. Si no hubiera sido por él, aquella primera noche en el maldito campo de entrenamiento me habría lanzado contra la verja electrificada. Pero no lo hice. Continué sentado, abrazándome las rodillas y balanceándome compulsivamente hasta que llegó el amanecer.

6. DIVERGENCIA

Cuando llegamos a la calle Maqueda, ya era completamente de día. Nos ocultamos tras un frondoso seto que había en la esquina del edificio en el que nos habíamos refugiado hacía un rato. La calzada de la calle principal estaba abarrotada de coches aparentemente abandonados en el atasco que se debió formar el día del accidente. Casi todos tenían las puertas abiertas, como si sus ocupantes hubieran escapado a toda prisa sin importarles que algún oportunista pudiera entrar en sus vehículos y robarles sus pertenencias. El aguacero, que continuaba sin amainar, tamborileaba con insistencia sobre los capós de los coches. Resultaba realmente inquietante encontrar la vía repleta y no escuchar más que la monótona canción de la lluvia, sin ruido de motores, ni frenazos, ni cláxones. Cinco de los caminantes deambulaban entre los automóviles con la ropa y los sucios cabellos pegados al cuerpo por la humedad. Pude distinguir entre ellos a nuestro amigo calvo. Al parecer se había olvidado de nosotros y paseaba sin sentido de un lado para otro.

Lo observaba pasar junto a un Seat Panda blanco, cuando de pronto me pareció ver movimiento en el interior del coche, como si alguien se hubiera agachado rápidamente ante la presencia del muerto. Fijé la mirada en la ventanilla, esperando ver a un superviviente agazapado en el asiento trasero, pero no logré ver nada.

–Álvaro, creo que hay alguien escondido en aquel Panda –susurré.

–¿Qué? –Álvaro examinaba el terreno, evaluando la mejor manera de cruzar la calle, y mi interrupción pareció sorprenderlo.

–Que creo que hay alguien vivo allí. –Señalé el vehículo–. Me ha parecido que se ocultaba al pasar el zombi calvo.

–¿Y qué más da? –comentó Chesco subiendo el tono–. No es nuestro problema. Bastante tenemos con...

Álvaro se giró y le tapó la boca con la mano.

–Joder, no alces la voz. Si no fuera por el chapoteo del agua, nos habrían oído. –Retiró la mano con lentitud cuando vio asentir a Chesco–. En parte tienes razón. Deberíamos preocuparnos de nosotros mismos. Sea quien sea, podría estar infectado. Ya vimos lo que le ocurrió a Gema. –Me dirigió una mirada penetrante–. Sin embargo, si verdaderamente hay alguien ahí, es posible que nos sirva de ayuda para cruzar. Pasadme todas las piedrecitas que encontréis.

–¿Cómo? –pregunté confundido.

–Que cojáis piedras, cantos, guijarros, lo que sea, y me los deis. Mejor que no sean muy grandes. Se me ha ocurrido un plan –insistió Álvaro con gesto impaciente.

Chesco y yo nos pusimos manos a la obra, buscando entre las raíces del arbusto que nos servía de cobertura, sin comprender muy bien lo que pretendía nuestro amigo. Mientras, él continuó vigilando la calle. Dos monstruos más habían aparecido en nuestro ángulo de visión. Uno de ellos era el chaval de la guitarra, el maldito ser que había destrozado a mi hermana. Mi pobre hermanita. Sentí que la pena y la ira me invadían. Cerré los puños con fuerza y me mordí la lengua tratando de canalizar toda mi rabia. Chesco apoyó una mano comprensiva en mi hombro y me señaló el suelo para que siguiera con mi tarea. Continué con resignación y cuando consideramos que teníamos suficientes piedras se las entregamos a Álvaro. Este lanzó una de las chinas hacia el Seat Panda, pero se quedó corta. Viendo lo que se proponía, Chesco

y yo probamos suerte.

El lanzamiento de Francisco se pasó de largo, golpeando un semáforo que se alzaba en la acera opuesta. El ruido metálico llamó la atención del zombi calvo, que volvió la cabeza con una mueca de furia en su rostro y dirigió sus pasos a toda prisa hacia allí. Al no encontrar nada, pareció desorientarse y se quedó quieto mirando al semáforo, como esperando a que este se moviera o le dijera algo.

Mi piedra voló y alcanzó la ventanilla del conductor del coche blanco. El ruido en esta ocasión fue mucho más sordo y los zombis no reaccionaron. Sin embargo, algo se movió dentro. El rostro de una mujer de unos treinta y tantos se asomó por el cristal trasero mirando en todas direcciones. Debía ser guapa, pero su rostro estaba desencajado por el horror. Álvaro se levantó un segundo, alzó la mano rápidamente en señal de saludo, y volvió a esconderse. La chica abrió mucho los ojos mostrando su asombro y dejando claro que había visto a nuestro compañero. Seguramente estaba medio loca de hambre y sed, porque, después de llevar Dios sabe cuánto tiempo agazapada en el coche, su reacción ante nuestra aparición fue comenzar a golpear la ventana con las palmas de las manos mientras gritaba. La lluvia y los cristales amortiguaban sus chillidos, pero estaba claro que estaba pidiendo auxilio con todas sus fuerzas, olvidando temporalmente a los zombis que había a su alrededor.

Su reacción me sorprendió, aunque la sonrisa que tenía Álvaro en su cara me indicó que a él no. Quizás no esperaba una reacción tan desmedida, pero estaba claro que aquella era la manera en que aquel encuentro iba a ayudarnos a cruzar. Todos los podridos que había en la zona comenzaron a correr hacia el coche de la pobre mujer. Inmediatamente, lo rodearon y comenzaron a empujarlo desde todos los lados zarandeándolo violentamente como si no pesara más que el auto de los curris de Fraggie Rock. El calvo se lanzó encima del capó, intentando entrar por la luna delantera. La mujer chilló más fuerte, esta vez de desesperación y terror, mientras el muerto aporreaba el cristal con los puños. Tragué saliva angustiado, no esperaba meter a la chica en esta situación. Miré a mi amigo buscando una explicación.

–¡Joder, Álvaro! ¡Lo estás usando de señuelo! –Mi tono fue más alto de lo esperado, quizás provocado por la tensión del combate.

Sin embargo, el ruido de los cientos de zombis, corriendo desde la plaza de Cibeles hacia el Paseo de la Castellana, apenas dejó escuchar mi voz. Chino acababa de hacer su aparición en una bocacalle cerca del Palacio de Linares, gritando como un poseso a la vez que abría la cabeza de un podrido como un melón con un tajo de su afilada katana. Ahora todos corrían hacia la carne fresca que representaba nuestro compañero. El cebo estaba listo.

El resto nos encontrábamos apostados en el recibidor de lo que antaño fue el maravilloso Palacio de Correos, vigilando atentamente la entrada principal al edificio. Volver a contemplar aquella emblemática plaza me había causado sentimientos enfrentados. Era agradable visitar un lugar conocido, una obra de arte de la arquitectura contemporánea que lucía espléndida en una mañana soleada como esa. Sin embargo, observar su decadencia actual era descorazonador, la vegetación se abría paso por todas partes surgiendo de profundas grietas abiertas en el descuidado asfalto. La estatua de la diosa, castigada por las inclemencias de la meteorología y sin el mantenimiento adecuado durante tantos años, parecía una antigua reliquia encontrada en algún yacimiento arqueológico, con el brazo izquierdo roto tirado en medio de la fuente y la cabeza de uno de los leones destrozada por el impacto de un desconocido proyectil. Las miríadas de zombis que recorrían la zona completaban la insólita escena.

El helicóptero que debía recogerlos ya volaba sobre Gran Vía en nuestra dirección. En breve estaría sobre la explanada, dispuesto a tomar tierra. Álvaro me miró con el ceño fruncido. Se le marcaron las arrugas de la frente como cada vez que hacía ese gesto.

–Es una distracción. Si Chino no aleja a los zombis de la plaza, el helicóptero no podrá aterrizar. ¿Acaso quieres que muramos todos aquí? –Señaló al resto del equipo.

Todos estábamos magullados y alguno gravemente herido. Sobre todo Rodrigo, que sufría graves quemaduras en el rostro y por todo el cuerpo. Solo mirar la atrocidad en la que se había convertido su cara me hacía sentir una mezcla de tristeza y aversión. Freddy Krueger parecía un modelo de crema facial a su lado. Descansaba sobre el frío suelo de mármol del recibidor respirando entrecortadamente. Cada cierto tiempo soltaba un alarmante quejido que me hacía temer lo peor.

La misión en el Palacio se había complicado mucho más de lo previsto. Habíamos conseguido nuestro objetivo: un paquete guardado en una caja de seguridad que no había sido enviado a causa de la epidemia. Llevaba allí prácticamente siete años, reposando en aquel oscuro sótano, ajeno a los cambios que se habían producido en la superficie durante ese tiempo. La caja fue fácil de reventar y tardamos unos minutos en recuperar lo que buscábamos de entre el montón de mensajería almacenada en su interior. Por lo que pude ver en el remite, antes de que Álvaro lo guardara apresuradamente en su mochila, el bulto iba dirigido a alguien llamado Collin Co. o algo parecido. Cuando nos preparábamos para dirigirnos de nuevo a la azotea, donde debía recoger el helicóptero, todo se fue a la mierda.

–¡Álvaro, hemos perdido nuestra posición! –La voz de Sergio crepitó en el walkie del jefe.

Aunque nos encontrábamos en el sótano, era seguro que los explosivos que habíamos detonado para abrir la caja se habrían escuchado perfectamente en el exterior. Eso, unido a nuestra llegada en el ruidoso aparato, y probablemente a nuestro olor corporal, había sido suficiente para llamar la atención de todos los repugnantes podridos que rondaban por los alrededores. A base de empujones y ayudados por su elevado número, lograron entreabrir la entrada de cocheras, un fuerte portón de madera que no debía tener bien echado el cierre, inundando de muerte el patio interior del palacio. Allí estaban apostados Rubén y Sergio cubriendo la puerta. Lamentaron de inmediato el grave error de no comprobar la cerradura al revisar el perímetro. Los disparos de los fusiles automáticos atravesaron el patio a velocidad de vértigo y los muchachos lograron mantener su posición durante unos segundos abatiendo a más de veinte objetivos, pero finalmente tuvieron que replegarse al interior del edificio ante la avalancha que se les venía encima...

–Un segundo, Roberto. Me ha parecido escuchar ya en un par de ocasiones que nombrabas algo así como Collin Co. ¿Es posible que se trate de una empresa? Necesito saberlo, es importante. Y cualquier otro dato que puedas darnos sobre ella también.

Collin...a. Nos llevaron a la Casa de la Colina. Éramos niños. Yo tenía mucho miedo, pero Álvaro se mantuvo todo el tiempo a mi lado en el furgón blindado en el que nos transportaban. Podíamos ver el exterior por unos pequeños ventanucos al lado de nuestros asientos. El complejo era muy grande. Enorme. El muro y la verja lo protegían de los monstruos. Aunque en las montañas había pocos caminantes, esa era su mejor defensa. Pude ver que entrábamos al interior pasando por debajo de un viejo cartel metálico con algo escrito en borrosas letras amarillas. Cárnica Collin Co. No..., no era un matadero, era una granja escuela. Sí... lo era, era un matadero. ¡Un maldito matadero! Que se lo digan a Chesco... y a Manolo.

–No digáiz palabrotaz o iréiz todoz al infierno –decía siempre Manolo, tapándose la boca tímidamente, cada vez que alguien soltaba un taco en clase.

Y tenía razón, fuimos directos al infierno...

–Excelente. Es una empresa cárnica. Buscad todas las oficinas y fábricas de la compañía. Y sobre todo sus mataderos. Buscad alguno en la sierra de Madrid. Al parecer había montañas cerca de donde los llevaron. Y tú, Roberto, continúa con tu historia. Estás haciendo un buen trabajo.

Todo se nubla. Mi cabeza vuelve a dar vueltas.

–¡No! No puedes irte otra vez. No puedo esperar tanto tiempo. Necesito resultados. Cada laguna nos retrasa demasiado. Llevamos tratándote muchos mes...

Estábamos en el colegio. Muchas tardes jugábamos con los tirachinas y los *tiragüitos* fabricados con el cuello de una botella de leche y un globo a modo de lanzador elástico. Teníamos que acertar a latas de refresco vacías que disponíamos en línea o construyendo pequeñas torres, como un improvisado puesto de tiro al blanco de la verbena de las fiestas Aluche. Los profesores no nos dejaban utilizar esos instrumentos del demonio, por eso nos poníamos en la parte de atrás del patio, cerca de la verja. Al otro lado estaba la Chabola del Drogata, y a los profes no les gustaba demasiado venir por allí.

–¡Ha vuelto! ¡Por fin! Hola Roberto. Estabas contándome la misión en el Palacio de Correos. ¿Qué había en el paquete que recuperasteis? Era algo para Collin Co. ¿Pudiste comprobar de qué se trataba?

Álvaro acababa de guardarlo en su mochila y nos disponíamos a regresar al tejado. Pero los muertos habían irrumpido en el patio. Desde la puerta principal, Chesco nos comunicó por radio que allí la situación estaba controlada. Docenas de muertos eran contenidos por las rejas de hierro que protegían esa entrada. Las noticias de la azotea eran bastante más preocupantes. Chino informó que escuchaba a los infectados subir por las escaleras, el acceso del helicóptero al piso superior dejaba de ser una opción. Álvaro dio la orden de que todos nos reuniéramos en la recepción, junto al grupo de Chesco. Excepto Chino, este tenía que utilizar la tirolina para cruzar a los edificios del lado opuesto de la calle y esperar órdenes.

Agruparse fue más complicado de lo esperado. El palacio estaba plagado de seres deseosos de carne. Los que más difícil tuvieron llegar a la planta baja fueron Jorge y Rodrigo, que se encontraban en la azotea junto a Chino. Se abrieron paso gracias a varias granadas de fragmentación y a la escopeta de cañón recortado que portaba Jorge. Pero una de las explosiones debió afectar a una tubería de gas y la deflagración sorprendió a Rodrigo envolviéndolo en llamas. La verdad es que el incendio que se provocó nos vino bien para retrasar la entrada de muertos a la zona donde nos encontrábamos. Esto permitió una oportuna vía de acceso para Jorge, que aprovechó para arrastrar como pudo a Rodrigo hasta presentarse en el punto de reunión. Allí, el resto del equipo, que esperábamos ansiosos su llegada, sellamos las puertas y aseguramos la recepción con diligencia.

Álvaro cogió el emisor de radio y contactó con Chino. Jesús confirmó que había logrado llegar al otro lado y esperaba nuevas órdenes. Nuestro líder le explicó en qué consistía su plan. Su... sacrificio... me duele.

Jugábamos con los tirachinas a atinar a las latas. Nos reíamos de Jesús. Era inconcebible que alguien tuviera tan mala puntería. Por mucho que lo intentaba, nunca acertaba un solo blanco. Era imposible no hacerle burla.

–Eso es por esas ranuras que tiene en la cara. –Solía decir Rubén mientras lo imitaba entornando los ojos y estirándoselos con los dedos–. Así nadie puede ver bien. Si parece el maestro Miyagi.

Las carcajadas eran generalizadas. Menos Jesús, él no reía. Era un chico muy singular. Le llamábamos Chino. Y no solo por los ojos rasgados que lucía, que más que un oriental lo hacían parecer un extraterrestre, sino también porque era un verdadero fanático de las películas de artes marciales. Tanto,

que se había apuntado a una academia de karate, o judo, o algo por el estilo. No eran pocas las chanzas sobre el ninja que, en lugar de tirar estrellas afiladas, luchaba con un bastón de invidente al más puro estilo Dan Defensor. Pero lo cierto es que era buen luchador y avanzaba muy rápido en su formación. Creo que estaba a un paso de conseguir cinturón marrón, algo sorprendente para un chico tan joven.

–¡Soy cinturón negro, señor! –Chino se cuadró delante del instructor. Los demás nos mantuvimos inmóviles en el campo de tiro–. Puedo luchar cuerpo a cuerpo.

–¡Eso espero, anormal! Demostrarás lo que vales o tendremos que prescindir de ti. –Todos sabíamos lo que quería decir eso–. No he visto a nadie tan inútil con las armas de fuego en mi puta vida.

Lo demostró con creces. El instructor Collin lo obligó a luchar con Animal Pilier en una celda electrificada de apenas doce metros cuadrados, dentro de la planta de entrenamiento. Al resto nos obligaron a asistir como público del insólito evento. Pilier parecía encantado de luchar con el que consideraba un enclenque, y no dejaba de hacer aspavientos. En cuanto el instructor dio la orden de comenzar el combate, Animal hizo honor a su apodo y, como si del brutal minotauro de Ulises 31 se tratase, le sacudió un cabezazo en la cara a Chino. Sonó un estremecedor crujido cuando la nariz de nuestro amigo quedó reventada. Comenzó a sangrar profusamente, manchándose el uniforme hasta entonces impoluto, y pareció quedar aturdido. El otro aprovechó para pegarle una potente patada en el pecho que lo proyectó varios metros hacia atrás. Jesús reaccionó justo a tiempo para evitar caer sobre la verja. Eso hubiera sido su fin. Logró apoyar la suela de goma de su bota sobre esta, provocando un chisporroteo crepitante. Tomó impulso y se lanzó sobre Pilier cuando este se acercaba para rematar la faena. Pilier no esperaba una reacción tan rápida y fue sorprendido con la guardia baja. Eso le permitió a Jesús alcanzar el vientre de su oponente con un seco derechazo. Animal se agachó, agarrándose el abdomen mientras emitía un breve quejido, momento en el que Chino encadenó cuatro patadas de karate en pleno rostro con su pierna derecha. Animal, con la cara como un cromo, logró atrapar el pie de Jesús. Lo retorció y el sonido del hueso al romperse nos sobresaltó a todos. Chino chilló de dolor. Lejos de soltar a su presa, Animal continuó dañando la pierna con sus manos doblando el tobillo de un lado a otro. Chino apretó los dientes, reprimiendo otro grito. Mantuvo el equilibrio dando pequeños botes sobre su pierna sana y, de pronto, ejecutó un potente e inverosímil salto, giró en el aire sobre sí mismo y logró impactar un puntapié en la mandíbula de Pilier. Era como si acabáramos de ver el mejor gol de chilena de Hugo Sánchez. El bruto cayó de espaldas al suelo, semiinconsciente. Chino se mantuvo a la pata coja y miró desafiante en dirección al instructor.

–Bravo, pequeño saltamontes. Pero los muertos no caen inconscientes. ¿A ver qué tal se te da esto? – Se giró y dio una orden a los miembros de seguridad del complejo.

A los pocos minutos, aparecieron con una caja de contención metálica del tamaño de un sarcófago egipcio. Todos sabíamos lo que traían dentro. El enfrentamiento con zombis formaba parte de nuestro entrenamiento. Esas jaulas eran las que usaban para transportar a los infectos monstruos.

Miré a Álvaro suplicante. Teníamos que hacer algo. Era una injusticia que hicieran luchar a Jesús en esas condiciones. No lograría sobrevivir. Mi amigo asintió con la cabeza, tranquilizándose. Había pensado en algo. La caja estaba ya ajustada en la entrada de la jaula y un guardia estaba a punto de abrirla.

–¡Señor! –interrumpió Álvaro–. Si de verdad queremos saber lo útil que nos puede ser este individuo, deberíamos darle la oportunidad de luchar con algún arma blanca. Así podremos comprobar si también es tan diestro con ellas como con las piernas. Además, con las manos limpias es difícil dañar el cerebro de las bestias.

El instructor pareció contrariado por un momento, pero luego sonrió y lanzó su machete por encima de la verja.

–Está bien. Quizás este panoli pueda servirnos de algo. ¡Soltad al podrido! –ordenó.

La portezuela se abrió y una mujer pelirroja, con una larga y enmarañada melena, salió como una exhalación en dirección a Jesús. En lo que pareció un único movimiento, Chino hizo una nueva voltereta sobre su pie izquierdo cogiendo el cuchillo del suelo y se alzó clavando el arma debajo de la barbilla de la mujer. La punta del machete apareció por la coronilla del zombi, justo donde se encontraba la raya de su peinado. Cayó inerte al instante.

–Todos a los barracones. Llevad a estos dos a la enfermería. Y dadle un escarmiento a Pilier. –El instructor estaba claramente decepcionado. Probablemente aquel sucio carnicero no había visto tantas vísceras como esperaba. El combate había sido demasiado corto. Dirigiéndose a Jesús, continuó–. Chaval, te has ganado otra oportunidad. ¿Qué arma quieres que te consigamos?

–Una *katana*, señor. –Y perdió el conocimiento...

Chino seguía defendiéndose de la horda de muertos que lo rodeaban. Parecía una centella agitando su katana. Las cabezas rodaban Castellana abajo. Pero estaba claro que nuestro compañero no aguataría mucho más. Estaba completamente rodeado y no había vía de escape.

–Lo hemos sacrificado, Álvaro. Seguro que había otra opción –insistí apesadumbrado.

–¡Cállate, coño! –Me gritó–. No se te ocurra poner en entredicho mis órdenes. Jesús era el más prescindible de nosotros. No nos sirve como tirador. –Miró al resto del equipo para ver cómo había sentado el comentario. Algunos asentían con aprobación, pero también observó algún rostro perplejo–. Además, es el único que puede entretener a los zombis el tiempo suficiente para que aterrice el helicóptero. Su función era esta. Estaba claro que algún día tendríamos que utilizarlo de esta forma. ¿Es que no lo entiendes?

–¿Te estás escuchando? Utilizarlo. Es nuestro compañero, es nuestro amigo...

–¡Es un miembro de la UAZ! Sabe cuál es nuestra obligación y cuál el riesgo en esta unidad. Ya hemos perdido compañeros antes y los perderemos después. Pero hoy Chino nos va a salvar a todos. Será recordado como un héroe.

Guardé silencio. El helicóptero ya estaba descendiendo a unos veinte metros de la entrada principal del Palacio de Correos. El vendaval que emitían las grandes hélices del aparato hacía ondear con fuerza los hierbajos que cubrían de decadencia la plaza y las raídas ropas de los caminantes que no habían abandonado el lugar tras el reclamo de Chino.

–¡Adelante! –ordenó Álvaro–. Recordad cubrir los flancos.

Todos comenzamos a disparar para abatir a los implacables monstruos que seguían esperando a hincarnos el diente al otro lado de las rejas de la entrada principal. Gracias a nuestro señuelo viviente, solo habían quedado algunas decenas entre nosotros y la zona de aterrizaje. Cuando los más cercanos cayeron al suelo, Chesco y Alfredo abrieron las rejas con un fuerte empujón. Salimos de manera ordenada con los fusiles apoyados en el hombro y derribando a todos los muertos que se nos acercaban desde los laterales. En el centro del grupo, Jorge ayudaba a avanzar a Rodrigo que parecía que había recuperado la consciencia y al menos podía lanzar pequeños pasos que hacían su transporte algo más llevadero. El aparato tocó suelo en el momento en el que nuestra vanguardia llegaba a sus pies. Álvaro y yo cubrimos la zona mientras el resto subían al helicóptero. El ruido de los fusiles había vuelto a atraer a los zombis más alejados, y el círculo comenzaba a estrecharse peligrosamente. Seguimos disparando sin tregua, hasta que finalmente la aeronave comenzó a ascender sin esperar a que nosotros dos estuviéramos a bordo.

Como un resorte, Álvaro se agarró al borde metálico de la puerta y subió a pulso, se dio la vuelta y estiró el brazo en mi dirección. El helicóptero flotaba ya bastante alto y apenas podía alcanzar la mano

de mi amigo. Los muertos cada vez estaban más cerca, ¡no había lugar al error! Salté y me agarró con fuerza. Sin embargo, no noté que tirara de mí hacia arriba. Seguíamos subiendo con rapidez. Álvaro me miraba fijamente mientras yo seguía suspendido.

—Quizás te he estado sobreprotegiendo. En la próxima misión no irás a mi lado —susurró—. Y no me cuestiones delante del equipo nunca más.

Y me izó con fuerza, introduciéndome en el helicóptero.

La puerta del edificio de Chesco estaba cerrada con llave. Álvaro y Francisco tuvieron que alzarme para que me colara por una ventana abierta que daba a las escaleras del rellano. Entrar me resultó bastante más fácil de lo que esperaba, ya que el dolor del costado había remitido bastante. Probablemente no había sido más que el golpe. Una vez dentro, me entregaron la raqueta y dirigí mis pasos hacia la garita del portero. Me temblaban las piernas. Desde fuera habíamos visto que no había nadie allí, pero yo estaba seguro de que el anciano trabajador estaría agazapado en algún rincón, babeando por entre sus podridos y malolientes dientes, silencioso como la muerte, esperando a que algún niño distraído entrara en sus dominios para salir de entre las sombras y devorar sin piedad hasta el último pedazo de carne que quedara pegado a sus huesos.

No había luz en el portal. Lo cual quería decir que no podríamos subir en el ascensor hasta la casa de Chesco, en el tercer piso. Si me hubiera parado a pensar, me habría dado cuenta de que posiblemente tampoco podríamos bajar a su madre. Pero en ese momento estaba centrado en mi misión, solo tenía que conseguir las llaves para abrir la puerta a mis amigos. Un olor nauseabundo me inundó la nariz cuando me acerqué a la portería. No estaba seguro de cómo olían esos seres, pero algo me decía que ese olor penetrante provenía de uno de ellos. Me detuve, agarrando la raqueta con fuerza y mirando nerviosamente alrededor. Al fondo del pasillo, más allá de los ascensores, una puerta abierta daba paso a un estrecho cuarto. Desde mi posición podía verse un contenedor abarrotado de basura en el interior. Sentí un gran alivio. Tenía que ser eso, olía a basura en descomposición.

Tras un rápido vistazo, entré en la garita dando gracias a Dios de que no hubiera zombis pululando por allí. Comencé a rebuscar sobre la mesa de despacho que había en el centro de la habitación. Después en los cajones. Nada. No había ninguna llave. Entonces, reparé en un cajetín de metal que se encontraba en la pared. Separé la tapa y dentro pude ver varias llaves colgadas en sendos ganchos. Unas etiquetas indicaban a qué pertenecía cada una: “Basura”, “Cuadro Eléctrico”, “Trasteros”, “Puerta Principal”. ¡Ahí estaba! La cogí raudo, pero la precipitación provocada por los nervios hizo que mi mano rozara otro juego de llaves, que cayó al suelo con un tintineo que retumbó atronador. Asustado, corrí a la puerta principal y abrí la cerradura.

Mis compañeros, que habían permanecido ocultos tras un pequeño muro de ladrillo blanco que rodeaba el jardín de la colonia, raudos se reunieron conmigo. Me disponía a cerrar la puerta, cuando escuché detrás de mí:

—¡Jooooder! —Álvaro alargó la “o” de una manera característica que en su caso siempre quería denotar asombro.

Él y Chesco miraban hacia el cuarto de basuras. Allí, al fondo del pasillo, se encontraba el desaparecido portero. Llevaba un trozo de carne ensangrentada colgando de su deformada boca. No sabría decir con exactitud de qué se trataba, pero juraría que era parte de una mano.

—¡Me cago en la puta! —Se le escapó a Chesco.

“No digáiz palabrotaz o iréiz todoz al infierno”. Las palabras tan repetidas por Manolo irrumpieron en mi mente como un salmo.

Sin mediar palabra, el anciano arrancó a correr en nuestra dirección. Un impulso irrefrenable de huir

invadió todo mi cuerpo. *“Iréiz todoz al infierno”*. Álvaro me sacó del ensimismamiento.

–¡Roberto, tenemos que hacerlo caer! Trabemos sus piernas con las raquetas. Chesco le reventará la cabeza con el bate.

Reaccioné a su orden sin pensarlo. Los dos corrimos hacia el zombi, nos agachamos cada uno a un lado y cruzamos las raquetas en forma de equis. El bicho era tremendamente rápido. La penumbra no le permitió percatarse a tiempo de nuestra maniobra y en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en el suelo todo lo largo que era con las palas de tenis enredadas entre sus piernas. El impacto hizo que me tambaleara, pero logré mantener el equilibrio. Me sorprendió comprobar que el pedazo de carne desmenuzada, que el ser llevaba sujeto entre sus dientes, permanecía allí aun cuando la dentadura postiza salió disparada rodando por las baldosas hasta ir a detenerse a los pies de Chesco. Varios dedos amoratados podían adivinarse entre los inmaculados incisivos de porcelana.

–¡Remátalo, remátalo! –chillé.

Los ojos de Chesco se abrieron de asombro durante un instante, y luego ese gesto dejó paso a otro de furia, una mueca iracunda que me recordó a la Masa, el gigante verde de los comics que se volvía más fuerte cuanto más enfadado se encontraba. Empezó a descargar potentes golpes con el bate contra el cráneo del portero. Una, dos, tres, hasta diez veces. Los sesos salpicaban los brazos y el rostro de mi amigo mezclándose con las lágrimas que invadían sus ojos. El anillo que se podía ver en el dedo anular de la mano descuartizada que había en el suelo, era la alianza de boda de su madre.

No vimos necesario subir a casa de Francisco. Le consolamos lo mejor que pudimos y decidimos emprender el camino de vuelta. Regresar al colegio nos supuso menos complicaciones. El diluvio continuaba, y la calle Maqueda estaba mucho menos concurrida. Solo había dos zombis a la vista: el calvo y la mujer que había estado encerrada en el coche. En su desesperación, debía haber intentado conducir entre los vehículos, con la mala suerte de chocar y romper una de las ventanillas contra el lateral de un todoterreno. Por ahí la habían arrastrado sus atacantes, sacándola del automóvil y convirtiéndola sin remedio en uno de los suyos. Le faltaba gran parte del cuero cabelludo, dando la impresión de ser otro zombi alopecico. Irónicamente, era el calvo el que sostenía su cabellera en la mano izquierda, como si se tratara del trofeo de una antigua película de indios y vaqueros.

Cruzamos la calle en silencio, ocultándonos entre los coches, y antes del mediodía nos encontrábamos de nuevo en el gimnasio del colegio, secando nuestras empapadas ropas. Nuestros compañeros nos asaltaron con cientos de preguntas, pero Álvaro los detuvo con un simple:

–Ahora no. Ya os lo contaremos en otro momento.

7. SUPERVIVENCIA

–Por favor. Háblame del paquete del Palacio de Correos. Es importante. Hemos encontrado el matadero donde os tuvieron escondidos, pero no sabemos qué buscamos exactamente. Prácticamente está destruido. ¿Dónde llevasteis el paquete?

Lo llevamos a la Casa de la Colina. No supimos lo que había dentro. ¿Cómo qué no? Sí lo supimos. Nos lo contó Pilier en Barcelona. Era parte de la vacuna. Parte del tratamiento. No era una cura, pero impedía el contagio. Venía de Estados Unidos. Pero... no lo supimos al principio. Álvaro tenía prohibido mirar el interior del paquete y cumplió las órdenes. Pero Animal se las saltó.

–¿Entonces es cierto que hay una vacuna! ¿Dónde podemos encontrarla? Dinos algo que nos permita identificarla. ¿La tiene el general Pilier? Lo estamos buscando...

Fue su primera misión, tenía que llevar el paquete al Centro de Aseguramiento de Humanidad... Cabrón, reventó la misión, sabotó el complejo, tuvimos que huir y Chesco... murió. Nos disponíamos a seguirlo, pero no teníamos suficientes provisiones... Tuvimos que parar a mitad de camino, cerca de Zaragoza... encontramos supervivientes en la carretera.

También los encontramos en el centro comercial.

–Esta vez te toca salir a ti a por alimentos, Roberto. Te llevarás contigo a Rodrigo y Alberto. –Álvaro se había reunido conmigo en la despensa del colegio. Era obvio que la comida empezaba a escasear y debíamos hacer algo para solucionarlo.

–¿No vienes? –pregunté angustiado–. Tú eres el especialista. ¿Cómo nos las apañaremos para escapar de esos monstruos sin tu ayuda?

–Tranquilo, todo saldrá bien. Yo fui en la primera expedición y creo que es el momento de que otros hagáis lo mismo. Es necesario que todos seamos capaces de enfrentarnos a esas criaturas y a nuestro propio miedo. Nadie sabe cuánto tiempo estaremos aquí.

Sabía que tenía razón. Él, junto con otros dos chicos, había ido al mercado un par de semanas atrás. Trajeron viandas para todos. Pero éramos muchas bocas que alimentar, y nos encontrábamos de nuevo en la misma situación. No era justo que volvieran a encargarse los mismos.

–Está bien, iré –claudiqué–, pero me tendrás que ayudar a convencer a Rodrigo y Alberto.

–Eso está hecho. Ya sabes que lo mío es persuadir a los demás. –Y con paso ligero se dirigió al gimnasio.

Me quedé un instante solo en el pasillo, y un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras mi mente me jugaba una mala pasada. Mi hermanita estaba allí otra vez, al final del corredor. ¡No! ¡No puede ser! Su vestido de flores estaba sucio y harapiento. ¡Y esa mirada! Esa mirada sin vida...

Sacudí la cabeza con fuerza y entré en el gimnasio buscando desesperadamente a Álvaro con la mirada. Necesitaba de su aplomo para no derrumbarme.

–¡No os daremos la gasolina! –grité mientras escudriñaba en todas las direcciones esperando que Álvaro apareciese por algún lado.

–Me parece que no te enteras de nada, chaval –dijo la mujer que aparentemente estaba al mando. Me apuntó con su escopeta para enfatizar sus palabras–. No queremos solo la gasolina. Nos vamos a llevar vuestro camión, las armas y todas las provisiones que tengáis.

Una gota de sudor perló mi frente. Hacía dos horas largas que Álvaro se había largado a buscar comida con la mitad del equipo. Nuestro líder me había dejado al frente del resto del grupo con un escueto:

–Encárgate hasta que vuelva.

Y allí nos quedamos los cuatro, en medio de la carretera, protegiendo el camión de cualquier muerto que merodeara por los alrededores.

Pero no nos sorprendió ninguna horda de zombis, ni tampoco volvieron nuestros compañeros. En su lugar, una nube de polvo apareció en el horizonte aproximándose velozmente por un camino perpendicular a la carretera. De inmediato, hice un gesto a mis compañeros, que empuñaron las armas y fijaron los cañones en la amenaza que se acercaba.

Estaba convencido que lo que saldría de aquella nube amarillenta sería un montón de cadáveres que acudían a nuestro encuentro con la misma voracidad que las moscas vuelan hacia la miel. Me mantuve con la mano levantada, a punto de ordenar fuego a discreción. Entonces me llegó el ruido de los motores y pude ver el reflejo del sol en las lunas de los tres todoterrenos que rodaban temerariamente por la irregular calzada. Sonreí aliviado.

–Bajad las armas, ¡son supervivientes!

Supervivientes, sí, como aquellos policías, los que estaban en el mercado. Nos llevamos una gran alegría cuando los vimos. Alegría... y después terror. ¡Dios mío! Aquel tiroteo fue espeluznante.

Habíamos logrado entrar por la zona de mercancías. Tal y como nos había informado Álvaro, la verja de hierro de uno de los muelles de carga tenía holgura y se podía abrir unos cuantos centímetros, los suficientes para que unos simples niños como nosotros se colaran metiendo estómago y conteniendo la respiración. La maniobra me recordó inconscientemente a los quiebros que hacíamos jugando al *tú la llevas*, contorsionando todas las partes del cuerpo para que el que la ligaba no lograra ni siquiera rozarte.

Cerramos la reja tras nosotros. Habíamos visto algunos caminantes a lo lejos, en el descampado que había más allá del mercado cerca del parque Aluche, y, aunque afortunadamente llovía a cantaros y no nos habían percibido, era conveniente asegurarnos de que la entrada quedaba correctamente sellada para evitarnos sustos indeseados.

El ambiente estaba tremendamente cargado en el interior del centro comercial. El olor a fruta, carne y pescado en descomposición era casi insoportable. Los tres sentimos angustiosas arcadas y Alberto incluso tuvo que detenerse un instante y tragar saliva para evitar vomitar el escaso contenido que pudiera llevar en el estómago.

La tenue luz de la luna se filtraba por las sucias y estrechas claraboyas que cubrían el techo del recinto, iluminando las tiendas vacías. El silencio y la ausencia de movimiento aumentaban la sensación de abandono y hacía que aquel mercado, tan familiar para nosotros en el pasado, nos resultara en esos momentos un lugar totalmente insólito y amenazador. Después de una rápida revisión de los locales cercanos, encontramos la tienda de ultramarinos que el grupo de Álvaro había logrado abrir en la incursión anterior.

–Venga, coged todas las latas de conserva que podáis encontrar y seáis capaces de transportar –susurré. Rodrigo y Alberto me miraban con atención–. Yo me quedaré en la puerta vigilando el pasillo, no queremos que nos sorprendan aquí dentro.

–¿Puedo coger Mirindas? –preguntó Alberto subiendo un poco la voz–. Me encantan las Mirindas.

Le calmé con la mano extendida.

–No, no cojas bebidas. Pesan mucho y aún funcionan los grifos del colegio. Céntrate en la comida. Además, recuerda que cuando volvamos tenemos que trepar por la valla del patio.

–Pero yo soy un gran escalador –gimoteó contrariado–, puedo subir llevando varias botellas.

–He dicho que no, Alberto...

Mi amigo iba a replicar cuando Rodrigo, que ya estaba acumulando envases en su bolsa, dio un pequeño grito que sonó extrañamente alegre en aquel entorno.

–¡Anda, mira! ¡Un pitufo! ¡Me lo quedo! –Señalaba a través del mostrador de cristal, bajo el que, junto a varios paquetes de chicles y golosinas resacas, podía verse una figurita de plástico de un pitufo de un color poco usual: era negro.

No... estaba infectado... como todos. Todos estaban muertos. Eran... zombis. ¡Qué dolor! Mi... cabeza.

–Estos personajillos fueron los primeros zombis infecciosos, que lo sepas –afirmó Álvaro mientras plantaba sobre mi pupitre un tebeo produciendo un fuerte sonido. En la portada podía leerse *Los Pitufos Negros*. Le miré confuso–. Sí, Calabaza, sí. ¿No lo has leído? Te lo dejo. Uno de los pitufos va a cortar leña y tiene un encuentro con una mosca de color negro, la mosca *Bzzzz*. La mosca lo pica y se convierte en un pitufo negro cuya única obsesión es atacar y morder al resto de pitufos...

–Álvaro, has hablado –dijo Gema mientras apuntaba el nombre de mi amigo en la pizarra. El profesor se había ido unos minutos y la había dejado al cargo de mantener la clase en silencio.

–¡Calla, pelota! –Le soltó Álvaro sin ni siquiera volverse hacia ella. Abrió el comic y siguió explicándome–. La única palabra que sale de la boca del pitufo infectado es *ÑAC*. Desde este, cada pitufo mordido es transformado en uno de estos zombis y llegarán a poner a la aldea pitufa en verdaderos problemas. ¡Y todo esto es anterior a Romero! Es *pitufante*, ¿verdad?

–Has vuelto a hablar –repitió Gema, y pintó una raya vertical con la tiza justo al lado de su nombre.

–Jooooder, Gema. –Siempre me hacía gracia como alargaba la “o” de esa palabra tan fea que no me dejaban decir mis padres–. ¿Para qué apuntas nada si lo vas a borrar justo antes de que entre Don Juan? Siempre lo haces, no eres una chivata.

–*Eso no es relevante. Roberto, si la vacuna está en manos de Pilier debes decirnos dónde se encuentra. Es fundamental conseguirla, debe llegar al máximo número de supervivientes.*

No todos los supervivientes son buenos, al menos aquellos no lo eran. O quizás el instinto les hizo actuar como lo hicieron. No lo sé. El caso es que antes de que nos diéramos cuenta nos encontramos rodeados por los todoterrenos y con varias escopetas encañonándonos. Eran al menos ocho personas, más los conductores. La cabecilla, una mujer que se parecía inquietantemente a la suboficial Ripley activando la secuencia de autodestrucción del *Nostromo* en *Alien, El Octavo Pasajero*, se aproximó a mi sin dejar da apuntarme.

–¿Es que no me entiendes, chaval? He dicho que soltéis las armas. No me hagas que lo repita otra vez.

Noté cómo Rubén y Daniel, de pie a pocos metros, me miraban nerviosos, esperando mi señal para entrar en acción. Pero no podía hacerlo, eran supervivientes. Lo habíamos prometido. ¡Protejamos a los vivos!

–Soltad la armas –ordené agachando la cabeza y dejando caer mi rifle. Mis compañeros me imitaron. Luego, dirigiéndome a la mujer añadí–, pero se está usted equivocando. No somos enemigos. Estamos

aquí para ayudarles, a ustedes y a todos los supervivientes que encontremos. Estamos entrenados para ello...

–Mira guapito, mejor cállate. –Me interrumpió–. Sabemos de qué pie cojean los que van de militares como vosotros. Hace tiempo que nadie ayuda a nadie. ¡Tú! –gritó a Sergio que estaba sentado en el asiento del conductor del camión–¡Bájate de ahí y ponte junto a tus compañeros!

Sergio obedeció con movimientos lentos y suaves. Aquellos hombres parecían nerviosos y no quería levantar suspicacias.

–Y ahora tumbaos boca abajo en el suelo con las manos sobre la nuca. Tenéis suerte de que la munición sea tan escasa en estos tiempos.

En aquella posición apenas pude ver cómo Ripley se subía al camión junto con uno de sus socios. El resto volvieron a sus coches y dieron la vuelta hacia el camino por el que habían venido. El camión arrancó, pero antes de comenzar su marcha, la mujer se asomó por la ventanilla y, con una sonrisa macabra que no olvidaré en la vida, añadió:

–Bueno, quizás no hayáis tenido tanta suerte. Parece que el ruido de los motores os ha traído compañía.

Y aceleraron tras el resto de automóviles. Sospechando lo que se avecinaba, nos levantamos del suelo de inmediato. Allí estaban, resaltando sus siluetas contra el sol del atardecer, una turba de muertos vivientes corría en nuestra dirección con su acostumbrada ausencia de ruido. Nunca habíamos visto tanta cantidad de ellos juntos, y la escena me dejó petrificado un instante.

–¡Horda! –gritó Rubén con todas sus fuerzas.

Mi cerebro se bloqueó, no sabía qué hacer. No teníamos con qué defendernos. Álvaro no estaba allí para ayudarme a tomar la decisión correcta. Si no reaccionaba rápido, nos alcanzarían y nuestros restos quedarían dispersos por... el centro comercial...

Los zombis habían aparecido al fondo del corredor, justo por detrás de la panadería que hacía esquina junto a la entrada principal al mercado. Ambos iban vestidos con uniforme de la policía nacional. Avanzaban en mi dirección apresuradamente. Rodrigo y Alberto seguían dentro del establecimiento buscando comida. Tenía que avisarlos, si se quedaban allí estarían acorralados, pero ninguno de ellos saldría victorioso como John Rambo.

Iba a proferir un chillido, cuando vi que el primero de los atacantes me hacía una seña con el dedo, cubriéndose los labios. ¡Me pedía silencio! Entonces me di cuenta de que no eran zombis, ¡Estaban vivos! ¡Eran policías de verdad! Y huían de algo. El oficial, un chico alto y desgarrado que se estaba quedando medio calvo, me indicó por signos que me metiera en la tienda, y lo obedecí sin rechistar. Tanto él como su compañero, un cincuentón con algo de barriga que resoplaba fatigosamente, entraron detrás de mí. El joven se dio la vuelta con la intención de echar el cierre del local, pero el enrejado emitió un chirrido estridente y se resistió a bajar.

–¡Joder, Miguelón! ¿Es que no tienes fuerza? –reprendió el mayor indignado, se acercó al otro y tiró con fuerzas. El cerramiento no se movió–. ¡Me cago en la puta! Hay que cerrar como sea, que esos cabrones se nos van a echar encima.

Acurrucados tras el mostrador, mis amigos y yo mirábamos atónitos cómo los dos policías seguían empujando la reja desesperados. Hasta que los zombis entraron en escena. Eran cinco, aparecieron por el mismo lugar por el que habían llegado los polis un instante antes y, al igual que estos, corrían desesperados hacia la tienda.

Los agentes redoblaron su esfuerzo, pero solo consiguieron avanzar unos diez centímetros, mientras que los muertos ya se encontraban a mitad del pasillo. Alberto se abrazó a Rodrigo, asustado, no pudo mantener la vista sobre esos seres que ya se encontraban a escasos veinte metros.

–¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! –Empezó a recitar Miguelón como si de un extraño ritual se tratara.

Con evidente nerviosismo sacó la pistola de su funda y comenzó a disparar sobre los pútridos asaltantes. El estrépito hizo que los tres nos tapáramos los oídos, jamás habría imaginado que un arma automática retumbaría de esa manera en un recinto cerrado. El primero de los zombis, que por su vestimenta se diría que antaño fue el camarero de la cafetería que había junto a la entrada, recibió varios impactos en el torso que apenas lo detuvieron un segundo. Hasta que una bala lo acertó justo entre ceja y ceja. Cayó al suelo como un fardo.

Diez metros. El veterano seguía empeñado en cerrar como fuera, sin éxito. Otro muerto cayó fulminado gracias a la puntería de Miguelón, pero los restantes llegaron hasta la entrada aprovechando el cambio de cargador del joven. Lo que ocurrió a continuación colmó mis pesadillas aquella noche. Los engendros se arrojaron sobre los policías. Dos de ellos abatieron al más mayor, cayendo en una maraña de brazos y piernas en el interior del comercio. El último, una mujer de mediana edad con la melena corta teñida de color caoba, escogió a Miguelón. Este la recibió con un tremendo puntapié que impactó de lleno en su rostro y la derribó panza arriba. La mujer quedó algo desorientada, si es que eso se puede afirmar de estos seres, momento que sirvió para que el agente terminara de cargar su arma.

–¡Chico, ayúdame! –gritó el otro desde el suelo. Forcejeaba con los zombis, defendiéndose con una destreza difícil de concebir dada su envergadura—. Venga, coño, ¡dispara!

Miguelón obedeció servicial. Escuché cuatro detonaciones, y contemplé horrorizado cómo los sesos de los zombis salpicaban el estante donde se exponían varias cajas de bonys y tigretones. Los monstruos quedaron inmóviles y el hombre terminó sepultado bajo los cadáveres. Algo iba mal. No parecía responder. Un rápido vistazo me hizo comprender que nunca lo haría, dos manchurroneos rojos empapaban su uniforme a la altura del pecho.

–¡Joder! ¿Qué has hecho Miguelón? ¿Qué has hecho? –entonó el joven rascándose el cuero cabelludo con el cañón de la pistola con gesto de preocupación.

Daba pequeños pasos de izquierda a derecha sin saber muy bien qué hacer.

–Ha sido un accidente, niños –dijo mirándonos con lágrimas en los ojos—. Se lo iban a comer, joder, se lo iban a comer...

–¡Cuidado! –chilló Rodrigo, señalando al suelo tras el agente.

La reacción de Miguelón no fue lo suficientemente rápida. Giró sobre sí mismo, solo para observar perplejo cómo la mujer que había tumbado hacía un rato lo agarraba por el cuello y le daba un mortal beso de tornillo en los labios, arrancando parte de la lengua del chico en el proceso. El grito de dolor del chaval fue sofocado por el estruendo de los disparos. El zombi cayó inerte.

–¡Joder! Me ha mordido. ¡Joder! ¡Estoy jodido! –balbuceó mientras seguía con su baile de San Vito. Escupió un borbotón de sangre y nos apuntó con el arma—. ¡Joder! Niños, salid de ahí detrás.

Abandonamos nuestro escondrijo atemorizados. Alberto sollozaba y sorbía compungido los mocos. Tenía las mejillas anegadas de lágrimas.

–No lloréis, ¡Joder! Venga, largaos de aquí, rápido. Y no miréis para atrás. Yo estoy jodido –dijo mientras nos empujaba fuera de la tienda.

Por un momento me quedé parado, mirando el cadáver de la mujer. La bala la había destrozado totalmente el pómulo derecho, y la cuenca del mismo lado estaba vacía, pero su rostro era totalmente reconocible. Sentí una punzada de angustia en el pecho.

Rodrigo tiró de mi mano y, sacudiendo la cabeza, comencé a correr tras él. Vaya si corrimos. Dejamos la tienda atrás tan rápido como lo habría hecho el mismísimo Kitt, el Coche Fantástico. Lástima que nosotros no dispusiésemos de *turbo boost*.

Otro zombi, también vestido de camarero y que arrastraba la pierna izquierda con dificultad, apareció por una galería perpendicular a la nuestra. Parecía obvio que nuestros amigos los policías habían entrado por el bar y se habían encontrado con un comité de bienvenida no deseado. Alcanzamos los muelles de carga con el zombi pisándonos los talones. Un bote de cristal cayó de las manos de Alberto, que seguía llorando a moco tendido, y se rompió contra el suelo con estrépito. Decenas de pequeños objetos rodaron en todas las direcciones. ¡Eran canicas! Nunca llegué a saber si Alberto lanzó el recipiente intencionadamente, ni por qué razón había decidido cogerlo de la tienda, pero lo único cierto es que esas pequeñas bolas nos salvaron la vida. Nuestro torpe perseguidor resbaló y se desplomó.

Salimos del centro comercial antes de que pudiera incorporarse. Estábamos alejándonos del lugar cuando el eco del último disparo de Miguelón resonó en el interior del recinto.

Una vez en la calle levanté la mirada hacia aquel balcón. Allí estaba el cartel... quizás podríamos haber hecho algo. Quizás...

—Al menos tú sabes que tus padres están muertos —observó Álvaro mientras hacía las flexiones del entrenamiento diario. El instructor se encontraba a escasos metros, vigilando de cerca que cumpliéramos sus órdenes—. Sin embargo, yo no sé qué le ocurrió a mi madre. Seguramente esté muerta, pero, ¿y si se convirtió en uno de esos podridos y sigue deambulando por ahí eternamente? Algún día volveré a mi casa.

—¡Menos cháchara y más ejercicio! —sentenció el instructor—. ¡Todos en pie, a correr diez kilómetros!

Llevábamos varios kilómetros huyendo de la horda en dirección este, esperando encontrar al grupo de Álvaro. Hacía tiempo que habíamos perdido de vista la carretera, pero la búsqueda estaba siendo infructuosa y, por si fuera poco, los zombis nos recortaban distancia y no podíamos enfrenarnos a ellos sin armas. El tumulto de muertos vivientes era perturbador, y no solo por su apariencia destartalada y espeluznante habitual, lo peor de todo era el olor que desprendían: el hedor de docenas de cadáveres pudriéndose lentamente bajo el sol estival durante interminables meses o, incluso, años. Espero que alguien me explique alguna vez por qué su carne se descompone tan lentamente y por qué no llega a desprenderse totalmente de los huesos. Los jirones curtidos colgaban y se balanceaban con el viento como macabros adornos de piel.

Procuré no pensar demasiado en lo que ocurriría si nos atrapaban y traté de buscar alguna solución. A unos cientos de metros, vislumbré un grupo de grandes peñascos.

—¡Allí! Si nos subimos en aquellas piedras quizás no puedan llegar hasta nosotros —jadeé exhausto.

Al aproximarnos, descubrimos que la escalada tampoco sería fácil para nosotros. El cansancio, la escasa luz del ocaso, y el musgo que cubría las empinadas rocas, hacían que la tarea fuera harto complicada.

Ayudamos a Rubén a comenzar su ascensión por el único sitio que vimos viable, pero antes de que llegara a lo alto del pedrusco, una pequeña avanzadilla de zombis nos alcanzó. Con una maniobra ensayada muchas veces, saqué el cuchillo que guardaba en mi bota derecha y recibí al primero de ellos hundiéndoselo en la sien. Sergio y Daniel acabaron con sendos agresores con técnicas similares. Y Rubén lanzó su machete desde su posición derribando uno más.

Apenas quedaban un par de ellos a nuestro alrededor, aunque la horda principal se encontraba a escasos metros y no teníamos escapatoria posible. Creí que todo estaba perdido cuando un aullido atrajo mi atención.

—¡Granadas! —Era la voz de Álvaro.

Varias bombas volaron por encima de nuestras cabezas y fueron a explotar justo en medio de la multitud. Dedos, brazos, piernas y cabezas saltaron por doquier. Una escena dantesca. Una segunda

andanada de explosivos cayó sobre el maltrecho grupo, reduciendo su número aún más, aunque no lo suficiente.

–Coged las pistolas –dijo Jorge.

El equipo al completo se encontraba en lo alto de los peñascos empuñando sus rifles. Habían dejado caer sus armas cortas a nuestros pies. Las recogimos apresuradamente y nos preparamos para el ataque.

–¡Fuego a discreción! –ordenó Álvaro.

La escaramuza duró apenas unos minutos en los que apostaríamos a que destruimos más de un centenar de muertos vivientes. Aunque el precio que pagamos fue casi toda la munición de que disponíamos.

Cuando todo se hubo calmado un poco, Álvaro preguntó.

–¿Qué demonios ha pasado, Roberto? ¿Dónde está el camión? ¿Y vuestras armas?

Antes de que me diera tiempo a contestar, Sergio se adelantó.

–Llegaron unos tipos. Tu corderito preferido se acojonó y les entregó todo lo que le pidieron. Si hubiera estado Chesco, otro gallo hubiera cantado.

–Calla. Roberto explícame qué ha ocurrido. –Y eso hice.

Cuando terminó de escuchar toda la historia, se ajustó las correas del uniforme y sujetó el rifle con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos.

–Está bien. Haremos una visita a esos capullos, recuperaremos nuestras cosas y continuaremos nuestro viaje hacia Barcelona.

–¿Dónde está Pilier? Su barco no está en Barcelona. Y no puede haber abandonado las aguas españolas. Lo hubieran hundido sin dudarlo. ¿Dónde está?

8. BARCELONA

Aquella vez nos encontrábamos realizando una misión en Barcelona. Ya no teníamos superiores a los que obedecer. Solo estaba Álvaro. Corríamos el puerto adelante en dirección al buque de Animal. Cientos de cadáveres nos perseguían apelotonándose unos sobre otros, como una marabunta desorganizada. Eran rápidos, muy rápidos. El barco se alejaba del muelle poco a poco. Tenía la compuerta de carga abierta, pero ya se encontraba a unos dos metros de distancia. Dudé de que llegáramos a tiempo e incrementé el ritmo con un último esfuerzo. No podría aguantar así más que unos segundos. Recé para que fueran suficientes. Mis compañeros también aceleraron, sus rostros enrojecidos y sudorosos evidenciaban que ellos también estaban al límite de sus fuerzas. Pilier estaba asomado desde la cubierta superior. Me pareció que sonría.

–¡Rápido, saltad! –gritó desde lo alto.

Uno tras otro fuimos saltando desde el borde de hormigón. Alfredo, que había sido el primero en alcanzar la embarcación, me recibió amortiguando el impulso con sus brazos y me ayudó a incorporarme. Cuando Rubén saltó, ya nos encontrábamos casi a cinco metros de distancia del amarradero. Su vuelo se quedó corto y cayó en el agua, pero rápidamente lo levantaron entre Dani y Jorge.

Rodrigo iba el último, galopaba desfondándose como el resto, pero se había quedado bastante atrás y los muertos le pisaban los talones. Desde el accidente en el Palacio de Correos, sufría una leve cojera que le impedía moverse con la misma soltura de antes. Su cara también había quedado desfigurada a causa de las quemaduras. Los zombis se arremolinaban a menos de dos metros de él. Si no hubiera sido porque se incomodaban entre ellos, ya lo habrían atrapado en un par de ocasiones.

–¡Salta Scarface, salta! –Se desgañó Rubén. Rodrigo era su mejor amigo desde la infancia. Le bautizó como Scarface el día que le quitaron el vendaje y sus cicatrices se hicieron evidentes. Siempre le había gustado ponerle motes, una cantidad ingente de ellos, que utilizaba indistintamente.

–¡Salta Rodrigo, salta! –exigió Rubén.

–Yo no he tirado la pelota. Ha sido Alberto. Que la recoja él. Esas son las normas. El que la tira va a por ella –protestó Rodrigo que hacía las veces de portero.

El chico tenía razón, estábamos jugando al fútbol en el patio y Alberto había chutado a puerta con todas sus fuerzas. El balón golpeó en una rama del árbol, que hacía las veces de poste de la portería, rebotando hacía arriba y, tras dar un nuevo bote en lo alto de la valla, terminó cayendo fuera del recinto.

–¡No vale empotrar! –había gritado.

La mala suerte hizo que la pelota fuera a parar junto al sucio colchón de la Chabola del Drogata. La Chabola del Drogata en realidad no era en absoluto una chabola. Se parecía más a un pequeño vertedero, lleno de bolsas de plástico, restos de comida y latas de cerveza vacías. Unos pasos más allá de la verja del colegio, corrían las vías de la línea diez del Metro. Para impedir el acceso de los niños a los raíles se había levantado una segunda reja, algo más alta que la del colegio, que dejaba un corredor entre ambas de unos dos metros de ancho. El suelo era de tierra y varios árboles frondosos nacían en esta zona, cubriéndola de sombra durante todo el día y convirtiéndola en una especie de túnel natural. Un mendigo había decidido establecer su hogar en este pasillo, depositando un desvencijado colchón y algunos muebles destartalados. Estábamos seguros de que se trataba de un drogadicto porque en más de una ocasión habíamos visto jeringuillas usadas tiradas entre la basura.

–Venga Alberto, te toca ir –dije apoyando el argumento del guardameta.

Rodrigo me dirigió una sonrisa sincera. Era un chico más bien bajo y de tez muy morena, hasta el punto de parecer de origen magrebí. Su pelo, también oscuro, se ensortijaba en persistentes rizos que siempre llevaba muy cortos. A pesar de su tamaño era muy bueno jugando de portero, y daba unos grandes saltos deteniendo balones que otros niños más altos no lograrían alcanzar. Esa habilidad le había granjeado el apodo de Sapito, que, por supuesto, había ideado Rubén.

–Jo, Sapito. –Se quejó Alberto–. Siempre hemos dicho que va el portero.

–Pero solo cuando es gol. Y esta vez no lo ha sido –Rodrigo seguía sonriendo–. Date prisa, no vaya a venir el drogata.

Alberto agachó resignado la cabeza y se dirigió hacia la verja. Era al menos un palmo más alto que Rodrigo y se le daba bien escalar. Se encaramó en la reja de un salto, ayudándose del murete de ladrillos del que nacían los altos hierros. Aterrizó al otro lado, mirando con inquietud hacía la entrada del pasillo. No había nadie. Rápidamente se dirigió hacia el colchón, tropezando por el camino con una vieja silla de madera cuyas patas se partieron con un crujido. Estuvo a punto de caer sobre un montón de desperdicios. Sentí un tremendo escalofrío solo de pensar que podía haberse clavado la aguja de cualquier jeringa que hubiera allí perdida.

–¡Date prisa! –Le presioné desde el otro lado de la valla–. Me parece que viene alguien.

Era cierto. Una sombra había aparecido en la entrada del callejón. Los árboles no nos dejaban ver quién era, pero por allí no solía transitar nadie más que aquel mendigo. Alberto, nervioso, de nuevo trompicó. Esta vez con el raído colchón, rodando por el suelo hasta detenerse justo junto a su objetivo. Cogió la pelota con ambas manos y se puso en pie de un salto sacudiéndose la inmundicia que se había pegado a su ropa.

–¡Leches! Es el drogata –exclamó Rodrigo–. Vamos Alberto. Sube. ¡Sube! ¡Vuelve aquí!

Desde el otro lado, nuestro amigo nos lanzó la pelota, que atrapó Rubén con un ágil movimiento, y se arrojó contra la reja dispuesto a escalarla. Se impulsó hacia arriba, pero las fuerzas le flaquearon y sus sudorosas manos escurrieron hasta que quedó de nuevo sobre el piso. No pudo evitar echar un vistazo nervioso hacia su perseguidor.

Allí estaba el destartado personaje. Sus ropas sucias y harapientas no dejaban lugar a dudas, era el drogata. Debía haber tomado su dosis hacía poco, porque sus movimientos eran lentos y torpes. Estaba muy colocado. Avanzaba implacable hacia Alberto, balanceándose de un lado a otro, con los brazos extendidos y una expresión de odio en su rostro. Intentó decir algo, pero la droga hizo que las palabras que surgieron de su garganta fueran ininteligibles gruñidos...

No... no emitía ningún ruido. Era un... muerto. Corría veloz en dirección al muchacho. La muerte silenciosa. Alberto acababa de lanzar el último paquete de comida por encima de la valla y ahora tenía que saltar él...

Pero no lo lograba. El drogadicto seguía acercándose lentamente y Alberto no era capaz de pasar por encima. La ansiedad no se lo permitía.

–Ayudadme. Por favor. –Su mirada implorante entre los barrotes de la verja me dejó sin aliento.

El zombi avanzaba a toda velocidad. Ni la lluvia ni la oscuridad parecían afectarlo. Tenía localizada a su presa.

–¡Rápido! ¡Arrójale la cuerda! –ordené.

Rodrigo actuó como un resorte. Lanzó la maroma que habíamos descolgado del gimnasio y Alberto la recogió. Intentó trepar, pero la lluvia hacía que sus zapatos resbalasen.

Con un último esfuerzo, se izó por encima de la valla metálica y se tiró de cabeza dentro del patio dejando atrás La Chabola del Drogata. Rubén y yo mismo amortiguamos su caída.

–¡Hijos de putaaa! Irosss a molestar a vuestra putaaa casaaa –espetó el mendigo dedicándonos un corte de mangas. Alargaba la última sílaba de cada palabra con una entonación hasta cierto punto cantarina, aunque desagradable.

Nos alejamos de la zona lo más rápido posible, no fuera a ser que al colgado se le ocurriera entrar en nuestra busca.

–Por los pelos –sonreía Rubén–. Si llega a salir Rodrigo seguro que el *drogas* lo coge y le hace cositas en su mullida cama.

–Sí –Alberto parecía aliviado–. Por un momento pensé que ese desgraciado me atrapaba.

Y el ser lo... atrapó. Aunque tiramos de la sogá con todas nuestras fuerzas, el podrido lo agarró a medio camino. En un abrir y cerrar de ojos, Alberto estaba en el suelo con el abdomen abierto en canal. La criatura se estaba dando un festín con los intestinos de nuestro amigo, que chillaba como un loco, aún con vida. Hasta que por fin enmudeció. El horrible chapoteo que producía el monstruo al masticar sus entrañas me taladró los oídos y se introdujo en lo más profundo de mi mente.

Miré a Rodrigo y me eché a llorar. Yo era el responsable de esta misión de abastecimiento. La muerte de Alberto era mi culpa. Rodrigo se unió a mi llanto, fundiéndose conmigo en un desconsolado abrazo.

Los alaridos habían atraído a varios zombis más que no dudaron en unirse a la comilona. Uno de ellos, un señor con bigote, vestido de traje y con un ojo fuera de su órbita, se acercó a la valla y se quedó mirándonos con el ojo sano. Alargó los brazos entre los travesaños metálicos, estirándose hacia nosotros como si no hubiera nada que le impidiera alcanzarnos.

–¡Apartaos de ahí! Coged las bolsas de comida y entrad dentro –Álvaro, Óscar y Mariscal acababan de salir por la puerta de la cocina–. No nos conviene que se arremolinen muchos de ellos en los alrededores.

Con la ayuda de los recién llegados, metimos todo el cargamento en el colegio. Una vez en el interior, Álvaro me llevó aparte. Desde la muerte de Don Juan, él había tomado las riendas del grupo.

–¡No llores! Si alguien te ve deprimido, puede hundirse también. ¿Has visto lo que ha ocurrido con Rodrigo? No podemos ser un grupo de críos lloriqueando a todas horas. Sería nuestra perdición.

–Pero han matado a Alberto. Se lo han comido delante de nuestras narices y no hemos podido hacer nada –sollocé sorbiendo los mocos.

–¿Crees que a mí no me enfurece? Pero desgraciadamente, Alberto ya es historia. Se sacrificó para traer las provisiones hasta aquí. Para que todos pudiéramos comer. Hay que pensar en el resto. Hemos de mantenerlos con la moral alta. Ya es suficiente llevar aquí encerrados un mes. Tenemos que ser fuertes. Los líderes deben ser fuertes.

–Pero Álvaro, yo no he pedido ser un líder. Quizás no valga para esto.

Me levantó la cabeza con su mano.

–¡No digas eso! Has completado la misión con éxito. Llegasteis al mercado y trajisteis alimentos para al menos otras dos semanas. Te aseguro que no es nada fácil. Ya sabes que yo mismo dirigí la primera incursión y casi nos matan a todos. La culpa ha sido de Alberto por hacer ruido lanzando los paquetes. Debí esperar a que le pasaseis la cuerda, tal y como habíamos hablado. Pero le pudieron los nervios.

–La culpa fue mía. Debí quedarme el último.

–Sí, claro. Tú querías que se comieran tu gran calabaza y reventaran de indigestión. –La broma me cogió por sorpresa.

La cara que debí poner provocó la hilaridad de mi amigo y ambos estallamos en carcajada. Al fin y al cabo, éramos niños...

–¡Dejad de reír, coño! ¡Ya no sois unos niños! –El instructor nos puso firmes.

–¿Cómo quiere que no nos riamos, Señor? –Se regocijó Rubén–. Manolo sigue diciendo *rinfle*. ¡*Rinfle!* ¿No lo ha oído? Ha dicho: “Voy a recargar mi *rinfle*”. –Contuvimos las risas como pudimos.

–¡Es un inútil que no sabe ni hablar! ¡Vuestra preparación ha terminado y no solo no sabe decir rifle, tampoco creo que sepa cargarlo! ¡Ni usted! Espero que la misión de prueba de mañana, con objetivos reales, ponga a cada uno en su lugar. ¡Y ahora salgan de aquí echando hostias!

Nos alejamos del campo de entrenamiento en dirección a nuestro barracón. Estábamos cansados, el día había sido duro. Manolo caminaba cabizbajo y con la cara sonrojada.

–No hagas caso a Rubén. Es un gilipollas. Ya sabes que saca punta a todo. No deberían afectarte sus bromas –Rodrigo intentó tranquilizarlo mientras cruzábamos la entrada al recinto electrificado. Le puso la mano en el hombro y continuó alzando la voz para que todos lo escucháramos–. Además, él es un puto retaco y nadie le dice nada.

–¡Vete a la mierda Sniper Sapito! A ver si voy a sacar mi rinfle y te lo voy a meter por el culo.

Esta vez, hasta el propio Manolo esbozó una sonrisa. Era un chico tímido y acomplejado. Desde el colegio había estado más bien rellenito y con problemas en el habla. Y ahora continuaba igual. Ni siquiera los años de entrenamiento en... la Casa de la Colina, habían logrado que su cuerpo se tonificara.

Manolo sujetó a Rodrigo del brazo y se retrasaron mientras los demás iban entrando en el barracón. Me quedé en el umbral escuchando.

–Rodrigo, *eztoy* muy preocupado por la *mizi*ón de mañana. No creo que *zea* capaz de luchar contra *loz moztruoz*. ¿*Creez* que *zerá* muy *peligroso*? –confesó.

–No. Será una prueba más, como las que hemos hecho hasta ahora. No puedo creer que se arriesguen a soltar podridos por las instalaciones. Es un farol del instructor. –Parecía convencido de sus palabras–. De todas formas, no tengas miedo. Tú mantente a mi lado. Sniper Sapito nunca falla un tiro. Es el mejor francotirador del mundo.

Falló... falló el tiro. ¿O no lo hizo? Quizás quería acabar con su sufrimiento. Los sesos de Manolo se derramaron sobre las puntiagudas púas que atravesaban su... cuerpo. Los goblins... eran... zombis pequeños... niños... devoraron lo que quedaba de nuestro amigo. Dimos la vuelta y buscamos otro pasillo por el que avanzar. Nunca había visto nada peor que el cadáver animado de un niño.

Me duele... Dios mío... lo había visto antes. Algo peor. Mucho peor. Llevaba el vestido de flores... estaba manchado y roto. Pero seguía estando preciosa... Parecía una muñeca. Apareció en medio del pasillo... Dios mío. ¿Por qué? Dios mío... no.

–¿Roberto? ¿Me oyes? Creo que lo hemos vuelto a perder. Nos lo vamos a cargar si seguimos con estas dosis. Pero no podemos permitirnos otra laguna de meses. Debemos arriesgarnos. Hay que obtener información cuanto antes. Inyectarle más.

Estoy aquí.

–Perdona. Pensábamos que te habías quedado inconsciente. Solo íbamos a inyectarte calmantes.

No los quiero. Estoy comenzando a recordar. No todos los recuerdos son agradables. Mi hermana. Mi

hermanita...

–Sentimos mucho lo que le pasó a tu familia. Entiendo que esos pensamientos te asalten, es natural. Pero intenta recordar las misiones de la UAZ. Debemos encontrar la vacuna de la que nos hablaste. Nos dijiste que se la había llevado Pilier.

No... entera no. Solo una parte. Faltaba la otra parte. Animal nos lo contó en el barco. Justo después de lo de... Scarface.

–¡Scarface! –Rubén señalaba el vendaje que cubría la cara de Rodrigo. Acababa de salir de la enfermería en la que llevaba un mes recuperándose. La pierna estaba curada, aunque la leve cojera no lo iba a abandonar hasta su muerte—. Desde ahora pasarás de ser Sniper Sapito a Sniper Scarface.

–¡Salta Scarface, salta! –Volvíó a gritar Rubén desde la compuerta de carga del buque.

Los zombis corrían a una velocidad endiablada. Estaban a escasos centímetros de Rodrigo. Tiró su arma a un lado pretendiendo soltar lastre. Ya se había desprendido de su mochila un rato antes. Llegó renqueando hasta el borde del muelle y se impulsó con todas sus fuerzas... Fueron insuficientes... Cayó al agua, roja como la sangre... Era su... sangre... Recuerda, Roberto... Quiero... recordar.

Rodrigo voló por el aire. El ansia y la inercia que llevaban los podridos provocaron que los que iban en los primeros lugares salieran despedidos por el extremo del puerto, interceptando a Rodrigo en pleno salto. Cayeron todos juntos al mar en una orgía de sangre y mordiscos. Varios zombis más se precipitaron detrás, uniéndose a la bacanal. Rodrigo se debatía en el agua, procurando inútilmente mantenerse a flote. Las cicatrices habían desaparecido de su cara, sustituidas por profundas heridas de dientes. Hice ademán de disparar sobre los condenados, pero Álvaro me sujetó.

–Está perdido. No merece la pena gastar munición.

Finalmente, el agua turbia del puerto de Barcelona engulló al grupo de amantes, ahogando los lamentos de nuestro compañero para siempre.

9. AZU

–¡Rodrigo! –El instructor nunca usó nuestros apellidos. Creo que nunca los supo. No le interesaba saber nada de nuestro pasado.

–¡Presente!

Rodrigo había resultado ser un gran tirador. El mejor del grupo. Además, su pequeño tamaño, solo superado por el de Rubén, le permitía ocultarse con mucha facilidad. En todas las pruebas de puntería siempre sacaba la máxima puntuación. No había un tiro que no impactara en la cabeza de los muñecos que servían de diana. Estas cualidades habían llevado a Álvaro, con el consentimiento del instructor, a entrenarlo como el francotirador de la unidad. Aunque para la misión de prueba le dieron un fusil de asalto, como a la mayoría, excepto a Chino y su inseparable *katana*, y Jorge y su no menos querida recortada.

–Inútil, ¿estás seguro que quieres llevar una escopeta? –preguntó despectivamente el instructor agarrando el cañón del arma con la mano izquierda–. Tenemos varios tipos de armas automáticas, todas mejores que esta castaña.

Jorge retiró la escopeta de forma brusca. Miró al instructor con una mezcla de asco e indignación.

–Esta chica –afirmó agitando el arma con firmeza–, es la más fiable de todas. Nunca me falla. Nunca se encasquilla. Ninguna de las que me ofreces le llega a la suela de los zapatos. Y si vuelves a tocarla, te reventaré con ella.

El instructor le soltó un guantazo que lo tiró al suelo.

–¡Esto es lo que les pasa a los que me faltan al respeto! A la próxima no seré tan benevolente –abroncó mientras aferraba de nuevo la recortada y tiraba de ella para alzarlo–. Venga, levanta y forma con tus compañeros.

–Quizás no sea hoy, ni mañana. Pero algún día esta escopeta acabará con tu vida –masculló, a la vez que escupía un espumarajo de saliva y sangre.

–¡Silencio, Jorge! –exigió Álvaro cuando vio que Collin se acercaba con la intención de golpear de nuevo a nuestro amigo–. El instructor hadado una orden y debes obedecer. Tenemos una misión que realizar. Cuando terminemos, sufrirás el castigo que mereces.

Con su intervención, quedó zanjado el asunto. La prueba se iba a desarrollar en la planta baja del edificio principal. Allí, solo había salas oscuras y pasillos estrechos preparados para todo tipo de entrenamientos. En las plantas superiores, se alojaban los guardias de seguridad y los científicos de Collin Co., por lo que estábamos prácticamente seguros de que no se atreverían a hacernos luchar contra muertos vivientes. No tenía sentido poner en peligro a todo el personal.

Aun así, todos formábamos nerviosos en el patio que hacía las veces de campo de tiro. Llovía abundantemente, recordándonos las semanas que pasamos hacía años reclusos en el colegio. El instructor pasó revista con parsimonia, como cada mañana. A mí me parecía un acto estúpido, porque sabía de sobra que nadie podía escapar de la cárcel en la que vivíamos. Más adelante, entendí que el recuento servía para que echáramos en falta a los compañeros que iban cayendo tras cada una de las misiones. Era un entrenamiento mental. O una tortura, nunca lo tuve muy claro.

Por supuesto, ese día estábamos los trece miembros de la primera promoción de la UAZ: Álvaro,

Jorge, Rubén, Mariscal, Rodrigo, Óscar, Alfredo, Chesco, Daniel, Jesús, Sergio, Manolo y yo.

–¡Hoy es un día importante para la Unidad! –gritaba el instructor mientras recorría la formación de un lado a otro–. ¡Por fin vais a enfrentaros a un conflicto real! Es una misión de entrenamiento, pero detrás de aquella puerta os espera una buena cuadrilla de comecarnes. ¡No dudarán en mataros para engullir vuestras hermosas pelotas! Pero no me preocupa. –Se paró en seco–. ¡Vosotros estáis capacitados para luchar contra esta plaga infernal! Habéis crecido en un mundo lleno de muertos vivientes y no les tenéis miedo. Puede que creáis que lo sentís en estos momentos, pero no es así. Lo que sentís es el respeto que se le tiene al enemigo. Yo lo sentía cuando luchaba en los conflictos bélicos del pasado. Cuando luchábamos hombre contra hombre. ¡Pero ahora soy una nena que se caga en los pantalones! Yo ya era adulto cuando los monstruos surgieron y no he sido capaz de acostumbrarme a ellos. ¡Nunca lo haré! Ni ningún jodido adulto antes de la era Z.

Levantó los puños en alto y lanzó un último rugido.

–¡Sois los mejores y lo vais a demostrar! ¡UAZ! ¡Protejamos a los vivos!

–¡Destruyamos a los podridos! –contestamos al unísono.

–Vaya discurso a lo Capitán América que nos ha dado –apuntilló Rubén.

Los tebeos. Recuerdo los tebeos que leía antes de la debacle. Historias trepidantes, representadas en coloridas viñetas. Siempre imaginé ser uno de los protagonistas que podía encontrar en sus páginas. Luchando contra piratas, mafiosos, villanos o monstruos. ¿Quién me iba a decir a mí que terminaría viviendo aventuras aún más increíbles? Y más terribles. Mis favoritas eran sobre todo las historietas de superhéroes: Capitán América, Spiderman, Superman...

–Me tienes que devolver el número dos de Los Vengadores, ya no me acuerdo ni de cuándo te lo presté. –Me dijo José mientras levantaba las manos del teclado de mi Amstrad CPC 464. Me lo habían traído los Reyes Magos ese mismo año y, desde entonces, Álvaro y José venían a mi casa más a menudo que de costumbre. Ese día, llevábamos diez minutos esperando a que terminara de cargar un juego. El casete giraba sin parar y el ordenador emitía estridentes pitidos mientras leía los datos grabados en la cinta magnética.

–¡Que no lo tengo! Te he dicho mil veces que se lo dejaste a Ismael, el de la aldea –repliqué indignado.

José, o Jose, que era como le llamábamos, era amigo de toda la vida. Nuestras familias eran vecinas en Madrid y en el pueblo. Pero no iba a nuestro mismo colegio.

Entonces... ¿dónde estaría el día de... la excursión? Seguro que está muerto. ¿O no? Creo que me dijo que se iba al pueblo a pasar la Semana Santa. ¿Llegaría bien...? No está muerto.

–¿Quiénes os creéis que sois? –Jose se encontraba encaramado en el muro de piedra vigilando el exterior. Su forma física era envidiable. Parecía el héroe de un relato medieval. Álvaro y yo nos encontrábamos a su lado, vestíamos el uniforme de la UAZ–. Llevábamos muchos años sobreviviendo sin vuestra puta ayuda. ¡Fijaos lo que habéis traído hasta nosotros!

Alrededor de las murallas del castillo, se aglomeraban cientos, quizás miles, de zombis. Todo... por nuestra culpa... por la... explosión ¡Mariscal!

–Si es que no te enteras, Cara Besugo –Álvaro se echó a reír. Dirigió su atención a la pantalla de fósforo verde. Por fin había empezado el videojuego–. El cómic lo tiene Ismael. Y, con lo desastre que eres, seguro que se te olvidará pedírselo, en el futuro se convertirá en un cantante famoso e inaccesible, y ya no te lo devolverá nunca. –Los tres reímos con ganas.

Hacia pocos meses que los había presentado, pero desde el primer día se habían llevado muy bien. Teníamos muchos gustos en común: tebeos, juegos de ordenador, libros de elige tu propia aventura,

películas de terror...

Cuando calmamos nuestras risas, nos dispusimos a jugar. Jose puso los dedos sobre las teclas OPQA y empezó a manejar al muñeco. En la pantalla, podían verse unas momias persiguiendo a una especie de aventurero a través de un cuadriculado laberinto de pasillos.

Álvaro se adelantó y se puso a organizarnos en grupos de tres. La misión consistía en llegar a la sala central y escapar por el hueco del ascensor en menos de quince minutos.

–Tras ese tiempo, la puerta se cerrará y tendremos que apañarnos contra todos los fiambres que amablemente nuestro amigo Collin ha desperdigado por el laberinto de pasillos. –Dirigió una sonrisa cínica al instructor–. Rodrigo, Manolo y Roberto vendrán conmigo –ordenó–. Vamos, todos adentro.

La cosa parecía marchar bien. Nuestro grupo había entrado el último en el complejo. Nos encontrábamos en el interior de las antiguas instalaciones del matadero. La planta estaba llena de estrechos pasillos por donde antiguamente desfilaban las reses, cámaras de refrigeración estropeadas y salas que habían sido reformadas para diseñar retorcidos recorridos. Todo sumido en la más absoluta oscuridad.

Manolo y yo íbamos en cabeza, ayudándonos de unas pequeñas linternas para guiarnos. No encontramos nada en los corredores iniciales. Estábamos llegando a una puerta cerrada, cuando de pronto sonó un ruido metálico en la lejanía. Una especie de chasquido.

–¡Joder, hay trampas! –El eco de la voz de Jorge parecía llegar de todas partes. Había entrado en el complejo con el primer grupo, pero sonaba como si lo tuviéramos al lado.

Con un signo, Álvaro ordenó que nos detuviésemos levantando el brazo. Escuchamos en silencio. Nada. Álvaro se llevó el dedo a la oreja, indicando que había oído algo.

Un disparo repentino saturó nuestros oídos. Con total seguridad, había sido la escopeta de Jorge.

–¡Me cago en la puta, son niños! ¡Estos cabrones han metido niños zombis! –Nuestro compañero estaba muy enfadado.

–¡Mierda! –susurró Álvaro–. Si sigue chillando así, va a atraer todos los muertos sobre su equipo. Tenemos que continuar. Rápido Manolo, abre la puerta.

Manolo se encogió de hombros, como si hubiera recibido una colleja invisible.

–*Eztá atazcada* –comentó mientras giraba el tirador y empujaba con fuerza.

La puerta cedió, abriéndose de golpe y arrastrando a nuestro compañero al interior de una oscura habitación. Un estruendoso tintineo lo recibió. Rápidamente enfocamos con nuestras linternas, buscando el origen del sonido. Del techo, colgaban decenas de cadenas oxidadas. En su extremo inferior, sujetaban un gancho metálico, otrora utilizado para suspender carne fresca. El portazo había zarandeado algunas de ellas, provocando que se bambolearan violentamente y chocaran entre sí.

–¡Joder, con cuidado! No queremos caer en una trampa. Recordad lo que ha dicho Jorge –Álvaro se puso en guardia–. Cubrid todas las entradas. Hemos delatado nuestra posición.

–No me *guztan laz truampaz*. –Se quejó Manolo mientras observaba la habitación.

Había una salida al frente y otra a nuestra derecha. Ninguna de las dos tenía puertas. Manolo se dirigió a la de delante y yo corrí a la otra. Ambos pusimos rodilla en tierra mientras apuntábamos con nuestras armas al frente. Álvaro hizo lo propio hacía el pasillo por el que habíamos llegado. Rodrigo se colocó en medio de la sala, guardándonos las espaldas a todos.

El silencio era abrumador. La linterna me temblaba en la mano, emitiendo oscilantes chorros de luz en el oscuro pasillo. No sabía por qué, pero estaba seguro que esta era la calma que precedía al ataque de los seres. Entonces, lo vi. No había hecho ruido, simplemente había aparecido al fondo del pasillo.

Llevaba un uniforme escolar... un bonito vestido de flores... Estaba quieto, como si la claridad lo estuviera cegando.

—¡Ya vienen! —gritó Manolo mientras comenzaba a disparar su rifle insistentemente.

Como un resorte, el niño muerto corrió hacia mi posición... era Azu. Corría hacia mí por el pasillo del colegio. Estaba tan guapa con su vestido... lleno de sangre... avanzaba con una mueca infernal en el rostro.

—¡Azu! Detente. —Mi voz estaba rota por el llanto—. Azu, por favor.

Acababa de salir del gimnasio y me encontraba a mitad de camino del baño. Allí estaba ella, no sé cómo había llegado hasta el pasillo del colegio, pero allí estaba. Tan guapa, tan vital, tan rápida, tan silenciosa, tan muerta. Yo estaba congelado, sin poder moverme, mientras mi hermana recortaba distancias velozmente. Solo podía suplicar que se parara. Que volviera a ser la de antes.

—Róber, ¿existen los hombres lobo? —preguntó Azu.

Me encontraba jugando a las carreras de ciclismo en el salón de mi casa. Los azulejos del suelo hacían las veces de carretera, y las más de treinta chapas de refrescos representaban los ciclistas que formaban el pelotón. Para cada uno, había recortado un trozo redondo de papel, en el que había dibujado con mucho cuidado su nombre y el uniforme de su equipo. Mi favorito era el Reynolds.

Azu se había colocado delante del camino justo cuando iba a lanzar la chapa de Jose Luis Laguía.

—¿Qué haces ahí, enana? —pregunté indignado—. No me dejas jugar.

—¿Tú sabes si existen los hombres lobo? —repitió. En esa ocasión me di cuenta de que estaba un poco asustada.

—¿A qué viene eso? —dije con ternura.

Azu señaló la tele y comprendí. Estaban emitiendo Tocata y en la pantalla podía verse al grupo La Unión cantando Lobo Hombre en París. El guitarrista estaba ataviado con un penoso disfraz de licántropo cuyo único elemento destacable era la horrenda máscara de látex.

—No te preocupes, cariño. —Intenté calmarla—. Ese hombre lleva una careta. Los monstruos no existen.

—¿Ni siquiera los zombis?

—Tampoco —aseguré.

—Pues mi compañera Esther dice que vio uno en el médico. Un hombre salió de la consulta como un loco y mordió a una señora. Que hubiera seguido atacando gente si no lo hubiera detenido la policía con sus porras.

—Ni caso. Será uno de esos enfermos de los que habla la tele. Son rabiosos o algo así. No son zombis. Y si lo fueran, nunca te cogerían, porque está tu hermano mayor para protegerte.

—No quiero que te vayas a la Casa de la Colina —sollozó—. No me dejes sola.

La abracé con fuerza y apreté su cabeza contra mi pecho.

—Tranquila, pequeña. Te quedas con mamá y con papá. No te va a pasar nada...

Las lágrimas no me dejaban apenas ver. Azu seguía corriendo por el pasillo en mi dirección. Me enseñaba los dientes como un animal enfurecido. Cada vez estaba más cerca y yo continuaba inmóvil, sumido en un torrente de emociones que me desbordaban por completo.

—¿Qué haces? Espabila —Álvaro tiró de mi camiseta hacia atrás, sacándome del sopor—. ¡Vamos al gimnasio a por el bate!

Me disponía a dar la vuelta, sacudiendo la cabeza incrédulo, cuando Don Juan apareció por la puerta de su despacho.

–¿Qué es ese escándalo? –dijo dirigiéndose a Álvaro y a mí, sin darse cuenta de que a su espalda la muerte se precipitaba sobre él.

–¡Cuidado! –chillé, señalando con el dedo.

Pero fue tarde. Mi hermana, mi hermanita preciosa... parecía una muñeca, saltó como un demonio sobre la espalda del profesor. Antes de que pudiera reaccionar, ya había desgarrado su cuello con la minúscula dentadura. Los aullidos de Don Juan resonaron en el silencio de la noche. Aun así, tuvo la suficiente entereza para agarrar a la niña y tirarla al suelo. La sangre comenzó a salir a chorros de la herida del maestro. Trató inútilmente de taponarla con sus manos, pero le fallaron las fuerzas y cayó al suelo. El monstruo volvió a precipitarse sobre él y comenzó a morderlo en el cráneo. Álvaro y yo mirábamos anonadados. Verla agitarse como un engendro destartalado era más de lo que mi mente podía soportar. Mi vista empezó a nublarse y por un momento pensé que iba a desmayarme.

Desde el borde de mi consciencia, pude percibir cómo el resto de compañeros aparecieron en el pasillo con gesto somnoliento. Cuando se percataron de la escena, todo fueron llantos, gritos y carreras para esconderse en cualquier rincón del colegio. Excepto Chesco, que se presentó con el bate de beisbol en las manos. Apenas se había separado de él desde el incidente con el portero de su piso.

–Dejádmela a mí –dijo mientras daba un paso en dirección a la niña.

Como si lo hubiera entendido, el ser levantó la cabeza para mirarlo. La oreja derecha de Don Juan colgaba entre sus dientes... sonreía... me sonreía... mientras el cuerpo del profesor sufría los últimos estertores. Quedó quieto, justo cuando el zombi atacaba como un rayo a Chesco. No logró esquivarla. Rodaron por el suelo como un ovillo empujado por las afiladas garras de un gato. El bate quedó a nuestros pies. Álvaro lo cogió y propinó un fuerte golpe en la cabeza de... fue horrible... sesos... Se rompió como la piñata que habíamos usado en su sexto cumpleaños. Pero no salieron caramelos... solo sesos, vísceras... sangre. Mi hermana... parecía una muñeca... rota.

–¡No! –grité. El impacto me devolvió a la realidad como un vaso de agua fría. Caí de rodillas con las manos sobre la cara. Sabía que estaba muerta, y que lo que estaba destrozando Álvaro era tan solo un monstruo, pero la angustia no se mitigó en absoluto. Me inundó, y dolía igual que si mi hermana hubiera estado viva.

Álvaro también se encargó de Don Juan. Sacó los cuerpos fuera con la ayuda de los otros chicos. Lloré durante toda la noche. Igual que lloro ahora...

10. HUIDA

No puedo. No puedo más. Mi cabeza va a estallar como... estalló la de... Azu... No noto lágrimas en mi rostro. ¿Qué me ocurre? No siento nada. No lo aguanto más. ¡No!

–¡No es nada raro! ¡Ya te he dicho que tuviste un accidente! ¡Es normal que no sientas algunas partes de tu cuerpo! ¡Pero estás bien! Así que, ya puedes empezar a tranquilizarte y dejar de divagar. Si quieres que te ayudemos, tienes que contarnos todo lo referente a la vacuna y a Pilier. ¡No nos importa una mierda tu infancia!

¿Qué? ¿Por qué me habla así? ¿Cómo puede ser tan cruel? Vi cómo mi amigo destrozaba a mi hermana. Más adelante descubrimos que había entrado por el Agujero de los Bollos el día después de que llegara nuestro amigo Jorge. Ella era muy pequeña y pudo atravesarlo sin dificultad.

–¡Drogadlo! Sigue con sus tonterías. Estoy perdiendo la paciencia. Son demasiados meses sin resultados. Tenemos que conseguir que ordene sus pensamientos y solo nos hable de su época adulta. No nos sirve de nada todo lo que le pasó de niño.

¿Doctor Olías? ¿Es usted? Todo se nubla. ¡No! Viene la oscuridad. Por favor, no quiero sumirme en el olvido, por favor...

–Buenos días, Roberto. ¿Estás ahí?

Sí. Esta mañana he empezado a recordarlo todo. Por fin, la luz se abre camino en mi mente. Me transporta hasta cuando era niño y estudiaba en el colegio. Jorge había llegado esa misma noche. Llovía abundantemente y llevaba la ropa empapada. Le estábamos ayudando a secarse en el gimnasio, tapándolo con unas toallas. Don Juan le había quitado la chaqueta de cuero y la había colgado en el potro de saltos. Podían verse manchas de sangre seca en las mangas. Al lado, descansaba el maletín que había traído mi amigo consigo. Cristina le acercó una infusión caliente.

–¡Ha sido él! Ha sido el hijo de puta de mi padre –dijo indignado mientras intentaba contener los tiritones.

–Hijo, no debes hablar así de tu padre. –Lo reprendió el profesor, apoyándole una mano en el hombro.

–Pero Don Juan, es que sé que ha sido él. Él es el que ha desatado esta plaga por el mundo. –Comenzó a sollozar–. El día que me vino a buscar, mi madre estaba en el coche, pero era un muerto viviente. ¡Un zombi! La tenía atada en el asiento trasero. Mi padre me dijo que no pasaba nada, que solo estaba enferma y que nos íbamos al pueblo. Que él la curaría. Pero estaba muerta, joder. Y me tiraba dentelladas. Fue horrible. –Los sollozos se habían convertido en llanto.

–No lo dudo, hijo. –Le calmó Don Juan–. Tranquilízate, eso ya pasó.

–No es tan fácil, joder. Uno no puede relajarse cuando su madre ha estado a punto de comérselo. –Jorge estaba a punto de perder el control. Dejamos que continuara desahogándose–. Fue a las afueras del barrio. Mi padre paró a echar gasolina. Dejó el coche un poco alejado de los surtidores para que el

operario no se percatara de la presencia de mi madre. Cerró las puertas con llave y sacó una garrafa del maletero. Antes de irse, me dijo que como se me ocurriera salir del vehículo me iba a arrear dos ostias de cuidado.

–¡Qué malnacido! –exclamó Álvaro.

–Sí, así es mi padre. Siempre ha sido así. El miedo a las represalias me mantuvo quieto en el asiento del copiloto, pero no pude dejar de vigilar a mi madre en todo momento. Es inconcebible lo que les ocurre. Su rostro parece el mismo que cuando estaban en vida, sus gestos se pueden confundir con los de una persona muy enfadada, pero su mirada los delata por completo. Mi madre me estaba observando, pero a la vez no me veía. Como si el enfoque de sus ojos oscilara, yendo y viniendo sin ningún sentido y varias veces por segundo. Una sensación extraña que me ayudó a recordar que aquello hacía tiempo que no era mi madre.

–No ven muy bien –dijo Álvaro como si estuviera deduciendo algo que ya sospechaba desde hace tiempo.

–Eso parece, aunque esa cosa sabía perfectamente que yo estaba allí, a escasos centímetros de sus manos encrespadas. Se retorció, estiraba el cuello más allá de lo humanamente posible. Las cuerdas se hundían en la carne muerta por la presión que ejercía. Me fui acurrucando poco a poco contra el salpicadero, alejándome todo lo posible de ella. El interior del Renault 7 me pareció más pequeño que nunca. El ser seguía intentado acercarse, tirando con fuerzas de sus ataduras. Y, de pronto, la cuerda cedió. Puede que se rompiera o que alguno de los nudos se desatara, pero el resultado fue que mi madre se lanzó sobre mí, saltando por encima del asiento. Por suerte, la soga aún la retenía lo suficiente para que, aunque sus brazos llegaban a alcanzarme, su boca aún quedara a unos centímetros.

–¡Qué horror! –exclamé.

–Totalmente. Casi enloquezco. Empecé a chillar y patalear como un loco mientras sus frías manos intentaban apresar mis piernas. Tiré del manillar de la puerta, pero no cedió. Mi padre la había cerrado. Me asomé por la luna delantera y vi que hablaba con el empleado de la gasolinera, que estaba llenando el bidón de combustible. Grité con más potencia y comencé a golpear el cristal con las palmas, pero no me oían. Los dedos del zombi acariciaron mi espalda y reaccioné agarrando el maletín que mi padre había dejado en su asiento y golpeándola con ganas. Su mano se contrajo unos centímetros, probablemente más por el obstáculo que por haber sentido algún tipo de dolor. En ese momento vi la manivela de la ventanilla, la agarré con fuerza y empecé a girarla como un desesperado. Aprovechando mi distracción, el monstruo logró agarrarme el pie izquierdo y se lo llevó hacia sus fauces. Pensé que iba a morir. Le lancé una patada con la otra pierna, pero no se inmutó. Seguía acercando mi pie hacia su boca implacablemente. Cuando consideré que la ventana había bajado lo suficiente para pasar, me arrojé de cabeza por el hueco. Quedé medio encajado con la mitad del cuerpo fuera del coche. Entonces, noté el mordisco.

–¿Te mordió? –preguntó Álvaro poniéndose en guardia.

–Afortunadamente, mi zapatilla se llevó la peor parte y los dientes no llegaron a tocar carne. De hecho, la tela cedió y el monstruo se quedó con la playera en la boca. Caí sobre el asfalto magullándome ambas rodillas. Creo que mi padre me vio en ese instante, pero no me quedé a comprobarlo. Salí como alma que lleva el diablo y supongo que él se las tendría que arreglar con... mi madre. Después me escondí donde pude, lo pasé bastante mal para llegar hasta aquí. –Comenzó a llorar de nuevo–. Abandoné a mi madre con ese maltratador.

–Eso había dejado de ser tu madre, ya lo sabes –sentenció Álvaro.

–Roberto. Soy la Doctora Alonso. No sé si recuerdas al Doctor Olías. Debes saber que ha sido

apartado de tu caso. Verás. Tu accidente fue un poco más complicado de lo que él te dijo. Para poderte salvar, necesitamos que te centres en los recuerdos de tu etapa en la UAZ. Sabemos que te cuesta organizar tus pensamientos, y no nos importa que de vez en cuando saltes al pasado. Pero procura recordar dónde está la vacuna de la que nos hablaste. Por si te ayuda, la última vez estabas hablándonos de la misión de entrenamiento, dentro de las instalaciones del matadero.

Tras la impresión inicial, acabar con la primera oleada de niños zombi fue una tarea relativamente fácil. No hacían el más mínimo intento de esquivarnos, y si fallábamos algún tiro, ahí estaba Rodrigo, que disparaba sobre nuestros hombros impactando prácticamente siempre en la cabeza de los monstruitos. Acabamos con cinco o seis de esas criaturas antes de que nos dieran un pequeño descanso.

–Vamos, hay que avanzar. Hemos perdido demasiado tiempo –ordenó Álvaro incorporándose.

–¡Vienen más! –indiqué al detectar otro movimiento al fondo del corredor que estaba vigilando.

–¡Cúbrenos! Los demás por el frente. Manolo, vas en cabeza.

–¡Zi, Zeñor! –Y emprendieron la marcha.

Me sorprendí a mí mismo sonriendo mientras volaba los sesos a otro chiquillo. ¿Hasta tal punto me había vuelto insensible? No me acostumbraba al ceceo de nuestro compañero y siempre me provocaba hilaridad escucharle, sobre todo en momentos de tensión. Pero de ahí, a reír mientras destrozaba la cabeza de un niño muerto por una extraña enfermedad, había un trecho. Parecía que ya no había más zombis. Me disponía a seguir al grupo, cuando otro engendro apareció, esta vez del pasillo que había estado cubriendo Álvaro. El endiablado niño corrió tan rápido que apenas me dio tiempo a reaccionar. Lo empuje con mi arma cuando se abalanzaba sobre mi pecho y lo rematé en el suelo.

Un crujido metálico, seguido de un desgarrador grito, me sobresaltó. Había sonado al frente.

–¡Mierda! –Oí decir a Rodrigo–. ¡Es otra puta trampa!

Rápidamente, llegué hasta donde se encontraban mis compañeros. Manolo había abierto una puerta descuidada y una pesada malla llena de largos punzones afilados había caído del techo, describiendo un arco hacia la entrada y alcanzándolo de lleno antes de que pudiera esquivar. Los pinchos habían atravesado su cuerpo y goterones de sangre escurrían por sus puntas hasta el suelo. Las heridas tenían una pinta horrible, probablemente eran mortales. Por si no fuera suficiente, un asqueroso niño zombi, que había surgido de algún lugar entre las sombras, estaba agarrado a su pierna y mordía con ahínco arrancando pequeños pedazos de músculo.

Rodrigo abatió al ser de un certero balazo.

–¡Mierda, me ha mordido! –espetó Manolo expulsando cuajarones de sangre por la boca–. ¡Me ha mordido!

¿Le habían mordido? ¿Estaba infectado? ¡No debía acercarse a mí!

–¡Te digo que no me ha mordido, Roberto! –insistió Rubén tapándose la herida del brazo mientras yo lo apuntaba con mi arma entre ceja y ceja. Estábamos los dos solos en la enfermería del complejo de Aseguramiento de Humanidad. Rubén acababa de derribar a la enfermera rabiosa que lo había atacado por sorpresa–. De verdad, no me ha mordido. No me dispares. Además, tenemos la vacuna. Vamos con el resto. Aunque me hubiera mordido, podríais curarme...

¡Mentira!

–Tranquilo, amigo. No pasa nada –tranquilizó Rodrigo a Manolo con voz sosegada–. Te sacaremos de aquí.

En ese momento, tres podridos más entraron en la sala desde otra puerta. Álvaro me hizo un gesto con

el dedo para que cubriera la retaguardia y, a continuación, miró a Rodrigo solemnemente. El disparo resonó en mis oídos mientras avanzaba de vuelta a la habitación principal. Tardaría varias noches en olvidar ese sonido, recordando cada vez cómo el pobre Manolo confesaba a Rodrigo que no estaba preparado para un ejercicio real.

–No creo que *zea capaz* de luchar contra *loz moztruoz*. ¿Creez que *zerá* muy *peligroso*? –No pude sacarme la frase de la cabeza durante el resto del entrenamiento.

Completamos la misión sin más altercados graves. Todos los grupos llegamos al ascensor a tiempo y pudimos salir del matadero. El instructor nos esperaba arriba sonriente. Apenas se alteró cuando le comunicamos la muerte de Manolo. Creo que incluso puede que en el fondo estuviera satisfecho de que su prueba hubiera sido lo suficientemente dura para causar una baja. Algún otro compañero tenía rasguños y cortes producidos por las trampas, pero los niños no habían logrado infectar a nadie más.

–¿Cómo han podido meternos en un sitio así? –indicó Óscar mostrando un profundo corte en el brazo derecho–. Creí que esa jodida cuchilla me iba a arrancar el brazo.

El brazo de Chesco salió volando por el pasillo. Contemplé horrorizado cómo la historia se repetía. La afilada hoja, la misma que había herido a Óscar en la misión de entrenamiento, le amputó el brazo de cuajo por encima del codo. Un podrido lo atrapó en el aire, como si de un jugador profesional de béisbol se tratara, y empezó a devorarlo. El resto de zombis que nos seguían se arremolinaron alrededor del afortunado y pelearon con él por el apetitoso botín. Las balas surcaron el pasillo y los abatimos a todos mientras Sergio y Alfredo levantaban a Chesco... pero fue tarde, había perdido mucha sangre. Tuvimos que abandonarlo a mitad de camino. Muy a pesar de Sergio.

Pero logramos escapar de Collin Co., la Casa de la Colina, en medio de un caos infernal. Los zombis que usaban para las maniobras habían escapado inexplicablemente y todos los trabajadores de la base habían sido contagiados. Científicos y guardias. Tuvimos suerte de que la corriente eléctrica se cortara y pudiéramos salir de nuestros barracones, ignorando las ahora inofensivas verjas... No fue suerte... fue sabotaje... Píler.

Álvaro nos organizó de inmediato y logramos llegar hasta el almacén de armas. Una vez dentro del edificio principal apenas recuerdo nada: disparos, carreras, cuchilladas y muertos cayendo. Luego, Chesco en el suelo desangrándose. Sergio lo besó y le voló los sesos. Y continuamos sin él.

–¡Por aquí hay una salida! –Rubén se había adelantado unos metros–. Han reventado media pared.

Atravesamos el agujero y llegamos al exterior, junto a la entrada trasera del recinto. Este patio hacía las veces de aparcamiento y allí se encontraban los camiones de suministros. Rubén nos hacía señas desde el primero de ellos.

–¡Este tiene las llaves puestas!

–Sergio. Tú conduces –ordenó Álvaro. El otro pareció ignorar al líder–. ¡Sergio! ¡Te he dado una orden! ¡Conduce! –Lo apuntó amenazante con el arma.

El resto de compañeros, que ya habían subido al remolque, se quedaron perplejos mirando la escena. Álvaro no solía perder los nervios con facilidad.

–No hace falta llegar a estos extremos. Quizás no es bueno que conduzca ahora. Acaba de perder a Chesco –dije intentando tranquilizar los ánimos.

Álvaro giró el cañón de su rifle hacia mí.

–¡Tú calla! Debe obedecer las órdenes. No podemos permitirnos distracciones. Nuestra vida depende de ello. –Y disparó.

La bala pasó por encima de mi hombro derecho, impactando en plena frente de un podrido que salía

por la pared derruida, a mi espalda.

–¿Lo veis? Debemos permanecer unidos y alerta, Sergio. –Su tono bajó de intensidad–. Eres nuestro mejor conductor. Por favor, conduce.

El rubio soldado afirmó con la cabeza y se subió al asiento del conductor, aunque era obvio que seguía tremendamente enfadado. El camión arrancó con un fuerte rugido y Sergio aceleró con brusquedad. Rubén casi cae del remolque cuando embestimos la puerta del recinto y la tiramos abajo. Sergio continuó incrementando la velocidad del vehículo que levantaba grandes nubes de polvo cuando avanzaba por el camino. Así, por fin abandonamos el que había sido nuestro hogar durante más de seis años.

–¿Por qué tiene que conducir Sergio? –preguntó Chesco contrariado–. El que conduce siempre es M.A.

Estábamos en el recreo, jugando a *El Equipo A*, como en tantas otras ocasiones. Chesco siempre hacía de Barracus, Sergio de Múrdock, Álvaro de Fénix y Jorge de Hanníbal. El resto éramos los bribones de turno que el grupo de héroes tenía que echar de algún pueblo perdido en lo más profundo de los Estados Unidos.

–Pero es que ahora estamos en un avión, no en la furgoneta –explicó Sergio mientras simulaba estar a los mandos de una aeronave–. Y los aviones los pilota Múrdock. Además, tú deberías estar durmiendo, ¡que te da miedo volar!

Todos estallamos en carcajadas, excepto Chesco, que parecía ofendido.

–Buah, si tú ni siquiera puedes ser Múrdock. Eres rubio. Además, no llevas gorra y esa ridícula camiseta jamás la llevaría un piloto.

Sergio solía vestir camisetas un tanto extrañas para un niño. Normalmente eran negras, con dibujos poco apropiados. En esta ocasión, un muerto viviente, que lucía un elegante sombrero de copa, salía de su tumba mientras tocaba notas infernales con la guitarra eléctrica que portaba en sus manos. Al parecer, tenía un primo adolescente que se consideraba heavy. Él era el que le regalaba las camisetas, además de inculcarle el gusto por la música estridente que interpretaban esas controvertidas bandas.

–A ti lo que te pasa es que te gusta –bromeó el rubio muchacho–. Venga, dame un besito, dame un besito. –Acercó intencionadamente el morro hacia Chesco.

–¡Quita! No seas mariquita. –Apartó a su amigo de un manotazo.

Pero luego cambió de parecer. El día que volvimos de casa de Chesco, en el gimnasio, Sergio estuvo consolando toda la noche a nuestro compañero. Desde ese día, ambos fueron uña y carne. Inseparables. Hasta que la muerte los separó.

11. TINIEBLAS

–¿Así que estuviste con Rubén en el Centro de Aseguramiento de la Humanidad? ¿Sabrías decirme en qué momento? Con tanto salto estoy un poco despistada.

¿Qué saltos? Le estoy contando las cosas tal y como afloran a mi mente. Las sombras me invaden cuando intento evocar el Centro de Aseguramiento. ¿Estaban las chicas? Estaba yo solo... encerrado. Mi ca... beza.

–No, Roberto, olvídalo. Simplemente es que me cuesta un poco ordenar tus recuerdos. Por intentar ubicarme, ¿la visita al Centro fue una misión? ¿Os envió el instructor?

No, el instructor ya estaba muerto. Su última lección fue un poco extraña.

–Ya lleváis unas cuantas misiones y quizás lo que os voy a contar hoy carezca de interés a estas alturas. Hasta ahora no hemos hablado de los animales, exceptuando a Pilier, claro está –Era la primera vez que veía bromear al instructor.

–Qué valiente es hoy que Animal y su grupo no están aquí –susurró Rubén muy a su estilo. Chesco asintió con un leve gruñido.

–Los zombis no atacan a los animales, solo a los humanos. Desconocemos exactamente por qué, pero es un hecho. Por lo que la mayoría de las bestias que os encontréis por ahí estarán libres de infección –manifestó indicando más allá de las decenas de zombis que hacían guardia aquel día detrás de las vallas electrificadas que rodeaban el complejo–. Esto es muy útil a la hora de buscar comida proteínica. Pero ojo, hay algunas alimañas que no dudan en alimentarse de la carne de los podridos. Evidentemente, son portadoras de la infección, aunque no sabemos cómo las afecta exactamente. Hablamos fundamentalmente de las ratas y algunos otros carroñeros.

¡Ratas! Había cientos de ellas, nos rodeaban, corrían entre nuestros pies. Era repugnante, por no hablar del olor nauseabundo que impregnaba las cloacas. Agité la cabeza renegando en mi interior. ¿Cómo nos habíamos dejado convencer para bajar allí abajo?

Nuestros estómagos rugían pidiendo que por favor les echáramos algo que saciara su apetito. La lluvia había parado hacía varios días y el tiempo había mejorado considerablemente. Las agradables brisas de la primavera llegaron, transportando el delicioso aroma corporal de casi dos docenas de tiernos niños a las zonas circundantes al colegio. Como consecuencia, los muertos volvieron a arremolinarse alrededor del muro de la escuela, impidiendo que pudiéramos salir a por más provisiones. Aunque habíamos intentado racionar las que teníamos en la despensa, finalmente se habían agotado. Teníamos mucha hambre.

Gonzalo, un chico que llevaba su abultada panza con gran orgullo y dignidad, fue el que lo propuso.

–Podemos salir por las alcantarillas. Hay una tapa junto al campo de fútbol sala. Allí abajo no habrá zombis. Lo leí en un libro, los protagonistas podían desplazarse por las cloacas con total tranquilidad. – Su cara, de apariencia normalmente bonachona, mostraba su lado más serio.

Gonzalo tenía una personalidad arrolladora y se hacía respetar con su labia, o con sus fuertes brazos, si la primera fallaba. Nunca nos solíamos meter con él, pero ese día Álvaro no pudo dejar de replicar.

–¿Tú que sabrás? Lo más parecido a un libro de zombis que has leído es el folleto de instrucciones del Misterio de Cefa.

–¡Que sí! Tengo muchos libros y uno de ellos habla de eso. Es en inglés. Además, ¿se te ocurre alguna otra elección mejor para poder conseguir comida?

–Elegid, ¿acusáis a la esposa Jane, o al sobrino Charwell? –Gonzalo tenía muchos libros en su casa. Ese día estábamos leyendo *¿Quién mató a H. Thrombey?*, uno de los libros rojos de *Elige tú propia aventura*.

Era el cumpleaños de Gonzalo y había invitado a media clase, sin exagerar, a su casa. Su madre había puesto emparedados de Nocilla, patatas fritas y Sugus para que picoteáramos. Y de beber, Tang para todos. De entre los múltiples regalos que recibió, aquel libro carmesí fue el que más le gustó.

–No está mal –comentó Álvaro al verlo–, pero es mucho mejor *La Guarida del Cadáver Errante*, de la colección negra. En ese eres un guerrero que tiene que entrar en los dominios de un muerto viviente que tiene poderes mágicos y es inteligente.

–No podía faltar Álvaro con sus zombis y sus cosas raras –bromeó Gonzalo. Todos reímos–. Venga, vamos a mi habitación –continuó nuestro amigo–, juguemos a las tinieblas.

Acompañamos a nuestro amigo hasta la boca de la alcantarilla. Chesco levantó la tapa y nuestras cabezas se asomaron a la oscuridad más absoluta. Un pozo pestilente y hediondo abierto hacia el centro de la tierra.

–¿Estáis seguros de que es buena idea? –pregunté algo tembloroso.

–Claro que es buena idea, ¿o quieres quedarte otro día sin comer? –Gonzalo parecía ofendido.

–No lo es –concluyó Álvaro–, pero vamos a hacerlo. Gonzalo tiene razón, necesitamos víveres. Pero haremos las cosas a mi modo.

–Pues yo no pienso bajar ahí –aseguró Chesco.

–No es necesario. Iremos Roberto, Gonzalo y yo. –La mirada que nos dedicó no dejaba lugar a la duda y ninguno de los dos rechistamos–. Recuerdo que hay una salida cerca de la puerta del mercado. Con suerte solo tendremos que recorrer unos doscientos metros de túneles, siempre y cuando no haya muchos recovecos. Necesito que traigáis tres linternas, tizas, un cuaderno y un lápiz. Chesco, también nos llevamos tu bate. Chicos, tenemos una misión.

Tragué saliva con dificultad y me quedé observándolo mientras los otros iban a por lo que había pedido. No daba crédito a lo que había escuchado.

–Alvaro, seguro que hay otra opción. Quizás los muertos se vuelvan a ir y podamos salir como las otras veces. Ahí dentro no puede esperarnos nada bueno. ¿Y si nos perdemos en la oscuridad? No tenemos plano de la red de alcantarillado.

–Por eso quiero que nos acompañes. Tú llevarás el cuaderno e irás dibujando el mapa. Se te dan muy bien los laberintos. –Inexplicablemente sonreía–. No se me ha olvidado que incluso los creabas tú mismo para que los compañeros los resolviéramos en clase. Tiene que ser pan comido para ti. No creo que encontremos muchas encrucijadas y, en la medida de lo posible, debemos avanzar siempre hacia el este. En cuanto encontremos una tapa de alcantarilla, subimos de nuevo.

No me terminaron de convencer sus argumentos, pero lo que era indudable es que yo era de los que más sentido de la orientación tenía en el grupo. Haberme borrado de aquella aventura hubiera sido un acto de cobardía que difícilmente perdonaría mi amigo. Así que acepté a regañadientes.

–Muy bien. –Me felicitó Álvaro mientras me daba una palmadita en la espalda–. Preparémonos. Por cierto, ¿no tendrás miedo a las ratas? Puede que nos encontremos alguna por el camino.

El instructor continuó con su monólogo.

–Sí, ratas. Hay quien dice que se vuelven agresivas, igual que los portadores humanos, y que su mordedura es contagiosa, pero no está demostrado. Y si en tantos años no se ha demostrado, no creo que sea cierto. Pero lo que está claro, es que no os recomiendo comer carne de un animal que haya estado en contacto con los infectados. No creo que sea muy saludable.

–Menos saludable es verte el careto –cuchicheó otra vez Rubén.

–¿Qué dices cretino? –El instructor Collin lo señaló con su largo dedo índice mientras fruncía el ceño–. ¿Te crees muy gracioso? Estoy harto de tus tonterías. ¡Un paso al frente!

Según se adelantó, el instructor le sacudió una colleja que casi lo tira al suelo.

–¡Esto no es el patio de un colegio! ¡Y ya no sois críos que os reís de un profesor! La próxima vez que te escuche decir una estupidez, quizás te haga bailar con nuestros amigos los comecarnes.

–Señor, creo que eso ha estado fuera de lugar –dijo Álvaro saliendo en defensa de su compañero–. Las bromas de Rubén vienen bien para relajar al grupo. Debe tener en cuenta que nuestra vida es un tanto dura.

–¿Dura? ¡¿Dura?! –Por un momento pareció que la vena de la frente del instructor iba a estallar como una tubería con exceso de presión–. ¡Duro es haber perdido a la mujer y a los hijos en un jodido apocalipsis zombi! ¡Duro es tener que instruir a unos mocosos incompetentes, encerrado en una jodida cárcel!

–Todos hemos perdido a alguien –comentó Álvaro–, y todos estamos encerrados aquí. No sé qué le ocurre, pero creo que se está comportando de manera irracional.

–¡Cállate! –gritó mientras prácticamente pegaba la boca a la nariz de Álvaro. Por un momento creí que le iba a pegar–Así que necesitáis relajaros, ¿verdad? Pues muy bien, hoy saldréis de caza tú, tu amigo el cabezón –dijo haciendo un gesto en mi dirección–, y tu amigo el chistoso. Y espero que no se os ocurra escaparos o el resto de vuestros compañeros lo pagará caro. No volveréis hasta que no hayáis conseguido al menos media docena de piezas, y espero que algunas sean jabalíes.

Trajeron todo lo necesario para que saliéramos al exterior y nos equiparon con ello. Machetes, una ballesta, y un par de palos afilados. Por supuesto, ningún tipo de arma de fuego, probablemente para que no pensáramos en huir, más que para no llamar la atención. Cuando me fijé en los zombis devorándonos con la mirada más allá de la valla, sentí como si la tierra me tragase. ¿Por qué siempre me tenía que tocar a mí?

¿Por qué me había elegido Álvaro? Me pregunté de nuevo mientras Gonzalo comenzaba a descender hacia las profundidades. Cuando llegó abajo, nos enfocó levemente con la linterna indicando que bajara el siguiente. Era mi turno. Las escalerillas estaban húmedas y escurridizas a causa de toda el agua de lluvia que había chorreado por los agujeros de la tapa los días anteriores. Mis brazos comenzaron a temblar incontrolablemente mientras la oscuridad me engullía. El pánico estaba a punto de apoderarse de mí y tenía ganas de gritar a mis compañeros que yo no debería estar allí. A punto estuve de caer en un par de ocasiones, pero, al fin, llegué junto a mi amigo y encendí mi propia luz. Cuando Álvaro bajó a nuestro lado, logré dominar un poco mi ansiedad y comenzamos nuestro recorrido.

Un manto de barro y agua maloliente cubría el fondo del túnel que se extendía de este a oeste. Nos dirigimos hacia la derecha, hacia donde debía estar el mercado, andando muy lentamente. Gonzalo iba en vanguardia iluminando todos los rincones con el haz de su linterna. Álvaro en retaguardia, vigilando que no apareciera ningún zombi a nuestras espaldas. Y yo en el centro, intentando delinear en el papel los trazos del camino que íbamos recorriendo. Era complicado dibujar en tinieblas, ya que Álvaro había decidido que mi linterna se mantuviera apagada para ahorrar pilas por si nos hiciera falta más adelante.

Avanzamos veinte, treinta, cuarenta metros. La poca claridad que entraba por la boca de la alcantarilla quedó atrás en cuestión de minutos. El silencio era agobiante, pesado, solo roto por los chapoteos de nuestros pasos en el fango que retumbaban en mi cerebro como si se hubieran taponado mis oídos. Yo iba haciendo recuento mental del rumbo que habíamos tomado en cada una de las intersecciones que nos íbamos encontrando.

Izquierda, derecha.

Izquierda, derecha, recto.

Izquierda, derecha, recto, derecha.

Izquierda, derecha, recto, derecha, derecha.

No era suficiente tenerlo en el mapa. Si nos topábamos con algún problema y había que huir, seguramente no tendríamos tiempo de andar mirando papelitos. Para eso, Álvaro también se había encargado de ir marcando flechas con tiza en las paredes de cada cruce. Pero no pude evitar seguir con mi recuento.

Izquierda, derecha, recto, derecha, derecha, izquier...

—¡Ratas! —exclamó de pronto Gonzalo—. Esto está lleno de ratas.

El eco de su voz se extendió por los túneles como si una multitud de personas repitiera su grito una y otra vez, conformando un macabro coro invisible. Álvaro simplemente le dio un golpe en el hombro y se puso el dedo sobre los labios pidiendo silencio. Enchufó al suelo su linterna y comprobamos que era cierto, el suelo estaba plagado de alimañas peludas y gordas como gatos malcriados. Se movían de un lado para otro procurando huir de la luz, retorciéndose y agrupándose en las esquinas, para volver sobre sus pasos y acercarse de nuevo a lo que parecía ser su banquete. En el centro de una pequeña estancia, se podía ver una escalerilla que subía hasta una tapadera metálica. A sus pies, había un bulto deforme que recordaba vagamente el cuerpo de una persona, aunque apenas quedaba de él sus andrajosas ropas y un lechoso esqueleto prácticamente pelado de carne. Decenas de ratas roían los huesos con ahínco, intentando obtener la poca sustancia putrefacta que pudiera quedar en ellos.

—¡Mierda! Vámonos, vámonos —murmuró Álvaro. Tiraba insistentemente de mi camiseta hacia atrás.

—¿Qué pasa? Solo son rat...

—Calla. —Su susurro, cada vez más leve, quedó ahogado por el tamborileo pastoso de pisadas rápidas en el lodo del subterráneo.

¡Alguien venía! Me puse en guardia y mi primera opción fue ir a las escaleras, pero Álvaro señaló la tapa y vi que alguien había estado intentando sellarla desde el interior. Una barra de hierro y un candado hacían las veces de improvisado cerrojo. Los pasos cada vez sonaban más cerca. No nos daría tiempo a intentar forzar la cerradura.

Así que nos precipitamos por el corredor por el que habíamos llegado. No recuerdo exactamente lo que ocurrió a continuación, solo que tropecé con alguien y de pronto nos encontramos los tres rodando por el asqueroso manto de porquería que cubría el suelo. Si había alguna duda de si nos habían detectado, el estrépito que provocamos la despejó definitivamente. Las linternas se apagaron al contacto con el agua y la oscuridad nos envolvió por completo. Estaba a punto de ponerme en pie de nuevo, cuando escuché la voz de Álvaro.

—Qui...e...tos —suspiró de manera casi imperceptible.

Y rápido entendimos por qué. En la habitación de la escalera, un hombre joven, vestido con unos vaqueros carcomidos y una camisa de cuadros rojos y negros, caminaba desorientado bajo la escasísima claridad que se colaba por las juntas de la tapadera. Giraba su cabeza de un lado a otro. Era como si

percibiera algo cerca pero no alcanzara a verlo.

“Es el cadáver errante, y nos hemos metido en sus dominios”, fue la única idea que tuve mientras aquel ser se acercaba poco a poco hacia nosotros. Según se alejaba de la escalera, se fue convirtiendo en una amenazante silueta oscura que parecía olfatear el aire inquieta, como si detectara una presa cerca.

Mis amigos y yo nos manteníamos totalmente quietos, pegados a las paredes, con el cuerpo recubierto de escoria maloliente y conteniendo la respiración para no hacer el más mínimo ruido. Las ratas se apiñaban a nuestro alrededor, rozando nuestras piernas con su áspero pelaje. Cerré los ojos con fuerza y empecé a rezar para mis adentros mientras el muerto avanzaba entre nosotros con paso pausado. Su cara pasaba a escasos centímetros de la mía. El hedor que desprendía era mucho peor que el de todas las cloacas del mundo juntas.

¿Cómo era posible que Rubén oliera así? ¿Es que no se lavaba? No podía verlo, pero por la peste que inundaba mis fosas nasales debía estar justo a mi lado. Me tapé la boca con las dos manos para que no se me escapara la risa. El tío estaba ahí mismo y no era capaz de encontrarme. Me encantaba jugar a las tinieblas, y mucho más que Rubén la ligara. Era muy torpe. Se podía pasar eones dando vueltas por la habitación a oscuras y no encontrar a ni uno solo de los chicos que nos escondíamos en apenas diez metros cuadrados. Noté cómo Álvaro, que se ocultaba a mi lado, me daba un leve codazo en el costado.

—A la de tres lo placamos. —Me musitó al oído entre risas entrecortadas.

Agarré el peluche de la Bruja Avería del que siempre presumía Gonzalo y lo levanté por encima de la cabeza preparado para descargarlo sobre Rubén.

Álvaro alzó el bate de béisbol, el zombi casi se le había puesto a tiro. Un golpe seco y nuestros problemas en las alcantarillas quedarían resueltos.

Notaba su respiración, seguía frente a mí. Solo esperaba la orden de Álvaro para atizar a mi amigo con todas mis fuerzas. Estaba listo.

El monstruo dio otro paso, separándose de mí, y acercándose a mi amigo. Ya casi estaba. Otro paso, solo otro paso y Álvaro no podría fallar.

De pronto, se abrió la puerta y apareció el padre de Gonzalo. Me quedé como un tonto con la bruja de trapo en lo alto.

—¡Vamos! Todos a vuestra casa, que ya es hora. ¿Qué es eso de jugar a oscuras?

Álvaro apartó el bate con rapidez. ¿Por qué hacía eso? Ya lo teníamos. Entonces vi al otro engendro. Había llegado por el mismo sitio, pero en esta ocasión era una mujer vestida con un chándal rosa. ¿Cómo saldríamos de esa? Dos zombis, tres chiquillos, un único palo para defendernos. La situación estaba realmente complicada. Por suerte, tampoco parecía que nos hubiera visto. De hecho, tropezó con el cadáver que había en el suelo y cayó en medio de las ratas. El zombi que teníamos al lado se dio la vuelta como un resorte y se dispuso a reunirse con su colega. Por un momento, llegué a creer que quizás lográramos salir bien parados de esta.

—¡Ay! —chilló repentinamente Gonzalo—. ¡Me ha mordido una asquerosa ra... —interrumpió su queja colocando una mano sobre sus boquiabiertos labios cuando se dio cuenta de lo que implicaba hacerse notar en aquel preciso momento.

En otras circunstancias, la pose de nuestro amigo seguramente nos hubiera parecido de lo más cómica, estúpida incluso, pero no entonces. Antes de poder reaccionar, el zombi de la camisa a cuadros se lanzó sobre Gonzalo y le propinó un tremendo mordisco que le arrancó la nariz de cuajo. Estoy seguro de que su alarido de dolor pudo escucharse hasta en el colegio que estaba muchos metros más atrás.

—¡Corre, corre, corre! —Me gritó Álvaro mientras se adentraba en la negrura que envolvía el corredor.

Lo seguí como alma que lleva el diablo, encendiendo la linterna que inteligentemente habíamos mantenido a salvo. Los resbalones no fueron obstáculo para que avanzáramos velozmente por las galerías.

Derecha.

El trazo de tiza nos indicó que íbamos por buen camino, pero el retumbar de alguien galopando tras nosotros no nos dejó relajarnos ni un segundo.

Izquierda.

La luz oscilaba de un lado a otro, sin dejarnos ver apenas nada. Álvaro se detuvo un segundo para buscar la señal de tiza en la siguiente encrucijada.

—¡Izquierda! —grité adelantándolo por su derecha.

Ahora él iba pisándome los talones a mí. ¡Y un poco más atrás apareció la mujer del chándal corriendo como una verdadera posesa!

—¡Corre Roberto, que nos coge! —imploró propulsándome sutilmente con las manos.

Recto.

La muerta se acercaba peligrosamente, casi podíamos ver su retorcido rostro asomándose en la penumbra a pocos metros tras Álvaro. Aceleramos el paso aprovechando la longitud del pasillo, pero al llegar al final casi me pasé de frenada, derrapando en la mierda. Mi amigo me sujetó y pudimos girar con dificultades.

Izquierda.

El zombi tuvo peor suerte y fue a estrellarse contra el muro. Nunca un crujido de huesos rotos me había alegrado tanto en mi vida. Volamos sin ni siquiera mirar qué había ocurrido.

¡Derecha!

El cilindro de luz diurna estaba allí, esperándonos. Era como si Dios nos indicara el camino enviándonos su fulgor divino a través del hueco de la escalerilla. Álvaro aprovechó mi embotamiento para ponerse delante y empezar a trepar como un mono. Secundé la moción y empecé a escalar detrás.

Para mi sorpresa, la muerta apareció por la esquina con un brazo doblado hacia atrás por el codo. La precipitación hizo que mi pie derecho se escurriera y descendiera varios escalones agarrado a la barandilla. Álvaro salió a la superficie con agilidad. Reanude mi ascenso con el engendro a poco más de diez metros, acercándose veloz. Un nuevo traspie me retuvo más de la cuenta. Cinco metros. Aún no estaba lo suficientemente alto. Dos metros. Me iba a coger. Un metro. El monstruo saltó. Afortunadamente, la muy estúpida intentó agarrarme con el brazo lastimado, impactando en mi pierna izquierda con su codo invertido sin provocarme el menor daño.

Por fin llegué arriba, donde Álvaro me ayudó a apartarme a un lado mientras Chesco, que montaba guardia, colocaba la pesada tapa en su sitio.

—Ha faltado poco, Calabaza —dijo Álvaro intentando recuperar el resuello.

Apoyé las manos en las rodillas y las arcadas me invadieron. Si hubiera tenido algo en el estómago, sin duda lo habría vomitado. En su lugar, solo salió una bilis pegajosa que trajo un sabor amargo a mi boca.

Rompí a llorar. Gonzalo había muerto y nosotros casi le acompañamos en ese viaje. Y todo para nada. No habíamos conseguido comida.

Entonces, vimos el helicóptero que descendía hacia el patio del colegio.

—¿No os lo había dicho? Vienen a rescatarnos. —Chesco sonreía como un bobalicón.

–¡Borra esa estúpida sonrisa de tu cara! –aulló el instructor, derramando varios perdigones de saliva sobre la geta de Rubén–. ¿Es que nunca has visto una ballesta de caza?

Esperábamos al vehículo que nos sacaría del cuartel en el centro del patio, justo en frente de la compuerta que daba al exterior. Aunque no nos habían proporcionado las armas de fuego, sí que nos habían dado el uniforme y formábamos como si de otra misión oficial se tratara. El calor del reluciente sol se hacía notar en forma de sudor y la idea de tener que deambular por el campo en busca de una presa, mientras nosotros a su vez podíamos ser el objetivo de los muertos, ayudaba a que la transpiración fuese más copiosa aún.

Fue entonces cuando escuché el motor y las hélices girando. No fui capaz de identificar de dónde provenía el sonido exactamente, pero apostarí mi mano a que la aeronave que lo emitía volaba al otro lado del edificio principal y había llegado por detrás de la colina. En cualquier otro caso, la habríamos visto acercarse.

Y empezaron las explosiones. En primer lugar, saltó por los aires el portón principal, por donde los muertos encontraron una vía de entrada de inmediato. Tras la segunda detonación, se fueron las luces del recinto, y las vallas electrificadas crepitaron al descargarse. Antes de que cundiera el desorden, el instructor intento organizarnos.

–¡Todos los guardias al patio! Abatid a esos malditos podridos. El personal médico, al bunker ¡Deprisa! –ordenó mientras emprendía una carrera hacia el robusto edificio de granito que hacía las veces de arsenal.

Los empleados empezaron a movilizarse, obedeciendo a pies juntillas a su jefe. Los soldados habían montado una barricada con sorprendente velocidad y se defendían con eficacia del ataque zombi. Los científicos de bata blanca evacuaban el edificio principal dirigiendo fugaces miradas angustiosas a la escaramuza que se estaba produciendo a pocos metros.

–¡Rubén, dame la ballesta y abre la celda de los compañeros! Roberto, acompáñame. Rubén, creo que debemos huir por el edificio principal, esperadnos en la sala de misiones. –Álvaro ya avanzaba tras los pasos del instructor.

Dos nuevos estallidos dañaron parte de la estructura de la construcción central. Un considerable agujero se abrió en el lateral del ala en el que se encontraban las jaulas de contención de los zombis que usábamos para los entrenamientos. Quien fuera que estuviera realizando el ataque conocía perfectamente el complejo. Los asquerosos engendros surgieron de la brecha en tromba, como un séptimo de caballería de cadáveres andantes. Solo que en esta ocasión, en lugar de ir a salvar a los chicos atrincherados del ataque de los indios, lo que hicieron fue saltar sobre ellos desde la retaguardia, provocando estragos.

La primera línea de defensa cayó en cuestión de segundos, pero los muertos no se pararon ahí, y ya estaban atacando a los científicos que corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza.

Nuestro trayecto hacia el arsenal fue rápido, solo interrumpido en un par de ocasiones por las embestidas de algún zombi suelto. La ballesta de Álvaro hizo su trabajo y logramos llegar a la puerta blindada en el momento en que el instructor abría la cerradura de seguridad y se introducía en el zulo. Sonaron más explosiones. Entramos tras él.

Collin estaba registrando unas cajas verdes de armamento en busca de algo. Álvaro, ignorándolo, empezó a coger nuestro equipo básico y me animó a que le ayudara. Rifles, granadas, pistolas, munición.

Un soldado, con el cuello destrozado, nos sorprendió en medio de la tarea. Lo teníamos casi encima cuando el instructor le reventó los sesos con un disparo perfecto.

–Gracias. –Acerté a decir.

–Déjate de mariconadas –dijo sin prestarme atención. Entre sus manos tenía lo que había andado

buscando, un lanzacohetes—. Apartad, tengo un pájaro que derribar.

Le dejamos paso y salió al patio dirigiéndose de inmediato hacia la parte trasera del edificio. Aquella zona estaba plagada de zombis, lo vi defenderse como un león, disparando su pistola, repartiendo potentes patadas, golpeando con el tubo del bazuca, pero siguió avanzado implacable hacia su destino. Estábamos entrando en el edificio principal cuando lo escuché lanzar un ensordecedor bramido. No pude evitar girar la cabeza una última vez. El instructor levantaba el lanzacohetes hacía el cielo apuntando a un objetivo fuera de mi ángulo de visión. La imagen de un zombi arrojándose sobre él y derribándolo fue lo último que contemplé antes de entrar en el pabellón.

Allí nos esperaban nuestros compañeros. En el mismo sitio donde pasamos revista antes de la primera misión.

12. PZ-82

A priori, se trataba de una misión sencilla. Debíamos ir al edificio de oficinas de la Collin Co., en uno de los barrios financieros de la capital, y encontrar unos documentos clasificados en una carpeta con el distintivo “PZ 82”. Según las informaciones del instructor, debían estar en uno de los dos despachos de los directores de investigación y desarrollo, situados en la planta diez, la más alta, y en la seis. Llegamos en helicóptero a la azotea del alto edificio con ventanales de cristal.

Tuvimos... un combate brutal allí... no, fue en otro lugar, había un helicóptero. Alvaro cayó desde lo alto... ¡Dios mío!

El aterrizaje fue un poco más complicado de lo esperado, porque soplaba un fuerte viento lateral. Una vez en el tejado, nos dividiríamos en cuatro grupos, siguiendo las órdenes de Álvaro. Tres de nosotros se quedarían arriba, asegurando la retirada. No queríamos que ningún zombi despistado nos cerrara nuestra ruta de escape. El segundo grupo se dirigiría al despacho de la planta diez, el más cercano. El resto descenderíamos hacia la planta seis.

Daniel, Álvaro y yo, éramos los encargados de ir hasta abajo y buscar el despacho. Chesco, Alfredo y Óscar nos acompañarían hasta la planta ocho y se encargarían de mantener limpias las escaleras.

–Joder, Álvaro. Cambia de idea. No quiero ir con Alfredo. No nos entendemos. –Se quejó Chesco justo cuando nos posábamos en el tejado con un brusco movimiento–. Deja a Daniel en su grupo y yo voy contigo.

–Por última vez te digo que no. No quiero ni una queja más –respondió tajante nuestro líder–. Centrad vuestra atención en la misión.

En cuanto tomamos tierra, cada equipo se dirigió rápidamente a su posición. Llegamos sin muchos contratiempos hasta la planta seis. Encontrar el despacho del directivo fue algo más complicado. Álvaro nos indicó a Daniel y a mí que buscáramos por el pasillo del ala este, y él se marchó por el lado contrario. Fue entonces cuando tuvimos el altercado con los zombis que casi le cuesta la vida a Dani. No reaccioné. Si no llega a volver Álvaro no sé qué hubiera ocurrido. Afortunadamente, apareció justo a tiempo y Daniel pudo contarle.

Eliminando seis o siete muertos por el camino, todos vestidos con traje, camisa y corbata a juego, por fin encontramos nuestro destino. Un letrero pegado sobre el cristal de la puerta indicaba que se trataba de la dirección de investigación y desarrollo. Una vez dentro, Álvaro cubrió la puerta mientras nosotros buscábamos entre las decenas de archivadores. Nos sorprendió el estrépito cuando abrió fuego contra una mujer que volaba hacia el despacho enseñando los dientes ennegrecidos y agitando los brazos descoordinadamente. Cayó patas arriba, dejándonos ver los jirones de la corta minifalda que vestía. Llegué a la conclusión de que se trataba de la antigua secretaria del director, que venía a defender las dependencias de su jefe como si siguiera recordando sus responsabilidades en vida.

Teníamos que darnos prisa. Los disparos atraerían al resto de podridos que hubiera en la planta. Daniel me golpeó en la espalda, asustándome de nuevo. Sonreía señalando una carpeta que sostenía en la mano: “PZ 82”. Perfecto.

–Álvaro. Ya lo tenemos. Podemos marcharnos –dije.

–Debemos irnos ya. –El soldado se dirigía a Álvaro. Los militares se habían dado cuenta de que ese niño alto y espigado estaba al mando desde el mismo momento en el que aterrizaron en el colegio.

–Espere, por favor. Voy a hablar con ellos. Será duro separarnos de las chicas después de tanto tiempo juntos. –Se dirigió al gimnasio, dejando atrás los dos helicópteros que se habían posado en el patio.

–¡Chico, no te olvides del maletín! –Le recordó el hombre mientras se alejaba.

Me quedé solo junto al soldado. Bueno, también estaba Daniel, parado frente al autobús unos metros más allá, mirando fijamente a través de los cristales como siempre hacía. No llovía desde varios días atrás, y parecía que los monstruos habían salido del sopor en el que los sumía el mal tiempo. Todo el exterior del muro del patio estaba repleto de apestosos podridos, esperando pacientemente a que alguno de nosotros cometiera el error de acercarse demasiado a la valla. No habíamos podido salir a por provisiones desde entonces, y ya escaseaban.

El padre de Daniel y sus dos compañeros también habían espabilado dentro del autobús. Incansables, seguían intentando abrir la puerta atascada desde hacía tantos días. Me daba miedo que en alguno de los empujones se abriera y los tres seres cayeran sobre mi inmóvil amigo. Pero Daniel no se apartaba de allí. Miraba fijamente el rostro sin mandíbula de su padre, como si estuviera sumido en un trance hipnótico.

–¿Qué coño le pasa a ese? –dijo uno de los militares que, según la chapa de su uniforme, se llamaba Agustín.

–Su padre es uno de los zombis que hay dentro –expliqué.

–¡No me jodas! –Comenzó a andar hacia Daniel–. ¡Eh, chaval! Te voy a hacer un favor. Aparta de ahí.

Daniel lo miró sin decir nada mientras el soldado se acercaba al autobús y disparaba sobre los tres cadáveres. El trío Calatrava pasó a la historia. El resto de muertos se removieron inquietos como respuesta al estruendo del rifle y los cristales rotos.

–Ya está chaval. Tu padre descansa –dijo Agustín dándose la vuelta hacia donde yo estaba.

Nuestro amigo no contestó, ni se movió. Parecía una estatua con la mirada perdida en el interior de ese autobús. Estuvo así muchos minutos, mientras el resto de compañeros iban dirigiéndose hacia las aeronaves como en una lúgubre procesión: las chicas por un lado y los chicos por otro. Me extrañó observar que Sergio y Chesco se agarraban de la mano mientras ascendían por la escalerilla. Finalmente, Álvaro se dirigió a Daniel. Ya no quedaba nadie más en el patio.

Entonces el chico empezó a chillar como un poseso. Sus gritos eran agudos y profundos, como si descargara una frustración acumulada durante siglos. Corrió hasta donde estaba el soldado y empezó a golpearlo con los puños cerrados. Agustín se protegió con un brazo y lo sujetó con el otro. Daniel continuó gritando. Gritó y gritó hasta que su garganta no pudo más.

–Este muchacho está tarado –comentó el militar.

Daniel nunca más habló. Siempre había hablado poco. Era niño de pocas palabras.

–¿Estás tonto o qué? Daniel no puede vigilar –explicó Rubén–. Es capaz de quedarse mudo, como acostumbra, y los profes nos pillarán.

–Bueno, pues vigila tú –propuso Álvaro.

–No, no. Está bien, vigila él.

Estábamos escondidos en el salón de actos. Habíamos bajado todas las persianas y encendido un par de velas que Óscar había traído de su casa. La atmosfera resultante era misteriosa, justo lo que pretendíamos. Era la hora del recreo, pero ese día teníamos algo más interesante que hacer en lugar de salir al patio.

Álvaro había propuesto jugar a la ouija el día anterior y, por supuesto, a todos nos pareció una idea apasionante. Así que, esa misma tarde me encargué de construir un rudimentario tablero con una cartulina

y un rotulador negro. En él escribí todas las letras del abecedario y los números del cero al nueve. También las palabras “SÍ” y “NO” en la parte inferior. Colocamos en el centro del tablero el vaso de cristal que habíamos cogido de la sala de profesores y los cuatro apoyamos nuestro dedo índice sobre el culo del recipiente. Daniel se quedó junto a la puerta. Si venía alguien, nos avisaría.

–¿Con quién queréis hablar? –preguntó Álvaro paseando la mirada por todos y cada uno de los participantes.

–¡Con Cristina! –dijo Rubén–. Podíamos preguntarla por quién está.

–Que no se puede hacer eso –protestó Álvaro–. ¿Cuántas veces te tengo que explicar que esto sirve para hablar con los muertos?

Pero los muertos no hablan... Todos lo sabemos. Son silenciosos... Acechantes... Mudos... Como Daniel...

–Daniel, dame la carpeta –Álvaro prácticamente se la quitó de las manos–. Vámonos.

Salimos del despacho inmediatamente y fuimos directos a las escaleras. La vuelta a la azotea fue más sencilla si cabe que la ida. Chesco, Óscar y Alfredo habían hecho un gran trabajo despejando la zona. Aunque, según contaron después, Alfredo había salvado al equipo de ser sorprendido por un grupo de podridos que había entrado por la salida de incendios. El gigantón había sido el más rápido en reaccionar, logrando derribar al primero de los muertos justo cuando su boca estaba a escasos centímetros del cuello de Chesco. Este le demostró su agradecimiento con un vigoroso apretón de manos.

–Te debo una... amigo.

Los otros dos equipos estaban esperando en el tejado cuando llegamos arriba. No habían visto ni rastro de engendros en esta zona. En un abrir y cerrar de ojos, todos subimos a bordo del helicóptero. Misión cumplida. Las hélices comenzaron a rotar emitiendo un ruido ensordecedor y nos elevamos rumbo a la... casa.

Al lado, el aparato en el que iban las chicas también se elevó hacia el cielo. Juntos, como dos pájaros metálicos gigantes, sobrevolamos Madrid en dirección norte. Nosotros descendimos cerca de Alcobendas, allí nos esperaba un camión de transporte de tropas. Pero las chicas siguieron su camino y nunca las volvimos a ver... o sí... las encontramos... Estaba todo infestado de muertos... Ellas estaban encerradas... en el Centro de Aseguramiento de Humanidad. Cristina nos recibió... estaba viva.

–¿O sea que como Cristina está viva no puedo hablar con ella? –Rubén se rascaba desconcertado el cuero cabelludo.

–No puedes a través de la ouija, estúpido. Pero podemos convocar a Verónica, una chica que murió jugando a esto. ¿Sabes?, si a las doce de la noche dices tres veces “Vero te desafío” en el salón de tu casa, Verónica aparece vestida con un camisón y te mata con su afilado cuchillo.

Por supuesto, no creí una palabra de lo que nos contó Álvaro, pero durante las siguientes semanas, cada vez que pasaba por el salón de mi casa en la medianoche, no podía evitar pensar en Vero. Incluso pronunciaba tres veces la frase maldita en mi mente y salía raudo de la habitación hacia el pasillo por lo que pudiera pasar. Era como un trastorno obsesivo compulsivo.

–Venga vale, con Vero –aceptó Oscar. Parecía el más emocionado de todos con aquel asunto.

–Bien, recordad, hay que guardar silencio y concentrarse en el vaso, pero sin empujarlo.

Todos obedecimos y evitamos emitir cualquier ruido. Solo nos llegaba el eco sordo de los demás niños jugando en la calle. Álvaro se puso serio, a la luz de las velas su rostro parecía mucho más alargado de lo que recordaba. Empezó a hablar pausadamente.

–Verónica, ¿podrías manifestarte a través de este tablero?

Silencio. El vaso no se movió. Rubén emitió una risilla nerviosa. Oscar le dio una palmada en la pierna para que se callara.

–Verónica, ¿estás ahí?

Sorprendentemente, el vaso se movió hasta la palabra “SÍ”. Di un respingo y retiré el dedo del juego. Álvaro me sujetó el brazo y lo volvió a aproximar.

–¿Alguno de vosotros lo ha movido? –preguntó Óscar–. ¿Lo habéis empujado?

Todos negamos con la cabeza.

–Perfecto –dijo Álvaro complacido–. Es hora de empezar. ¿Quién se anima con la primera pregunta?

–¿Por quién está Cristina? –Se adelantó Rubén.

Esta vez se nos escapó una carcajada a todos. Pero el vaso empezó a moverse rápidamente de letra en letra.

O. S. C. A. R.

–¡Toma! –dijo nuestro moreno amigo–. Lo sabía, soy un triunfador con las chicas.

–Ya quisieras –comentó Álvaro–. Yo me las llevo de calle.

–¡Mirad! –interrumpió Daniel desde la puerta.

El vaso seguía recorriendo el tablero ajeno a nuestros comentarios.

M. O. R. I. R. E. I. S. T. O. D. O. S.

–¿Qué? No te hemos preguntado nada –Álvaro estaba desconcertado. La ouija se quedó parada–. ¿Sigues ahí?

SÍ.

El miedo empezó a cargar la sala. Mis amigos guardaban silencio, pero un silencio tenso, angustioso. Totalmente diferente a la curiosidad que sentíamos al inicio de la sesión.

–¿Eres Verónica?

NO.

–¿Quién eres?

M. O. R. I. R. E. I. S. T. O. D. O. S.

Quería quitar el dedo del vaso, pero algo en mi interior lo impedía. Mi mano estaba sujeta por una fuerza invisible que bien podría tratarse únicamente de mi malsana curiosidad que no quería que aquello parara. El caso es que todos aguantamos allí y el vaso siguió moviéndose como un loco, cada vez más rápido.

M. O. R. I. R. E. I. S. T. O. D. O. S. L. A. H. U. M. A. N. I. D. A. D. P. E. R. E. C. E. R. A. D. E. N. T. R. O. D. E. P. O. C. O. P. R. I. M. E. R. O. M. O. R. I. R. A. O. S. C. A. R. D. E. S. P. U. E. S. R...

Álvaro le pegó un puntapié al vaso que se estrelló contra la pared y estalló hecho añicos. Salimos de allí apresuradamente, jurando y perjurando que nunca jamás volveríamos a jugar con nada parecido. Pero éramos niños, en cuanto salimos a la luz del sol, la angustia desapareció y las batallitas sobre el vaso moviéndose solo y reventando contra la pared nos parecieron de lo más divertido que nos había pasado nunca.

Aún dudo si de verdad se trató de una presencia sobrenatural, si todos sufrimos una sugestión colectiva, o si simplemente se trató de una broma macabra y de mal gusto de alguno de mis compañeros, Álvaro, probablemente.

No obstante, yo no pude olvidar lo último que nos contó aquel tablero: Después R... ¿A quién se

refería esa R? ¿Sería yo? ¿Sería Rubén...?

–¡Roberto, por lo que más quieras! Te estoy diciendo que no me han mordido –Rubén dio otro paso hacia mí. Seguía tapando la herida con la mano para que no la viera–. Cogemos los medicamentos y nos vamos.

–¡Estate quieto! –grité–. No te acerques más o me veré obligado a disparar.

–Joder tío. ¿No lo has visto? La he dado un hachazo limpio en el cráneo, pero al tirar del hacha se me ha escurrido y me he cortado un poco en el brazo –insistía mi compañero.

No estaba seguro de lo que había pasado. Todo estaba muy oscuro, y con mi linterna apenas pude distinguir el forcejeo entre Rubén y la enfermera zombi antes de que esta cayera al suelo. Pero mi instinto me decía que la criatura le había logrado morder.

–¡Enséñame la herida! ¡Y no te acerques, joder!

–Está bien –Rubén se paró y empezó a levantar la mano poco... a poco... no se paró... siguió avanzado... poco a poco.

¿Por qué? ¿Por qué me... obligaste? Es insoportable. El dolor es... era... insoportable. Otra vez no. ¡Otra vez no!

13. AMOR DE PADRE

–Aquí la Doctora Alonso. Salta a otro recuerdo. No pierdas la conciencia. Cada desfallecimiento te hace entrar en una especie de coma que a veces dura varios meses. Debes aguantar. Recuerda cuando eras niño, eso te resultará más fácil. Estabais en el patio, jugando al equipo A. Sergio pilotaba el avión.

No, Sergio conducía el camión. Íbamos sin rumbo fijo hasta que de pronto crepitó la radio del vehículo.

–Misión cumplida señor. El cuartel de la UAZ ha sido destruido. –La voz sonaba ligeramente conocida.

–Perfecto. Volved a Barcelona. Hemos conseguido un buque mercante que tenemos fondeado a unos metros del puerto. Buscad un sitio cercano donde dejar el helicóptero.

En este otro caso no había duda: era Animal Pilier.

–¡Hijo de puta! –comentó Álvaro–. Sergio, pon rumbo a Barcelona.

–Ese cabrón merece un escarmiento. Por su culpa ha muerto mi... –La ira podía saborearse en sus palabras–. M.A. Barracus.

–Ven aquí, rubia mía –Chesco se acercó y pellizco a Sergio en el trasero. Este se giró y, con una sonrisa, le plantó un beso en los labios.

–Joder tíos, en la ducha no, que estamos todos en pelotas –Jorge parecía verdaderamente asqueado–. Además, ¿cómo podéis estar tan contentos después de lo que acaba de pasar?

Estábamos aseándonos tras la misión de entrenamiento. La muerte de nuestro compañero Manolo aún estaba muy presente para algunos de nosotros. Rodrigo se había apartado del grupo. Se secaba con una toalla, sumido en sus pensamientos. Yo sollozaba, conteniendo las lágrimas. Y Jorge mostraba un alto grado de excitación.

–No te pongas así –dijo Sergio mientras salía de debajo del agua–. Lo importante es que hemos superado el entrenamiento y ya no tendremos que aguantar al capullo del instructor.

–¿Es que a ninguno le importa que él haya muerto? –dijo pasando la mirada de uno a otro mientras abría los brazos desesperado–. ¿Y qué me decís de los pequeños monstruos? ¿Nadie se ha fijado en que no tenían más de 4 años? Y todos vestían uniforme escolar. ¿En qué puñetera escuela estudian? –Jorge iba subiéndola voz–. ¿O es que estos cabrones los tienen retenidos desde antes de que se extendiera la epidemia? ¡¿Qué coño está pasando aquí?!

Álvaro se aproximó y le apoyó la mano en el hombro.

–Calla Jorge. Nosotros estamos aquí para obedecer y no para hacer preguntas. Recuerda que ellos nos salvaron.

–Y el instructor podría escucharte –añadió Mariscal.

–¡El instructor me toca los cojones! ¿Es que no habéis visto el distintivo del uniforme de los niños? “Sabri”: Santa Brígida. Era donde yo estudiaba antes de que me sacara mi padre para llevarme a nuestro colegio. ¡Quiero saber qué pasa!

–Todo a su tiempo. Lo investigaremos. Te lo prometo –Álvaro parecía muy seguro, pero nunca cumplimos la promesa.

–Vaya, vaya. ¿Qué se celebra aquí con tanta chiquilla desnuda? –Pilier entró en el vestuario, sonriendo sarcásticamente.

–Gilipollas –Chesco se adelantó cortándole el paso–. ¿Quieres problemas?

–Atrás –interrumpió Álvaro y, dirigiéndose a Animal, continuó–. ¿Qué haces en nuestros barracones? Ya sabes que está totalmente prohibido que nos mezclemos.

–Collin me envía a por vosotros. Al parecer tenéis que pasar revista después de vuestra exitosa... misión. Es increíble que me use de chico de los recados con unos palurdos tan inútiles.

Algunos de mis compañeros amagaron con abalanzarse sobre Pilier, que seguía luciendo su estúpida sonrisa. Pero Álvaro los contuvo con un gesto.

–Está bien. Dile al instructor que vamos en quince minutos. Ahora, márchate.

Pilier se dio la vuelta con aire chulesco y se largó, no sin antes dedicarnos un corte de manga. Cuando salió por la puerta, Álvaro se giró hacia nosotros antes de que pudiéramos hacer ningún comentario.

–Ya habéis oído las órdenes. Vestíos y vamos a la sala de operaciones.

–Joder, Álvaro, no sé cómo lo aguantas. Deberíamos pegarle un tiro a ese idiota. –Se quejó Sergio acercándose a nuestro líder.

A nuestro rubio amigo nunca le había gustado el bruto de Animal. La verdad es que este había despreciado su relación con Chesco desde el principio y siempre les dedicaba apelativos de muy poco gusto. Esto lo sacaba de sus casillas.

–Voy a dejar seco a este capullo –Sergio llevaba unos minutos recorriendo inquieto la cubierta del buque. Se detuvo para apuntar con su arma a Pilier–. Es el causante de la muerte de Chesco.

Nos había costado mucho llegar hasta el barco. La ciudad de Barcelona estaba repleta de zombis y tuvimos que dejar el camión bastante alejado del puerto. Abrirnos camino había supuesto gastar casi la mitad de las municiones que teníamos, para finalmente tener que emprender una frenética huida hacia el embarcadero. Pero lo habíamos conseguido..., excepto... Rodrigo, y ahora nos encontrábamos frente al General Pilier y sus hombres: la segunda promoción de la UAZ.

–Baja el arma, Sergio. Estamos aquí para que Animal nos dé una explicación de por qué atacó el Centro de Entrenamiento. No queremos problemas.

–¡Álvaro, La Unidad Anti Zombis es historia! Ya no tienes ninguna autoridad sobre nosotros.

Pilier soltó una carcajada que casi le hace caer de la silla en la que estaba sentado. Tras él, cuatro de sus secuaces le guardaban las espaldas con los rifles automáticos preparados. Me fijé que en lo alto del combés había otros dos hombres, y detrás de nosotros, en la popa, un par más. Todos armados. Nos superaban en dos.

–Vaya, vaya. –Cuanto le gustaba esa coletilla a Pilier–. Parece que los cachorros han crecido y ya no obedecen al macho alfa. –Se puso de pie y miró hacia el muelle. Allí cientos de zombis se agolpaban con la esperanza de que en algún momento volviéramos a tierra–. Pero a la rubia no le falta razón. No entiendo como seguís llevando esos uniformes. La UAZ es una farsa, siempre lo ha sido.

–Ellos nos salvaron y nos entrenaron. Los debemos agradecimiento –indicó Álvaro.

–¿¡Salvarnos?! –El general se volvió con una mueca de incredulidad en el rostro–. Collin Co. nos condenó. Y no solo a nosotros, a toda la humanidad. ¿Acaso no leíste los datos del “Project Zombi 82”? Ah, no. Claro que no. El buen soldado seguía órdenes. ¡Todo esto es un puto experimento! –gritó mientras señalaba hacía los muertos vivientes del puerto.

–Esa es tu interpretación, Animal. Sabes que realmente hubo un accidente. Si has leído todo, sabrás que el padre de Jorge sacó la cepa del laboratorio para tratar a su mujer –Jorge miró sorprendido a Álvaro.

–¿Así que en realidad sí leíste los documentos? –rió Pilier–. Entonces sabrás que no os rescataron del colegio por casualidad. Iban buscando el maletín. Lo sabes, igual que sabes lo de la vacuna. Por eso estáis aquí, ¿verdad?

Jorge se acercó a Álvaro y se empujó para mirar por encima de su hombro. En la pantalla del videojuego, pudo ver cómo un caballero saltaba por encima de una lápida para, a continuación, lanzar una espada contra un zombi que salía del suelo justo delante de sus narices. Era la última máquina que habían instalado en la sala de recreativos a la que nos escapábamos algunas veces después de clase. Ese día habíamos salido un poco antes por una indisposición de Don Juan, y Óscar propuso que nos acercáramos a jugar unas partidas. Y allí estábamos los cuatro, delante del *Ghost & Goblins*, alucinando con los gráficos de esa maravilla japonesa. Álvaro manejaba a Sir Arthur con una maestría fuera de lo común, matando zombis a una velocidad endiablada mientras intentaba salir del cementerio hacia el bosque donde lo esperaban las brujas.

–¡No veo nada! –Jorge, en su afán por observar la pantalla, se apoyó en el hombro de Álvaro. Este realizó un movimiento involuntario que precipitó al héroe del videojuego contra uno de los muertos vivientes, convirtiéndose en huesos en un abrir y cerrar de ojos. La pantalla de cristal mostró el temido mensaje de *Game Over*.

–¡Me cago en la leche! –Álvaro se volvió enfadado hacia Jorge–. Tío, me has fastidiado la partida. Ya puedes darme cinco duros para que conti... ¡Ahí va! ¿Qué te ha pasado en la cara?

Jorge había aparecido esa mañana en el colegio con el ojo amoratado. Por lo que se veía, Álvaro no se había fijado hasta ese mismo momento.

–Nada. Me caí ayer jugando al fútbol y me golpeé con una barandilla. –Se explicó apresuradamente Jorge.

–¿No te habrá pegado tu padre? –dijo Óscar, entrometiéndose en la conversación. No era la primera vez que Jorge llegaba a clase con algún moratón que no tenía el día anterior. Todos sospechábamos que algo andaba mal en casa, pero normalmente no nos atrevíamos a preguntarle tan directamente.

–¡Vete a la mierda listillo! –respondió Jorge encolerizado–. ¡Mi padre es el mejor del mundo! ¡Sabe de todo! ¡Hasta ha curado a mi madre! ¿Qué hace el tuyo? ¿Eh? ¡Seguro que lamerle el culo a su jefe! –Terminó la frase propinando un empujón a Óscar que lo desplazó varios metros hacia atrás.

Álvaro y yo nos miramos con sorpresa. Ambos sabíamos que la madre de Jorge tenía una enfermedad muy grave. Los médicos le habían asegurado a su padre que no le quedaban más que unos meses de vida. Recuerdo cómo me indigné el día que Jorge nos lo contó, no solo por la enfermedad de su madre, también por el hecho de que su padre hiciera partícipe a su hijo del sufrimiento que los esperaba en los meses siguientes.

–¡Eh, idiotas!, ¿Este capullo es amigo vuestro?–. Un adolescente de unos quince años sujetaba a Óscar pasándole el brazo por el cuello. Otro, con la cara llena de granos, estaba a su lado con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Al parecer, el empujón de Jorge lo había lanzado contra los dos jóvenes, fastidiando también su partida. Álvaro se adelantó un paso y con aire desafiante se dirigió al que sujetaba a nuestro compañero.

–Sí. Es amigo nuestro. ¿Hay algún problema?

–Pues sí que lo hay. Nos ha hecho perder dos monedas en esta máquina. Así que ya podéis darnos veinte duros por las molestias si no queréis que os partamos la cara –dijo el de los granos.

–Por supuesto. Es lo justo. –Y mirando a Jorge, Álvaro continuó—. Ha sido culpa tuya. Dales cien pesetas.

–Pero es que no tengo más que...

–¡Dáselas!

–Ya se las doy yo –interrumpí. Saqué la moneda del bolsillo y se la entregué a Álvaro.

Este se aproximó al chico que agarraba a Óscar. El resto de chavales que había en los juegos recreativos miraban la escena sin querer entrometerse. Los dos adolescentes tenían fama de ser conflictivos. Cuando estaba al lado del joven, Álvaro señaló a Óscar.

–Suéltalo. No quiero darte los veinte duros y que después le pegues un capón.

–Está bien. –En cuanto el muchacho soltó a Óscar, Álvaro le propinó un puntapié en las pelotas, lo agarró de las solapas de la cazadora y lo empujó contra el del acné antes de que este pudiera reaccionar. Ambos cayeron al suelo. El primero de ellos aullando de dolor.

–¡Corred! –gritó nuestro amigo dirigiéndose hacia la puerta.

Todos lo seguimos y corrimos por el parque en dirección a nuestro colegio. Casi inmediatamente, Óscar tomó la delantera. Siempre se le había dado bien correr. Era muy rápido y resistente. Solamente yo había logrado hacerle sombra alguna vez en el Test de Cooper que hacíamos en clase de educación física. Ese día corría como si la vida le fuera en ello... como si jugáramos al rescate en el patio... ¡Contagiado! ¡Óscar, estás contagiado! Estás...

–¡Óscar está contagiado! ¡Repito! ¡Óscar está contagiado! –La voz de Rodrigo chisporroteó en el walkie de Álvaro—. ¡Es uno de ellos y va hacia vuestra posición!

Nos hallábamos en la plaza del pueblo de Jorge, Santa Olalla. Acabábamos de salir de la casa de su familia, situada en el centro del municipio. Era nuestra segunda misión y nos habían enviado en busca de toda la información que encontraríamos sobre los experimentos que su padre había estado haciendo con los compuestos químicos que había robado de Collin Co.

–Padre, ¿cómo has podido hacer esto con mi madre? –dijo Jorge con resentimiento señalando con un gesto de la cabeza hacia la jaula que había en la esquina. En ella se podía ver el cadáver de una mujer que intentaba salir desesperadamente de su prisión.

El hombre se quedó sin palabras. Había sido una sorpresa para todos encontrarnos en el sótano de la rústica vivienda de piedra. La estancia estaba tan repleta de alambiques y probetas que parecía más el laboratorio del doctor Frankenstein que la bodega de una casa rural.

–¿Tenías que probar esas mierdas con ella? –continuó nuestro amigo mientras apuntaba con su escopeta a la que otrora fuera su madre—. ¿Tenías que convertirla en este monstruo? –Apretó el gatillo.

–¡Hijo, noooooo...! –El hombre saltó delante del doble cañón del arma. Su grito fue interrumpido por la estridente detonación. Ambos proyectiles lo impactaron en el pecho, lanzándolo contra los barrotes de la jaula.

De inmediato, el inmundo ser que había en el interior de la celda atrapó el cuerpo del desdichado y comenzó a darle bocados en el brazo.

–¡Mierda! –Saqué mi pistola y volé la cabeza del zombi de un tiro certero.

Jorge se apresuró a ayudar a su padre, pero ambos sabíamos que ya era demasiado tarde. Mi compañero dejó la escopeta a un lado y se arrodilló junto al moribundo. La sangre salía a borbotones de su pecho. Aun así, parecía que el hombre intentaba decir algo.

–¿Por qué lo has hecho? –susurró—. Ya casi lo había...

Un nuevo disparo atronó en la estancia y una bala se introdujo en la frente del agonizante. Jorge y yo nos giramos sobresaltados y descubrimos a Álvaro a nuestro lado. Debía de haber bajado las escaleras advertido por el estampido de la escopeta.

—¿Qué coño ha pasado aquí? ¡Joder, os dije que si había algún problema me avisaseis! —Álvaro estaba realmente enfadado—. Y encima os encuentro socorriendo a un infectado. ¡Arriesgando vuestras vidas!

—Era mi padre —dijo Jorge solemnemente.

—Lo siento. —Se disculpó—. Pero tenía un mordisco en el brazo y un agujero en el pecho. Estaba a punto de morir y sabéis que se levantan inmediatamente. No debemos dejarnos llevar por los sentimentalismos. Además, ya sabías que tu padre era un cabrón. El causante de todo esto. ¡Venga! Recoged todo lo que encontréis: muestras, documentos, compuestos, y metedlo en la mochila de Roberto.

La profunda barba ocultaba el rostro desencajado de Jorge. Incluso pude observar cómo tragaba saliva en varias ocasiones, conteniendo las lágrimas. Pero obedeció las órdenes sin mediar palabra.

Y ahora estábamos en la plaza del pueblo, viendo cómo por la calle mayor un grupo de ocho muertos vivientes corrían en nuestra dirección. Al frente de ellos venía Óscar, transformado en uno de ellos. Las heridas que mostraba eran tremendas, incluso le faltaba el brazo derecho a la altura del hombro. Jesús y Rubén huían atropelladamente del grupo, intentando llegar hasta la empedrada plazuela en la que nos encontrábamos.

Cuando llegaban a la desembocadura de la travesía, Rubén tropezó y cayó todo lo largo que era. Óscar se lanzó sobre el pequeño soldado antes de que Jesús pudiera darse la vuelta con la katana en la mano.

—¡Joder, que me muerde! —chilló Rubén desde el suelo.

El monstruo en el que se había convertido Óscar quedó inmóvil cuando un tiro lo alcanzó en la cabeza. Rodrigo, que se había quedado apostado en el campanario de la iglesia, había hecho buen uso de su rifle de francotirador. Jesús ayudó a levantarse a Rubén mientras destrozaba de un mandoble al siguiente zombi que llegó hasta ellos. Pero no iban a tener tiempo de salir de allí antes de que el resto los alcanzara.

—¡A un lado! —gritó Álvaro a la vez que nos hacía el gesto de ataque a Jorge y a mí.

Jesús y Rubén se apartaron justo cuando nosotros abríamos fuego. Los podridos cayeron abatidos de inmediato, y los cinco nos reunimos en el centro de la plaza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Álvaro.

—Mariscal abandonó su posición y rompieron el perímetro. Cogieron a Óscar por la espalda y nosotros estuvimos a punto de ser rodearnos. No nos quedó más remedio que replegarnos —explicó Jesús apresuradamente.

—Maldito cobarde —renegó nuestro líder. Y luego por el transmisor—. Rodrigo, ¿dónde se ha metido ese traidor?

—Lo perdí entre las calles —zumbó la voz por el auricular—, pero ahora tenemos otros problemas. Los disparos han atraído a más caminantes. El resto de equipos no podrán aguantar.

—Entendido. ¡Equipos cuatro y cinco, replegaos! ¡Volved a la plaza central! —ordenó Álvaro a través del walkie—. ¡Nos vamos al helicóptero!

—Me temo que no, señor —comentó Rodrigo—. Mirad hacia el este.

El ruido del motor del aparato nos anunció lo que íbamos a ver en unos segundos. La gran figura metálica no se hizo esperar y se elevó por encima de los apelmazados tejados, alejándose de la villa.

—¡Será cabrón! Rodrigo, búscanos otro medio de transporte, hay que salir del pueblo. Ya nos encargaremos después del bastardo de Mariscal.

Mariscal se escondió detrás del resto de los chicos, pegado a la pared del gimnasio. Siempre había sido un muchacho asustadizo. Recuerdo el día que le gastamos una broma encerrándolo en el baño con las luces apagadas. No fue capaz ni de encontrar el interruptor. Simplemente se acurrucó en una esquina y se orinó en los pantalones. Sorprendentemente, desde el día de la... excursión parecía muy sereno, como si el hecho de que los muertos se hubieran levantado de su tumba no le hubiera afectado lo más mínimo.

—Venga, ¿quién se ánima a acompañarme? —Álvaro pedía voluntarios para la primera misión al centro comercial. Nos habíamos quedado casi sin víveres.

Mariscal se apretó más contra la pared, como si así lograra mimetizarse con las espalderas de madera que la recorrían hasta el techo. Solo se había ofrecido Óscar, pero Álvaro quería un tercer miembro para el grupo.

—¿Dónde está Mariscal? Es un buen corredor, como Óscar —dijo Alfredo.

—¡Ahí está! —señaló Rubén—. No podría esconder esa cabeza por mucho que lo intentara.

La cara de Mariscal se tornó roja de vergüenza. Era un chico bastante alto, pero su enorme cabeza siempre había sido objetivo de las chanzas de sus compañeros. Normalmente le llamaban Cabezabuque y cuando querían burlarse de él le cantaban:

—Mariscal cabezón quiere ir a la legión, y su madre no le deja por exceso de cabeza.

Me compadecía de él, porque yo también tenía una testa bastante grande y sabía lo que era sufrir esas bromas. Pero ese día no me sentó nada bien cuando dijo:

—¿Y por qué no va Roberto? El aguanta más que yo y es más rápido.

—Roberto se encargará de dirigir la segunda misión y se quedará al mando aquí mientras yo no esté —afirmó Álvaro—. O sea, que eres el mejor colocado. De todas formas, si te da miedo venir, lo entiendo, buscaremos otro voluntario.

Todos nos quedamos esperando su respuesta, chicos y chicas. Creo que fueron las miradas de estas últimas las que lo empujaron a aceptar ir. Y la verdad es que hizo muy bien su papel y la misión fue todo un éxito. Cuando volvieron, Álvaro me llevó aparte, como solía hacer.

—Hay algo que no funciona bien en Mariscal. Hemos visto algunos podridos por el camino. Aparentemente, no ha mostrado ningún síntoma de miedo y ha actuado según lo previsto. Me ha sorprendido que incluso se mostrara menos asustado que Óscar. Pero cuando estábamos saltando la valla de vuelta al colegio, me he dado cuenta de que se había meado en los pantalones.

Pero eso era normal. ¿No? Yo mismo mojé mi camastro en varias ocasiones en la... casa. Sobre todo las primeras noches. Era... horrible. Las noches eran oscuras, siniestras. Y al día siguiente solo nos esperaba más y más entrenamiento. ¿Para qué? El mundo estaba... muerto.

14. EL CASTILLO

–Tranquilo. No todo está perdido. Solo tienes que seguir hablándonos. Lo estás haciendo muy bien. ¿Lograsteis llevar la documentación de los experimentos del Doctor Durán, del padre de Jorge, a un lugar seguro?

Sí. Desde su posición elevada, Rodrigo logró guiarnos hasta un tractor entre una maraña de muertos vivientes. Sergio se puso al volante y los demás subimos en el remolque. Gastamos casi toda la munición tratando de impedir que los podridos subieran hasta donde nos encontrábamos. Era desesperante ver cómo esos seres no cejaban en su empeño por alcanzarnos, ignorando cómo sus compañeros caían derribados a su alrededor. Recogimos a Rodrigo que saltó al vehículo desde una ventana de la iglesia. Por fin, pudimos salir a la carretera dirección Madrid.

Pero la falta de gasolina y la escasa velocidad del carruaje nos hicieron cambiar de destino. Ahora nos encontrábamos en el castillo de Maqueda, el pueblo de al lado. Sabíamos que allí había supervivientes porque los habíamos visto desde el aire al inicio de la misión. Pero fue una grata sorpresa para Álvaro y para mí encontrar a Jose entre el medio centenar de personas que vivían en el interior de aquella gruesa muralla.

Después de los saludos y abrazos, nos explicó que llevaba allí varios años, desde poco después de que la epidemia se extendiera por las zonas rurales. Su tío había logrado conducir su viejo coche desde nuestro pueblo, que se encontraba a unos veinte kilómetros de distancia. Pero los monstruos lo habían atrapado cuando corrían hacia el puente levadizo, y solo Jose había entrado en el castillo sano y salvo.

–¿Y qué pasa con vosotros? ¿Dónde os refugiáis? ¿Qué son esos uniformes? –preguntó Jose mientras nos ofrecía otro trozo de conejo. Ya había anochecido y el patio del castillo parecía más bien un campamento de verano, con decenas de hogueras desperdigadas en su interior.

–Lo siento Jose, pero es alto secreto. –Se me adelantó Álvaro–. Lo único que te puedo decir es que pertenecemos a la Unidad Anti Zombi y que trabajamos por el bien de los supervivientes como vosotros.

–No había oído hablar de nada parecido. –Sonrió–. Bueno, realmente hace bastante tiempo que no escuchamos ninguna noticia que no sea el recuento de los animales que hemos podido cazar la noche anterior o los cotilleos de esta prisión de piedra. ¿Nos ayudaréis a salir de aquí? ¿Nos llevaréis a un refugio más grande?

–Lo siento. –Se disculpó Álvaro–. No hay ningún lugar seguro donde se estén reuniendo los supervivientes. Además, sería contraproducente. Los podridos van donde hay aglomeraciones de vivos. Aquí estáis a salvo –señaló con los brazos los muros almenados donde había colocado al resto del equipo haciendo guardia–. En cualquier caso, no estamos aquí para eso. La misión en la que estamos inmersos es más importante, aunque no puedo contarte los detalles. Pero hemos perdido nuestro medio de transporte. Necesitamos ponernos en contacto con el cuartel. ¿Tenéis alguna radio de largo alcance?

Jose lo miró algo decepcionado, cruzando los brazos sobre su pecho. Era sorprendente ver lo mucho que había cambiado. Sobrevivir en un mundo hostil lo había convertido en un joven atlético y musculoso.

–No sé qué puede ser más importante que salvar cincuenta vidas –dijo algo enfadado–. Pero creo que puedo ayudaros. En los primeros meses de la invasión, el ejército mandaba patrullas de vez en cuando. Hay un coche abandonado en las afueras del pueblo. Si tiene gasolina, podréis utilizar su transmisor de

radio.

–Perfecto. ¿Puedes indicarnos dónde está? Mañana iremos hasta él.

–Mejor aún, puedo llevaros yo mismo. Y sería buena idea salir esta noche. El ruido del tractor que habéis traído ha llamado la atención de los caminantes, y han empezado a rodear el castillo. Quizás mañana haya demasiados para aventurarse fuera. Y ya sabéis que de noche no ven bien.

–Me parece correcto. Iremos Roberto, tú y yo –Álvaro se puso en pie, cogió mi mochila, llena de evidencias de los experimentos del doctor Durán, y se la entregó a Daniel. Era el único que no se encontraba en las almenas–. Protege esto con tu vida, y no dejes que nadie lo toque, sobre todo Jorge.

–Saldremos por los antiguos túneles de abastecimiento, así no hará falta abrir la puerta principal y el grupo estará a salvo. Coged armas blancas, intentaremos no hacer ruido –dijo Jose mientras sopesaba un mazo en sus manos.

Baltasar descolgó su potente maza del cinturón. Sus compañeros habían hecho lo propio con su armamento. Pelón, el Enano, sujetaba su lanza mágica con ambas manos, y Cálidor había desenfundado su larga espada. El guerrero, un palmo más alto que Baltasar, golpeó la empuñadura del arma contra el escudo metálico que portaba en su mano izquierda, indicando que estaba listo para avanzar por la oscura cueva.

–¡Silencio! –exclamó Baltasar–. Según el mapa, el tesoro debería estar tras el próximo recodo. En la taberna dijeron que probablemente estaba protegido, no deberíamos confiarnos.

–Clérigo cobarde –espetó el enano–. ¿Acaso crees que unos cuantos monstruitos serán rivales para el gran Pelón? –Y comenzó a avanzar hacia la oscuridad, alejándose del conjuro de luz que había lanzado su compañero.

La infravisión del enano le permitía ver en las profundidades como si estuviera a plena luz del día. Se asomó por la esquina comprobando lo que había en el siguiente corredor. Allí estaba su destino, un antiguo cementerio subterráneo. La gruta se ensanchaba y lápidas de piedra salían del suelo por todas partes. En el centro, un gran mausoleo se levantaba majestuoso.

–Despejado –dijo volviéndose hacia los otros dos.

Los tres aventureros se introdujeron en la necrópolis sin perder de vista las viejas tumbas. Con un gesto, Baltasar envió la bola de luz hacia la puerta del mausoleo. Estaba abierta, pero el brillo de la esfera no era capaz de disipar la oscuridad que había en su interior. Un crujido estremecedor alarmó a los compañeros. Varios esqueletos, armados con afiladas cimitarras, surgían del suelo dando espeluznantes dentelladas al aire.

–¡Vaya hombre! Tenían que ser esqueletos. A ver cómo los daño con mi lanza si no tienen carne –manifesté enojado.

Cogí mi lata de refresco de la pequeña mesa roja en la que estábamos reunidos y le di un largo sorbo. Álvaro y Jose reían con ganas. El primero porque era el Amo del Calabozo y el causante de que los esqueletos atacaran a nuestros personajes. El segundo porque su personaje era Baltasar el Clérigo, que además de blandir una contundente maza, podía usar los poderes que le otorgaba su dios, Tempus.

–Chicos, os traigo unos bocadillos. –La madre de Álvaro entró en la habitación, interrumpiendo momentáneamente la partida de *Dragones y Mazmorras*.

–Muchas gracias –contestamos al unísono.

Retiramos a un lado los dados multicolores, y la mujer dejó la bandeja con los jugosos emparedados de jamón. Cogimos un bocata cada uno y empezamos a devorarlos ansiosamente.

–¡Que os aproveche! –dijo sonriendo mientras salía cerrando la puerta.

–¡Expulso muertos vivientes! –Varias migas de pan salieron volando de la boca de Jose.

–¡Atrás engendros del averno! –bramó Baltasar mientras alzaba su símbolo divino por encima de su cabeza.

Una fuerza celestial brotó del objeto mágico y se expandió en todas direcciones. Cuando la onda impactó contra los esqueletos, la mayoría de ellos estallaron en mil pedazos. Media docena de amenazadores monstruos quedaron en pie.

–Dos para cada uno –Cálidor parecía feliz cuando se lanzó al combate.

La refriega fue rápida. Al salir del túnel, tres zombis habían aparecido junto al muro del castillo. En la penumbra de la noche, los seres parecían aún más rápidos y silenciosos. Pero Jose parecía acostumbrado a enfrentarse a ellos en estas condiciones. Antes de que yo pudiera reaccionar, había aplastado la cabeza de dos de ellos y Álvaro había acabado con el último con su machete.

–Por aquí –susurró Jose haciéndonos un gesto con la mano.

–¿Alguien me escucha? Aquí Águila Uno. ¿Alguien me escucha? –crepitó el receptor que llevaba Álvaro en el cinturón. No le quedaba mucha batería, pero había decidido dejarlo encendido por si tenían que comunicarnos algo desde el castillo.

–¿Habéis escuchado esa voz? –Pelón se agarraba la oreja intentando amplificar el sonido con su mano. Todos los esqueletos yacían destruidos a sus pies–. Me parece que provenía del mausoleo.

–¡Joder! Eso ha sonado como una campanada en medio del desierto. Tendremos a los muertos encima en cuestión de segundos. Volvamos inmediatamente al pasadizo y cerremos la cancela –decidió Jose.

Una vez a salvo, Álvaro habló por el intercomunicador.

–¿Mariscal, eres tú?

–Sí, Señor. Estoy en el helicóptero, sobrevolando Santa Olalla. Estoy herido Álvaro, ¿dónde estáis?

Álvaro torció el gesto. Estaba realmente cabreado, pero logró serenarse para seguir hablando.

–Estamos en el castillo del pueblo de al lado. ¿Lo recuerdas? Por favor, ¿podrías venir hasta aquí? Haremos hueco en el patio para que aterrices.

–Perfecto... señor. Voy para... –La voz se interrumpió. Parecía sofocado–. Voy para allá. Por favor... buscad un médico. Me duele mucho... la cabeza.

–Te esperamos. Corto y cierro –Álvaro se giró desquiciado–. ¡Hijo de puta! No solo nos dejó tirados. Encima lo mordieron los podridos. Pero tiene que traernos el jodido helicóptero. Roberto, en cuanto aterrice, le metes una bala en la frente. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza, aunque por dentro no estaba tan seguro. Había dicho que estaba herido, pero no que lo hubieran contagiado. La espera se me hizo eterna, pese a que no pasaron más de unos minutos hasta que escuchamos el ruido del motor y las hélices del aparato.

–¿De verdad no lo oís? –repitió Pelón acercándose al sombrío sepulcro–. Parece una especie de cántico.

–¡No te acerques más! –indicó Baltasar mientras comenzaba uno de sus conjuros–. Intentaré detectar magia.

–Álvaro... Dios mío... Álvaro. Estoy perdiendo el control de la aeronave. Necesito ayuda. –Ya podíamos ver el gran foco delantero acercarse por el aire, alumbrando las murallas y los muertos que se agolpaban a su alrededor.

–¡Concéntrate, Mariscal! Hemos hecho un círculo de hogueras en el interior del castillo. Deberías verlo desde tu posición.

–Lo...veo. Voy a ate... –El helicóptero empezó a hacer movimientos extraños y solo quedó el sonido estático de la radio.

–Yo también lo oigo –dijo Cálidor sujetando la espada con fuerza–. Es una canción.

–¡No! ¡Es un conjuro! –exclamó Baltasar–. Es una...

–¡*Fireball!* –chilló Álvaro emocionado. Pegó tal salto en la silla que casi tira la mesa con las piernas–. ¡A ver cómo salís de esta!

La bola de fuego incandescente que brotó de la boca del mausoleo iluminó por un segundo la figura encapuchada que había en el interior. El enano hizo volar su lanza que impactó en el pecho del misterioso personaje, justo antes de que la esfera estallara envolviendo a los tres aventureros en ardientes llamaradas rojas.

En cuanto disminuyó la intensidad de las llamas, subimos rápidamente a las almenas para ver en qué estado había quedado el aparato. El panorama era desalentador: un amasijo de hierro, fuego y carne. Varios de los zombis habían quedado atrapados en el accidente. El helicóptero se había estrellado contra la base de la muralla sur del castillo. La estructura fortificada soportó la embestida, pero la explosión probablemente se pudo ver y escuchar en varios kilómetros a la redonda.

–¡Joder! –Chesco estaba haciendo guardia justamente en ese muro–. El maldito cacharro casi me cae encima. ¿Cómo vamos a comunicarnos ahora con la base?

–Tranquilos. –No podía comprender que Álvaro sonriera–. El accidente habrá activado la señal de alarma y en breve sabrán dónde estamos con total seguridad. Ahora solo tenemos que esperar a que venga el otro helicóptero a recogernos.

Apuntó hacia abajo y disparó a una masa informe que intentaba salir de la destrozada cabina. La gran cabeza del monstruoso ser reventó como un globo. Mariscal... era historia.

Fue duro volver al cuartel. Muy duro. Únicamente llevábamos dos misiones y ya solo quedábamos diez efectivos en nuestra promoción. El instructor se encargaba cada día de recordarlo. Clavamos dos cruces de madera más en el patio, junto a la tumba de Manolo, en recuerdo de los dos compañeros caídos.

Terminaron de cavar el agujero donde descansaría Baltasar para siempre. Allí, en el antiguo cementerio donde había perdido la vida. Echaron el cadáver en el hueco y lo cubrieron de arena. Pelón y Cálidor se miraron. Sus chamuscadas ropas contrastaban con el brillo de los objetos y joyas que cubrían sus cuerpos. Soltaron una risotada y marcharon en dirección a la salida de la cueva. Eran ricos.

15. CONMIGO O CONTRA MÍ

–Roberto, ¿te encuentras bien? Estás confundiendo fantasía con realidad. Olvídate de enanos, elfos y hechiceros. Nada de eso existe.

Los zombis sí existen...

–Sí, desgraciadamente ellos sí. Aunque preferimos llamarlos infectados y parece que no tienen nada que ver con la magia.

Puede ser, pero hay quien los utiliza. Personas malvadas que los usan para sus propósitos. Como los nigromantes.

–¿Perdón?

Los tenían en jaulas, o más bien corrales hechos con rudimentarios muros de chapa, incluso vimos que habían utilizado algún viejo somier de muelles a modo de alambrada, igual que hacían antiguamente en mi pueblo para mantener a las ovejas a buen recaudo. En tiempos de necesidad, todos los recursos son útiles.

–¿Para qué coño quieren tener granjas de zombis? –preguntó Rubén extrañado–. No creo que tengan intención de comer croquetas purulentas de carne de podrido.

Desde nuestra posición, en lo alto de una colina cercana, podíamos ver al menos tres cercados. En el interior de dos de ellos, multitud de zombis deambulaban en su extraño letargo. El tercero aparecía vacío, excepto por algo menos de media docena de figuras que se arrastraban por el suelo a causa de sus ostensibles mutilaciones. A cierta distancia, en medio de ningún sitio, se alzaba una suerte de campamento que parecía sacado de una película de *Mad Max*. Un conjunto de destartaladas chabolas de tela, madera y chatarra, rodeado de una rudimentaria empalizada a modo de muralla. El poblado podía dar cabida a más de un centenar de personas tranquilamente, algunos de los cuales montaban guardia en los diversos puestos de vigilancia que había dispersados por todo el perímetro.

Anexo al campamento, se divisaba una explanada que hacía las veces de aparcamiento y en la cual descansaban, entre otros, los tres todoterrenos que nos asaltaron en la carretera, nuestro camión, un par de tractores con remolque y una fantástica excavadora hidráulica. Todo el complejo estaba rodeado por un profundo foso que a su vez conectaba, a través de una serie de ingeniosos túneles y rampas, con las jaulas de zombis. De manera que, si uno de los muertos caía al foso en su deambular errático, era muy probable que recorriera las zanjas hasta terminar desplomándose en alguno de los corrales, y de ahí ya no podría salir. ¡Tenían montada una trampa perfecta para caminantes!

–Me da la impresión de que los usan como defensa –indicó Alfredo–. Un foso lleno de caminantes es una medida disuasoria muy efectiva contra otros supervivientes.

–Es más que eso –aseveró Álvaro con seriedad–. Mirad aquellos remolques y las rampas portátiles que hay junto a las jaulas. Me da la impresión de que estos cerdos no solo nos robaron, también soltaron la horda que os atacó. Tened en cuenta que esos corrales se tienen que llenar antes o después, y qué mejor

forma de vaciarlas que usar a los zombis como armas.

–No puedo creer que nadie haga eso, Álvaro –dije incrédulo.

–¿Entonces dio la casualidad de que una horda perdida os encontró justo después de que unos pobres necesitados os asaltaran? –No me gustó el sarcasmo de sus palabras–. Y, casualmente, una de las jaulas se ha vaciado recientemente, pero no hay ninguna relación con el ataque, porque son personas, están vivos y los supervivientes nos ayudamos unos a otros. Todos sabemos lo que ocurrió, y pagarán por ello –sentenció.

–Pero en la instrucción nos dijeron que debíamos proteger a los vivos. ¡Somos la UAZ!

–También nos dijeron que tuviéramos mucha cautela, que cualquiera puede hacer locuras cuando el instinto de supervivencia aprieta. ¿Cuándo aprenderás que cada uno debe cuidar de sí mismo?

No... no puede ser. Si no hubiera pensado tanto en él mismo quizás podría...

–¿Sabes una cosa? En caso de un apocalipsis zombi, es mejor que no te encuentres a mi lado porque, si hiciera falta, te haría la zancadilla para que esos condenados se entretuvieran devorándote y así poder escapar –Álvaro reía a carcajadas–. Además, eres una Calabaza lenta y torpe.

–Pero... –intenté replicar.

–Tiene razón. Mejor que cojan a uno para que nos salvemos el resto. Y total, te iban a pillar igual –Jorge también se mostraba divertido.

–Venga chicos –medió la madre de Álvaro–, terminaos el Frigorón y poned el video que ibais a ver.

Odiaba cuando se ponían de acuerdo para dejarme en ridículo, y más aún si había un adulto delante. Pero preferí callar la boca porque estaba deseando que Álvaro pusiera la cinta. Cogió el mando a distancia del Beta y le dio al play. Tras un poco de ruido estático, en la pantalla apareció el dúo humorístico Martes y Trece, actuando en la gala de nochevieja del año anterior. Álvaro pulsó el botón de avanzar y las imágenes empezaron a cambiar a toda velocidad.

–¡Deja eso! –pidió Jorge–. Son muy divertidos.

–No, chaval, no. Lo que os voy a enseñar es mucho mejor –Alvaro parecía eufórico.

Al cabo de un rato, volvió a la reproducción normal. Los humoristas estaban dando paso a un video musical de un tal Michael Jackson. Me sonaba que era un cantante pop norteamericano que empezaba a tener bastante renombre, pero yo no había tenido la oportunidad de escuchar nada de él. La pantalla fundió a negro y dos rombos rojos aparecieron en la esquina superior derecha. Por esa razón mis padres no me habían dejado verlo en directo el día de fin de año y cambiaron al UHF durante unos minutos.

–¡Ya empieza! –chilló Álvaro–. ¡Vais a flipar!

Lo siguiente que apareció en el televisor fue el letrero *Michael Jackson's Thriller* en unas escalofriantes letras rojas. Y partir de ese momento, lo que vi me emocionó y me atemorizó a partes iguales. La noche, un coche solitario, un hombre lobo, el cine, el cementerio, y por encima de todo... los zombis, esos zombis bailando como locos al ritmo de una vibrante melodía.

Los muertos no bailan... no... eran los supervivientes. Estaban celebrando que habían conseguido un sustancioso botín. Danzaban al son de rudimentarios tambores alrededor de una monumental hoguera. Los zombis se revolvían en el foso y las jaulas, percibiendo que había presas cerca que no podían alcanzar.

–Estos payasos se van a arrepentir de haber robado a quien no deben –ladró Alfredo.

El plan era sencillo, aprovechando la oscuridad nocturna y la inesperada fiesta que hacía que los centinelas estuvieran más bien distraídos, Rubén había cruzado el foso enganchando una cuerda a la empalizada y atándola al otro lado. Ahora estaba trasladando una tabla de andamio que haría las veces de pasarela improvisada para el resto.

–Lo hicieron solo para subsistir –dije con poco convencimiento–. Es complicado vivir en un mundo así. Deberíamos conformarnos con conseguir un vehículo con gasolina y largarnos de aquí.

–¡Ya hemos hablado de esto! –exclamó Álvaro–. No es momento de ponerse a discutir órdenes. Recordad, atravesamos el foso, subimos cada uno a un puesto de vigilancia y acabamos con los centinelas ocupando su sitio. Sergio, directo al camión. Lo llevas hacia el puente levadizo que debería hacer descender Daniel. Roberto, quiero verte junto a mí en todo momento. Tú y yo bajaremos al pueblo en busca de la chica. El resto nos cubrís desde el muro. Rodrigo, tú eres fundamental en este punto. Acaba con cualquiera que empuñe algún tipo de arma de fuego con tu rifle telescópico. Debería ser un trabajo fácil.

–Tu corderito preferido a tu lado, como siempre –dijo Sergio con sorna.

Nuestro líder no se dignó a contestar. Con un ademán, nos indicó que nos pusiéramos manos a la obra. Rubén ya había colocado el listón y atravesamos la zanja sin problemas. Realizar la incursión fue relativamente sencillo. En cuestión de minutos, los vigías yacían en el fondo del foso con el cuello rajado y los muertos se daban un festín con sus entrañas. No estaban preparados para que los atacase un equipo de élite entrenado durante años en las condiciones más duras.

Nos hicimos con sus armas automáticas, que hasta hacía unas horas eran nuestras, y durante unos minutos esperamos nuevas órdenes, simplemente examinando lo que ocurría abajo, en el campamento. La chica que se parecía a Ripley lanzaba arengas y se esforzaba por tener a la gente contenta y motivada. Por lo que pude entender, pretendían hacer algo al día siguiente con el arsenal que nos habían requisado. Probablemente un ataque a algún otro reducto de supervivientes cercano. Cuando hubo terminado su discurso, se dirigió a un hombre delgado, que se asemejaba enormemente a Chema, el panadero de *Barrio Sésamo*, lo agarró de la pechera y se lo llevó al interior de una cabaña algo alejada del barullo que había en el medio de la plaza.

Era el momento, Álvaro dio la orden y, simultáneamente, Sergio arrancó el camión, Daniel empezó a descender el puente y nuestro jefe y yo saltamos al suelo desde el murete. Trotamos agachados, serpenteando entre las chabolas y llegamos hasta la de la mujer antes de que el resto se diera cuenta de que el paso levadizo se estaba abriendo. Mientras que Álvaro se preparaba para derribar la puerta de un puntapié, pude ver por un ventanuco cómo Ripley y Chema retozaban desnudos sobre un artesanal camastro de paja.

Fue cuestión de segundos, pero en ese momento noté una leve erección bajo el pantalón. Yo nunca había visto una mujer así... alguna vez... en la tele... o en la revista *Interviú*.

–¡Roberto está por Cristina! ¡Roberto está por Cristina! –cantaban a coro Jorge, Chesco y Rubén.

–No me gusta –dije avergonzado. Noté un acaloramiento en el rostro que obviamente quería decir que me había ruborizado por completo–. Simplemente me alegro de que venga de excursión a la Casa de la Colina. Así la podemos asustar por la noche, que es muy miedosa.

Estábamos en el patio del colegio, me tocaba golpear el montón de cromos de *Mazinger Z* con la palma de la mano. Si lograba voltearlos, serían para mí, y todos mis amigos deberían poner un nuevo cromo para empezar la siguiente ronda. Pero los nervios hicieron que mi mano se estrellara contra el suelo, a unos centímetros de la pila. Álvaro estalló en carcajadas, echando la cabeza para atrás.

–Tú no quieres asustarla. Tú lo que quieres es hacer guarrerías con ella. Pues que sepas que en las películas de terror hay una norma no escrita que dice que los que se acuestan son los siguientes en morir. Fíjate en *Viernes Trece*. Por cierto, ¿sabías que en la próxima peli volverá a salir Jason? ¡Será un zombi!

–Ya está Álvaro con sus zombis –protestó Rubén–. Ahora lo que nos interesa es lo que va a hacer Roberto con Cristina. Los muertos vivientes son cuentos, las chicas son reales y mucho más guapas.

–Pues tú no vas a ver ninguna de las dos cosas en tu vida –bromeó Chesco.

Todos reímos... pero vimos muchos zombis... y pocas chicas. En la... casa no había chicas. Pastillas, tomábamos pastillas, nos las daban en el desayuno y la cena. Decían que eran para fortalecer los músculos, pero Animal siempre se burlaba de nosotros y nos llamaba nenas.

–¡Nenas! ¿Sabéis lo que os están dando? Unas cositas para que no se os levante el pizarrín. ¿Qué os parece? Ni lo habíais notado, ¿verdad? Entrasteis siendo unos críos. Cuando salgáis de aquí, y dejéis de tomarlas, vais a ser todos unos degenerados reprimidos.

No... el degenerado... no. No quiero acordarme de él. ¡No! Mi cabeza, va a estallar. Duele. ¡Me va a reventar!

–¿Necesitas un descanso? No tienes por qué recordar lo que sea más traumático para ti. Parece que los últimos medicamentos te mantienen más coherente y no queremos que retrocedas en tu tratamiento.

Estoy bien, estoy bien. El degenerado apareció en el colegio después de la muerte de Don Juan. Llegó con nocturnidad y alevosía, mientras fuera seguía jarreando con fuerza.

La mayoría dormíamos, hacía pocas noches que habíamos empezado a poder conciliar el sueño con cierta normalidad. El arrullo de la lluvia y los ronquidos rítmicos de los compañeros nos permitían incluso poder dejar aparcadas nuestras preocupaciones durante unas horas.

Entonces sonó el estrépito en la cocina. El estruendo de varias perolas rodando por el suelo y el chillido histérico de Cristina pidiendo auxilio nos devolvieron a la vigilia. Muchos no supieron cómo reaccionar, pero Álvaro, Chesco y yo nos apresuramos en su busca, conducidos por el primero como era habitual. Lo que nos encontramos nos sobrecogió. Un hombre, de unos cuarenta y tantos años, muy delgado y con la cara llena de granos purulentos, había logrado forzar la puerta de la cocina y ahora se encontraba forcejeando con Cristina, a la que tenía tumbada sobre la encimera con la falda subida por la cintura. Trataba de bajarle la ropa interior con sus sucias manos. La chica continuaba gritando.

–¡Cállate, puta! O te rajo de arriba abajo –amenazó a la par que le propinaba un fuerte puñetazo en la mejilla.

Los aullidos de angustia de la niña pararon de golpe.

Los gemidos de placer de la mujer pararon de golpe cuando irrumpimos en la cabaña. Antes de que ella o su pareja de cama pudieran hacer nada, Álvaro disparó, y la hubiera volado la tapa de los sesos si Ripley no hubiera reaccionado colocando el cuerpo de su amante delante. El retumbar de los tambores sofocó el sonido del tiro. Chema se desplomó sobre la mujer, que rodó a un lado y derribó a Álvaro con un hábil barrido de sus piernas. Impulsándose con sus cuatro extremidades, se arrojó sobre el montón de ropa que había junto a la cama, intentando agarrar el revolver que estaba depositado encima. Reaccioné y la golpeé en la cara con la culata del arma, evitando que alcanzara su objetivo y también que gritara pidiendo ayuda. Quedó tumbada boca arriba, sangrando por un corte en la mejilla. Guardé su revolver con el propósito de que olvidara cualquier otro intento de hacerse con él. Al verse derrotada, dio un respingo y se acurrucó contra la pared del fondo observándonos desafiante, como una pantera encorralada en busca de una salida desesperada. Una niña de unos nueve años, alarmada por la detonación, surgió desde una estancia contigua interrumpiendo la escena.

–¿Mamá, qué es lo que ha sona... ? –Quedó boquiabierta sin poder terminar la frase.

La mujer abandonó su actitud arrogante.

–Tranquila pequeña, no pasa nada. Sal de aquí, tengo que hablar unas cosas con estos señores.

Álvaro, que había logrado incorporarse, negó lentamente con la cabeza. La niña miraba desenchajada al

hombre muerto que había en el suelo. Para mi sorpresa, Ripley comenzó a suplicar.

–Por favor, no lo hagáis delante de ella. Por favor, delante de ella no.

Sin mediar palabra, Álvaro disparó y de inmediato se giró hacia la niña que contemplaba conmovida cómo su madre se derrumbaba con un agujero de bala en su frente. Tenía los ojos desencajados. No sabía decir si estaba a punto de gritar o simplemente se encontraba en un estado de shock que ni siquiera la dejaba romper a llorar. Sentí lástima.

Cuando comprendí que Álvaro había escogido para ella el mismo destino que para la mujer, lo encañoné con mi arma en la sien.

–No lo hagas –pedí hablando con lentitud–. Es solo una niña. Y ellos estaban desarmados. No entiendo cómo has podido matarlos a sangre fría. Simplemente veníamos a interrogarlos para que nos dijeran dónde estaba el resto de nuestro equipo.

Al ver que Álvaro soltaba la pistola bajé un poco la guardia. Ocasión que aproveché para agarrar el fusil que colgaba sobre su cintura y, con un vertiginoso giro, apuntarme a su vez. Los cañones de ambos rifles se quedaron a escasos centímetros de la cara del otro.

–¿Qué es lo que no entiendes, Roberto? –preguntó Álvaro mientras comenzaba a caminar pausadamente a mi alrededor sin dejar de apuntarme–. Esta gente os atacó, os dio por muertos y ahora lo estaban celebrando. ¿Crees que se iban a quedar de brazos cruzados después de que los hubiéramos robado? Nos habrían perseguido de inmediato, y no sabemos qué otras armas poseen.

Intenté abrir la boca para protestar, pero continuó hablando mientras seguía rodeándome con parsimonia.

–Matando a esta mujer, quizás se lo piensen dos veces. ¿No has visto cómo los enardecía hace un momento? Cuando se den cuenta de que nos estamos llevando el camión, vendrán en busca de sus órdenes, y el desconcierto que reinará cuando descubran su muerte será perfecto para huir lo suficientemente lejos.

–No. –Agité la cabeza como queriendo desechar la idea–. No me convences. ¿Y el hombre? ¿Y la niña? La ibas a matar, lo he notado en tus ojos.

–No podemos delatar nuestra posición antes de tiempo. Pero en ningún caso pensaba matar a la niña. Solo dejarla inconsciente. –Su tono de voz se relajó un poco–. ¿No te das cuenta? Lo hago por nosotros, por el grupo. Somos un equipo. Esta gente estaba condenada con esta líder.

–Quizás seamos nosotros los condenados. Quizás deberías pensar más allá de tu ombligo. ¿Sabes? Cuando estábamos en el colegio, vi a tu madre en el mercado, era una de ellos. Si hubiéramos salido a buscarla quizás la podríamos haber llevado de vuelta con nosotros. La habrías salvado.

El rostro de Álvaro se encendió cuando la ira se apoderó de él.

–¿Acaso crees que no vi el cartel pidiendo ayuda que colgó del balcón cuando fui a por provisiones la primera vez?! ¿Sabías que esa misma noche estuve a muy poco de abandonaros e irme con ella?! Pero, ¡no lo hice por vosotros! Sin adultos, sin Don Juan, sin mí, no hubierais sobrevivido ni un solo día. ¡No eráis más que un montón de críos asustados! ¡Y después de tanto tiempo, tú sigues comportándote de la misma manera! ¡Despierta! ¡Vivimos en un mundo apocalíptico y hostil! ¡No me vengas con clases de moral...! ¡Cuidado!

Su mirada se desorbitó y se abalanzó sobre mí apartándome a un lado para interponerse de un salto entre la niña y mi posición. Caí hacia el suelo de espaldas a tiempo para ver cómo la niña, que empuñaba una pistola, apretaba el gatillo justo contra el abdomen de Álvaro.

¡No pude soportarlo! Tuve que retirar la mirada. El disparo resonó como un trueno en medio de la

cocina. La sangre del degenerado roció casi por completo el vestido de Cristina. El hombre, con un gesto de incredulidad, se llevó la mano al pecho donde exhibía una fea herida de bala.

–Yo solo quería comid... –Se derrumbó antes de poder terminar la frase.

Fue entonces cuando reparé en que Álvaro sujetaba una pistola humeante entre las manos. Su semblante mostraba determinación, pero no me resultó desapercibido el brillo vidrioso que nublaba su mirada.

Todos mantuvimos silencio durante unos instantes que parecieron horas. Parecíamos estatuas de un macabro museo de cera de los horrores.

–Chesco, sal al pasillo y procura que ninguno de los chicos entre y vea esto –dijo finalmente Álvaro con serenidad–. Roberto, ayuda a Cristina y mira si está herida.

Él, mientras tanto cogió un cuchillo que había sobre la mesa, que por su posición sospeché que había blandido el degenerado minutos antes, y tiró la pistola al cubo de la basura.

–No tenía más balas –explicó con un encogimiento de hombros–. Me la trajo Rodrigo el día que fuisteis al mercado. Me dijo que se le había caído a un policía. –Y mirando a Cristina preguntó–. ¿Estás bien?

La chica, que ya había recuperado la compostura, contestó.

–Sí, solo un poco asustada. Vine a beber un poco de agua y me encontré con ese... –hizo una pequeña pausa valorativa–, hombre registrándolo todo. Dijo que era el conserje del instituto de al lado, que llevaba todo este tiempo escondido allí y que necesitaba comida urgentemente. No me gustaba nada cómo me miraba, ni la herida que mostraba en el brazo, pero no me dio tiempo a intentar avisar a nadie cuando ya le tenía encima... –No pudo aguantar más y rompió a llorar.

–¿Qué herida? –preguntó Álvaro intrigado.

–¿Dónde está la herida? –demandé atónito cuando vi que mi hábil compañero desarmaba a la niña, la dejaba inconsciente de un preciso golpe y me ayudaba a levantarme del suelo.

–Parece que la pistola se ha encasquillado. –Me sonrió–. Suerte que ha pasado en ese momento. Si me llegan a matar por salvar la vida a una Calabaza, no me lo hubiera perdonado nunca.

La verdad es que ese comentario me hizo sentir un tanto avergonzado. Incluso culpable. Hacía unos pocos segundos lo había acusado de no pensar nada más que en sí mismo.

Me disponía a entonar una disculpa, cuando desde fuera de la cabaña empezó a llegar el sonido de una violenta batalla. Gritos, tiros, motores, explosiones, gente corriendo... El campamento era un caos.

–¡Mierda! Parece que nos hemos entretenido más de la cuenta. Vamos, sígueme. Debemos llegar a la salida y subir al camión.

Nos precipitamos al exterior y atravesamos el poblado a paso ligero. Nos cruzamos con algunos lugareños huyendo entre las casas. La mayoría no nos prestaron atención, y los pocos que iban armados fueron abatidos por nuestros compañeros. Llegamos a la puerta y cruzamos el puente levadizo donde nos esperaba Sergio al volante de la camioneta. Desde allí cubrimos la retirada del resto del equipo, aunque no vi que ninguno de los aldeanos se dispusiera a perseguirlos.

–¡Sergio! Coloca la rampa portátil –mandó Álvaro.

No entendí lo que pretendía, pero tampoco le discutí. Nuestro rubio amigo parecía que sí esperaba la orden, bajó del camión y comenzó a arrastrar una pesada estructura metálica hacia el interior de una de las jaulas repleta de zombis. Casi la tenía emplazada en su sitio, cuando unos brazos putrefactos le agarraron las piernas desde el suelo.

Sergio cayó al suelo y el monstruo, que había yacido oculto bajo la estructura, pugnó por alcanzar su entrepierna con los dientes. Era repulsivo, no tenía extremidades inferiores y le faltaba medio cuerpo.

Entre las costillas podía verse que todo su interior estaba vacío, solo recubierto por la caja de huesos y la piel curtida. Pero estaba igual de activo que cualquiera de sus asquerosos amigos. Sergio, un poco aturdido, no acertaba a quitárselo de encima.

–¡Quitádmelo de encima! –gritó Cristina–. ¡Quitádmelo de encima!

El degenerado había resucitado, pero su purulenta cara tenía ahora el tono ceniciento y lucía los ojos inyectados en sangre propios de los infectados. Sujetaba a la chica del pelo con el brazo izquierdo. El otro le colgaba flácido y exhibía una terrible mordedura a la altura del codo. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes?

La reacción de Álvaro fue extraordinaria. Avanzó un par de pasos y descargó el cuchillo con potencia contra la muñeca del ser. La hoja se hundió en la carne sin llegar a cercenar la mano, pero lo suficiente para que soltara el cabello de la muchacha, que cayó de nalgas contra el enlosado. El zombi contraatacó, abalanzándose con furia sobre mi amigo. Ambos se golpearon violentamente contra la encimera y rodaron por el suelo.

–¡Haz algo, Roberto! –Entendí que me gritaba.

Disparé y la bala fue a incrustarse en el cráneo de aquel medio zombi que aferraba a Sergio. El chico rubio me miró agradecido y prosiguió con la tarea que le había encomendado Álvaro. En cuanto la rampa estuvo colocada, subió a toda prisa al camión, donde ya estaba el resto del pelotón. Arrancó y comenzamos la huida. En cuanto los muertos vivientes descubrieron la nueva ruta, comenzaron a subir la pendiente para salir del agujero y dirigieron sus carreras descoordinadas hacia el puente levadizo. La gente del pueblo no tenía ninguna opción. ¿Realmente era necesario? Álvaro pensó que sí, y yo había decidido no volver a cuestionar sus órdenes.

–¿Qué te parece, Sergio? –comentó Álvaro con ironía–. Parece que mi corderito preferido te ha librado del lobo.

–¡Haz algo! –repitió.

No sabía cómo proceder, ambos estaban enredados en el piso de la cocina, debatiéndose en una lucha íntima que según quién mirara podría llegar a considerarse obscena. No era capaz de vislumbrar cómo sacarlo de esa situación. Entonces vi los dientes del degenerado aproximándose peligrosamente al cuello de mi amigo y actué por instinto. Nunca he sido un gran jugador de fútbol, pero aquel fue el mejor puntapié que he ejecutado en mi vida. La testa del engendro se elevó unos centímetros, los justos para que Cristina le arreara un sartenazo que hizo que varios dientes salieran despedidos y que Álvaro pudiera escapar de debajo de ese desgraciado. Le arrebató la sartén a Cristina y cargó contra el hombre, que pugnaba ya por levantarse de nuevo. La cabeza del conserje quedó hecha papilla al tercer golpe.

–Me habéis salvado la vida –dijo Álvaro mientras se limpiaba el sudor de la frente–. No lo olvidaré.

16. DUELO AL ATARDECER

–Es terrible, Roberto. Siento lo que tuvisteis que vivir de niños. Pero aquello pasó. ¿Por qué no intentas recordar lo que ocurrió en la cubierta del barco de Pilier? ¿Lograsteis lo que ibais buscando?

Fue una matanza. Otra más. No pudimos soportar lo que nos contó Animal. No quisimos creerlo.

–¿O sea que el soldadito perfecto os ha ocultado la verdad a todos? –Pilier parecía disfrutar con su discurso—. ¿No os ha contado que Collin Co. estaba experimentando con niños antes de la epidemia? ¿Qué el accidente del Doctor Durán solo aceleró lo que estaba previsto hacerse de todas formas?

–¡Todo eso no importa ya! –Álvaro apenas podía contener la ira—. ¡Solo importa la vacuna! ¡Tenías que llevar toda la información del proyecto al Centro de Aseguramiento de Humanidad! ¡¿Lo hiciste?!

–¿Aseguramiento de Humanidad? ¡Ja! En ese centro estaban experimentando con las chicas. Intentaban fecundarlas con engendros inmunes a la infección, para luego vender los resultados al resto del mundo. Pero les da igual lo que les pase a ellas. Y a nosotros. ¡Todo el puñetero país es solo un laboratorio de experimentación y nosotros somos sus ratoncillos de indias!

–No estás bien de la cabeza –Álvaro parecía más calmado ahora—. ¿Te estás escuchando? No se puede aislar un país como España. La infección se habrá extendido por todo el globo.

–¡No tan rápido como crees! El experimento se iba a hacer en algún lugar controlado y el padre de Jorge lo estropeó todo. Pero en cuanto se vieron los primeros casos, la compañía avisó a los gobiernos y se tomaron medidas suficientes para que en el resto del planeta las cosas no estén tan mal.

–Adolfo –Álvaro lo llamó por su nombre de pila. El resto continuamos mudos, observando—. ¿Cómo puedes creer esas teorías? Si fuera como comentas ya nos habrían borrado del mapa con un bombardeo nuclear o algo parecido.

–Sé muy bien lo que digo. He estado en contacto con otras células de supervivientes y me dicen que las fronteras están vigiladas. He visto barcos de guerra patrullando los mares para que no nos alejemos de la costa. Estamos encerrados. ¡Pero los he jodido bien! No les di todos los ingredientes a esos palurdos del Centro de Aseguramiento. Me quedé con uno, el que llegó de América –señaló con su dedo el colgante que llevaba en el cuello. Parecía una pequeña petaca de plata con forma de calavera—. ¡A ver cómo hacen su preciosa vacuna sin él!

–Comprendido. –Me puse en guardia de inmediato. Esa era la palabra pactada previa a un posible ataque. Cada uno sabíamos bien lo que teníamos que hacer en el caso de que Álvaro pronunciara la siguiente clave: “correcto”–. ¿Y por qué no hacemos un trato? Me das el colgante y nos vamos sin molestaros más.

–No te enteras de nada. Este tesoro forma parte de mis planes. –Agarró el collar con fuerza—. Pero quizás sí podamos llegar a un acuerdo. Cuando destruí el matadero, no esperaba que sobrevivierais. Pero dado que lo habéis hecho, ¿qué os parecería uniros a noso...?

–¡Unos huevos! –Sergio se adelantó y arrojó algo que tenía en la mano hacia Pilier y los cuatro soldados que había tras él–. ¡Esto por Chesco!

–¡Una granada! –Animal se arrojó a un lado con la cara desencajada.

Sus cuatro compañeros no tuvieron tiempo de reaccionar antes de que la bomba deflagrara. El

movimiento de Pilier no sirvió de nada y la explosión los alcanzó a todos de lleno, arrancándoles la vida en el acto. No me dio tiempo de preocuparme de la alarmante vibración de la cubierta, porque la lluvia de balas comenzó de inmediato.

Alfredo, Daniel y Jorge desataron su ira contra los dos pistoleros que había a nuestra espalda. Apenas aguantaron unos segundos en pie, pero fue suficiente para alcanzar con sus disparos a Daniel en el abdomen. Por el rabillo del ojo, vi cómo caía, intentando taponar la sangrante herida con la mano. Álvaro y yo estábamos enfrascados con los soldados que había en lo alto. Mi socio, rodilla en tierra, logró abatir al suyo rápidamente. Sin embargo, yo fallé mi primera ráfaga, permitiendo a mi enemigo disparar sobre nosotros. Sergio recibió varios impactos en el pecho desmoronándose sobre la superficie metálica. Álvaro corrigió su posición y derribó a mi objetivo. Mientras, Rubén había llegado hasta la lancha que colgaba de estribor unos metros por encima de las tranquilas aguas del mar. Arrancó el motor y nos hizo un gesto de ok con el pulgar.

Alfredo y Jorge cogieron a Daniel y lo subieron en la barca. Me agaché junto a Sergio, mientras Álvaro se acercaba al cuerpo inmóvil de Pilier. Comprobé con desazón que nuestro amigo estaba muerto. Me giré para decírselo a Álvaro y descubrí que Animal se movía pausadamente. ¡Estaba vivo! Había desenfundado su pistola e intentaba apuntar a mi amigo, aprovechando que se había distraído un momento para mirar a la legión de muertos que se agitaban inquietos en el muelle. Disparé sin dudarlo.

No..., no pude disparar... no pude. Rubén golpeó el rifle, arrancándomelo de las manos, se lanzó contra mí con agilidad y me mordió en el brazo con fuerza. Sus dientes rasgaron la carne provocándome un agudo dolor.

–¡Ya está! Ahora los dos estamos contagiados. Pero tenemos los medicamentos. Volvamos a la sala y nos curaran –dijo retirándose un paso atrás.

La rabia se apoderó de mí. Un bramido sobrenatural salió de lo más profundo de mi garganta. Salté sobre él con el machete en la mano. Solo pensaba en matarlo...

–Gracias. –El seco agradecimiento de Álvaro me sacó de mi ensimismamiento. Era la primera vez que mataba a un ser humano vivo–. Ya tenemos lo que buscábamos. –Me mostró la calavera de plata que había arrancado del cuello de Pilier. El barco volvió a vibrar, esta vez más intensamente–. Vámonos antes de que esto se hunda.

Subimos a la barcaza. Rubén pulsó una palanca y comenzamos a descender hacia el agua. Una vez abajo, vimos la profunda grieta que se había abierto en el casco. El viejo buque no había aguantado el poder destructivo de la granada.

–¿Cómo está Daniel? –pregunté.

–Está bastante jodido. Pero si recibe cuidados, creo que sobrevivirá. –Jorge parecía muy preocupado.

–Quizás en nuestro destino puedan tratarlo. Vamos al Centro de Aseguramiento de la Humanidad –aseveró Álvaro.

El rostro de Alfredo se iluminó como si las palabras de Álvaro hubieran sido un anuncio divino de salvación. No lo había visto así desde que era un chiquillo.

–¿Me darás el beso ahora que nos van a separar? –Alfredo miraba a los ojos a Katy–. Recuerda que me lo debes.

–Ya te he dicho mil veces que no. –La muchacha apartó el rostro con una mueca de asco–. Te daría un beso si fueras un hombre fuerte y apuesto, no un niño desagradable.

El soldado que estaba haciendo el recuento pasó entre los dos niños y los separó unos metros, colocando a cada uno en el grupo correspondiente. Los chicos a la derecha del gimnasio y las chicas a la izquierda.

–Trece varones y trece hembras, señor. –Se puso firme dirigiéndose a su superior.

El oficial al mando tomó nota y, tras guardar su agenda, le indicó a Álvaro que saliera con él fuera del edificio. Mi amigo me llamó con la mano y los seguí al exterior. Por el camino, fui pensando en el trato que Katy le daba a Alfredo. No me había gustado nada su respuesta. Era cierto que la niña le debía un beso. Yo fui testigo y debía cumplir su promesa.

Hacía tiempo que Alfredo estaba totalmente colado por Katy. Y no era de extrañar. La muchacha era lo más parecido a una preciosa muñequita de porcelana. Su melena rubia platino, compuesta de pequeños y perfectos tirabuzones dorados, enmarcaba un hermoso rostro de piel aterciopelada en el que destacaban dos grandes ojos verdes como dos brillantes esmeraldas. Pero estaba claro que no era tan bonita por dentro como por fuera.

Un día, en el recreo, Óscar y Alfredo prefirieron irse con las chicas en lugar de jugar con nosotros. Sabíamos que algo tramaban, y Jorge y yo decidimos ir a espiarlos. Nos escondimos tras una esquina tratando de escuchar lo que se cocía.

–Le daré un beso al primero que me traiga una flor –dijo Katy provocando la algarabía de sus amigas.

Los dos chicos salieron corriendo como alma que lleva el diablo. El trato tenía trampa. Teníamos la sospecha de que Katy estaba por Óscar, y todos sabíamos que Óscar era el más rápido de la clase. Viendo el truco, Jorge, con su sonrisa inquietante, me hizo partícipe de su plan. Cuando los contendientes doblaron la esquina, Jorge le puso la zancadilla a Óscar y yo lo plaqué según caía, impidiéndole levantarse y continuar con su competición.

–Seréis capullos –Óscar se retorció entre mis brazos intentando encontrar un resquicio por el que escabullirse.

–Ese beso no es para ti –Jorge se unió a la lucha sin poder contener las carcajadas.

Lo retuvimos lo suficiente para que Alfredo volviera ante el grupo de chicas con un ramito de margaritas en las manos. Todas rieron pícaramente, menos Katy, que miraba decepcionada al espigado chaval.

–Las he cogido de al lado de la Chabola del Drogata –dijo el niño con una sonrisa bobalicona–. No había en otro sitio.

–¿Qué? ¿No pensarás que toque esas flores sacadas de un sitio tan repugnante? –Encogió las manos poniéndolas sobre el pecho–. Lo siento pero no puedo darte el beso. El trato queda anulado.

El chico, cabizbajo, dejó caer las margaritas al suelo. Pero no cejó en su empeño.

–¿Me darás el beso ahora que el mundo se está acabando?

La oscuridad invadía el gimnasio. La lluvia repiqueteaba contra los cristales de las ventanas. Llevábamos varias noches durmiendo allí. Casi no nos quedaban velas y Don Juan nos había pedido que procuráramos no encenderlas a no ser que fuéramos a ir al baño. Katy dio un respingo.

–Jolín Alfredo. No me des estos sustos. No te voy a dar ningún beso. El trato se anuló –dijo muy digna.

–Bueno, pues hagamos otro trato. ¿Qué tengo que hacer para que me des un beso?

Ella hizo una pausa, como si estuviera meditando un reto lo suficientemente difícil para que no lo consiguiera y la dejara en paz de una vez. De pronto, pareció dar con la solución.

–Está bien. Te daré un beso el día que me traigas los ojos de un zombi que hayas matado con tus propias manos.

No pude ver la expresión de Alfredo, pero si era la misma que puse yo, debía ser un poema. Estaba claro que eso era algo imposible... ¿o no lo era?

–Esta noche, por fin tendré mi beso –Alfredo parecía un adolescente americano el día del baile de graduación. La lancha se balanceaba silenciosa al son de nuestros remos.

Habíamos apagado el motor para no llamar la atención de las criaturas que pudiera haber en la orilla. Nos acercábamos lentamente al pequeño embarcadero, apenas visible en la oscuridad de la noche. Llegar hasta allí nos había llevado un par de horas. Álvaro conocía la situación exacta del Centro de Aseguramiento de Humanidad, siguiendo la costa varios kilómetros al norte de Barcelona. Visto desde el mar, el recinto podía confundirse perfectamente con uno de los muchos complejos hoteleros que se erigían majestuosos a lo largo del litoral.

En el fondo de la barca, Daniel seguía debatiéndose entre la vida y la muerte. Habíamos taponado la herida con un improvisado vendaje y parecía que la sangre había dejado de manar. Pero la bala tenía que estar dentro del estómago de nuestro amigo, o en un lugar peor.

–Ya lo veréis, Katy no podrá negarme el beso ahora. No con estos músculos. –Mostró su bíceps derecho, adoptando una postura más propia de Hulk Hogan tras ganar uno de sus combates de lucha libre. Era lógico que se alegrara por el posible reencuentro, pero me costaba entender que estuviera tan contento después de todo lo que habíamos pasado. Ni siquiera sabíamos si las chicas estaban vivas.

Álvaro lo conminó a guardar silencio, ya estábamos muy cerca del atracadero. Los dos altos edificios estaban cercados por una alambrada metálica camuflada por un espeso seto. Una gran piscina de forma ovalada rodeada de árboles y una caseta de mantenimiento completaban la falsa apariencia de lugar de esparcimiento. Varios podridos deambulaban sin sentido por el césped, esquivando las tumbonas con dificultad. Dos de ellos, vestidos con trajes de seguridad similares a los del matadero en el que habíamos pasado tantos años, se encontraban sobre los tableros de madera que formaban el pequeño muelle.

–Esto está muerto –dijo Rubén–. No creo que encontremos a nadie aquí.

–¡No digas tonterías! –Alfredo alzó la voz más de la cuenta. Álvaro nos hizo la señal para que dejáramos de remar. Los zombis se agitaron y comenzaron a buscar el origen de la voz.

Rubén se encogió asustado. Miré a Alfredo inquisitivo. Lo que acababa de pedirnos era una locura.

–¡Te he dicho que salgas por el agujero! Solo tienes que atraer a uno de esos estúpidos monstruos. Tú te escabulles por el hueco y él se queda atascado. Es fácil. Si pudiera lo haría yo mismo. Pero sabéis que yo no quepo por ahí. –La intensa lluvia aplastaba su pelo contra las mejillas.

–Alfredo, vas a ir a Álvaro. –Le amenacé. Tras la entrada por sorpresa de mi hermana, habíamos decidido tapar el Agujero de los Bollos. Álvaro nos había pedido que nos encargáramos de atascarlo con piedras, sillas, pupitres o lo que encontráramos por ahí. Chesco, Rubén y yo fuimos los elegidos para el trabajo. Cuando nos íbamos a poner a ello, Alfredo se ofreció voluntario para acompañarnos, y Chesco, por supuesto, decidió que en ese caso él se dedicaría a otra cosa.

–No creo que se te ocurra chivarte –dijo mientras golpeaba un puño contra otro–. Además, ¿crees que me importa lo que diga el esmirriado de Álvaro? Puedo partirle la cara a él también.

Me quedé anonadado. Alfredo nunca había mostrado un carácter tan violento. Y Rubén estaba claramente atemorizado. No sería la primera vez que un niño del colegio le pegaba. Desgraciadamente, su poco afortunado sentido del humor le había provocado más de un coscorrón. Incluso una vez, varios compañeros se pusieron de acuerdo para darle una velada paliza, convenciéndolo de que jugara con ellos al *To Dicho*. No pudo salir del pasillo de brazos levantados antes de que le cayera encima una montonera de collejas y alguna que otra patada de origen desconocido. Cuando logró escapar, trastabillando, parecía reír como si todo aquello le hubiera hecho mucha gracia. Pero no se le escapó a nadie el hecho de que las lágrimas que vertían sus ojos no eran de alegría, sino de dolor y humillación.

–¡No le vas a hacer salir! –Envalentonado, alcé la cabeza y me aproximé a Alfredo empujándome para

ponerme a su altura.

Sin mediar palabra, me tiró al suelo de un bofetón y mirando a Rubén le exigió que saliera. Antes de que yo pudiera levantarme, nuestro pequeño compañero estaba fuera del colegio, en la explanada que había entre los altos edificios blancos. No había ningún muerto a la vista. Los dos nos quedamos mirando cómo Rubén se alejaba, hasta que se perdió tras uno de los edificios. No me atreví a decir, ni a hacer nada, simplemente me mantuve de pie, esperando al lado de Alfredo. Este había cogido una pesada piedra y la sopesaba en las manos.

–Esta servirá –dijo sonriéndome travieso.

No había pasado ni un minuto, cuando Rubén apareció de nuevo por la esquina, corriendo desesperadamente hacia la verja. Dos zombis irrumpieron en la plazoleta unos metros detrás de él. Uno de ellos era un joven punki vestido completamente de negro, con una horrible herida en el abdomen que hacía que las tripas le colgaran entre las piernas, arrastrándose por el suelo. El segundo me resultaba familiar: era el calvo que nos había estado persiguiendo en la escapada a la casa de Chesco. Ambos eran más veloces que nuestro amigo y, aunque este se esforzaba al máximo, los seres le recortaban distancia rápidamente. Apenas quedaban diez metros para llegar al muro, pero el chico destripado ya pisaba los talones de Rubén. El engendro estiró los brazos para atraparlo. Sus dedos rozaban la camiseta empapada, cuando el calvo pisó oportunamente uno de los intestinos haciendo que el zombi se estampara contra el suelo.

Eso le dio a Rubén los segundos que necesitaba para introducirse como una exhalación por el agujero. El calvo, ansioso por probar su carne, se lanzó en plancha. Aterrados, observamos cómo los brazos y la cabeza del podrido aparecían en el interior del patio. Incluso consiguió arrebatarnos uno de sus zapatos a Rubén, que aún no había logrado incorporarse. Pero el cuerpo del ser quedó encajado impidiéndole avanzar por mucho que agitaba furiosamente brazos y piernas.

Alfredo se acercó con cuidado, manteniéndose fuera del alcance de las manos del horrible monstruo. Levantó la pesada piedra sobre su cabeza y la soltó con todas sus fuerzas contra el cráneo de la criatura. El crujido me recordó al chasquido que producía mi tío cuando quebraba el caparazón de las nécoras que solía tomar en Nochevieja. Una vez se aseguró de que el ser había quedado definitivamente inerte, Alfredo se agachó y, ante nuestro espanto, arrancó ambos ojos de lo que quedaba de cabeza con sus propias manos.

–Ya está. Ahora Katy me tendrá que dar ese beso. –Parecía un poco ausente. Agarró ambos ojos por el nervio, como si se tratara de un macabro ramo de flores, y se dirigió hacia el gimnasio, rodeando el instituto.

Rubén y yo no salíamos de nuestro asombro. De pronto, el zombi punki arremetió contra la verja. Intentaba atraparnos inútilmente.

–Vámonos, por favor. Por ahora el agujero está tapado. Ya terminaremos después. –Me suplicó Rubén.

–Por favor, tenemos los medicamentos. Nos curarán. No, por favor. ¡No! –Salté sobre él. La linterna rodó por el suelo. La ira me embriagaba y no me dejaba pensar con claridad. Asesté una, dos..., veinte puñaladas. Hasta que Rubén quedó inmóvil en el suelo. Recogí la linterna y revisé la escena.

Varias de las cuchilladas habían atravesado la parte superior de su cabeza, por lo que no había peligro de que se reanimara. La culpa y el remordimiento me asaltaron de golpe. ¿Qué había hecho? Él era mi amigo, mi compañero. Entonces recordé el mordisco. El muy cabrón estaba infectado y ahora yo también lo... estaba.

¿Cómo? ¿Estoy infectado? No puede ser. No lo estoy. Si lo estuviera, habría... muerto. Y yo estoy vivo. ¡Estoy vivo!... ¿verdad?

17. INFECCIÓN

–Lo siento Roberto. La verdad es que estás infectado. Encontramos tu cuerpo electrocutado, pero vivo. Llevamos meses manteniéndote consciente gracias a drogas experimentales. Pero no sabemos cuánto tiempo te queda. Por eso, es fundamental que recuerdes si conseguisteis unir todas las piezas de la vacuna. Quizás con ella podríamos salvarte.

Pero no puede ser. No puedo estar infectado. Me inyecté la vacuna. El Profesor Robinson logró sintetizarla.

Él y las chicas estaban escondidos en el laboratorio. Cuando Alfredo llamó la atención de los zombis desde la lancha, también los puso sobre aviso a ellos. Con una linterna nos hicieron la señal de S.O.S.

–¡Ahí están! –Jorge señalaba hacia la luz que parpadeaba en una ventana del tercer piso del edificio de la derecha.

–¡Lo sabía! –La alegría había vuelto al rostro de Alfredo–. Sabía que estaban vivos.

–Perfecto –comentó Álvaro–, pero ahora tenemos que lidiar con las dos docenas de podridos que has alertado. Y apenas nos queda munición. El plan es el siguiente: Jorge, Alfredo, Roberto y yo, saltamos al agua y nadamos hacia aquella zona tras la caseta de mantenimiento. Rubén, tú arranca la lancha y acércate al embarcadero. El motor atraerá a todos hacia el muelle. Toma la última granada. Úsala bien, y después quédate en la lancha cuidando de Daniel. Nosotros limpiamos el resto del patio y volvemos a por ti.

Nos lanzamos al mar, intentando hacer el menor ruido posible. Los músculos se me agarrotaron al entrar en contacto con el frío agua, pero no me impidió avanzar tras mis compañeros. Cuando estábamos llegando a la costa, Rubén comenzó su parte del trabajo.

El ruido de la barca me resultó estrepitoso en medio de la noche. Los caminantes se aglomeraron alrededor del pequeño puerto, a escasos tres metros de Rubén. Enseñaban los dientes desafiantes a nuestro amigo, pero ninguno avanzaba más allá del borde. La granada voló justo cuando nosotros subíamos a tierra. El estallido tuvo menos efecto del esperado. Seis o siete de los seres fueron aniquilados y otros tantos cayeron al agua, hundiéndose irremediabilmente. El resto quedaron en pie, más o menos afectados por la metralla, pero sin impedirles seguir siendo máquinas de matar incansables.

Rubén comenzó a disparar desde la barca, dándonos tiempo para secar nuestras armas lo máximo posible. Logró abatir un par de ellos más, pero apuntar a los inquietos zombis desde una superficie en movimiento no resultaba nada fácil.

–A por ellos, antes de que se dispersen –Álvaro hizo un gesto agitando el brazo hacia adelante–. Jorge, síguenos unos metros por detrás cubriendo la retaguardia. Puede haber algún podrido rezagado.

Bordeamos la barraca de mantenimiento, dirigiéndonos a la zona de la piscina. Llegamos a la parte arbolada justo cuando Rubén se quedaba sin munición. Los zombis debieron escuchar nuestra carrera, porque inmediatamente marcharon en nuestra dirección. Detuvimos nuestro trote y abrimos fuego. Álvaro acabó con tres de las criaturas con una puntería envidiable. En mi caso, logré matar a uno de un disparo en la cabeza y derribar a un segundo impactándole en las piernas, aunque este continuó su avance arrastrándose por el suelo. Alfredo se encontraba a mi izquierda. Me extrañó no haber escuchado sus disparos. Por el rabillo del ojo, pude comprobar que mi compañero estaba congelado como una estatua de hielo. Uno de los dos zombis que se dirigían hacia él a toda velocidad era una mujer rubia vestida con

un camión de hospital. Una abertura en la parte delantera mostraba sus protuberancias y cientos de pechos. Alfredo no podía dejar de mirarla.

—¿Ka...Katy?— Un susurro de voz surgió de sus labios.

—¡Dispara, joder!— Jorge llegó a la carrera hasta nuestra altura y con su escopeta derribó al otro zombi que acosaba a Alfredo.

Reaccionó agitando la cabeza como si hubiera despertado de un mal sueño. Levantó el arma. La mujer se arrojó sobre él, intentando alcanzar con sus fauces el rostro del soldado. Alfredo apretó el gatillo, pero ninguna bala salió del fusil. ¡Estaba encasquillado! Hombre y monstruo cayeron al suelo en un laberinto de brazos y piernas. El ser que había sido Katy, mordía con ansia las mejillas y los labios de Alfredo, como si por fin le estuviera dando el beso que tanto tiempo le había negado. Jorge apartó a la putrefacta chica de un puntapié, observó con repugnancia cómo sujetaba la lengua del joven con los dientes, y la reventó la cabeza con un cartucho de su doble cañón.

Luego se volvió hacia Alfredo. En su cara solo podían apreciarse los ojos asustados entre un amasijo de jirones de carne. La sangre salía a borbotones de su boca. Sin decir nada, Jorge encañonó el deformado rostro y descargó su segundo cartucho con un estampido sordo.

Con movimientos rápidos entre los árboles, Álvaro y yo habíamos logrado flanquear y eliminar a los tres zombis restantes, bastante más lentos que los anteriores a causa de las heridas provocadas por la granada de Rubén.

—¡Mierda!— exclamó Álvaro cuando vio el cuerpo de Alfredo—. ¡Joder! Seguramente no limpió correctamente su arma.

Me sorprendí sintiendo también enojo, en lugar de pena. Nadie merecía morir como él lo había hecho, pero estaba claro que no había estado centrado en la misión. Además, no le tenía demasiado aprecio desde el día que me dio el bofetón junto al Agujero de los Bollos. Quise odiarme por no sentir tristeza. Tampoco lo logré.

No sentía nada... nada. Estaba solo, encerrado. Dios mío... ¿dónde estoy? ¿Por qué no veo nada? ¿Por qué no siento... nada? La oscuridad me invadía... y el hambre. Pero podía escucharlos... Estaban ahí... Tenían que estar ahí fuera.

—Está peor. —Pude reconocer la voz de Jorge—. ¿Quieres que me encargue de él?

—No.— Ahora el que hablaba era Álva...ro—. Necesitamos saber si esto funciona. Vamos al laboratorio. Debemos preparar la evacuación.

¡Eso es! Logramos llegar al laboratorio. En unos minutos habíamos rematado a todos los podridos que se arrastraban por el recinto y nos dirigimos al edificio donde habíamos visto la luz. Jorge y yo transportábamos a Daniel con mucho cuidado. Para llegar a la tercera planta, Álvaro y Rubén, que había cogido el arma de Alfredo y lo había limpiado convenientemente, tuvieron que acabar con algunos podridos más. Esta vez iban ataviados como personal sanitario.

Pero al fin llegamos al escondrijo desde el que nos habían avisado con la linterna. Allí nos esperaban nuestras antiguas compañeras. Aquellas niñas de las que nos separaron tantos años atrás. El reencuentro fue conmovedor. Me cuesta explicar con palabras la alegría que nos embargó en aquel momento. Bueno, para ser sincero, Álvaro se mantuvo bastante sereno. Antes de nada, nos ordenó asegurar de nuevo la puerta por la que habíamos entrado al laboratorio, para luego mostrarse algo distante saludando con fríos apretones de manos a las chicas mientras el resto nos fundíamos en afectuosos abrazos. Las risas y llantos emocionados resonaron por igual en aquellas asépticas habitaciones. Las muchachas estaban bastante cambiadas, pero ver rostros conocidos en medio de tanta muerte recargaba de esperanza nuestros corazones.

Tras el alborozo inicial, buscamos un sitio donde dejar descansar a Daniel. Cristina nos mostró un camastro que no parecía demasiado confortable, pero tendría que valer. Le recostamos cuidadosamente y su respiración se sosegó. Parecía estable dentro de la gravedad.

Aprovechamos la ocasión para preguntar a las chicas por su historia. Cristina tomó el mando de la conversación y nos contó todo lo que habían pasado. Este lugar había sido el hogar de nuestras amigas durante más de cinco años. Un hogar terrible, espeluznante. Nosotros habíamos sufrido una instrucción inhumana, pero lo suyo había sido mucho peor. Habían estado experimentando con sus cuerpos, llegando a fecundarlas para luego arrancarles sus fetos e infectarlos. A veces, directamente contagiaban a sus hijos dentro de sus vientres. Nos contó todas las aberraciones a las que fueron sometidas, revolviéndonos el estómago mucho más de lo que nunca lo habían hecho los zombis que dominaban el mundo. Desgraciadamente no habían sobrevivido todas y solo quedaban seis de las chicas el día que se abrieron las cámaras en las que las tenían prisioneras. Me alegró reconocer entre ellas a Elena y Patricia. Habían coincidido conmigo en clase desde párvulos, y sentía que por esa razón eran amigas más cercanas. También estaban las inseparables Irina y Laura. Fue un poco angustioso recordar que faltaba Katy, la tercera parte del trío y a la que ambas doraban la píldora desde bien pequeñas. Por último, me costó recordar el nombre de la joven achaparrada y morena que nos miraba tímidamente desde una cierta distancia. Creo que tenía un hermano mayor que nosotros que era un poco pesado. Quería siempre unirse a nuestro grupo de amigos, pero nunca se lo permitíamos. Raúl, se llamaba, y ella... Maribel, eso es.

Lo paradójico era que seguían cautivas incluso después de haber escapado de sus calabozos, aunque ahora su cárcel era algo más amplia. Se trataba de cuatro grandes salas contiguas que ocupaban el ala oeste de la planta. Dos de ellas formaban el laboratorio propiamente dicho, con multitud de aparatos, armarios, microscopios y probetas. Otra, que antiguamente había sido una oficina ocupada por una veintena de escritorios, ahora había sido transformada en una especie de comedor o sala común. Incluso se podía observar una zona, que parecía un despacho separado del resto por cristaleras, llena de botellas de agua mineral y, en menor medida, de latas de conserva. Por último, la cuarta sala estaba compuesta por lo que parecían ser ocho estrechas celdas, amuebladas únicamente con incómodos camastros, lavabos que no funcionaban, y pequeñas letrinas anegadas de excrementos.

En una de las celdas, las chicas tenían encerrado a un anciano con el pelo canoso y la barba desaliñada. Según nos explicó Cristina, que parecía haber asumido el liderazgo del grupo, se trataba del profesor Robinson, uno de los doctores que habían estado experimentando con ellas todo este tiempo. Lo tenían encerrado sujetando la puerta con una fuerte cadena, dado que las modernas cerraduras funcionaban con electricidad.

De inmediato, Álvaro pidió hablar con el doctor, y Cristina retiró el cierre y nos permitió la entrada. El anciano dormitaba en el camastro.

—¡Despierte! —incripó Álvaro. El hombre abrió los ojos pegando un respingo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó confuso. Pronunciaba con un marcado acento americano.

—No le importa —cortó tajantemente—. Si no quiere tener problemas, debe responder a mis preguntas sin rechistar. ¿Qué ha ocurrido aquí?

El sujeto se percató de las armas que portábamos y su semblante cambió de la confusión al miedo.

—Por favor, no me maten. Obedecía órdenes. Simplemente buscábamos una cura para el mal que asola el mundo.

—Ya, experimentando con inocentes chicas y sus embriones. Pero ese es otro tema que discutiremos más tarde —Álvaro seguía extraordinariamente serio—. Me refiero a qué ha ocurrido para que el Centro de Aseguramiento haya sido invadido por los zombis.

–Es difícil de explicar. –El doctor se levantó del camastro, aproximándose a la puerta de la celda–. La UAZ debía... espera, ¡sois de la UAZ! –Señaló el emblema que aparecía en nuestros uniformes. Ahora su rostro cambió a la indignación–. ¡Vosotros sois los causantes! ¡Teníais que traer las fórmulas y compuestos necesarios para completar la vacuna! Pero algo no estaba bien, estudié profundamente la documentación y según mis cálculos faltaba un ingrediente. Los ineptos del edificio Uno no hicieron las comprobaciones oportunas. Varias de las chicas se infectaron en cuanto las inyectaron. ¡Se volvieron violentas incluso antes de morir! Era todavía más grave que el brote original. La infección se extendió con rapidez. ¡Fue el caos! No me dio tiempo de llegar al helicóptero de evacuación. Me encerré en una de estas celdas, junto a las seis chicas. Y aquí nos quedamos hasta que todo acabó.

El anciano volvió a sentarse en el camastro, algo abatido.

–Al cabo de unos días, la electricidad se fue y las celdas se abrieron. Probablemente se agotó el combustible del generador. Pero ellas no me dejaron salir. Me recluyeron de nuevo aquí. –Empezó a llorar–. Creo que en cierta medida les debo la vida. Ellas me alimentan y me dan agua. No sé de dónde lo habrán sacado. No merezco vivir. Mátenme.

–Tranquilícese, no hemos venido a eso. Tengo que pedirle dos cosas. Tenemos un compañero herido. Tiene una bala en el abdomen. ¿Cree que podría sacársela?

–Por supuesto, soy médico. Aunque sería mucho más fácil si tuviéramos electricidad. Quizás puedan bajar al edificio de mantenimiento y llenar el depósito. Debería haber combustible de sobra –Robinson parecía más animado–. ¿Qué otra cosa necesitan?

–Tengo una pregunta, si le consiguiéramos el último ingrediente que falta, ¿podría usted fabricar la vacuna? –tanteó Álvaro.

El hombre abrió los ojos de par en par.

–¡Claro que sí! ¿Lo tienen? Revisé toda la documentación varias veces. ¡Con ese ingrediente la vacuna debería funcionar! –Su rostro se volvió de nuevo sombrío. Este tío era una montaña rusa de emociones–. Pero en ese caso es necesaria la electricidad sí o sí. Debe funcionar la centrifugadora. Además, necesitaría los medicamentos que se llevaron al edificio Uno.

–Soltadlo –ordenó Álvaro a Cristina–. Doctor, encárguese de curar a mi amigo. Está muy grave. Nosotros nos encargaremos del generador y los medicamentos. Pero no intente nada raro. Le voy a dar este arma a las chicas. –Levantó uno de los fusiles con su brazo derecho–. Ante cualquier movimiento sospechoso le volarán la cabeza.

Álvaro y Jorge se encargaron del generador y Rubén y yo fuimos a por los medicamentos. Pero... solo volví yo. Me habían infectado. ¡Oh, no! ¿Cómo se lo iba a decir a Álvaro?

Entré en el laboratorio. El sudor perlaba mi frente. Me notaba febril. Cristina cerró la puerta tras de mí. Álvaro y Jorge ya habían vuelto. Las brillantes luces fluorescentes del techo indicaban que habían tenido éxito en su misión. La cabeza me daba vueltas.

–Traigo... los... medicamentos. –Me costaba mucho pronunciar las palabras. Me descolgué la mochila como pude. Varias gotas de sangre chorrearon desde mi brazo al suelo.

–¡No me jodas Roberto! –Álvaro me miró preocupado–. ¿Te han infectado?

–Me... mordió... Rubén. Creo... que... sí. –Me fallaron las piernas y caí de rodillas.

–¡Me cago en la puta! –Álvaro sacó su pistola y la apoyó en mi frente, justo en el entrecejo–. Cierra los ojos, Roberto. –Me dijo suavemente–. Y reza por tu alma a eso que llamas Dios.

18. RESCATE

–¡Espera! –El profesor Robinson estaba registrando mi mochila–. Tengo todo lo que necesito para la vacuna. Pero nos vendría bien tener a alguien para probarla. Encerradlo hasta que la tenga preparada. Si se transforma antes, matadlo.

Álvaro retiró la pistola. Me pareció que suspiraba de alivio. Hizo un gesto a Jorge y este me sujetó los brazos a la espalda con la cadena que habían quitado de la jaula del doctor. Me introdujeron en una de las celdas. El chasquido metálico del cierre eléctrico golpeó mi cerebro como si una bomba hubiera estallado en el interior de mis oídos. Me recosté como pude en el camastro y comenzaron a cerrármese los ojos. Lo último que vi fue a Daniel, tumbado en el catre de la celda de enfrente, respirando sosegadamente.

Cuando desperté, el doctor estaba sentado en la cama, junto a mí. Sujetaba una jeringuilla en la mano. Me miró con una sonrisa sincera en la cara.

–Tranquilo. Esto debería curarte –dijo mientras me pinchaba en el hombro izquierdo. El dolor fue insoportable. Era como si me estuvieran inoculando fuego líquido. Empecé a sentir náuseas y un profundo mareo. Todo comenzó a volverse borroso. No pude... no pude... soportarlo...

La noche duró una eternidad. La fiebre invadió mi cuerpo. Sentí escalofríos... temblores... convulsiones. Sudé hasta empapar las sábanas del camastro. Me revolví sobre el cochón una y otra vez, sin encontrar una postura que me reconfortara. Las voces de mis compañeros resonaban amortiguadas en mis tímpanos, como si fueran fantasmas y los sonidos llegaran del más allá. O quizás era yo el que estaba muriendo.

–Si supera esta noche, todo debería ir bien –explicaba el profesor–. Su cuerpo se habituará al anticuerpo y se volverá inmune al virus de los muertos.

–Eso espero, me estoy quedando sin efectivos –comentó Álvaro–. Necesitaremos de todo aquel que pueda sostener un arma para salir de aquí. He visto que el helicóptero de Pilier está detenido cerca del puerto.

–Tú siempre tan práctico –dijo Jorge con un tono que se aproximaba un poco al resentimiento–. Solo estamos tú y yo. A ver cómo nos las apañamos.

–Hay otra opción –añadió Robinson–. Abajo, en la sala de control, hay una radio. Ahora que habéis encendido el generador, debería funcionar. Si me lleváis hasta ella, puedo ponerme en contacto con el Centro de Evacuación de Bilbao. Ellos podrían venir a rescatarnos.

–A ver Robinson, explícanos de que va todo eso del Centro de Evacuación...

Creo que debí quedarme inconsciente, porque lo siguiente que recuerdo es despertar desorientado en aquella celda. Me encontraba totalmente exhausto y muy débil, pero la fiebre había bajado y mi cabeza parecía funcionar de una forma más racional.

–Parece que la bella durmiente ha despertado –bromeó Jorge. Se encontraba sentado en una silla en medio del pasillo que había entre mi celda y la de Daniel.

Su inquietante sonrisa desapareció cuando Álvaro apareció en escena.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó mi amigo. Noté cómo me examinaba con preocupación.

–Estoy mejor –contesté mientras me levantaba con lentitud y me estiraba ostensiblemente–. Un poco

oxidado, tal vez. Pero supongo que es lo normal en estos casos. Mira. –Remangué el brazo para mostrar la herida que me había hecho Rubén–. El mordisco está mucho mejor. Ni siquiera parece que esté infectado.

–Me alegro mucho. –Parecía realmente complacido–. Así podrás ayudarnos en una nueva misión. Nos vamos con Jorge y el profesor a buscar la radio. Pero antes, te examinará el doctor. No podemos arriesgarnos.

Abrió la reja con un chasquido y Robinson entró en la celda. Tras una exploración concienzuda, se incorporó y se dirigió a Álvaro.

–La vacuna parece haber funcionado, todos los síntomas de la infección han remitido –diagnosticó.

Álvaro esbozó una amplia sonrisa y arrojó un rifle a mis pies, junto con algo de munición que habían recuperado en su incursión al edificio de mantenimiento.

–Bienvenido de vuelta al equipo.

Una vez uniformado y listo para la acción, nos dirigimos a la planta entresuelo, donde se encontraba la sala de control. Bajamos por las escaleras y no encontramos ningún obstáculo hasta llegar al recibidor. Era curioso, a esa planta no se podía acceder por el ascensor principal del edificio, ya que no existía el botón en el cuadro de mando. Solo se podía llegar por un elevador secundario y con la llave de seguridad adecuada, o por la escalera de mantenimiento, a la cual el profesor tenía acceso.

La habitación, iluminada por unos potentes fluorescentes blancos, solo estaba amueblada con un pequeño mostrador metálico detrás del cual podía leerse en un futurista cartel “Collin Co. Industries”. Con toda seguridad, aquel había sido el puesto de trabajo de una bella recepcionista antes de todo aquello. En la pared de la derecha, una puerta de cristal tintado daba paso a un largo corredor. El profesor nos indicó que nuestro destino estaba por ahí.

–Tú delante, Roberto. Jorge, síguelo de cerca –ordenó Álvaro–. Yo me quedo protegiendo al doctor. Iremos unos pasos por detrás.

Y así avanzamos por el pasillo que estaba flanqueado por dos muros de cristal que permitían ver el interior de varias estancias que parecían laboratorios de investigación. La puerta de la sala de control era la del fondo y había que pasar por delante de cuatro pares de puertas transparentes que daban acceso a las habitaciones contiguas. Todo estaba en aparente tranquilidad.

Me quedé parado, algo me daba mala espina. No sé si escuché algún ruido imperceptible, o simplemente percibí un movimiento por el rabillo del ojo, pero el caso es que se me erizó el cabello de los brazos como si estuviera cargado de electricidad estática. Me giré hacia mis compañeros, tenía a Jorge prácticamente pegado a mi nuca.

–Creo que hay muertos acechando. Quizás deberíamos ir mirando primero en las salas laterales y despejándolas –comenté.

–Es una buena idea –susurró Álvaro–, pero, como puedes ver, todos los laboratorios están conectados entre sí por cristaleras. Si nos encontramos con un podrido, va a dar igual aquí que en la habitación de al lado. Nos descubrirán y nos atacarán de inmediato. Prefiero estar en el pasillo, al menos aquí nos vendrán solo de frente.

Le miré desconcertado. Si avanzábamos, los monstruos podrían asaltarnos por delante, por los lados o por la espalda. Pero entendí su plan cuando añadió:

–Jorge, quédate aquí conmigo. Roberto, te cubrimos, avanza hasta la sala de control y reconócela. Si te encuentras en problemas, vuelve al pasillo y lánzate al suelo para dejarnos tiro.

Iba a protestar, pero aprecié la determinación en su voz. No lo había expresado con palabras, pero

estaba claro que él tenía en mente que yo había sido ya infectado y vacunado. En teoría, era inmune a otro posible mordisco. Pero, ¿y si me arrancaban la yugular? A eso no era inmune...

Sin querer darle más vueltas, me adentré entre los ventanales. Fui dando pasos cortos y silenciosos, mirando meticulosamente a izquierda y derecha. El paisaje no era demasiado tranquilizador. Había signos evidentes de lucha. Camillas caídas aquí y allá, restregones de sangre en las paredes, alguna vitrina rota. Un zapato en el suelo. Un pie arrancado junto a él. Una chica con los pechos destrozados y sin mejillas que parecía dormir sobre una mesa... Un hombre vestido con una bata verde que estaba de pie en un rincón mirando a la pared... Uno de sus riñones colgaba de su cuerpo y reposaba junto a su cadera como un siniestro walkman. Una mujer totalmente desnuda, con el vientre inflado y abierto como si la hubieran hecho una carnicera cesárea, tirada en el suelo y con la cabeza introducida de manera imposible en una especie de frigorífico lleno de muestras...

Me detuve. No habían reparado en mi presencia. Probablemente las habitaciones eran lo suficientemente aislantes para que mi aroma no asaltara sus podridas fosas nasales. Alcé la mano y levanté tres dedos, para que mis compañeros supieran cuántos había visto. Seguí mi trayecto moviéndome mucho más lentamente. Si lograba alcanzar la sala de control sin hacer ningún ruido, quizás saldría bien parado. Al fin llegué a mi destino, metí la contraseña en el panel digital que había junto a la puerta, y la abrí con cuidado.

Un zombi, vestido con un uniforme de seguridad, me dio la bienvenida al otro lado. Su reacción fue asombrosamente rápida. Apenas pude fijarme en sus aterradores ojos extrañamente empañados de rojo y sin rastro de pupilas, cuando ya lo tenía encima de mí. Con un movimiento reflejo, salté hacia atrás, y le dispare en la frente, encima del ojo derecho. Cayó fulminado, pero el ruido del disparo actuó de reclamo para sus compañeros. De la sala de control, salió un segundo guarda de seguridad, este con un afilado bisturí clavado en la barbilla, y saltó sobre mí con una agilidad que yo no había visto en ningún muerto antes. Le recibí con un golpe de culata que lo retuvo una décima de segundo. La chica sin mejillas, el doctor castigado y la preñada, también se habían activado y se lanzaron contra las cristaleras con una agresividad incalculable. Las atravesaron con un estruendo de cristales, más propio de las películas que de la vida real, e irrumpieron en el pasillo sepultándome en el suelo con sus infectos cuerpos. La lluvia de vidrio me provocó numerosas heridas en el rostro y las manos, pero ninguna lo suficientemente grave para impedirme pelear.

Apenas podía debatirme en medio del batiburrillo de brazos y piernas que pugnaban por sujetarme, golpearme y acercarme a las horribles bocas malolientes de mis atacantes. Mi defensa era a todas luces insuficiente para detener a aquellos cuatro seres. Además, estos parecían mucho más fuertes que cualquier otro muerto con el que me hubiera enfrentado hasta ese momento. Y todos lucían los mismos inquietantes ojos rojos que el primer guardia que me había sorprendido.

—¡Son rabiosos! —gritó el doctor Robinson—. Los infectados por la vacuna fallida que desarrollamos hace unas semanas.

Estaba asimilando esa información cuando experimenté un terrible dolor en el muslo izquierdo. La chica sin mejillas había logrado hincarme el diente y se llevaba un pequeño trozo de mi ser entre sus labios. Una ira inmensa recorrió mi cuerpo y mis músculos se tensaron como cables de acero mientras mi garganta despedía un rugido desgarrador. Como si se hubiera tratado de una señal convenida, mis compañeros empezaron a disparar desde el fondo del pasillo. Aún invadido por una furia incontenible, agarré la cabeza de la chica con mi brazo derecho y la estampé contra la del guardia con todas mis fuerzas. El sonido me recordó al que hacen los cascanueces al quebrar la cáscara de algún fruto seco, aunque algo más sordo. La muchacha quedó inerte. Quedaban tres. El vigilante, que no pareció inmutarse por el golpe, levantó el cuello para intentar destrozarme con su boca. Una de las múltiples balas que

pasaban sobre nosotros, a muy poca altura para mi gusto, impactó en lo alto de su cráneo y lo abatió con una sacudida. Dos. Noté otro mordisco. En esta ocasión el doctor con el riñón walkman se estaba cebando en mi costado. Empuñé el machete con decisión y lo clavé en la nuca del ser con un potente golpe. La punta del cuchillo asomó por el ojo izquierdo y me hizo un pequeño corte junto a la dentellada que apenas sentí. Uno. El estallido de la escopeta de Jorge atronó prácticamente a mi lado y la mujer con el vientre abierto también cayó. Cero. La cólera abandono mi cuerpo casi de inmediato.

Mi amigo estaba de pie junto a mí, con la escopeta aun humeando. Le tendí la mano para que me ayudara a levantarme, pero solo recibí el cañón de su arma apuntándome a la cara.

–No te muevas –pidió mientras Álvaro y el profesor se aproximaban.

Todos inspeccionaban mis heridas con inquietud. El profesor se acercó y descubrió el mordisco del costado con su mano enguantada.

–Tiene mala pinta, pero no muestra signos de infección, tal y como esperaba. No se parecen a las mordeduras de cualquier otro contagiado. Están limpias. Fijaos en los bordes...

–¡Joder! –protesté–. Si no os fiais de mí, matadme. Pero no me jodáis hurgando en las malditas heridas. ¡Escuecen un huevo!

–Está bien –dijo el doctor retirando la mano–, no morirás de esto. Cuando volvamos con las chicas, te vendaré y te haré nuevas pruebas.

Álvaro hizo un signo a Jorge, que retiró la escopeta y me ayudó a incorporarme.

–No es nada personal, Calabaza.

Empezó a andar a mi lado, cerca, vigilando. Ya en la sala de control, el profesor encendió la radio de larga distancia y configuró la frecuencia de comunicación. Por los altavoces empezó a zumbar el ruido estático característico.

–Aquí Centro de Aseguramiento de Humanidad, al habla el Profesor Robinson. Centro de Evacuación, por favor, responda. Cambio.

Estática.

–Repito, aquí Centro de Aseguramiento de Humanidad. Centro de Evacuación, ¿están ahí? –El doctor parecía impaciente.

Tras unos segundos de silencio, recibimos una voz de respuesta.

–Aquí Centro de Evacuación, le habla el Sargento Connor. –El acento americano del militar era evidente–. Nos alegra escucharle Profesor Robinson, teníamos entendido que el Centro de Aseguramiento había caído.

–Gracias a Dios –dijo el doctor aliviado–. Tiene razón, sargento, el centro cayó hace semanas, pero quedamos alrededor de una docena de supervivientes. Solicitamos evacuación inmediata.

Tras una pausa valorativa, Connor volvió a hablar.

–Lo siento profesor, evacuación denegada.

–Pero, ¿qué está diciendo? –El rostro del profesor estaba desencajado–. No lo entiende, apenas nos quedan víveres. Estamos rodeados de zombis. Es imposible que salgamos de aquí por nuestros propios medios.

–Repito, evacuación denegada. Es muy arriesgado enviar un pájaro a un foco de infección. Deben aguantar sin nuestra ayuda.

Álvaro arrebató el micrófono al profesor con un movimiento brusco.

–A ver si se entera, sargento. Tenemos una vacuna, el profesor ha logrado sintetizarla –expuso con tono

calmado—. La hemos probado y funciona. Vengan a por nosotros. La humanidad puede depender de ello.

La respuesta se hizo esperar una eternidad.

—¿Con quién hablo? —preguntó el Sargento

—Soy el líder de la primera promoción de la UAZ. Recuperamos el ingrediente secreto que había robado Animal Pilier —respondió Álvaro.

De nuevo silencio. Era como si no hubiera nadie al otro lado, o como si Connor estuviera consultando lo que debía decir.

—¿Y bien? —preguntó Álvaro vehemente.

—Evacuación concedida. Enviamos pájaro de inmediato. En unas horas les recogerá en el helipuerto de la azotea del edificio Dos.

—Les esperamos —terminó mi amigo, apagando la radio.

—¡Bien! —chilló el profesor inundado de alegría—. Vienen a por nosotros.

—Te equivocas —corrigió Álvaro—. Vienen a por la vacuna. Dudo que nosotros les interese una mierda. De hecho, solo envían un helicóptero, insuficiente para evacuarnos a todos. Tenemos que prepararnos por lo que pueda pasar.

—¿Y lo hicieron? ¿Fueron a por vosotros? ¿Se llevaron la vacuna a Bilbao?

Sí, vinieron. Pero los estábamos esperando. Álvaro había insistido en que nos apostáramos dentro de la pequeña construcción de ladrillo que daba acceso a las escaleras de bajada. Como contrapunto, en medio de la azotea, muy cerca del helipuerto, habíamos colocado un cadáver vestido con el uniforme de Daniel y armado con la escopeta de Jorge. Lo habíamos sujetado rudimentariamente a una barandilla, de manera que se mantuviera en pie con gesto marcial. Visto desde la distancia, parecía un miembro de la UAZ hecho y derecho, y más aún en la penumbra de la noche que nos había invadido. Una espectacular tormenta eléctrica se había sumado a la fiesta para terminar de disponer el escenario perfecto para una épica batalla.

Cuando el foco del helicóptero apareció a lo lejos, rompiendo la oscuridad, nuestro líder nos conminó a guardar silencio. Sujetamos nuestros rifles automáticos con convicción, esperando no tener que utilizarlos de nuevo contra seres humanos.

El generador seguía funcionando y el helipuerto permanecía iluminado, facilitando la maniobra de aproximación del aparato volador. La lluvia y los pequeños charcos diseminados por la azotea reflejaban la potente luz del faro, deslumbrándonos levemente. Cuando se encontraba a poco menos de veinte metros sobre la pista, el portón lateral se abrió, mostrando a cuatro hombres armados hasta los dientes que empezaron a disparar sobre nuestro señuelo sin mediar palabra. El cadáver recibió suficientes impactos para que uno de sus brazos se desprendiera y cayera al suelo y media cabeza desapareciera de la faz de la tierra. Pero seguía en pie, firmemente sujeto a la barandilla.

—¡Alto el fuego! ¡Es una trampa! —gritó el que parecía el líder—. Probablemente estén escondidos. ¡Volad las posibles coberturas!

Aquella potente voz me resultó muy familiar. Desde mi posición apenas podía vislumbrarlo con claridad, pero esa pose arrogante, ese rostro amargado, esa despótica forma de dar órdenes, no dejaban lugar a la duda. ¡Era el instructor Collin!

Un rayo crepitó en el cielo y el correspondiente trueno retumbó con potencia.

Estaba seguro de haberlo visto morir en la Casa de la Colina, pero quizás... bueno, lo derribaron y

entonces huimos. ¿Sería posible que aquel hombre hubiera sido capaz de escapar él solo de una horda de muertos vivientes y atravesar medio país para llegar hasta el Centro de Evacuación en Bilbao? Fuera como fuese, allí estaba.

–¡Disparad! –ordenó Álvaro cuando observó que uno de los soldados apuntaba un lanzacohetes hacia nuestro escondite–. Derribad a ese cabrón antes de que nos desintegre.

Nos asomamos por la puerta y empezamos a ametrallar el helicóptero. Con la primera ráfaga derribamos a dos de los soldados que cayeron al vacío perdiéndose de vista en la oscuridad. Entre ellos el tipo del bazuca, pero no antes de que lanzara el primer cohete. Afortunadamente, ya estaba desequilibrado y el proyectil impactó más alto de lo debido. La explosión fue tremenda y convirtió la parte superior de nuestro cobertizo en escombros que se desplomaron sobre nosotros. Me encontré en el suelo, aturdido por la onda expansiva y cubierto por restos de ladrillos que empezaban a convertirse en barro a causa del aguacero que caía. Un nuevo rayo iluminó la zona, como si alguien estuviera tomando sarcásticas fotografías de nuestro combate.

El tamborileo que impactaba sobre los cascotes no era solo producido por la lluvia, los militares habían comenzado su tiroteo de nuevo. Alguien me agarró del brazo y me arrastró detrás de lo poco que quedaba de pared. Era Álvaro.

–¡Vamos! ¡Hay que responder a su fuego!

A su lado, Jorge disparaba con insistencia hacia el aparato, apoyando los codos sobre el murete para apuntar con más precisión. Tomé la misma postura y vacié mi cargador contra el pájaro de metal que se había elevado un poco. Las chispas saltaban emitiendo curiosos efectos al mezclarse con el agua que caía.

–¡Desciende! –bramó el instructor–. ¡Elimina a esos niños con un torpedo!

El piloto obedeció y empezó a bajar de altura mientras giraba el helicóptero con la intención de dirigir sobre nosotros uno de sus torpedos. Se encontraba flotando más allá del borde del edificio. Los soldados del interior perdieron ángulo y bajaron su cadencia de tiro. Momento que aproveché Álvaro para salir corriendo.

–¡Todos fuera! –vociferó–. ¡Cubridme!

Jorge y yo salimos hacia izquierda y derecha, intentado ganar visibilidad y ametrallando las compuertas mientras Álvaro aceleraba su carrera hacia el borde de la azotea. Uno de mis disparos impactó en el cuello del último soldado, que perdió el equilibrio y quedó colgando por el pie fuera del aparato. Muerto. El instructor se había quedado solo. Álvaro saltó desde el edificio y surcó el cielo como si de un superhéroe de comic se tratara. Otro relámpago alumbró la escena ocasionando una espectacular estampa. El firmamento tronó justo cuando mi amigo se agarraba al tren de aterrizaje. Su rifle salió despedido con el impacto y se precipitó al vacío.

El helicóptero se balanceó peligrosamente, y el piloto tuvo que tomar altura para evitar chocar contra la pared de la torre. Collin se concentraba en mantener el equilibrio y cubrirse de nuestros disparos. Antes de que pudiera siquiera plantearse disparar a Álvaro, este ya se encontraba subido a bordo. Detuvimos el tiroteo, no queríamos herir a nuestro compañero, pero no dejamos de apuntar hacia la máquina que poco a poco se iba situando sobre nosotros.

El instructor trató de encañonar a Álvaro, pero el joven fue más rápido, y con una diestra patada lanzó su arma fuera del helicóptero. Collin respondió desenfundando su cuchillo y atacando cuerpo a cuerpo. Álvaro logró zafarse de la embestida, pero el vaivén del aparato hizo que cayera a un lado, lo que provocó que todo oscilara aún más. El piloto no lograba enderezar el vuelo. El instructor giró sobre sí mismo con rapidez y lanzó una nueva cuchillada. Álvaro la detuvo sujetando el brazo del arma con las

dos manos. Contratácó con un potente rodillazo en el abdomen del instructor, que quedó doblado lo suficiente para que lograra impactarle dos rápidos puñetazos en la cara. Collin cayó al suelo y desde allí propinó un fuerte puntapié en la corva de la rodilla izquierda de mi compañero, provocando que la pierna se doblara y se derrumbara irremediabilmente sobre él.

En ese momento los perdí de vista, parecía que rodaban por el suelo peleando con avidez. Tan pronto estaba uno encima, como lo estaba el otro. El helicóptero cada vez fluctuaba más peligrosamente, hasta que, de pronto, ambos se despeñaron fuera del aparato agarrados en un abrazo mortal. En esta ocasión fueron dos rayos seguidos los que relampaguearon enmarcando de blanco la caída de unos diez metros que había hasta el helipuerto.

Tras ellos, una escalera de mano se desenrolló dando la impresión de que estábamos observando un yoyó humano. Álvaro llevaba agarrada la escala de cuerda y cuando se terminó de desplegar, a apenas metro y medio del suelo, sufrió un tirón que aminoró un poco la velocidad, pero el impacto contra el firme fue igualmente sobrecogedor. El estallido del trueno resonó como si lo que había golpeado la pista hubiera sido el martillo del mismísimo Thor.

El instructor se las había apañado para que Álvaro estuviera debajo y recibiera el mayor daño, pero ambos quedaron aturcidos. Jorge y yo mirábamos anonadados, sin saber qué hacer.

–Jorge, el helicóptero. No dejes que escape –masculló Álvaro acumulando toda la energía de que disponía.

El piloto por fin parecía tener el control y se estaba elevando lentamente. Jorge reaccionó de inmediato y con una veloz carrera logró sujetarse a la escalinata justo antes de que quedara fuera de su alcance. Observaba su escalada cuando la voz del instructor captó mi atención.

–¡Muere cobarde! –aulló mientras se arrodillaba sobre Álvaro y le asestaba una puñalada en el pecho–. ¡Huisteis como perros y no defendisteis el cuartel! ¡Me dejasteis tirado mientras intentaba protegeros!

Apunté y apreté el gatillo como un resorte, pero el rifle quedó mudo. ¡El cargador estaba vacío! Collin levantó de nuevo el machete y lo descargó con fuerza sobre la cabeza de mi amigo, que colocó la mano delante para escudarse. La hoja atravesó la palma y fue a clavarse en el ojo izquierdo de Álvaro, que emitió un desgarrador bramido y quedó inerte.

El calor de la cólera me abrumó por completo, abriéndose paso entre mis entrañas como un tsunami. Poseído, arremetí contra el instructor que levantaba el machete por tercera vez, mientras me maldecía por no haber revisado el cargador antes. Lo plaqué como si fuera el mejor jugador de rugby de todos los tiempos y empecé a golpearlo con una intensidad más propia de un enajenado mental. Apenas controlaba mis movimientos y mi ataque no era en absoluto coordinado. Estaba rabioso, solo deseaba matarlo, destruirlo por completo, ¡morderlo!

Pero el instructor tenía sus propios planes y antes de que me diera cuenta me tenía de espaldas contra el suelo, sentado a horcajadas sobre mi pecho. Me sujetaba los brazos con sus rodillas y empuñaba su machete de nuevo. Sonrió y me miró con arrogancia.

–Ay, cabezón. ¿Pensabas que tú podrías plantarme cara? Si lo único que has hecho es morderme como las niñas –dijo mientras el cielo volvía a relampaguear.

Gruñí. No atinaba a decir nada, a pensar nada. Solo intentaba morderlo en las pantorrillas. El agua chorreaba por el rostro magullado del instructor y caía sobre mis mejillas. Entonces, debió ver algo en mis ojos y abrió los suyos de par en par.

–¡Hijo de puta! Estás infectado, ¿verdad? ¡Cabrón! Me has contagiado. ¡Cabrón! –Alzó el machete sobre mi frente. Me iba a matar.

La bóveda celeste debió fracturarse de pronto, porque el mayor trueno que había sonado en toda la noche retumbó haciendo temblar hasta los cimientos del edificio. Observé con sorpresa cómo la cabeza del instructor desaparecía ante mis ojos, convertida en un millar de pedacitos de carne y sangre. La presión sobre mis antebrazos disminuyó y pude incorporarme un poco.

De pie, a pocos pasos de mí, Álvaro sostenía la escopeta de Jorge y me miraba con determinación con su único ojo. Entonces, me desmayé.

Todo era... confuso. A veces, andaba sin sentido. A veces, corría con todas mis fuerzas. Quería... saciarme. No distinguía día de noche. La mayor parte del tiempo, todo era oscuridad. En ocasiones, estaba embriagado de placer. La... sangre resbalaba por mi barbilla. Confusión... Oscuridad... Ansia... No, no, no, no, no. No puede ser. Yo no soy uno de esos monstruos... Dolor... Una valla... Mucho dolor por todo el cuerpo... la descarga hizo que se me erizaran los pelos... Oscuridad... Muerte.

–Tranquilo Roberto, tranquilo. No estás muerto. Si estuvieras muerto no podrías hablar conmigo. Has hablado de evacuación. ¿Os llevasteis la vacuna a algún sitio desde el laboratorio?

–¡Aparta, estúpida! ¡Claro que estás muerto, gilipollas!

¿Doctor Olías? ¿Es usted? ¿Qué está ocurriendo?

–¡Ocurre que estás muerto! ¡Que te encontramos en la puta frontera hace ya cinco años! Te habías electrificado, pero eras diferente al resto. ¡Hablaste! Dijiste: “Álvaro... ayúdame”. Está claro que lo que te inyectaron ha provocado que tu cerebro siga funcionando después de muerto. ¡Quizás esa mierda sea la que nos salve de la extinción! Y no me puedo creer que después de tanto tiempo todo haya sido para nada. Que no sepas dónde se llevaron la jodida vacuna.

–Álvaro... sálvame –dije con un hilo de voz.

–No creo que pase de esta noche. –Oí al profesor Robinson–. No lo entiendo. Estoy completamente seguro de que la mezcla era correcta. Además, Daniel parece que no ha rechazado la vacuna lo más mínimo.

Dentro de mi agonía, no pude dejar de preguntarme por qué Álvaro había permitido al doctor usar a Daniel como conejillo de indias. Él no estaba infectado. ¡Por Dios!

–Esperaré hasta el último momento. –La voz de Álvaro sonó grave–. El helicóptero está preparado. Por favor, ayude a Jorge a llevar a Daniel.

Me alegré mucho de que Jorge hubiera podido recuperar la aeronave. No llegué a enterarme de qué había pasado con el piloto, pero lo más probable es que mi compañero acabara con él en el proceso. Pude percibir cómo Jorge y Robinson se ponían de acuerdo para sacar al herido sin hacerle daño. Después, todo quedó en silencio. Intenté despegar los párpados e incorporarme para ver que ocurría, pero no controlaba mi cuerpo, no podía mover ni un músculo.

–Roberto. –Era Álvaro–. Espero que puedas escucharme. –“Sí, te escucho”, quise decir–. Creo que al final no lo vas a conseguir, y en parte me siento culpable por no haberte llevado a mi lado en la última misión. No debí enviarte con Rubén. –Hizo una pausa de unos segundos–. Nos vamos a Maqueda. Nos estableceremos con la gente de Jose. Llevaremos allí todo lo que podamos para que el doctor siga trabajando. –Volvió a callar un momento–. No voy a matarte. –“Pero soy un monstruo, acaba conmigo”–. Te dejaré aquí encerrado. Cuando se vuelva a apagar el generador, podrás salir.

Es una sensación muy extraña notar cómo exhalas tu último aliento. Dejé de sentir en los tímpanos el palpar de mi corazón. De pronto, mis ojos se abrieron. Todo a mi alrededor tenía tonalidades extrañas, frías, como muertas. Mi cuerpo se puso en pie y me situó frente a Álvaro, solo nos separaban los barrotes. Su piel era cetrina, cenicienta. Apenas reparé en la venda que cubría su ojo. Advertí que no tenía la cadena apresándome cuando mis brazos se alargaron para atrapar a mi amigo. Quería morderlo, arrancarle la piel con mis dientes, tragar su carne, beber su sangre. Me miró a los ojos, como si pudiera ver en mi interior, más allá del monstruo de la superficie.

–Lo siento...

–¡Desconectadlo! Tenemos lo que queríamos. Enviaremos un equipo a ese pueblo y les arrebataremos la maldita vacuna. Aunque sea por la fuerza.

No. Traidor... Mi cabeza... Todo se nubla...

–Roberto, Roberto. ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

¿Álvaro?

–¿Qué tal Calabaza? ¿Creías que te íbamos a dejar solo?

Pero... ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está el doctor Olías?

–No hay nadie vivo en estas instalaciones. Los podridos han hecho bien su trabajo. Estúpidos franchutes. ¡Pensaban que un equipo de soldaditos podría asaltar nuestro castillo! Si casi no pudieron sobrevivir ni a los zombis de los alrededores. ¿Sabes que ahora somos inmunes a sus mordeduras? La vacuna funciona... bueno, como vacuna, claro. Impide el contagio. Lo que no hace es curar, como comprobamos contigo. O al menos eso creíamos. Cuando torturamos al francesito, nos habló de lo que te estaban haciendo. De que habían logrado comunicarse contigo mediante drogas. El profesor Robinson piensa que con estas drogas y nuestra vacuna, quizás sea capaz de revivir a los zombis. ¿Puedes crearlo? Espero que esté en lo cierto. Por si acaso, te llevo con nosotros. Ya hablaremos tranquilamente en casa...

EPÍLOGO

Mi padre siempre decía que la historia la escriben los vencedores. Eso era antes, ahora todo el mundo ha perdido algo. Desde las cosas menos necesarias: posesiones, riqueza, posición social; pasando por lo sentimental: fotografías, recuerdos, mascotas; y llegando a lo esencial: familiares, comida o agua. Muchos hemos perdido hasta la cordura. Y la mayoría, la vida.

Lo irónico es que los que nos han derrotado, los ganadores, nunca escribirán nada. No crearán nada. No legarán nada para el futuro. Solo la muerte y la destrucción. Solo el caos absoluto que se extiende por el mundo. Sí, la infección se ha propagado más allá de nuestras fronteras. Como era de prever.

Mi padre también decía que la esperanza es lo último que se pierde y, aunque hemos pasado por muy malos momentos en todos estos años, empezamos a ver un rayo de luz al final del túnel.

Desperté en el campamento seis meses después de que Álvaro y los demás me rescataran. En un primer momento, me sentí desorientado, confuso y algo mareado, pero poco a poco mi vista se fue aclarando y por fin pude comprobar que me encontraba tumbado en el suelo, sobre un montón de paja. Una recia jaula de troncos entrelazados y atados con cuerdas componía mi acogedora habitación. Sobre mí, a través de los barrotes, podía apreciarse el cielo nocturno repleto de estrellas. A mi alrededor, los robustos muros de piedra que conformaban la muralla del castillo de Maqueda.

Una gran cantidad de personas dormía tranquilamente en rudimentarios catres sobre el enlosado, ajenos a mí, el extraño hombre que había despertado en la celda de la esquina del patio. Había gente de todas las edades, desde ancianos hasta niños. Lo que más me sorprendió es que algunos de ellos eran casi recién nacidos.

–Todo esto pasará. –Me dijo una noche Álvaro. Ya llevábamos al menos tres años en la Casa de la Colina, pero seguíamos disfrutando muy a menudo de la brisa nocturna–. La vida siempre se abre camino. Cuando nazcan las primeras generaciones de personas post era zombi, será el primer signo de la vuelta a la normalidad.

Parecía que al menos ese primer paso se había conseguido en aquel castillo. Me fijé sobre todo en una niña morena, de unos tres años, roncaba plácidamente junto a sus padres, viejos conocidos míos.

–Sí, es la hija de Álvaro y Cristina –dijo de repente Jorge. No me había percatado de que se encontraba sentado en una silla cerca de lo que sería la puerta de mi prisión–. Se llama Alicia. Su nacimiento fue una alegría muy grande para todos. Por cierto, bienvenido al mundo de los vivos. Es una gran noticia que hayas vuelto.

–No estoy vivo –respondí–. No siento nada. Mi corazón no late. Es como si todo mi ser estuviera anestesiado. Como si mi cuerpo no fuera mi cuerpo. Noto que la brisa sopla, pero no sé si es fresca o cálida. Ni si quiera puedo compadecerme de mi mismo. No hay pena en mi interior. ¿Qué me está pasando?

–No soy un experto, Calabaza –susurró mi compañero–, pero creo que deberías estar contento. El doctor y algunos ayudantes están trabajando mucho contigo, y el hecho de que hayas despertado es muy buena señal.

Terminó la conversación con un gesto despreocupado y se fue a avisar a Álvaro y los demás. La noticia de mi reanimación se extendió como la pólvora por el refugio y pronto todos los supervivientes pasaron a verme. La mayoría de la gente se mostraba feliz al saludarme, pero también pude ver algunos

gestos de rechazo y otros de repulsión. Me hizo especial ilusión la visita de Jose y Daniel, este último no soltó ni una sola palabra, como era su costumbre, pero me dedico una amplia sonrisa desde el otro lado de los barrotes. Me alegró comprobar que estaba totalmente recuperado de su herida, aparentemente sin secuelas.

–Hola Roberto, ¿qué tal te encuentras? –preguntó Jose tendiéndome la mano. Se la apreté algo dubitativo–. Estás frío. Tiene que ser muy extraño estar muerto en vida.

–Lo es –contesté–, pero al menos puedo veros, hablar con vosotros. No sé si lo que siento se puede calificar de alivio, pero desde luego es lo más parecido que se me ocurre. Aunque siento un vacío en mi interior que va a ser difícil que se llene con nada.

Jose frunció el ceño y su semblante se ensombreció con una mueca de congoja.

–¿Qué ocurre? –pregunté.

–Nada, todo va bien. Ahora Álvaro y yo lideramos el campamento. Él se encarga de la defensa y las incursiones en busca de provisiones, y yo dirijo todo lo demás. Sobre todo me encargo del racionamiento de comida y la educación de los niños.

Seguimos charlando unos minutos del funcionamiento del asentamiento. Al parecer, habían logrado extenderse más allá del castillo, recuperando parte del pueblo. Incluso habían llegado a un chalet que disfrutaba de electricidad gracias a las placas solares instaladas en su tejado. Esa casa fue la elegida por el profesor Robinson como improvisado laboratorio, y allí es donde me trataban periódicamente.

Cuando Daniel y Jose se marcharon, llegó Cristina. Estaba radiante. Siempre me había gustado cuando éramos niños, pero jamás imaginé que se podría convertir en una mujer tan bella. Su cuerpo estaba torneado y sus músculos se definían en cada movimiento. Su rubia melena ondeaba al viento, emulando a la mismísima Valeria, la compañera inseparable de Conan el Bárbaro. Se aproximó a la jaula, me miró, y entre sollozos solo alcanzó a decir:

–Gracias. –Y se marchó corriendo.

No salía de mi asombro. El comportamiento de mis compañeros me resultaba algo confuso. Siguieron pasando algunas personas más y, por fin, apareció Álvaro. No vestía el uniforme, aunque llevaba ropa oscura y cómoda, algo gastada. En la cara, un parche negro ocultaba la cuenca vacía del ojo izquierdo. Llevaba una pistola en la mano y se acercó a los barrotes con semblante serio.

–Roberto, ¿estás ahí dentro? –preguntó–. ¿Controlas tu cuerpo por completo?

–Sí. Soy yo. –Saludé con la mano para que comprobara que la movía conscientemente.

–¿Sientes hambre? ¿Ira?

–Estoy bien. ¿Qué está pasando, Álvaro?

–Tranquilo, solo me preocupo por ti. Ten en cuenta que estás infectado. Voy a preparar todo para llevarte ante el doctor.

No había esperado un recibimiento tan frío por parte de mi amigo. Pensé que sería algo pasajero, pero su relación conmigo no cambió en las fechas venideras. Pasaron los días y durante ese tiempo me llevaron al laboratorio en múltiples ocasiones. Allí me inyectaban extraños fluidos y me daban descargas de todo tipo. El profesor aseguraba que todo iba según lo previsto, pero yo no notaba ningún tipo de mejoría. Cuando terminaban conmigo, me volvían a llevar a la celda, donde ahora había dos hombres montando guardia en todo momento.

Una noche, mientras Jorge y Daniel estaban de vigilantes, decidí despejar todas mis dudas.

–Jorge, ¿qué le ocurre a Álvaro? –demandé.

Mi amigo comprobó que no hubiera ningún oído indiscreto antes de responder.

–No se fía de ti. Pero es normal, al fin y al cabo estás muerto. No eres muy diferente de los que nos acechan más allá de los muros.

–Entonces, ¿por qué vinisteis a rescatarme? –dije acercándome a su posición.

Instintivamente, se retiró un paso de la verja.

–Espero no herir tus sentimientos, pero lo que buscábamos eran las drogas que estaban usando contigo. Robinson estaba seguro de que con ellas podría desarrollar la cura definitiva. Sacarte a ti de allí fue una idea de última hora de Álvaro, podrías servirnos de conejillo de indias. No hay muchos zombis inteligentes por el mundo –explicó mientras mostraba su inquietante sonrisa. Se había afeitado la barba y su boca era mucho más perturbadora que nunca–. Aunque yo pienso que realmente Álvaro creía que te debía una por salvarlo del instructor. Bueno, aunque ahora que lo pienso, nunca lo he visto hacer nada de manera altruista, así que algún motivo oculto tendrá.

–Eso no es cierto –protesté enojado. Por el rabillo del ojo percibí cómo Daniel empuñaba el rifle con nerviosismo–, Álvaro ha hecho muchas cosas por nosotros. Renunció a su madre. ¡Se lanzó delante de mí para salvarme de un balazo en aquella cabaña!

Soltó una única carcajada.

–He oído muchas veces esa historia. La pistola que cogió aquella chica era la que el mismo Álvaro había lanzado hacía un instante. ¿Quién puede garantizar que no puso el seguro antes de arrojarla? ¿Y si sabía que la pistola no iba a disparar? Por lo que recuerdo, aquel gesto le sirvió para controlar una situación que se estaba desbocando por momentos. Además, tú bebiste de su mano desde ese día sin desconfiar de nada de lo que hacía.

La duda germinó en mi interior, pero rápidamente la arranqué y la arrojé a un lado. Todo aquello era demasiado rebuscado... ¿o no? ¿Por qué hacía esto Jorge?

–¿Y por qué sigo aquí? ¿Para qué queréis una cura si tenéis una vacuna? Tú mismo me dijiste que estabais todos protegidos.

–Y yo que sé. Pregunta a los líderes –dijo con desdén.

Esa noche no conseguí nada más. Varios días después, encontré un momento para charlar con Jose, que prácticamente había evitado hablar conmigo desde el día que desperté.

–¿Qué está pasando aquí? –pregunté–. ¿Por qué sigo encerrado? Soltadme o, simplemente, matadme. El vacío de mi interior es cada vez más profundo.

–Lo siento, tenemos que seguir investigando –Jose parecía llevar una losa tremenda en su alma–. Tenemos que encontrar una cura.

–¿Para qué? Ya sois inmunes, y los muertos, muertos están. No creo que un hombre con sus órganos descompuestos vuelva a la vida por un simple suero.

Jose titubeó un instante, como si dudara si debía seguir hablando.

–La verdad es que la vacuna no funciona como te han contado –confesó finalmente–. Ralentiza mucho el virus, casi por completo, pero no lo detiene. Si te muerden, quedas infectado. Es un proceso lento, pero te vas convirtiendo poco a poco.

Se descubrió el hombro. Allí podía verse una fea herida que aparecía negruzca y algo purulenta.

–Me mordieron hace unos años. Hay otros como yo en el campamento, pero les pedimos guardar silencio para que no cunda el pánico. No sabemos cuánto tiempo nos queda, pero la infección se va acelerando paulatinamente. –Agachó la cabeza compungido–. Soy el primero que me gustaría liberarte, pero hasta que no te devolvamos a la vida, no lo haremos. No podemos arriesgarnos a que te descontroles otra vez.

–¿Descontrolarme?

–Sí, fue a la semana de traerte. Parecías inofensivo, estabas totalmente inerte. Te dejamos en la enfermería para que no hubiera que transportarte cada vez que el doctor quería experimentar contigo. La fatalidad quiso que ese día Alicia, la hija de Álvaro, se golpeará en la cabeza jugando con otros niños. Álvaro la llevó a la enfermería, y el profesor la puso en una camilla junto a la tuya. ¡Qué locura! En un momento de descuido, tu cuerpo se reanimó, te arrojaste sobre la niña y la mordiste en el costado. Álvaro estuvo a punto de volarte la cabeza de un disparo, pero de igual manera que te habías despertado, volviste a desmayarte.

Jose tragó saliva y continuó.

–Robinson y yo tuvimos que convencerlo durante horas. Argumentamos que ahora la niña estaba infectada y, sin ti, probablemente no encontraríamos el tratamiento para liberarla de esa maldición. Aceptó a regañadientes. Al final, le contó a Cristina que los había atacado un descontrolado que había superado las defensas en el camino del castillo al hospital, pero tuvo que confesarle que, aunque la niña estaba vacunada, antes o después desarrollaría la enfermedad. Desde aquel suceso, Álvaro ha perdido un poco los papeles. Se ha vuelto duro y déspota con su gente, tanto que algunos empiezan a cuestionarlo. No se le ve apenas disfrutar con nada, ni siquiera cuando juega con su hija. –Interrumpió su discurso para agarrarme el brazo entre los barrotes–. Pero eso va a cambiar, Roberto. Mañana haremos contigo la prueba definitiva. Ahora que eres consciente, hay muchas posibilidades de que funcione. Todos sanaremos gracias a ti y el campamento volverá a la normalidad.

Apenas recuerdo nada más. Al día siguiente, me llevaron al laboratorio y me inyectaron un nuevo compuesto. La habitación empezó a nublarse a mi alrededor, difuminando progresivamente los rostros de Robinson, Álvaro y Jose, que me observaban con detenimiento. Intenté dedicarles una sonrisa tranquilizadora, pero no lo logré. Los músculos no me respondían. Después, oscuridad.

–Muy interesante, Roberto. Ahora relájate, todo está saliendo bien. Ya terminarás de contarme tu historia más adelante.

¿Cómo? ¿Está ocurriendo de nuevo? ¿Quién eres? ¿Qué está pasando aquí? Espera... ¿Qué es ese sonido? Está inundando mis oídos, retumba en mi cerebro como un gigantesco tambor que quisiera destruir mis tímpanos y mi cordura. Un extraño calor recorre mi cuerpo con cada estallido. Cada vez más rápido. Cada vez más fuerte...

Boom...boom.

ANEXO

LA CASA DE LA COLINA ORIGINAL

LA CASA DE LA COLINA

Por Roberto niño

Un día el profesor nos dijo que íbamos a ir de excursión a una casa que había en una colina. Los que queríamos ir a la excursión éramos Mariscal, Rodrigo, Francisco, Manolo, Rubén, Alfredo, Daniel, Oscar, Sergio, Jesús, Álvaro, Jorge y yo. Fuimos en un autocar hasta la casa. El autobús nos dejó en la puerta de la casa y nos dijo que dentro de un mes nos vendría a buscar. La casa era ocho kilómetros de largo y cinco kilómetros de ancho. Nos metimos en la casa y después de doscientos metros de pasillos, que más bien que pasillos parecían un laberinto, empezaron a salir puñales de las paredes. Rápidamente nos tiramos al suelo, pero al profesor lo alcanzó un puñal en el cuello y murió. Queríamos salir de la casa, pero sin guía, al ser tan grande, no encontrábamos la salida. Cogimos la brújula y los mapas para orientarnos. Pero la casa estaba imantada y la brújula empezó a dar vueltas y algo extraño hizo que los mapas se agrietaran y se hicieran añicos. Seguimos por el pasillo y en el momento menos inesperado una gran piedra se apareció en el pasillo rodando a toda velocidad. Salimos corriendo hacia atrás y nos metimos en una habitación, todos menos Mariscal que siguió corriendo hasta que vio otro pasillo y se metió por él. Seguro que se perdió en la casa y moriría de desesperación. En la habitación había una cama bastante grande. Nos quedamos descansando en la habitación. En ese momento nos dimos cuenta de que las paredes estaban juntándose, la puerta estaba cerrada y tuvimos que romperla. Oscar se había quedado dormido, lo tuvimos que despertar y cuando iba a salir un líquido pegajoso salió del suelo: Oscar quedó pegado. Intentamos sacarle pero no pudimos. Las paredes lo aplastaron. Andamos con precaución y por detrás nos atacaron cinco esqueletos. Tres vinieron a por nosotros y dos a por Francisco. Cogimos unos palos y nos cargamos a los tres. Pero no nos dimos cuenta de que los otros dos habían rodeado a Francisco. Íbamos a matarlos, pero en ese momento los esqueletos le clavaron las grandes uñas en el cerebro. Francisco murió. Cuando buscábamos la salida, unos duendes nos atacaron. Pero al ser tan pequeños los pisoteábamos. Nos metimos en una habitación y allí había una bruja. Hizo un hechizo y nos dejó a todos inmovilizados menos a Rubén. Al que no había inmovilizado le echó otro hechizo. A Rubén se le desfiguró la cara. Mientras Rubén se tocaba la cara, la bruja le metió la mano y le sacó el corazón. Rubén murió. Quedábamos nueve. Intentábamos salir por la escalera. Cuando Sergio asomó la cabeza por ella, una espada cayó por la chimenea y se clavó en Sergio. Otro que murió. Salimos todos corriendo. Nos metimos en una habitación. En la habitación había un diablo. El diablo cuando nos vio saltó sobre nosotros y cogió a Manolo. Luego con sus largas garras le metió la mano hasta las tripas y se las sacó. Yo cogí una espada de la pared y se la clavé. Salimos de la habitación. En ese momento nos atacaron cinco vampiros. Uno mordió a Rodrigo y en ese momento Rodrigo se convirtió en vampiro. Alfredo le clavó una estaca en el corazón para que Rodrigo descansara y los cinco vampiros se ahuyentaron porque sacamos las cruces. Unos hombres lobo querían matar a Jesús, pero Daniel mató uno con su puñal y Jorge otro con el suyo. Después de cinco minutos unos fantasmas envolvieron a Alfredo. Pero Álvaro con su puñal especial para matar fantasmas los mató. Cuando íbamos por el pasillo que nos llevaba a la puerta principal un monstruo nos atacó con un hacha. A Alfredo le partió la cabeza en dos. Nosotros corrimos hacia la puerta. El monstruo hizo picadillo a Alfredo y después se lo comió. Cuando íbamos a salir, bajo los pies de Jesús se abrió una trampa. La trampa era de tres kilómetros de hondo y en el fondo había unos pinchos de hierro de diez metros de alto y, por si acaso se salvaba de los pinchos, había cien boas. Jesús se mató contra un pincho y luego las boas lo devoraron. Salimos de la casa Daniel, Álvaro, Jorge y yo. ¡Viva, estábamos salvados!

Continuará...

Fin

LA CASA DE LA COLINA 1+1 = 2

Por Jorge niño

Cuando salimos de la casa vimos a Álvaro, Daniel, Cristina I, Cristina II, Kati, Laura, Irina, Maribel, Azucena, Gema, Paloma, Nuria, Elena, Patricia, Ana, Ana Belén y Raquel. Nos fuimos directamente a clase sin Don Juan. Pero no tuvimos dificultades en encontrar el camino. Llegamos a clase, cogimos las provisiones y nos encaminamos a una nueva aventura. Al entrar en la casa, Maribel se murió del susto al ver una calavera sangrando. Luego se murió Patricia al caerse a una trampa llena de víboras que la devoraron. Luego vinieron unos duendes, primero mataron con un puñal de tres metros a Nuria y luego Elena cogió su zapato y se lo puso en la boca hasta que los atufó. Al abrir una puerta aparecieron unos monstruos y Cristina I y Daniel sacaron sus bazocas y los hicieron saltar por los aires. Nos perdimos en el salón de kilómetro y medio y encontramos a Mariscal que nos contó los muchos peligros que había pasado y cómo los resolvió. Nos metimos en la habitación más tenebrosa y a las doce se cerró el cerrojo de la puerta, se abrió una trampa e Irina, Laura y Kati se cayeron por ella y fueron a parar a un lago lleno de cocodrilos. Nosotros teníamos mucho miedo, pero no podíamos salir de la habitación. Aparecieron unos fantasmas y mataron a Azucena y a Ana. Elena con su puñal especial se lo clavó en la cabeza hasta que murió. Mariscal cogió al otro con un guante especial y lo estranguló, entonces se abrió la puerta. Pudimos escapar todos, pero en el salón nos esperaban trescientos zombis. Mariscal nos dijo cómo podíamos matarlos. Elena sacó el puñal y se lo clavó en el corazón a tres. Mariscal sacó una cruz y se la puso en la cara a un grupo de quince hasta que se los cargó a todos. Roberto cogió las balas en forma de cruz, las metió en la ametralladora y se cargó a cincuenta y nueve. Daniel consiguió una cruz como pudo y se cargó a otros veinte. Yo con mi otra ametralladora me cargué a ciento tres. Cristina I con su puñal en forma de cruz se cargó a veinticinco. Cristina II se disfrazó de Drácula y mandó que se suicidaran veinticinco más. Y Álvaro con los ajos los espantó y se cayeron por la escalera y se mataron. Ya habían pasado tres horas. Eran las tres y nos dormimos. Mientras estábamos durmiendo unos duendes de tres metros y medio raptaron a Elena y Cristina II. Las querían matar pero ellas recordaron que Mariscal les dijo que se dejaran llevar hasta que estuvieran dormidos y luego los mataran. Pero los duendes eran listos y cuando iban a matar a Elena, Cristina II los mató con su superpuñal. Álvaro fue el primero que las encontró y pasaron tres días en la mejor habitación, pero vinieron dos gremlins de dos metros. Pero Álvaro luchó a muerte por salvar a las chicas y Elena y Cristina II se enrojecieron. Afortunadamente los encontramos y fuimos directamente al máximo peligro: el laberinto. Encontramos en el laberinto a Laura, Irina y Kati y ellas se fueron directamente al país de las maravillas. Peor suerte tuvo Ana Belén que fue a parar al país de los Dragones y Mazmorras con Babi y se enamoraron. Paloma fue a parar a la habitación de los diminutos y se enamoró de Tito. Raquel fue a parar al país de los teleñecos y se enamoró de Gustavo. Nosotros ocho (Mariscal, Roberto, Daniel, Álvaro, Elena, Cristina I, Cristina II y yo) vinieron dos de los monstruos más fuertes y se llevaron a Álvaro, Cristina I y Roberto. Roberto intentó clavar un superpuñal a un monstruo, pero el monstruo se dio cuenta y le quitó el superpuñal, pero Cristina I con su metralleta se lo cargó. Yo me cargué al otro. Seguimos nuestro camino y ya estábamos a punto de llegar cuando vinieron las mejores fuerzas de la casa. Juntamos nuestras fuerzas e intentamos cargar a los monstruos, pero eran más fuertes. Lo estábamos intentando, yo cogí mi ametralladora y me cargué a seis monstruos, Álvaro con una cruz mató a cinco. Cristina I con su superpuñal se cargó a cinco. Elena y Cristina II con una escopeta se cargaron a diez y Mariscal se cargó a cinco con los ajos. Luego vinieron unos diablos que tenían cadenas de diez metros y rodeadas por fuego y mataron a Mariscal. Álvaro con su metralleta se cargó a uno y entre Roberto y yo matamos al que quedaba. Y cuando estábamos en la

misma puerta se nos aparecieron cinco hombres lobo y cinco vampiros. Álvaro con su puñal luchó con un vampiro a vida o muerte hasta que lo mató. Yo y Roberto con nuestra metralleta nos cargamos a cuatro vampiros más. Pero los hombres lobo eran más fuertes que los vampiros. Cristina I, Cristina II y Elena se cargaron con sus superpuñales a tres hombres lobo. Daniel con su puñal en forma de cruz se cargó a los dos hombres lobo que quedaban allí. Abrimos la puerta y salimos de la casa.

Continuará...

Fin

LA CASA DE LA COLINA III

Por Álvaro niño

Todos los sobrevivientes de la Casa de la Colina II, Elena, Jorge, Roberto, Cristina I, Cristina II, Daniel y yo, fuimos de nuevo a la Casa de la Colina a ver si había sobrevivido alguien. Entramos en la casa con un equipo de comando. Estábamos en el salón, un zombi salió y agarró a Elena. Jorge sacó un machete y se lo clavó en la cabeza y el zombi murió soltando a Elena. Elena enseguida dio un abrazo a Jorge. Jorge se enrojeció. Estábamos en un dormitorio cuando una gárgola atacó a Cristina I. Yo rápidamente saqué mi escopeta repetidora y a la gárgola la volé la cabeza y luego la di en la tripa otro tiro. A Cristina I se la pasó el susto y me dio las gracias. Íbamos por un pasillo cuando un hombre lobo me atacó, saqué mi puñal de plata para matarlo cuando Daniel le cortó la cabeza. Seguimos andando trescientos metros por el pasillo lleno de ratas y telarañas. Detrás de un armario salió Cristina I. Todos sacamos metralletas por si era un zombi. Ella nos dijo que había sobrevivido a la segunda vez que fuimos a la Casa de la Colina. Nos fuimos a dormir. Cristina II pegó un grito y todos fuimos a ver lo que la pasaba. Un fantasma la iba a poseer. Roberto y Jorge dijeron, si la llega a poseer tendremos que matarla. Yo dije, en un tebeo de Conan un demonio iba a poseer y puso delante un espejo y uno lo mató. Podremos un espejo delante de ella, el fantasma se meterá en su reflejo y uno de nosotros ametrallaremos el cristal, así lo mataremos. Así lo hicimos, Cristina II se salvó. De repente a Daniel un hombre lobo lo mordió en la mano. Cristina I sacó un puñal y se lo clavó en el corazón. A Daniel le sangraba la muñeca, Elena se la curó. Por la noche, Daniel se convirtió en hombre lobo y atacó a Cristina I y me tiré con un puñal para matarlo, pero él me pudo. Me iba a matar cuando Jorge saltó y le pegó un tiro que le voló los sesos con su pistola del 42. Daniel, o el hombre lobo, había muerto. En el piso de arriba, en un pasillo, cuando íbamos a entrar a Elena la atacó un orco. Cristina II fue a defenderla, pero el orco la pegó tal puñetazo que la estrelló contra la pared. Jorge y Roberto saltaron sobre él, Roberto le levantó la cabeza y Jorge le clavó el puñal en la yugular. Elena y Cristina II se salvaron. Andando por el pasillo vimos el cuerpo de Chesco destrozado. Dos esqueletos salieron, a Elena la cogió uno y la sujetó mientras que el otro con el brazo estirado le atravesó la tripa matándola. Jorge cabreado fue y con una patada de karate los mató a los dos. Jorge lloraba al ver a Elena muerta ya que le gustaba un poco. Tras tres horas de andar por pasillos, habitaciones, etcétera... encontramos la salida. Todos nos abrazamos diciendo salvados. Pero no por mucho tiempo.

Fin.

LA CASA DE LA COLINA III (PERDÓN IV)

Por Roberto niño

Cuando salimos de la casa solo éramos cinco (Jorge, Álvaro, Cris I, Cris II y yo). Nos fuimos a nuestra casa pensando en no volver nunca más a la Casa de la colina. Al llegar la noche todos estábamos en nuestras camas. Pero en la Casa de la Colina habían quitado la estaca a Rodrigo y Rodrigo se hizo vampiro (leer la Casa de la Colina uno). Rodrigo, como era de noche, salió de la casa y vino a la ciudad. Allí empezó mordiendo a un policía. El policía a otro policía. El otro policía a una señora. La señora a su marido y así sucesivamente. A la mañana siguiente había veinte vampiros durmiendo en sus casas. A la noche siguiente les dije a Álvaro, Jorge, Cris I y Cris II si salían a dar una vuelta, en ese momento Rodrigo estaba mordiendo a un niño. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que treinta vampiros nos rodeaban. Los vampiros habían mordido a media ciudad. Entonces empezamos a coger estacas y cruces y así ahuyentamos quince vampiros y matamos otros quince. Hicimos una cabaña para nosotros solos llena de cruces, estacas, puñales cruz, ajos y todo lo necesario. A la noche siguiente un zombi salió de la Casa de la Colina hacia la ciudad. Entonces el zombi convirtió en zombis a la otra media ciudad. Los zombis y los vampiros estuvieron vigilando por si había algún humano bueno. Pusimos el despertador para que nos despertara a las nueve de la mañana y nos dormimos tranquilamente. Cuando el despertador dio la alarma nos despertamos, eran las nueve pero todavía era de noche. Era extraño. Jorge miró por la ventana y vio una lona que tapaba toda la ciudad para que no entrara la luz del sol. Seguro que los vampiros y los zombis lo habían tapado durante la noche. Se nos había acabado la comida. Entonces Álvaro se arriesgó disfrazándose de vampiro y salió a la calle. Al salir de la cabaña, un zombi lo vio y lo saludó. La mala suerte que tuvo Álvaro fue que se le cayó un colmillo. Entonces un vampiro le tiró un puñal y lo mató. El zombi que lo saludó lo reconoció y dijo que si ese era humano habría más en el sitio donde Álvaro estaba. Entonces todos los zombis empezaron a romper la cabaña. Iban a matarnos. Cris I se acordó de que a los zombis se los mataba con una bala de plata en la frente, pero solo teníamos cinco balas. Las disparamos y matamos cinco zombis. También teníamos un puñal de plata. Jorge lo cogió y empezó a matar zombis. Cogimos unas cuantas cruces y salimos de la cabaña. Nos internamos en el bosque y pensamos que si destruíamos la Casa de la Colina todo volvería a la normalidad. Nos encaminamos a la Casa de la Colina. Pero la puerta estaba guardada por cuatro zombis. Yo cogí el puñal de plata y se lo clavé a dos. Jorge había encontrado más municiones de balas de plata y las disparo sobre los otros dos. Tuvimos cuidado al entrar en la casa por si se abría la trampa que había en la entrada (leer capítulo 1), pero no se abrió. Unos fantasmas nos rodearon, pero cada uno cogió su puñal especial y matamos a los fantasmas. Nos metimos de nuevo en el laberinto (ver capítulo 2) pero como nos sabíamos el camino fuimos por el adecuado. Pero en el laberinto se nos apareció un minotauro. Necesitábamos ayuda, pero Cris II tuvo una idea. La idea era que ella y Cris I entretenían al minotauro mientras Jorge y yo lo atacábamos por detrás. Lo hicimos, pero el único fallo fue que el minotauro me hirió el brazo. Después de haber pasado el laberinto, vimos unas escaleras que bajaban que nunca habíamos visto antes. Bajamos por las escaleras, pero al bajar todos los escalones vimos dos cocodrilos hambrientos porque hacía tres años que no comían. Pegaron un mordisco al vestido de Cris II pero por suerte se salvó. Cogió ella misma un hacha que había colgado en la pared y mató un cocodrilo. El otro lo mató Jorge con el puñal. Subimos de nuevo las escaleras y tres hombres lobo nos atacaron por sorpresa. Uno de ellos mató a Cris I. Luego con los puñales los matamos nosotros a ellos. Rodrigo había vuelto a la casa y nos vio desprevenidos. Pegó un salto y se puso encima de mí. Iba a morder cuando Jorge le clavó una estaca en el corazón y Rodrigo volvió a descansar. Después de un rato, vimos una habitación y en la puerta ponía “No

pasar, peligro de muerte”. Nosotros pasamos y no había nada, solo una caja de dinamita. Pusimos la dinamita a que explotara a las tres y eran las dos y media. Teníamos que darnos prisa. Cuando estábamos de nuevo en el pasillo que llevaba a la puerta principal, unas lanzas cayeron del techo y una se clavó en la cabeza de Cris II y la mató. Nosotros dos quedamos salvados. Eran las tres menos uno, corrimos a toda velocidad hacía la salida. Salimos y después de haber salido la casa explotó y todo los que estaban dentro murieron. Todos los vampiros y zombis que estaban fuera de la casa volvieron a ser ciudadanos de la ciudad y la lona desapareció.

Estábamos salvados.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, es que muy probablemente has terminado de leer esta novela. Quiero darte las gracias a ti en primer lugar, querido lector, por completar el libro y no tener la tentación de dejarlo a medias. Espero que te haya gustado.

Has de saber, que aunque la labor del escritor parece individual y solitaria, nada más lejos de la realidad. Para desarrollar esta historia, he requerido del apoyo y la ayuda de muchas personas a las que quiero agradecer su participación en la obra:

Me gustaría comenzar por Álvaro Fuentes, amigo desde la infancia, protagonista de las aventuras que acabas de leer (sí, el *protá* es Álvaro, no Roberto, ¿se nota?) y la persona que me dio a conocer el extenso universo de los zombis y, en particular, el auge de las novelas de este género que no deja de sorprenderme. Si no hubiera sido por él, ni siquiera se me habría pasado por la cabeza escribir este libro. Además, ha tenido el detalle de dedicarme el magnífico prólogo que acompaña al relato. Una mención especial a su mujer, Alicia, por aguantar nuestras chácharas sobre muertos vivientes.

También quería agradecer su aportación a Beatriz Aragón, Francisco Javier Valverde y José Martín. Ser lectores cero y correctores ocasionales es un trabajo que no está suficientemente pagado, bueno, directamente no está pagado. Os debo unas cañas, amigos.

Por último, no quiero olvidarme de mi familia. Doy las gracias a mis padres, Angelines y Antonio, que no solo me han apoyado y aconsejado durante todo el proceso, sino que además han tenido que leer algunas cosas que quizás no les hayan resultado muy agradables. No quiero destripar nada, pero tienen el cielo ganado.

A mi hermana Azucena, que fue la primera persona a la que envié las páginas iniciales de la novela y que desde el primer momento me animó a seguir con entusiasmo. Seguiremos haciendo cosas juntos. Por supuesto, también estás invitada a las cañas.

Y a mi mujer y mi hijo: Pilar y Roberto. Ella ha soportado mis altibajos con paciencia y comprensión y me ha ayudado muchísimo en la consecución de este proyecto. Él ni siquiera existía cuando empecé con la historia, pero su nacimiento fue una inspiración para poder terminarla y para muchas otras cosas en mi vida. Os quiero mucho.

Solo añadir que he disfrutado como un niño contando las peripecias de Roberto y sus amigos en este libro.

Roberto Jiménez

7 de Octubre de 2015

Table of Contents

PRÓLOGO

1. DESPERTAR

2. NOS VAMOS DE EXCURSIÓN

3. ATAQUE

4. INVASIÓN

5. ANIMAL PILIER

6. DIVERGENCIA

7. SUPERVIVENCIA

8. BARCELONA

9. AZU

10. HUIDA

11. TINIEBLAS

12. PZ-82

13. AMOR DE PADRE

14. EL CASTILLO

15. CONMIGO O CONTRA MÍ

16. DUELO AL ATARDECER

17. INFECCIÓN

18. RESCATE

EPÍLOGO

ANEXO

LA CASA DE LA COLINA ORIGINAL

AGRADECIMIENTOS